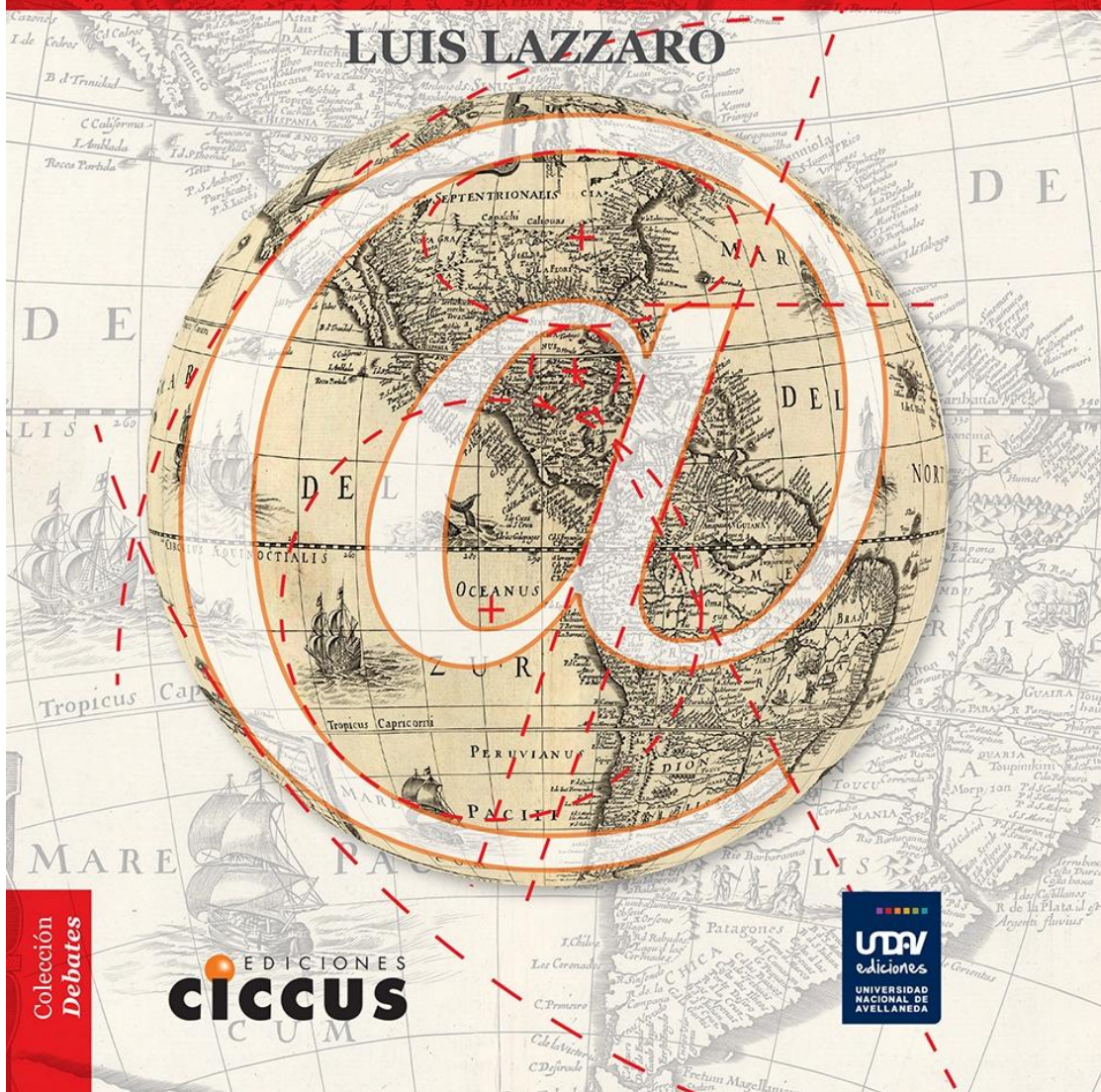


Con prólogo de Eduardo Aliverti

Geopolítica de la palabra

Reflexiones sobre comunicación, identidad y autonomía

LUIS LAZZARO



Colección
Debates

EDICIONES
ciccus

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
AVELLANEDA

A mi esposa y compañera Susana.

A mis hij@s Laura, Matías, Tatiana y Flavia.

A todos mis nietos.

Agradecimientos.

A la Universidad Nacional de Avellaneda en la persona de su Rector, Jorge Calzoni, y del Director de la Editorial de UNDAV, Carlos Zelarrayán, porque creyeron y apoyaron este proyecto. A Juan Carlos Manukian y el equipo de CICCUS por el respaldo editorial y el compromiso.

A Susana Pachecoy por su acompañamiento, aportes y correcciones al borrador de este libro.

A los amigos que alentaron y aconsejaron en la travesía de su escritura.

Geopolítica de la Palabra.

ÍNDICE

1	Capítulo 1	10
1.1	Territorio y representaciones	10
1.1.1	Lenguaje, territorio y autonomía	11
1.1.2	Volver a ser nosotros mismos	13
1.1.3	La trama oculta	15
1.1.4	La palabra que somos	17
1.1.5	Entre el signo originario y el signo digital	19
1.1.6	El acto inaugural de lo imposible	21
1.1.7	Representar es apropiar	23
1.1.8	El lugar de las palabras y las palabras del lugar	25
1.1.9	Volver a nombrar las cosas	28
1.1.10	Las operaciones de sentido	30
1.1.11	Memoria histórica para resistir	32
1.1.12	Una epistemología de la resistencia	35
1.1.13	El miedo a lo impronunciable	37
1.1.14	Una nueva cartografía territorial y social	39
1.1.15	La contraestética de la exclusión	42
2	Capítulo 2	45
2.1	La grieta	45
2.1.1	Así hablaba Buenos Aires	46
2.1.2	Producir el otro punto de vista	48
2.1.3	Resistir es repensar el sujeto	50
2.1.4	Las fronteras del pensamiento	52
2.1.5	La presencia simbólica del cuerpo	56
2.1.6	Cuando la palabra impresa mata	57
2.1.7	Nuevos relatos para viejas zonceras	60
2.1.8	Del shock de los cuerpos al shock del mercado	62
2.1.9	El discurso, primer cambio	65
2.1.10	La crispación del dispositivo	68
2.1.11	La osadía populista de disputar el relato	72
2.1.12	Otra epistemología de la periferia	76
3	Capítulo 3	78
3.1	Las palabras posibles	78
3.1.1	Política y ciudadanía del habla	79
3.1.2	Comunicación con identidad	82
3.1.3	La comunicación popular, otro paradigma en construcción	86
3.1.4	Todas las Voces Todos	89
3.1.5	Escuelas, palabras y territorios	91
3.1.6	Cooperación en la comunicación	93
3.1.7	Voces públicas con nuevas agendas	95
3.1.8	Identidad de la televisión o televisión para la identidad	99

3.1.9	La gramática de la integración.....	101
4	Capítulo 4.....	106
4.1	Autómatas o autónomos.....	106
4.1.1	Sociedad de la Información o del Conocimiento	107
4.1.2	El signo como campo de batalla	111
4.1.3	La Muralla China	114
4.1.4	La guerrilla en tiempos de internet.....	116
4.1.5	La palabra pública en riesgo	118
4.1.6	Vigilancia ortográfica y sentido predictivo	121
4.1.7	¿El fin del lenguaje?	123
4.1.8	Autómatas o autónomos.....	125
4.1.9	Periodismo a la carta.....	127
4.1.10	Desafíos regulatorios en el sur.....	129
4.1.11	Proyecto nacional en versión digital	133

Prólogo

La cruzada de significativos

Uno de los tramos más desafiantes de este libro remite a la posibilidad de que se mueran las palabras. Lo reproduzco a continuación por su valor en sí mismo, y porque siento y creo que se acopla al aporte solicitado por Lazzaro para el prólogo: escribir unas líneas como actor político de la palabra, o como portavoz de un modo político de usarla.

Señala Luis:

La palabra -escrita, verbal y gestual- (...) parece haber iniciado su retirada y su desintegración material, para convertirse en mero proceso, en simple técnica, en artefacto. En la operación que cifra y descifra el nuevo modo de producción tecnológico del sentido. El escuálido lenguaje que perdura en los usos y costumbres de los humanos de la segunda década del siglo XXI es apenas la mitad del que utilizaban dos siglos atrás. El pragmatismo del tecnolenguaje reduce el mundo a consignas abreviadas, a fórmulas breves de intercambio, cuyo riesgo es el de inducir un pensamiento breve y simplista que pertenece, sin embargo, a una escala de producción y alcance jamás visto. El aprendizaje, el dominio de sus técnicas de producción (y de representación) sobreimprimen un modo de alfabetización, en los usos verbales y escritos, que (des)conectan intergeneracionalmente a la sociedad.

Y a continuación agrega:

La destreza de los jóvenes se confunde con vanguardismo, cuando no con el dominio del futuro como simple operación tecnológica carente de proyecto y de sustento histórico. En cualquier caso está claro que ninguna práctica cultural o comunicacional de los jóvenes del siglo XXI es imaginable sin el entorno tecnológico digital. Es la apropiación —o no— del artefacto —como medio y como lenguaje— lo que está en discusión. (...) Se trata de pensar sobre quién o quiénes operan estos escenarios, incluso a la hora de imaginar cómo los emoticones reemplazan a los sentimientos.

Tomo, decía, lo que Lazzaro me requiere, porque en su solicitud queda explícito lo que efectivamente soy y aquello como lo cual me reconozco: un actor político en primer lugar. Da un tanto de pudor remarcar semejante obviedad, y más frente a un universo de lectores que uno imagina sin la más mínima duda al respecto. No por quien firma, sino en función de entender como ejercicio político a toda actividad que desarrolla un protagonista comunicacional. Sin embargo, pareciera que sigue siendo necesario aclararlo (¿más necesario que nunca, tal vez?), aun a esta altura del sinceramiento ideológico sobre el papel que juegan los medios y su construcción de capital simbólico como garantía del poder corporativo, político y comercial. En realidad, como lo apunta el libro y ya que de palabras se trata, “medios” no es suficiente para designar el objeto de estudio, porque es una enunciación asociable a los conductos tradicionales de prensa oral y escrita.

Por eso, Lazzaro hace muy bien cuando aborda —al margen o a propósito de lo que se hizo y dejó de hacer entre nosotros durante la etapa kirchnerista— un mundo a priori más complejo, que es el de la producción de sentidos a escala universal por vía de ese

tecnolenguaje capaz de ser definido, entre interesados e idiotas útiles, como “neutro”. Una suerte de multialcance democratizador, u horizontalista, incluso con altas probabilidades de apropiación productiva independiente (sitio, blog, radio y tevé colgados en la nube, mecanismos de financiación colectiva o micromecenazgo — *crowdfunding*— y otras alternativas) que podrían eludir la lógica implacable del mercado. Esto último es cierto, desde ya, y puede constituir una buena noticia en tanto no se pierda de vista que esa lógica y realidad de incontables tribus internetianas, capaces de sobrevivir económicamente y hasta con éxito remarcado, dependen para su profundización de la conciencia social en torno de las relaciones productivas. De clase, vamos. Si eso no se tiene en cuenta, y en tanto no se actúe para dotarse de las herramientas de poder político que al menos permitan equilibrar la correlación de fuerzas entre grandes sectores dominantes y firmamentos mucho más grandes de excluidos y desplazados, el centro de la elaboración de sentido, mediante el *marketing* de las nuevas palabras y gestos, continuará al arbitrio del Gran Hermano de la victoria cultural capitalista. La revolución digital, entonces, será, hasta donde puede percibir el firmante a mediano plazo, el triunfo conservador de la reproducción de un mismo pensamiento y acción colonizadores.

Hablaríamos, así, de que el cambio en los modos de producción quedaría lejos de alterar su sustancia cultural-propietaria. Comienzan a circular manuales de estilo, periodísticos, que atienden a que el tiempo medio de atención del lector, oyente y televidente generalistas no supera el minuto y medio. Títulos, bajadas y cuerpos centrales de una noticia, al igual que la extensión opinativa oral, deben circunscribirse a un par de conceptos elementales en los que carece de importancia todo tipo de profundización analítica. Sólo se trata de administrar, con el manipuleo de unas pocas palabras vaciadas de contexto (o, mejor, pletóricas del brindado por el orden discursivo dominante), la excitación histérica de un consumidor promedio, alienado, biotípico, universal, que sería adverso a cualquier tenacidad en el surtido de datos. Las palabras, según consta en la abrumadora mayoría de los noticieros de nuestra television abierta, ya no sirven si falta una base musical *ad hoc* del género abordado, en esos productos hace rato definibles como *magazines* espectacularistas, bien antes que informativos. Los zócalos bastan y sobran para enterarse de. Ya ni siquiera cuenta un silencio puesto como corresponde y que sirva, justamente, para ser mejor que las palabras. Nada de todo esto implica una visión de moralina romántica, nostálgica, en torno de lo que son, además, los códigos de abreviatura expresiva. Digo, simplemente, que acepto el tecnolenguaje en la medida de que no vengan con que está desprovisto de características ideológicas. Cabe adaptarse —y nunca rendirse por completo— a esta fenomenología, so pena de ser considerado un dinosaurio. Uno maneja los “tempos” en la radio y en sus intervenciones mediáticas, por ejemplo, de una manera que no es la misma de hace años: sí en su sentido global, pero mucho más atento a la percepción polifacética que demanda el “nuevo” consumidor. Ese ritmo narrativo impuesto por las condiciones imperantes, que apunta a la mentalidad *clip* de emisor y receptor, encarnaría que el orden de la hora es poco de todo y mucho de nada, cuando en realidad sí que hay mucho, y cada vez más, de una escala de valores culturales —siempre ideológicos, finalmente— anclados en el pasatismo a ultranza, sin la menor detención de análisis.

¿Se puede contra el autoritarismo de este paradigma? Algunos deberíamos poder, o al menos intentarlo, sabiendo que militamos en una minoría. Pero vale la pena el experimento de ser significativos, si es que no representativos. Me refiero a comunicadores, periodistas, ensayistas, locutores, docentes, realizadores, que podamos actuar como guardianes del rescate de las palabras. Dicho de otro modo, ser conservadores en algunas cosas porque hace falta ser revolucionarios en otras tantas que importan. Las palabras son una de ellas, porque los conservadores son quienes las están

matando. Sé que suena presuntuoso plantarse en ese rol, pero lo prefiero contra no ya la amenaza, sino la concreción, de que crecientemente nos vemos rodeados por un *diktat* casi exclusivo de programas de edición filmicos y sonoros, de textos que son atentados sintácticos, de ausencia de rigor noticioso, apuntados a una victoria aplastante de los contenidos sobre los contenidos. Estamos fritos si triunfan los envoltorios, como si eso no fuese de un contenido profundo.

Este libro es un aporte notable, desde su propio título, a esa cruzada de significativos.

Eduardo Aliverti

Palabras preliminares

Este trabajo intenta ser un ensayo político, despojado de pretensiones académicas o literarias, que aborda la comunicación como teatro de operaciones de una lucha por el sentido de la historia y por la distribución del poder. Surge de la necesidad de proponer a la palabra como una práctica social reparadora de tantos años de exclusión, de distorsión o de silencios impuestos. De registrar su recorrido histórico, sus atajos y desvíos, en el camino de representar una idea diversa e integradora de la nación.

Son líneas atravesadas también por las voces de quienes comenzaron a ser visibles y audibles en el debate por nuevas prácticas en la comunicación. Demandas y tensiones que colocaron en la agenda a la palabra *relato*, como escenario de batalla en las representaciones políticas. Que hablan de *la grieta*, como metáfora de la fractura con un modo anterior de producir los consensos sociales. Como la anchura que separa a las nuevas formas de nombrar la política frente a la voz fuerte y uniforme de un mercado concentrado de la comunicación y la información. Una distancia que confronta intereses e interpretaciones.

Su recorrido intenta contar algunos avances registrados, pero no ignora la coyuntura. Una época signada por la radical transformación de los sistemas productivos que administran la circulación y distribución de los signos de reconocimiento humano en la globalización. No es, por lo tanto, una mirada complaciente; asume que nuevas preguntas pueden dejar a mitad de camino las recientes respuestas.

Del bosquejo inicial de este ensayo quedaron en el camino más preguntas que certezas, y una complejidad que se transformó en cuatro unidades que son, a la vez, otros tantos lugares de indagación. Las cuatro partes de este trabajo son casi independientes y el autor espera que puedan articularse o colaborar entre sí en las manos del lector. Abordan, consecutivamente: la palabra como historia y como lugar; como conflicto –a veces trágico– en la historia; como esperanza y gestión contemporánea y; finalmente, como interrogación tecnológica en la globalización.

En sus líneas se propone valorizar la integración política y cultural sudamericana como una condición para el acceso al desarrollo sustentable y a sociedades justas en el mapa del poder global del SIGLO XXI. Desafío que cada tanto parece acercarse, pero que depende, en buena medida, de la reestructuración de los dispositivos de formación y modelaje cultural, verdaderos portavoces políticos del mercado transnacional desde fines del siglo pasado. Entiende como necesaria una subjetividad diferente en la formulación del proyecto, una identidad común, intercultural, multiétnica, rural y urbana, unida en la diversidad por una nueva ciudadanía que dialogue con la globalidad desde sus propias convicciones.

Esa búsqueda se debate ahora frente a prácticas culturales mediadas por múltiples terminales reducidas a un lenguaje único, que nos desafía, más que nunca, a reconocer nuestro lugar. Muchas falsas premisas y sofismas –como veremos– nos habitan aún y necesitamos una nueva brújula que nos conduzca hacia ese nuevo continente, que supone por definición un nuevo contenido. No es un viaje al pasado, es un viaje con la memoria plena, pero con nuevas herramientas –discursivas y tecnológicas– que permitan pensar esa Nación imaginada como condición previa para hacerla realidad. Hacer posible lo impensable, transportando nuestra historia y la memoria, del mundo analógico tradicional a otro en que las palabras –reducidas al código binario– se desvanecen y claman para ser rescatadas del naufragio.

Pero, sobre todo, y ésta es la pregunta más fatal: ¿cómo es posible que la única lengua que habla y está condenado a hablar este monolingüe, para siempre, cómo es posible que no sea la suya? ¿Cómo creer que aún sigue muda para él, que la habita y es habitado por ella en lo más íntimo, cómo creer que se mantiene *distante, heterogénea, inhabitable y desierta*? ¿Desierta como un desierto en el que hay que impulsar, hacer brotar, construir, proyectar hasta la idea de una ruta y la huella de un retorno, *otra lengua aún*?

Jacques Derrida, 1997.

¿Por qué se escribe? Por tantas razones: por amor, por miedo, como protesta, para distraerse ante la imposibilidad de vivir, para exorcizar un vacío, para buscarle un sentido a la vida. A veces para establecer un orden, otras para deshacer un orden preestablecido; para defender a alguien, para agredir a alguien. Para luchar contra el olvido, con el deseo –tal vez patético pero grande y apasionado– de proteger, de salvar las cosas y sobre todo los rostros amados, de la abrasión del tiempo, de la muerte. Escribir es también un intento de construir un Arca de Noé para salvar todo lo que amamos, para salvar –deseo vano e imposible, quijotesco pero inextirpable– cada vida.

Claudio Magris, Guadalajara, 2014.

Los pueblos originarios desde siempre hemos construido registros comunicacionales y para ello creamos instrumentos y medios propios de cada pueblo. Desde la cosmovisión, la comunicación no es solo entre personas, sino que se considera también entre y con todas las vidas representadas en la naturaleza. La comunicación se establece con lo que vemos y lo que no vemos, lo que tocamos y lo que no. La herramienta central para la comunicación con identidad la constituyen los distintos idiomas que poseemos cada pueblo, o el habla de la tierra.

Comunicadores Originarios. Aportes. 2012.

1 Capítulo 1

1.1 Territorio y representaciones

1.1.1 Lenguaje, territorio y autonomía

Del texto al hipertexto, del fonema al lenguaje binario, la palabra ha realizado un largo viaje. De descubrimiento y reconocimiento. De domesticación y autonomía. De colonialismo y enajenación. De predicción, de traducción y de interdicción. De conquista y libertad. De ocupación territorial y expansión global. Es que el lenguaje mismo ha sido y es un territorio en disputa de las interpretaciones y los sentidos.

Aunque dejó de ser solo audio y solo texto, la palabra postmoderna sigue siendo la materia prima, el eslabón de la cadena de signos que son traducidos o descifrados, aún cuando provenga de señales reducidas al código binario del ciberlenguaje. Aún hoy, todavía, volvemos a la palabra.

Las palabras anclan, fijan y designan la realidad como representación en la mente de los hombres. Establecen las fronteras de lo posible y de lo imposible. De lo que es dable imaginar o entamar como mundo circundante y como meta a futuro. No hay tiempo por venir que no transporte los códigos que permiten imaginarlo en el presente. La construcción de sentido es un tiempo ocupado por palabras. El cambio habita primero en la posibilidad de imaginarlo.

En el laberinto de los significantes disponibles, el futuro aparece como una silueta que se proyecta. Se avizora entre los indicios con que aparece la realidad en el tiempo real, inmediato, pero ello sucede y depende de los recursos de representación y conocimiento disponibles.

No hay humanidad sin comunicación, ni comunicación sin códigos comunes, sin palabras. No hay palabras sin sentido. No hay sentido sin la práctica de la historia. No hay historia sin palabras que la narren.

No se trata del sentido filosófico de la vida de los pueblos, sino de las condiciones históricas y materiales en que los proyectos humanos buscaron el dominio sobre los cuerpos y territorios para imponer sus intereses. Es así que palabra, tiempo y territorio formarán una trilogía inseparable a la hora de representarnos en la historia.

En otros tiempos del mundo, el viaje del conocimiento y la información suponía largas travesías. Tan largas como los senderos, carreteras u océanos por atravesar. Tiempos en que las tácticas y estrategias del arte de nombrar y representar las cosas y los sucesos concedían un tiempo a quienes producían los sentidos y quienes lo descifraban. La traducción suponía rigurosamente el encuentro de mundos e intereses diversos, capaces de ajustar el diafragma del enfoque, aún entre dominadores y dominados.

Los astros, los dioses y la naturaleza fueron, antiguamente, la fuente principal de ordenamiento del discurso y las acciones. La indagación del tiempo y de su sentido, de los sucesos y de los objetos convocaba a encontrar las leyes internas y las fuerzas que podían mover la historia sobre los cuerpos y la geografía.

La leyenda de Malinalli Tenépatl (Malinche) a fines del SIGLO XIII es, de alguna manera, la representación de aquellos laberintos. De origen mexicana, Malinche fue capaz de tender un puente entre su lengua materna, el náhuatl, y la lengua de sus nuevos amos, la maya, luego de ser entregada como esclava a los mayas y de caer después en manos del conquistador Hernán Cortés. El invasor español descubre que Malintzin habla náhuatl y empieza a utilizarla como intérprete náhuatl-maya, ocupándose Jerónimo de Aguilar (náufrago español que había estado cautivo y que fue rescatado por Cortés en Cozumel) de la traducción maya-español. Así, con el uso de tres lenguas y dos intérpretes, se llevaron a cabo todos los contactos entre españoles y aztecas, hasta que Malintzin aprendió castellano.

El encuentro de las profecías originarias sobre la llegada de los dioses con el desembarco de la conquista; la trama argumental de ese choque histórico fatal para los

aztecas, la suerte del imperio admirable que el crédulo Moctezuma II comandaba con sede en el lago de México quedarán para siempre ligados a las artes verbales de doña Marina (la versión castellana de Malintzin), a quien la historia estigmatizó como traidora a la causa de sus antepasados. La palabra Tenépal –según lingüistas expertos en náhuatl– en sentido figurado quiere decir, persona que tiene facilidad de palabra, que habla mucho y con animación o simplemente “dueña de la palabra”. Otros dicen que Tenépal significa de piel clara o blanqueada, en una metáfora que alude a sus servicios a los conquistadores blancos.

Uno de los campos centrales de batalla de la historia es la del encuentro y desencuentro de las palabras.

El malinchismo, en la jerga popular, designa aún hoy una claudicación cultural, una defraudación a los propios –aún con sus propios conflictos–, un acto de traición frente al conquistador externo. Pero tal desenlace sólo fue posible por la predisposición del interpelado Moctezuma a la creencia de que aquellos invasores completaban la trama de un relato preexistente cuyo repertorio simbólico lo hacía creíble.

Los indios que informaron por primera vez a Moctezuma, le hicieron saber que los españoles traían consigo una mujer como diosa por cuyo medio les entendían etc.; que no podía ser, sino que fuesen dioses, porque iban en animales extraños, y nunca vistos, y espantábanse, que no llevasen mujeres (sino sólo Marina) que ellos llamaron Malintzin y que era por arte de los dioses el saber la lengua mexicana, pues siendo extranjera, no la podía saber de otra manera etcétera.¹

La interpretación de los fenómenos que gobernaron la vida de los hombres, el despliegue de sus representaciones y significados nunca fue indiferente a las políticas de acumulación, conservación o expansión del poder sobre territorios y sociedades. Se adaptó y se reprodujo como lubricante social de los engranajes económicos que han definido el modo de producción reinante en su tiempo.

Los lenguajes y los sistemas culturales no existen fuera de la historia material de cada pueblo. Se construyen con las épicas de cada tiempo, con sus creencias y con sus mitos. Todos los signos son culturales; la construcción de una subjetividad autónoma se vincula con la capacidad de conocer y producir los códigos de interpretación y formulación. Sin duda el sentido se forma en el sujeto, pero allí están –o no– los archivos de interpretación y clasificación, el repertorio de significantes. Los instrumentos de selección y producción no son, ni lo han sido en la historia, neutrales.

La técnica y la capacidad productiva han formado parte inescindible de este proceso. Han sido portadores también de un código de legitimación, otorgando autoridad simbólica a la traducción de los enfoques y sistemas de representación. Hablamos aquí de traducción no solo como la expresión de una misma cosa en dos lenguas distintas, sino a la réplica de un contenido en un contexto diferente de aquél en que fue concebido. Ni los Dioses fueron nunca equivalentes como tampoco sus intérpretes o representantes, ni la libertad de comercio significó lo mismo en la periferia o el mundo colonial, ni la democracia designa las mismas cosas en uno y otro lado del mostrador.

La producción de los significantes propios, la recuperación del alfabeto de designación, de la capacidad de nombrar y traducir; tal es el desafío poscolonial que interpela a las sociedades de Sudamérica pendientes de indagar en la posibilidad de un destino común.

La historia y la cultura, más allá del legado arqueológico, esperan salir de los museos, recuperar el habla y poder decir lo que aún no han podido decir. Pero deben intentarlo ahora en un tiempo que resignifica su legado, que lo ha convertido en insumo productivo de la industria cultural con megaproducciones que comercializan los

¹ (Somonte, 1969: 17).

vaticinios de su conocimiento ancestral, como las presuntas profecías mayas sobre el año 2012.²

La función de ese patrimonio intelectual y cultural en el propio sistema de signos y representaciones que, mil años después, es manipulado para hacerle decir otra cosa y para someter a sus herederos. Herederos que ya no son los originarios sino sus vencedores, hibridados, mestizados, protagonistas de nuevas síntesis culturales en una América balcanizada por Estados-Naciones que disolvieron las raíces en el mundo poscolonial. El desafío es reconocer el sentido de esos legados, el significado puro del mensaje originario para traerlo a los tiempos presentes, no como nostalgia sino como restitución.

1.1.2 Volver a ser nosotros mismos

“Volver a ser nosotros mismos”, es el lema con que los pueblos originarios de la Quebrada de Humahuaca encienden los equipos de sus radios en las montañas andinas.³ Vuelven a intentar reestablecer el equilibrio cósmico perdido con los signos e imposiciones de la conquista. A rescatarse de una derrota civilizatoria que no logró, sin embargo, borrar los signos de su existencia ni reducirlos a puras mercancías autóctonas en los mercados de artesanos o en los canales arqueológicos de la industria audiovisual. El lema de la historia industrializada por las corporaciones del entretenimiento intentará –como contraparte– utilizar el lema de “volver al futuro”, con relatos de supremacía tecnológica y hegemonía geopolítica. Otra velocidad, otro tiempo, otra vuelta de tuerca en la espiral de la dominación simbólica.

Habitamos hoy tiempos de mediación de los dispositivos, con narrativas que borran las fracturas e imposiciones del pasado, que proponen la percepción cultural de que ha llegado una versión de la historia capaz de ser narrada sin tiempo y sin espacio desde una presunta identidad posnacional cuya subjetividad coincide con el poder productivo de las grandes potencias.

El desdoblamiento del sujeto en la posmodernidad es, en cierto modo, la secuela de esa identidad en disputa: la subjetividad que nace de la pertenencia histórica, social y geográfica, y la nueva subjetividad global que propone otra referencia para reconocerse en el mundo líquido del mercado mundializado. La pregunta es ¿cómo acceder a una ciudadanía-mundo sin reconocernos antes en la Nación, en la ciudadanía nacional?

Nuestra memoria histórica y personal es un espacio ocupado por señales y signos. La función de tales instrumentos es darle sentido, completar con palabras esa práctica que coloca nuestros cuerpos en un lugar y tiempo determinados. Esa presencia nuestra en el mundo social es iluminada por una base de datos que la cultura ha colocado en nosotros. La cultura es examinada por Foucault como vehículo de la historia donde el discurso es colocado como un espacio de significación capaz de configurar al sujeto en la modernidad. El hombre como “vehículo para palabras que existen previamente a él”. En esa perspectiva no hay objetos, solo representaciones. Y en ellas son determinantes las herramientas de designación. El archivo –el repertorio de recursos de enunciación disponibles en una época– es una práctica “que hace surgir una multiplicidad de

² 2012 Film de Roland Emmerich distribuido por Columbia Pictures. La Tierra será destruida en el año 2012, tal como lo predice el calendario maya. Todo comienza años antes, en 2009, con la alineación de los planetas y el Sol. Científicos norteamericanos descubren que el Sol sufre las mayores tormentas solares en la historia de la humanidad, lo que elevará la temperatura del núcleo de la Tierra. De inmediato, retorna a Washington DC, donde informa al presidente de los Estados Unidos (EEUU). En 2010, durante la 36ª reunión del G8, EEUU solicita la colaboración de los países más industrializados que forman el Institute for Human Continuity (IHC) para salvar al mundo. (En portal Wikipedia/2012).

³ Ver p. 79, inauguración de FM Pachakuty.

enunciados ofrecidos al tratamiento [...] haciendo aparecer las reglas de una práctica que permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente”.⁴

Ese archivo es hoy el dispositivo proveedor por excelencia de los recursos de enunciación, de la capacidad de representación simbólica. Pero es necesario rastrear la génesis histórica en que tales sistemas de archivos y sus matrices de interpretación fueron modelando las convenciones que conocemos como historia. Examinar el vínculo entre tales archivos y los sistemas de administración de sus recursos y significados; las técnicas de producción; los medios de comunicación.

Los habitantes originarios de los territorios progresivamente ocupados por los procesos de colonización y exterminio fueron confinados sistemáticamente hacia los márgenes geográficos junto con sus idiomas y representaciones. El poder de nombrar o designar será la primera restricción que el poder impone a los sometidos, como destaca Jacques Derrida en *El monolingüismo del otro*

Toda cultura se instituye por la imposición unilateral de alguna *política* de la lengua. La dominación, es sabido, comienza por el poder de nombrar, de imponer y de legitimar los apelativos. El monolingüismo impuesto por el otro opera fundándose en ese fondo, aquí por una soberanía de esencia siempre colonial y que tiende, reprimible e irreprimiblemente, a reducir las lenguas al Uno, es decir, a la hegemonía de lo homogéneo.⁵

Aquella lengua era extraña en el principio e intentaba sustituir la lengua originaria – como ocurría con el francés en Argelia frente al bereber o con el español frente a los indios americanos–, pero incluso como lengua madre –en su descendencia o dominación– es objeto del conflicto entre las representaciones o traducciones de la mirada que intereses de otros proyectan sobre aquel *nosotros*.

Ahí están los discursos mudos de Teotihuacán, de Chichén Itzá, de Machu Picchu, los códigos de la arquitectura *puuc*,⁶ el Pucará de Tilcara, los dibujos de Nazca, náufragos plenos de signos y discursos, navegando a la deriva en la ruidosa tormenta de la historia. Muñones desnudos de civilizaciones que no lograron traer sus voces vivas desde el mundo cósmico en que las engendraron. Destinos apresados en la cárcel de los tiempos, con puñados de sobrevivientes que rastrean las moléculas de su identidad.

La colonización lingüística funciona entonces como un *switcher*, un interruptor que desconecta al cuerpo y a sus historias de su propia cadena de significación, de su repertorio en la base de datos de su cultura, para reemplazarla por otros archivos que resignifican la práctica.

La función entonces de volver a ser no es –y no puede ser– la regresión del tiempo, sino la recuperación de los archivos que permiten reconstruir el presente con archivos nuevos.

En esa cartografía del tiempo y el espacio, la Coordinadora Audiovisual de Comunicación con Identidad⁷ ubicó su lucha por incluir en los debates de la regulación audiovisual argentina, la posibilidad de recuperar –con nuevas tecnologías de la información y la comunicación– un legado ancestral. Otras culturas originarias de esta América navegan hoy a la deriva a bordo de sus 420 lenguas para salvar su carta de identidad ante el desembarco de las industrias culturales globalizadas. Más de 100 de ellas son transfronterizas, revelando las cicatrices culturales poscoloniales.

⁴ (Foucault, (2008) [1969]: 170-171).

⁵ (Derrida, 1997: 58).

⁶ “Código Puuc”: Arquitectura “cargada de signos y reglas que permiten formular y comprender un mensaje, vinculando a cada individuo con una comunidad más amplia que comparte el conocimiento de su significado”. Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México. 2014.

⁷ Organización creada en 2009 por representantes de 32 etnias para promover la comunicación con identidad a partir de la convocatoria del Equipo de Comunicadores de los Pueblos Originarios.

No se trata de hacer indigenismo desde una perspectiva oportunista o voluntarista, sino de subrayar que lo popular no puede –no debe– prescindir de su raíz originaria y mestiza. Que hay otras prácticas de la comunicación que permiten imaginar un futuro desde la memoria y con el empleo de nuevos artefactos culturales.

La palabra *volver* tiene varias acepciones, pero dos de ellas son: dar vuelta algo o constituir nuevamente a alguien o algo en el estado que antes tenía. Ambas perspectivas parecen útiles para pensar la tarea.

1.1.3 La trama oculta

Desde antes de la Edad Media la palabra saltó de las limitaciones de la proximidad inmediata de la voz y pudo iniciar su desterritorialización mediante el papel. Avanzó en el sentido imaginado por el efecto que el texto producía en el lector y ocupó esos espacios con nuevos significados. Pudo desmaterializarse después en el espacio y ser transportada en el espectro radioeléctrico. Se hizo representación masiva y simultánea con la radio; se reprodujo como sustancia, con la imagen televisiva. No dejó de ser palabra, pero se vistió con un conjunto de atributos que multiplicaron su capacidad de expresión y de significación. La pregunta es si se hizo más transparente o más opaca, más coherente o más confusa, más simple o más compleja. Si en el salto del texto al ordenador o el audiovisual, en el equipaje de sus herramientas simbólicas de transporte de sentidos, modificó la percepción de la realidad, ayudó a su comprensión o, eventualmente, la suplantó.

Información y sustancia, la palabra y sus representaciones pasaron con los tiempos de ser un bien escaso a la superabundancia y la saturación. Conquistó territorios de mil formas, con sangre, con seducción o con engaño. Con diversas estrategias en su expansión, apelando a la alienación o al más puro goce de su despliegue antes de asumir el formato tecnológico que hoy la cobija. Para muchos, su omnipresencia mediática hacia fines del SIGLO XX puede considerarse pornográfica.

[...] este éxtasis sí es obsceno. Obsceno es lo que acaba con toda mirada, con toda imagen, con toda representación. No es sólo lo sexual lo que se vuelve obsceno: actualmente existe toda una pornografía de la información y la comunicación, una pornografía de los circuitos y las redes, de las funciones y los objetos en su legibilidad, fluidez, disponibilidad y regulación, en su significación forzada y en sus resultados, sus conexiones, su polivalencia, su expresión libre [...]⁸

Protagoniza en realidad un doble proceso; mientras se diluye como razonamiento se multiplica como sustancia y como objeto. En ese tránsito la representación pasa del ocultamiento a la exhibición; la pregunta es ¿cuánto más vemos –o sabemos o comprendemos– de la realidad? La palabra es información pero la información muchas veces es interferencia en el sentido. La explosión de las tecnologías de la información y la comunicación en el tramo final del siglo XX resignificó el conjunto de medios disponibles para integrarlos en una ingeniería de representaciones que naturaliza el mundo con la mirada de quienes administran los (nuevos) puertos, las rutas y la plataforma.

Mientras que el texto permitía reproducir la realidad o reconocer la representación de la misma: la abundancia de imágenes amenazó luego con sustituir la realidad, esa que existe porque está allí y es *visible*. La aparente transparencia de la imagen permite olvidar que está frente a nosotros como representación, como una ilustración que ha requerido un desarrollo productivo previo. Aparece como una duplicación que reduce la

⁸ (Baudrillard, 1997 [1987]: 17).

significación de la palabra en el acceso a la realidad. Provoca un nuevo desafío en el sujeto: el de poner a prueba su capacidad de lectura de la representación audiovisual. Entre el entendimiento y el aturdimiento hay un abismo de sentido, que Marc Augé analiza como *pesadilla mítica* que impide distinguir entre bien y el mal, entre los sexos, entre las distintas generaciones, etcétera.

Podemos preguntarnos entonces si no hay un riesgo de una nueva indistinción a raíz de la abundancia de imágenes. Esa abundancia nos remite a una suerte de amenaza mítica. Hay que tener cuidado. Debe haber formas narrativas capaces de poner la imagen a distancia para que la imagen se quede en lo que es, o sea, una ilustración y no una realidad. Los progresos tecnológicos nos llevan a tomar la imagen por algo real. El pensamiento escrito es mucho más articulado y es eso precisamente lo que necesitamos: un pensamiento articulado frente a la cascada de imágenes.⁹

El impacto social y cultural de las nuevas tecnologías durante el SIGLO XX, expandió los efectos que las técnicas de impresión habían producido en las sociedades modernas en particular con la mundialización de la literatura. Los artefactos de producción y reproducción de contenidos industrializaron la información y la cultura. Estas nuevas técnicas –y sus modos de producción– impactaron en el lenguaje social y en el mapa cultural que configura la cosmovisión social; los archivos del sistema de pensamiento que traducen a la mente los fenómenos sociales y materiales. Se convirtieron en hábiles mecanismos para introducir *axiomas en la inteligencia* que naturalizaron la mirada del otro en el propio corpus.

Tales premisas, falsas o verdaderas, resultan siempre en una apropiación subjetiva que termina construyendo un *discurso interior*.

En sus complejas relaciones e interrelaciones [las nuevas tecnologías del lenguaje] configuran una nueva práctica sustancial del propio lenguaje social sobre una esfera de acción que va desde las alocuciones públicas y la representación manifiesta hasta el *discurso interior* y el pensamiento verbal, ya que son siempre algo más que nuevas tecnologías en un estudio limitado. Son medios de producción desarrollados en relaciones directas aunque complejas junto con relaciones culturales y sociales profundamente cambiantes y difundidas: cambios reconocidos en todas partes como profundas transformaciones políticas y económicas.¹⁰

En el trasfondo de su viaje por los tiempos, la tensión permanente ha sido la relación entre la realidad –y sus múltiples enfoques e intereses– y los recursos narrativos – lingüísticos o técnicos– utilizados para designarla. Diríamos que ciertos archivos y códigos de interpretación se impusieron a otros.

En la medida en que existió una disciplina sobre los cuerpos y una coerción de las instituciones, también se cifró el lenguaje de modo tal de impedir una construcción autónoma de la subjetividad. Tales devenires nunca fueron independientes de los instrumentos y artefactos que produjeron, multiplicaron y connotaron su presencia. Cada hombre se reconoce en esta atmósfera cultural que impregna su hábitat.

Los códigos fundamentales de una cultura –los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas– fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá. En el otro extremo del pensamiento, las teorías científicas o las interpretaciones de los filósofos explican por qué existe un orden en

⁹ (Augé, 2011 en *Página/12*).

¹⁰ (Williams, 2000 [1988]: 69).

general, a qué ley general obedece, qué principio puede dar cuenta de él, por qué razón se establece este orden y no aquel otro.¹¹

En esos choques y realineamientos se entrelazan y reacomodan el lenguaje y la cultura. Las coordenadas de la historia se despliegan mediante las avenidas trazadas por la representación hegemónica de la época para argumentar la pertenencia o la inclusión, el centro o la periferia del cosmos, el derecho o la fatalidad. Estamos inmersos en ese río de los acontecimientos y suele decirse que fuerzas superiores (divinas, naturales o geopolíticas) lo han trazado de esa manera. Naturalmente tienden a conservar ese orden, que rechazará las palabras y las representaciones que permitan imaginar otro distinto. La capacidad de dominación reside en la fuerza de un actor respecto de otro haciendo posible que uno imponga la construcción de significado partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían sus acciones.

El poder se ejerce mediante la coacción (o la posibilidad de ejercerla) y/o mediante la construcción de significado partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían sus acciones. Las relaciones de poder están enmarcadas por la dominación, que es el poder que reside en las instituciones de la sociedad. La capacidad relacional del poder está condicionada, pero no determinada, por la capacidad estructural de dominación. Las instituciones pueden mantener relaciones de poder que se basan en la dominación que ejercen sobre sus sujetos.¹²

Tal capacidad –o poder– deviene, en definitiva, tanto de la asimetría en la relación dominador-dominado, como en que –producto de esa desigualdad– se obtiene el consentimiento que hace funcionar la relación subordinada.

1.1.4 La palabra que somos

Un rol central en la construcción de esa desigualdad es el que ocupa el dispositivo tecnológico que socializa tanto los archivos que permiten designar la realidad con palabras, como el repertorio temporal que hace *actual* la realidad y le confiere estado público para ser abordada como tal en la vida diaria.

El acceso a la representación denominada *realidad* ha devenido en un ritual derivado de las prácticas sociales que ha instalado la convivencia con el dispositivo de medios. Podríamos decir que “la comunicación como fenómeno de información es menos significativa que como participación ritual del público”.¹³ Tal es el impacto de la producción de *consenso* de los medios masivos alrededor de las agendas y del denominado sentido común.

En el análisis del lenguaje, como elemento constitutivo y de producción material, Williams dice que se trata de un medio de producción dentro de un proceso productivo:

Es el movimiento en que se produce –a partir de la producción del lenguaje a través de la historia material de la producción de otros recursos y de los problemas de la tecnología y la notación que luego se ven involucrados en ellos, en la historia social activa del complejo que conforman los sistemas comunicativos que hoy son parte tan importante del propio proceso productivo material– donde debe ser hallada la dinámica del lenguaje social: su desarrollo de nuevos medios de producción dentro de medios de producción básicos.¹⁴

¹¹ (Foucault, 2005: Prefacio 5,6).

¹² (Castells, 2009: 33).

¹³ (Alsina, 2005: 46).

¹⁴ (Williams, 2000 [1988]: 55).

La apropiación y manipulación de ese proceso productivo es lo que hace posible la soberanía del nombrar y del decir. Su interdicción supone un despojo y una resignación capaces de someter la propia libertad de pensamiento y la capacidad de aprehender la realidad para el propio beneficio. La clave es encontrar el lugar propio para la interpelación y descubrir el lugar del *otro*; para hacerle decir a nuestro propio lenguaje lo que aún no sabe o no puede decir.

La imposibilidad de acceder a los signos y a los instrumentos que nos permiten dar cuenta de lo propio es algo semejante a la experiencia de los niños que no hablan porque no pueden escuchar, como lo analiza Gustavo Rubinovich en *Conversaciones psicoterapéuticas con personas sordas*. Esa interdicción, esa incertidumbre lingüística, también se produce cuando nuestra recepción está desenfocada del propio interés y de la perspectiva histórica de la comunidad en que se habita.

La desigualdad en la habilidad para servirse de la lengua tiene que ver con la construcción de cada uno como hablantes [...] cuando más capaz se es de nombrar lo que se vive, más apto se será para vivirlo, y para transformarlo. Mientras que, en el caso contrario, cuando se carece de palabras para pensarse a sí mismo, para expresar la angustia, el valor, las esperanzas, no queda más que el cuerpo para hablar; ya sea el cuerpo que grita con todos sus síntomas, ya sea el que ejerce la violencia como solución.¹⁵

El punto es que no hay palabra fuera del universo social, económico y político que la produce y la reproduce. Y no hay cultura que no establezca una jerarquía de valores e intereses que prefiguren la trama de su gestación, reproducción y consumo. La lengua entonces no se despliega solamente como pura sintaxis y ortografía, sino sobre todo como un conjunto de prácticas que regulan nuestro modo de ser y de habitar el mundo. El fin de la modernidad y el surgimiento de relaciones materiales y sociales disueltas en el *mundo líquido* (Bauman, 1999) propone una interpelación de las sociedades desde la capilaridad de las terminales personales que transportan la información personal o estandarizada como relato noticioso o de intercambio social, unidos por el consumo instantáneo de bienes de mercado.

Formas de la sociabilidad y el intercambio que introducen otros signos en lugar de palabras y que también emplean –paradójicamente– cada vez más los símbolos o dibujos que representan emociones (emoticones) antes que el mismo alfabeto, en un proceso donde la palabra se va despojando de su sentido y profundidad. El individuo y la multitud se despegan del territorio histórico, material y se encuentran así, no en la proximidad física de las calles, plazas públicas, sino en el espacio radioeléctrico, en la pantalla, en la *nube*; en el no lugar de la mediación electrónica.

No pensamos, por lo tanto, desde una geografía o un lenguaje sin historia, sino desde las coordenadas geográficas y de época en que producimos el análisis: en nuestro caso el suelo (sud)americano de la Argentina de la segunda década del SIGLO XXI.

Hacia fines del SIGLO XX, con mucha más imbricación productiva y empresarial que nunca antes en la historia, la alocución global se convirtió en un fenómeno de masas, en causa y consecuencia de un mercado de escala planetaria, que narraba a los pueblos del sur un mundo ajeno. Tales disociaciones han sido y son moneda corriente en los reclamos de los pueblos de América frente a las imposiciones discursivas del poder económico y las percepciones reales de millones de ciudadanos estafados en la lectura de sus problemas.

Pero es necesario abordar la profundidad del problema para evitar quedarse en la denuncia de su apariencia. Muchas contraculturas o discursos de rechazo al sistema

¹⁵ (Petit, 1999: 68).

suelen terminar como ornamentos exóticos del propio orden dominante ya no para desmarcarse sino –como bien lo advertía Umberto Eco en 1967 – para legitimarlo.

Ciertos fenómenos de *contestación de masa* (hippies o beatniks, new bohemia o movimientos estudiantiles) nos parecen hoy respuestas negativas a la sociedad industrial: se rechaza la sociedad de la Comunicación Tecnológica para buscar formas alternativas de vida asociativa. Naturalmente, estas formas se realizan usando medios de la sociedad tecnológica (televisión, prensa, discos...). Así no se sale del círculo, sino que se vuelve a entrar en él sin quererlo. Las revoluciones se resuelven a menudo en formas pintorescas de integración.¹⁶

La creación del lugar, como contexto material y simbólico, es quizás uno de los desafíos epistemológicos a resolver en las nuevas condiciones de la comunicación. Poder nombrarlo desde nuestra propia lengua, descartando los avatares¹⁷ que propone la globalización con su virtualidad semiótica, es uno de los desafíos de la época. Se necesitan fórmulas originales para navegar en el actual mundo virtual sin repetir *pintorescas formas de integración*.

1.1.5 Entre el signo originario y el signo digital

Una nueva era de la relación con el texto empezó con la expansión de Internet y con el salto de la palabra hacia el nuevo soporte, la pantalla. Es otra migración que no supone desplazamiento territorial, va de la tela o el papel a una pantalla, creando otras percepciones y relaciones con el texto. Pero el contenido que nos interpela del otro lado de la pantalla, con su fluidez, con su movilidad, con su luminosidad, con su enunciación multitextual, con su virtual interacción, con su automatismo, pertenece a un sistema productivo que interviene en la economía global concentrando sus recursos financieros a medida que se expande nuestra práctica tecnológica.

La perspectiva del *by pass* tecnológico de las grandes corporaciones en relación con su despliegue audiovisual ha sido abordada en *La batalla de la Comunicación*¹⁸ y en diversos trabajos que indagaron sobre los caminos de la concentración mediática. Los Estados Unidos procuraron con la distribución digital un atajo para resolver molestas políticas proteccionistas como las europeas y de otras latitudes respecto de sus bienes culturales y lingüísticos. En el Congreso Mundial de Telecomunicaciones (UIT, Buenos Aires, 1994) Estados Unidos auspició una “infraestructura mundial de información” a fin de “crear una red de información por todo el planeta que transmita mensajes e imágenes a la velocidad de la luz desde la ciudad más grande hasta el pueblo más pequeño de cualquier continente”. Sin aduanas nacionales, claro está.

La ampliación de mercados requiere –al igual que la retórica civilizatoria o religiosa de la conquista colonial– la puesta en escena de acciones y discursos que *humanicen* la expansión. Que la ofrezcan como salto educativo, civilizatorio, de progreso social.

El mercado ha tenido la astucia de postularse como un ágora global de igualdad con similares posibilidades para todos. Incluso de promocionar la usabilidad *rebelde* de los nuevos dispositivos especialmente en hechos como las movilizaciones convocadas por mensaje de texto en la reacción popular española luego de los atentados del 11-M en Madrid (2004) o la rebelión vía Facebook en la *Primavera Árabe* (2011). Excepciones que no desmienten el hecho global sobre la propiedad de los dispositivos y de sus

¹⁶ En internet y otras tecnologías de comunicación modernas, se denomina avatar a una representación gráfica, generalmente humana, que se asocia a un usuario para su identificación. Los avatares pueden ser fotografías o dibujos artísticos, y algunas tecnologías permiten el uso de representaciones tridimensionales. [http://es.wikipedia.org/wiki/Avatar_\(Internet\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Avatar_(Internet)).

¹⁷ (Eco, (1999 [1967]: 144).

¹⁸ (Lazzaro, 2010).

aplicaciones militares y financieras a manos de corporaciones afincadas en el norte, motores de un sistema global que ha auspiciado las dictaduras y autocracias (incluyendo las financieras occidentales, árabes, islámicas y latinoamericanas) en todo el mundo.

El relato occidental sobre la periferia se recicla ahora mediante el discurso de la alfabetización digital. *The Wall Street Journal*, portavoz de la hiperconcentración mediática global y trofeo del imperio Murdoch, reproduce el imaginario de acceso africano al progreso mediante el suministro de artefactos en el marco del programa “Un *kindle* [laptop] por niño”, una representación recurrente de la metrópoli sobre el resto del mundo.

La Escuela Humble (Mukomo, Uganda) –informa el periódico– cuyos estudiantes son niños necesitados en una parte de África arrasada por la pobreza y el VIH, está en la vanguardia de un esfuerzo para reinventar con tecnología los programas de alfabetización en el mundo en vías de desarrollo. La premisa es que la nueva ecuación económica de la edición digital podría lograr que haya más y mejores libros en aulas como la de Opio (el maestro ugandés de la crónica).¹⁹

Estos programas son parte de los experimentos del Laboratorio Multimedia del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), dirigido por Nicholas Negroponte, que postula el sofisma liberador de las laptops para los niños pobres de la periferia. Desde sus inicios, el programa ha repartido alrededor de tres millones de portátiles en 40 países. Los ordenadores se han distribuido en colegios de Perú, Gaza, India o Kenia y los responsables han descubierto que un niño pobre puede encender y manipular una tableta. El equipo del MIT se ha valido de la siguiente pregunta de investigación: “¿Podemos darles una herramienta para leer y aprender sin tener que darles colegios, profesores y libros de texto?”.

A través de estos soportes, los niños ugandeses o peruanos emplearían Worldreader para acceder a librerías virtuales como Amazon.com. Nada más alejado de su propia identidad. Es más, con esta receta podrían evitarse incómodas sociabilidades locales – como colegios, libros y profesores– que pueden ser portadores sanos de la propia cultura. Las bibliotecas del capitalismo global seguramente carecen de las fórmulas para alejarse del neocolonialismo que ahora intenta *civilizar* a las sociedades que antes esclavizó.

Se trata de reapropiar la comunicación y el lenguaje en sentido amplio como instrumento de construcción social de la especie humana. El reconocimiento de su trascendencia universal supone que expresa también relaciones de poder y que requieren por lo tanto reclamar un orden de mayor equidad, que permitan el acceso al otro desde la propia subjetividad. Y ello entraña un proceso de autoreconocimiento, de indagación profunda de la propia identidad y de los cursos de la historia social. En el sentido de Bajtin, en tanto que “la verdad no nace si se encuentra en la cabeza de un solo hombre, sino que se origina entre los hombres que la buscan conjuntamente, en el proceso de su comunicación dialógica”.²⁰ Esa relación, para funcionar como una construcción genuina, debe estar despojada de toda subordinación. Debe reconocer al *otro* como requisito para distinguir la trama de intereses que constituyen la diversidad en que se configura la propia identidad.

Disputar la palabra –aún en la era digital, o con más razón a causa de ella– es entonces, también, poner en debate el dispositivo de producción y de reproducción. Un camino que Sudamérica, y la Argentina en particular, intentan recorrer a la hora de instrumentar una salida a la bancarrota económica y política de la década neoliberal de 1990. La redistribución de la palabra, en tanto capital monopólico acumulado en sus nuevas versiones tecnológicas por el mercado en ese período, fue uno de los insumos centrales

¹⁹ (Fowler y Bariyo, 2012, en *The Wall St. Journal*).

²⁰ (Bajtin, 1994: 236).

de la nueva agenda política de la democracia. Implicó, entre otras cosas, la discusión y adopción de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (2009), que incluyó también un capítulo de Comunicación con Identidad, reclamado por comunidades originarias.

1.1.6 El acto inaugural de lo imposible

Los pueblos originarios de la Argentina participaron de la lucha por un nuevo estatuto de derechos en materia de comunicación y fundaron la necesidad de contar con sus propios instrumentos, asumiendo la imposición castellana pero tratando de hacerla hablar de otra forma:

Si bien la lengua original no es utilizada para la comunicación cotidiana con el universo exterior, en la comunidad internamente se conserva la lengua original ya que es la forma de transmitir a las nuevas generaciones la historia y costumbres, aunque sería utópico creer que el mundo exterior reemplace la castellana, creemos que este código puede extenderse en nuestro espacio intercultural a partir de difundirla en un contexto cultural-artístico en primera instancia con exclusivos hablados y traducidos con un contenido artístico y/o entretenido como programas de participación de preguntas y respuestas, concursos, juegos, etc. Respetando siempre su estructura cultural, aprovechar los eventos sociales más tradicionales como el carnaval o fiestas patronales, para luego extenderla a la participación externa proponiendo la participación y el desafío de integrarse.²¹

Sería el caso de Malinche pero al revés: la cultura originaria ofrece traducirse para que podamos compartirla como práctica intercultural.

El punto de partida de cualquier diálogo requiere, como condición previa, la propia identidad y la autonomía del decir. Este es el punto de partida que toma el Pueblo Ocloya, de Jujuy, en su proyecto de comunicación: es el de su reconocimiento lingüístico y cultural para establecer el diálogo intercultural. Ese punto de vista en los proyectos regionales, populares, de poblaciones rurales o de comunidades ancestrales se abordará más adelante desde el discurso de sus protagonistas.

No se trata de negar la dominación –tanto colonial como en la modernidad– como un hecho histórico que impuso una lengua y una idea de *Nación*, sino de afirmar o reconocer la diferencia dentro de ella. Aún más, de pertenecer a una comunidad poscolonial y multicultural conociendo las huellas de la propia identidad.

El Equipo de Comunicación con Identidad, con representantes de 32 comunidades que hablan 14 lenguas en Argentina, propuso construir un modelo propio de comunicación. No dudaron en citar en su libro de formación y capacitación de comunicadores a la letra de una canción del grupo puertorriqueño Calle 13: “Hay que moverse, hay que asumir el rol, como los planetas giran alrededor del sol. La misma órbita, diferente velocidad, desafiando la ley de gravedad”.²²

La Comunicación con Identidad con el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, es asumida por este movimiento de pueblos originarios como una necesidad de los hombres y mujeres indígenas “desde una perspectiva de desarrollo integral con derecho [que] contribuye con la mayor pertinencia y realidad en lo referente a las argumentaciones y autorepresentaciones sólidas y legítimas de los propios pueblos indígenas”.²³

²¹ Comunidad Aborigen *Los Chorrillos* Pueblo Ocloya – Dpto. Tumbaya – Jujuy. Fundamentos del proyecto presentado ante AFSCA para una FM en la comunidad.

²² “Todo se mueve”, Calle 13. Conjunto de música hip hop y reageton de Puerto Rico.

²³ (Coordinadora de Comunicación Audiovisual Indígena en la Argentina, 2012).

El conflicto entonces habita también dentro de nosotros (en lo individual y en el desafío organizativo). La lucha de intereses del sentido por encontrar su centro y establecer su lugar de referencia; aquella fórmula discursiva o de representación que expresa nuestro propio espacio en el mundo y que intenta abrirse camino entre la maraña de signos que integran nuestro repertorio, pero que nos son ajenos. O que han sido contruidos dentro nuestro como expresión de una estrategia ajena. Dice Hommi Bahba:

La diferencia lingüística que conforma toda performance cultural es dramatizada en la común rendición de cuentas semiótica de la disyunción entre el sujeto de un enunciado y el sujeto de la enunciación, que no es representado en la afirmación pero que es el reconocimiento de su inserción e interpelación discursiva, su posicionalidad cultural, su referencia e un tiempo presente y un espacio específico.²⁴

Como en el texto de Calle 13, se debe asumir el rol y las diferencias de velocidad en la gravitación frente a la cultura dominante.

El esfuerzo de reapropiación será, entonces, inevitable a la hora de imaginar un camino propio. Un escenario que supone el conflicto con la palabra dada que *nos habita* con sus leyes y sentidos para reapropiarla de manera tal que sea capaz de decir otra cosa; algo que nunca imaginó que podría decir. Alguna forma de poder resignificar el concepto que habita en nosotros, de mover los códigos de su interpretación y sentido. El escritor y lingüista argelino lleva entonces las cosas hasta la frontera, fuerza la fórmula hasta pedirle que haga un giro más: “Hagámosle decir lo que no sabe querer decir, dejémosla decir otra cosa todavía”.²⁵

Ya no se trata de la lengua *otra* del dominador sino de la apropiación de la propia lengua para que no pueda contar –o deje de hacerlo– su propia historia desde el interés del dominador. La alienación del sentido de Nación para reducirse a la simbología que confunde las insignias con la patria está en el corazón de esta colonización de los sentidos, y que requiere profundos ejercicios de resignificación. Durante el SIGLO XX Latinoamérica pudo mantenerse al margen de las guerras globales que disputaron la distribución de recursos geopolíticos y humanos en el mundo. Pero padeció el neocolonialismo, las secuelas de la Guerra Fría y la epidemia del neoliberalismo que significaron, en todos los casos, la introducción de lógicas e intereses guiados desde las economías centrales.

Saber si somos –o no–, o en qué medida somos, occidentales, (indo)americanos y del sur es parte de la construcción referencial.

Autores como María José Vega acuden a Franz Fanon para hacer notar que la colonización también es un proceso de doble vía que impacta no solo en el colonizado sino también en el colonizador. También el colonizador desea mirarse y percibirse a sí mismo desde ese lugar, desde el punto de vista del nativo. Dice Vega:

La relación colonial entraña la disolución del discurso occidental mediante su continua e inevitable interpretación en un medio social, religioso y cultural diverso. No sólo, pues, el colonizador construye discursivamente al colonizado –como habría dicho Fanon–, sino que también el colonizado construye al colonizador, o éste se construye a sí mismo asumiendo la imagen de sí que procura la adopción del punto de vista del colonizado.²⁶

Las grandes transformaciones históricas, los procesos emancipatorios, requieren para formularse de la revisión crítica de la historia frente a la versión entronizada por los poderes dominantes. Tal ejercicio supone una contracorriente ante la supremacía ideológica del poder establecido. Un contrasentido frente a la estructura de reproducción

²⁴ (Bhabha, 2007 [1994]: 57).

²⁵ (Derrida, 1997: 56-58).

²⁶ (Vega, 2009: sitio web).

ideológica o los famosos *aparatos ideológicos* (Althusser, 1971) que tomaban el concepto marxista de superestructura.

O lo que más próximo en tiempo y geografía, Aníbal Ford caracterizó como el “aparato de conocimiento hegemónico”. Cambiar la clave de lectura y significación, proponer otros códigos de interpretación. Tareas que se convierten en instrumentos centrales de cualquier proceso de cambio.

Este lúcido pensador nacional, que no dejó de indagar y de buscar en los actos simples del pueblo los códigos de la resistencia cultural, descubre la necesidad de revertir los mecanismos de *interrupción* o *interferencia* que nos alejan de la verdadera identidad.

Nuestra identidad no es, tal vez, otra cosa que esa operación de manejar información, de revertir los mecanismos de interrupción, interferencia, expropiación, tanto actuales como históricos, tanto hacia adentro como hacia afuera, desde nuestras necesidades, desde nuestro pueblo, desde nuestro país y nuestra historia concretos. Y respetando, trabajando desde, todas sus formas y estrategias de saberes, de comunicación, de elaboración de la realidad, de proyecto, de felicidad.²⁷

El punto de enunciación y los recursos para producir y distribuir el habla son, entonces, los datos principales como objeto de indagación.

En las fronteras, donde se intercambian, se trafican, se traducen y se imponen los bienes y servicios de cada universo cultural están las palabras y están los medios con sus melodramas, ritmos pegajosos y noticieros. En esa fricción e impureza, en esa asimetría de sistemas productivos y formas de representación se gesta un santo y seña de la vecindad, sobre el diálogo de la diferencia y muchas veces, sobre la hegemonía de unos sobre otros.

Se trata en suma de identificar los archivos que no nos pertenecen —o que expresan una enunciación ajena en nuestro propio discurso— y revertir “la incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos [que] ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país” como señaló y practicó Arturo Jauretche,²⁸ uno de los padres de la práctica y la literatura crítica del neocolonialismo en la Argentina.

A esa nueva clave le corresponderán ahora también y en forma simultánea el despliegue de otras técnicas, pues van mutando los artefactos de que se vale la construcción de sentido. Pero lo primero es encontrar la alocución interior del *otro* dentro de la propia matriz de pensamiento, no para disolverla sino para reconocerla.

1.1.7 Representar es apropiar

Muchas veces, el sentido de pertenencia, como la historia, está transferido. La construcción del sentido de la pertenencia a esa idea en permanente ebullición ha sido tarea de las políticas educativas gubernamentales y de la representación cotidiana familiar según las hegemonías sociales, económicas y políticas que han conducido la circulación de sus matrices desde la gestión del Estado y de los aparatos reproductivos de la visión dominante del poder.

La idea de patria se solapa a veces con la representación parroquial construida sobre el imaginario de las convenciones históricas aceptadas colectivamente por una Nación, aunque muchas veces sólo exprese el interés de un sector. La reminiscencia del pasado construye una pertenencia y una identidad, que esconde, sin embargo, un contrapunto de intereses en la selección de los archivos necesarios para abordarla. En su intento por hilvanar un sentido coherente de la mirada histórica con los intereses propios, Scalabrini Ortiz decía que la patria solo existe cuando cada uno siente que es “una partícula de la

²⁷ (Ford, 1987: 35).

²⁸ (Jauretche, 2002 [1957]: 159).

historia que pasa por él” y se proyecta en un futuro imaginable donde la existencia cobra sentido. Reside sobre todo en la certeza de un destino común compartido y de la resignificación que ese futuro proyecta sobre la memoria histórica.

Desde la percepción del lugar en el mundo hasta la representación de relaciones de poder están expresadas en el poder narrativo; eurocéntrico y occidentalizado en nuestro caso, a la hora de edificar una secuencia de etapas de la humanidad en lo que llamamos historia. Esa misma construcción se sustentó en una situación subordinada de nuestro lugar en el mundo, vinculada con la descripción cartográfica de la distribución de tierras y mares sobre un mapa.

Representar el mundo es también representar órdenes y jerarquías que gobiernan sus relaciones. En 2014, el Ministerio de Defensa de la Argentina presentó una proyección cartográfica propia (*Planisferio Aitoff*) diseñada por el Instituto Geográfico Nacional con un planisferio invertido que enfatiza la inmensidad de los océanos entre los brazos erguidos de América del Sur y del continente africano, que se alzan como buscando la Antártida. Llama la atención la perspectiva irrelevante de Europa en los bordes de la esfera achatada.

La elección de una proyección cartográfica –dice la presentación del trabajo– refleja una problemática filosófica en torno a los modos de representación social y su relación con el poder.

Todo representar es un apropiar. La representación del territorio desempeña un papel central en la estructuración de las identidades colectivas. Las construcciones simbólicas realizadas sobre el espacio, transmitidas entre generaciones, operan como una de las herencias principales para la continuidad de ciertas formas de sociabilidad, el modo de comprender el mundo y el lugar que en el mismo ocupa un determinado colectivo social.²⁹

Se recupera aquí la indagación empírica y las reflexiones de Ford alrededor de la geopolítica del territorio y de su contraparte cultural y comunicacional como insumos imprescindibles para pensar la autonomía. Al situar el territorio y sus circunstancias geográficas y humanas, Ford también propone modificar las formas de representar nuestra pertenencia.

Subyace la hipótesis de que nuestra problemática geopolítica, del territorio, de la administración de recursos, de la integración nacional, necesitan también de su exploración desde el lado de la comunicación, la cultura y la información para no quedar reducidas al ámbito económico y tecnocrático. Las múltiples relaciones que tienen los hombres con su territorio son un tema central en la búsqueda de la autonomía nacional; es decir son un tema político cultural y no solo técnico.³⁰

En tanto investigador, comunicador y ensayista, Aníbal Ford ha sido también geógrafo y profundo entendedor de esa imbricación entre el territorio, la lengua y la identidad. “Busco un río. Un río que se tragó el desierto y que ahora ha vuelto a revivir”, cuenta en una de sus aventuras aéreas tratando de entender el tejido de “la compleja trama de la conciencia territorial, como conciencia del territorio historizado por argentinos mediante el trabajo, la exploración, el conocimiento”.

Entre los fantasmas de una escuela rural, Ford ve pasar fantasmas de puesteros, indiadas, viajeros, cautivas, payadores y se imagina:

El épico atropello de la indiada de Yanketruz o el sigiloso andar de Bairoletto; como si en algún médano alto o en algún meandro del río se aparecieran las figuras

²⁹ (Rossi *et al.*, 2014. Introducción).

³⁰ (Ford, 1987: 12).

escudriñadoras de Velazco, de Olascoaga o del cirujano Day o se oyeran en un asentadero los quejidos de la raza que al perder el río perdió todo y que cantó: “ya están en Chadilevú/nuestro río/Ay dolor/de que vale tener lanza/” o como por si debajo de todo esto se sintiera constantemente, la labor de aquel telegrafista de Algarrobo del Águila que, un día de agosto de 1947, le pidiera al presidente Perón, pasando por arriba de todas las jerarquías que no abandone la zona, porque el corte de los ríos había llevado a su pueblo a una situación de profunda tristeza.³¹

Es así como se teje la conciencia nacional no solo como historia “sino también como substrato fundamental de las políticas, los planes, las decisiones que deben alimentar a un verdadero proyecto nacional”. En esa hibridación cultural del territorio con su anclaje humano y social se construye la perspectiva de la mirada propia, esa que es irremplazable para saber quiénes somos en relación con los demás. Pero esas descripciones y narrativas tienen que poder verse y escucharse para formar la trama invisible que organiza la vida.

En nombre de aquella ocupación territorial como razón de Estado se consumó uno de los mayores genocidios que fundan la idea de la Nación. Es la nacionalidad que invocó como razón de estado el sable de Julio A. Roca en la Conquista del Desierto para construirse discursivamente “como las pirámides de Egipto y el poder de los imperios, a costa de la sangre y el sudor de varias generaciones” en el mapa de la Argentina que conocemos.

Hay entonces fronteras culturales y recortes de la información y la comunicación que integran una geopolítica de la representación nacional sobre la cual es necesario – también– pensar la política. La vieja idea de la ocupación territorial o de la *población* como sinónimo de soberanía y gobernabilidad deviene ahora en el desafío de habitar simbólicamente el territorio, administrando la capacidad de producción (medios) de contenidos nuevos y locales.

Territorio y contenido se necesitan entonces para explicarse mutuamente a través de las prácticas sociales y culturales en condiciones históricas determinadas, con la capacidad de distinguir al bárbaro en el dominador y no en el dominado.

1.1.8 El lugar de las palabras y las palabras del lugar

El principio de poder de las palabras –dice Bourdieu– reside en la complicidad que se establece, a través de ellas, entre un cuerpo social encarnado en un cuerpo biológico, el del portavoz o vocero, y cuerpos biológicos socialmente educados a reconocer sus órdenes, sus exhortaciones, sus insinuaciones o amenazas. Éstos son los *sujetos hablados*, los fieles, los creyentes. Es todo lo que evoca, si se reflexiona, la noción de *esprit de corps*: fórmula sociológicamente fascinante y aterradora.

Las palabras expresan perfectamente la gimnasia política de la dominación o de la sumisión porque son, con el cuerpo, el soporte de montajes profundamente ocultos en los cuales un orden social se inscribe durablemente.³² Ese mercado lingüístico reproduce las relaciones económicas de una sociedad y por lo tanto, cualquier opción frente a él necesita abordar las reglas del intercambio económico que lo administran y regulan.

Es claro que, en tanto el propio lenguaje es expresión de un modo productivo –el valor de las palabras y su circulación en una economía y una historia–, todo el sistema de representaciones y sus formas de producción se somete a esas lógicas económicas. Además ahora, la abundancia global tiende a la asfixia de lo local, influyendo en sus discursos y modos de producción, que reproducen las tendencias en lo social y cultural.

³¹ (Ford, 1987: 104-105).

³² (Bourdieu, 1982: en *Liberation*).

Palabras y dibujos, entonces, nos constituyen; en la tierra pero sobre todo –virtualidad digital mediante– en la *nube*, donde se articulan ahora las relaciones humanas en los tiempos de internet, espacio que reconfigura las nociones de acceso y circulación. El surgimiento de una dimensión transnacional de comunicación de datos, voz e imágenes en tiempo real sin otro requisito que un dispositivo tecnológico marca, sin dudas, un cambio radical en las perspectivas de la emisión y la recepción de contenidos. Es un salto antropológico para la información y la cultura.

El lugar, como la sociedad que lo habita, son creaciones históricas, únicas. No pueden escindirse y se necesitan más cuanto más se despliega la globalización. Se aferran más a la morfología, a la naturaleza, a la idiosincrasia, a la historia, para explicarse. Lo local no designa solo lo ancestral. Es la madeja de relaciones de una comunidad, el producto cultural de sus vinculaciones y representaciones, más allá del tiempo histórico en que es producida esa identidad local.

En este tiempo de saturación, de artefactos multitextuales *productores* de realidad, los acontecimientos escapan del espesor histórico y se muestran como narraciones esporádicas, desconectadas en el tiempo y en el territorio. Recorren un temario de noticias fugaces, inconsistentes, reiterativas, articuladas generalmente por series temáticas. La sobreabundancia informativa es directamente proporcional a su valor económico (de producción o consumo), con independencia de su significación histórica y social. Para pensar la historia y su sentido hace falta espesor, repertorio, designaciones, referencias, proyección. El problema ya no es, solamente, aquello escondido, privado de su conocimiento, sino lo que se esconde en la abundancia; la asfixia de lo visible.

Es este uno de los rasgos del salto productivo y cultural de la *llamada Sociedad de la Información*. La postulación extraterritorial de la red (internet) y su asociación atemporal con un no-lugar de circulación de informaciones, fortalecen la negación del lugar y de lo local como fuentes de conocimiento e identidad. Desconocer lo local también desconocer la naturaleza, la historia y las personas que, al pertenecer a un territorio, forman una comunidad única y exclusiva.

Todo análisis debe tomar en cuenta las maneras en las que la circulación global del capital, el conocimiento y los medios configuran la experiencia de la localidad, subraya Arturo Escobar. La perspectiva epistemológica del eurocentrismo necesita negar el despojo colonial. En la medida en que los cambios en la economía política global se vuelquen hacia concepciones distintas de lugar e identidad, la relación lugar/poder/identidad se hace más complicada.

El dominio del espacio sobre el lugar ha operado como un dispositivo epistemológico profundo del eurocentrismo en la construcción de la teoría social. Al restarle énfasis a la construcción cultural del lugar al servicio del proceso abstracto y aparentemente universal de la formación del capital y del Estado, casi toda la teoría social convencional ha hecho invisibles formas subalternas de pensar y modalidades locales y regionales de configurar el mundo.³³

Esta negación del lugar –dice el autor– tiene múltiples consecuencias para la teoría –desde las teorías del imperialismo hasta aquéllas de la resistencia, el desarrollo, etc.– que pudiesen ser exploradas mejor en el ámbito ecológico. Su consecuencia será “la invisibilidad de los modelos culturalmente específicos de la naturaleza y de la construcción de los ecosistemas”. También vale esta perspectiva para las comunidades humanas.

³³ (Escobar, 2000: 246).

La deslocalización narrativa que los dispositivos de *producción de realidad* generan frente a la práctica diaria, es la raíz de las fracturas o desdoblamientos que los sujetos tienen frente a lo cotidiano, alejándolos de la noción de ciudadanía.

La predominancia de los dispositivos de medios como grandes unidades productoras de sentido histórico y social ha sido determinante –en particular en las últimas décadas del SIGLO XX– para la instalación de pautas culturales globales, atadas al interés de los poderes financieros y de las grandes corporaciones en el hemisferio norte. De la mano de esos emporios fue posible colonizar la subjetividad de sociedades enteras que asistieron al desmantelamiento del Estado de bienestar, a la pérdida de sus estructuras productivas, los recursos naturales y a la desprotección social mediante la instalación de una cultura de la conformidad, del individualismo o de la resignación fundada en la premisa de que la historia no tenía otras cosas para decir.

Como advierte Jean Baudrillard en *El otro por sí mismo*, ya no es la obscenidad de lo oculto, reprimido, oscuro, “[...] sino la de lo visible, de lo demasiado visible, de lo más visible que lo visible, la obscenidad de lo que ya no tiene secreto, de lo que es enteramente soluble en la información y la comunicación”.³⁴

La historia –como vimos– tiende puentes que transportan la identidad y la memoria de los símbolos y las palabras que representan la subjetividad en gestación, la autonomía del pensamiento. Esos hilos conductores atraviesan la historia, la cultura y las estrategias de resistencia en cada tiempo. Y deberán confrontarse con la trama cerrada de una lengua única, con la voz de un “aparato de conocimiento hegemónico” (Ford, 1987) que ha integrado el interés de los grupos de poder locales, transnacionales y de ultramar bajo un dispositivo productor de una única forma de pensar. Constituye lo que podríamos denominar la *matriz dependiente* que realiza, casi en automático, la selección de interpretaciones del discurso.

En ese contexto se problematiza el abordaje de la palabra como vehículo de intercambio, como insumo de las prácticas sociales, en un escenario en que se han desplazado las preguntas y las respuestas anteriores han cambiado de lugar o de sentido. Los cambios del sistema productivo global afectan al lenguaje como medio de producción del lugar en el mundo. Abordar entonces las condiciones de producción de la propia referencia conduce, por lo tanto, a problematizar la comunicación como política. Tanto como sustancia productora de un esquema de representación de lo ciudadano-popular, como de la posicionalidad del sujeto en relación con la esfera pública y gubernamental. Las políticas productivas, en las industrias de la representación, y los aparatos distributivos y de consumo resultan aquí objetos de consideración fundamental para imaginar nuevos caminos. Algunos de estos desafíos y respuestas serán abordados más adelante.

Recuperar el lugar como punto de enunciación, como lugar de partida del discurso –más allá de sus condiciones de producción material– debe ser objeto de políticas. Éstas deben situar también a un interlocutor del otro lado y dotarlo de la capacidad histórica de poder interpelar y significar de manera diferente esa producción. Este es el sentido de las cuotas de producción –propia, local, nacional, etc.– que determinan la ciudadanía de ambos –emisor y receptor– mediante una política audiovisual del lugar. Esa disputa de contenidos propios, locales y nacionales –como lo establecen diversas legislaciones sobre radio y televisión– es un valor estratégico para pensar la Nación.

Chris Barker destaca que “la unidad de la Nación está construida de forma narrativa, y así los relatos, las imágenes, los símbolos y los rituales representan significados de ser Nación ‘compartidos’. La identidad nacional es una representación constitutiva de experiencias e historias compartidas, contada a través de relatos populares, la literatura, la cultura popular y, por supuesto, la televisión”.³⁵

³⁴ (Baudrillard, 1997: 14).

³⁵ (Barker, 2003: 121).

La política cultural puede ser una nueva descripción del mundo en que vivimos, nuevos lenguajes como guías para la acción y la práctica social. Una lucha por producir nuevos lenguajes y por oírlos y aceptarlos como *verdaderos*; tal es el ámbito de la política cultural que, al disputar la trama invisible que organiza la vida social, disputa el poder. Una reapropiación del lugar como forma de espacio vivido, productor de identidades y espacio de construcción de mundos culturales engranados con ambientes específicos, “exige reconocer la localización de una multiplicidad de formas de política cultural, donde lo cultural se vuelve precisamente político”, destaca Valderrama citando a Escobar.

Una reapropiación del lugar como forma de espacio vivido, productor de identidades y espacio de construcción de mundos culturales engranados con ambientes específicos, exige reconocer la localización de una multiplicidad de formas de política cultural, donde lo cultural se vuelve precisamente político [Escobar, 2005: 176], hasta el punto de que luchas históricas duraderas (como las de los indígenas y los afrodescendientes) ligadas a territorios, a derechos, a factores étnicos y a la defensa de la biodiversidad, conducen a construir el lugar como un proyecto de crítica radical al poder.³⁶

La constitución de una identidad nacional es entonces –como describe Chris Barker– *una operación de selección de significados* sobre un universo disponible, previamente producido.

Las investigaciones sobre las identidades no entregan un conjunto de rasgos que puedan afirmarse como la esencia de una etnia o una Nación, sino una serie de operaciones de selección de elementos de distintas épocas articulados por los grupos hegemónicos en una narración que les da coherencia, dramaticidad y elocuencia. Los datos sobre acontecimientos fundadores, por ejemplo las batallas que dieron origen a una Nación y permitieron fijar los límites de su territorio, han sido seleccionados y combinados por relatos que se enuncian desde posiciones particulares.³⁷

El complejo cultural y el sistema de medios de comunicación cumplen aquí el rol determinante a la hora de producir subjetividad. Desde una mirada regional, el nuevo pensamiento –local, regional y sudamericano– necesita abordarse también desde la gestión de las herramientas que seleccionan, producen y distribuyen sistemas de reconocimiento. Requiere tanto la diferencia como la síntesis para producir nuevos sitios –hacia atrás y hacia adelante– de enunciación histórica.

1.1.9 Volver a nombrar las cosas

La *matriz dependiente* ha requerido en su transcurso de archivos de interpretación que naturalizaron el lugar de la exclusión. Todo cambio requiere reformular la palabra para convertirla en herramienta de autonomía. La reapropiación de esa lengua para renombrar –como ejercicio de soberanía cultural– la propia historia y la propia realidad debe ser un instrumento fundamental en la constitución de la identidad de las sociedades actuales.

La literatura de la periferia en muchas de las naciones que padecieron la ocupación territorial y que luchan por recuperar su identidad es una referencia fundamental para aproximarnos a la reflexión que se intenta en este trabajo. El ejercicio de la memoria, de la recuperación de la palabra vivida –no solo la dada–, la reconstrucción de ese hilo conductor que nos vincula con las raíces y con la identidad profunda de la Nación es el desafío.

³⁶ (Valderrama y Vázquez, 2009: 164-179).

³⁷ (García Canclini, 1999: 85).

Mirarnos en los espejos poscoloniales del sur puede ser útil para orientarnos con la tarea. En *El Dios de las pequeñas cosas* (*The God of the small things*) la escritora hindú Arundhati Roy, indaga en esos laberintos de la ocupación colonial y de sus luchas por lograr que sean devueltos los sueños de sus antepasados.

A través de una historia familiar que transcurre tomando como referencia la población de Kerala en el sur de la India se despliega un universo de personajes con alta carga simbólica, donde la geografía, las tradiciones culturales y religiosas, la historia de una sociedad milenaria y las irrupciones de la globalización posmoderna irrumpen sobre un paisaje casi tribal, pueblerino. En las descripciones y en la narración, Roy despliega el lenguaje como un coro donde se superponen varias voces, las de los protagonistas, las del amo en sus diversas manifestaciones históricas (coloniales, poscoloniales, neocoloniales), las de las etnias que componen la Nación hindú. En esa polifonía se recorta un mundo mágico, donde el propio lenguaje adquiere la dimensión de un protagonista singular. En el trasfondo del escenario, los personajes son iluminados por el resplandor de un aparato de televisión que, mediante la tecnología satelital, narra el tiempo y las noticias del mundo globalizado.

La historia se presenta como una casa vieja durante la noche, con todas las lámparas encendidas y los antepasados susurrando dentro. No podemos entender los susurros porque nuestras cabezas han sido invadidas por una guerra, que hemos ganado y perdido a la vez: “La peor clase de guerra. Una guerra que captura los sueños y los vuelve a soñar. Una guerra que nos ha hecho adorar a nuestros conquistadores y despreciarnos”.³⁸

Prisioneros de guerra, en el laberinto de la cultura y las representaciones coloniales. No pueden soñar sus propios sueños. Así describe la autora los dilemas de la identidad poscolonial en los tiempos de la Nación *independiente*. El poder de nombrar y de imponer el significado; esa parece ser la disyuntiva estratégica.

Una de sus imágenes más potentes describe una escena habitual de nuestras sociedades latinoamericanas. El silencio atronador del ruido televisivo. El de múltiples lenguajes encriptados en una caja sonora que el satélite deposita en Kerala. Bebé Kochama y su cocinera, Kochu María “Se pasaban el día [...] encerradas en un ruidoso silencio televisivo”. Es otra manifestación de la potencialidad omnipresente del relato neocolonial que las acompaña, las une y también, las aleja y diferencia del resto.

En la perspectiva contemporánea de América Latina, aquella historia ancestral fue suprimida por otras, que iniciaron la cuenta en 1492. Sin embargo, nace aquí otra historia que se enuncia en los esfuerzos independentistas, muchas veces manipulados por otros discursos y relatos de matriz colonial, como los británicos o franceses, que instalaron su doxa en la problemática de la independencia nacional. La síntesis política integracionista que muchos líderes de la emancipación regional intentaron ha quedado trunca, fue manipulada para hacerle decir cosas distintas de aquellas por las que pelearon o habitan los museos de la memoria y esperan su reivindicación.

Habitar la propia historia, recuperar los sentidos o rescatar la autonomía de aquellos sueños no es un ejercicio simple. Supone un arduo trabajo de reconstrucción y resignificación similar al de Arcadio Buendía en *Cien años de soledad*³⁹ cuando, fruto de una amnesia colectiva, los habitantes de Macondo extraviaron el sentido y la función de las cosas y hubo que instalar carteles recordatorios en animales, plantas y objetos.

Esa lucha por el sentido ha sido el desvelo de los intelectuales que indagaron el sentido profundo de la Nación. El pensador argentino Scalabrini Ortiz denunció en su tiempo el colonialismo de la palabra que aleja a los pueblos de la realidad y que aproxima a sus dirigentes a un espejo invertido que les impide auscultar “la historia que se confecciona”.

³⁸ (Roy, 1997: 71).

³⁹ (García Márquez, 1967).

La realidad se anecdotiza incesantemente en nuestros actos y en nuestros pensamientos sin que la inteligencia americana se preocupe de consignarlos. Solemos referirnos a los pasados de América que se anotaron con trascendencia histórica, solemos hilvanar imagerías sobre su porvenir, pero el instante vivo en que la historia se confecciona, sólo ha merecido desdeñ de la inteligencia americana que podía haberlos descrito. Y ésta es una de las grandes traiciones que la inteligencia americana cometió con América.⁴⁰

Para el lúcido pensador argentino, la disputa estratégica radicaba en establecer la diferencia entre entelequia y realidad. No se trata solo de revisar la historia sino de las operaciones de reinterpretación sobre las formas en que ha sido narrada y la carga de la trama verbal utilizada. El lugar de la mirada es entonces la diferencia entre el *desdén* de mar afuera o la pasión por lo propio, según lo aborda Scalabrini.

Sin un contenido vital, las palabras que en Europa determinan una realidad, en América fueron una entelequia, cuando no una traición. El conocimiento preciso de la realidad fue suplantado por cuerpos de doctrina, parcialmente sabidos, que no habían nacido en nuestro suelo y dentro de los cuales nuestro medio no calzaba, ni por aptitudes, ni por posibilidades, ni por voluntad. La deliberación de las conveniencias prácticas fue reemplazada por antagonismos tan sin sentido que más parecían antagonismos religiosos que políticos o intelectuales. En esas luchas personales o absurdamente doctrinarias se disipó la energía más viva y pura que hubiera podido animar a estas nacientes sociedades.

El desplazamiento de la referencia hace imposible la correspondencia entre el enunciado y el sujeto de la enunciación. El escritor y docente palestino Edward Said señala que “la literatura emite constantes referencias a sí misma como participante en la expansión ultramarina de Europa y por tanto como parte de la creación de lo que el mismo [Raymond] Williams llama ‘estructuras de sentimiento’ que soportan, elaboran y consolidan la práctica imperial”.⁴¹ Said abordó en *Orientalismo*, los prejuicios de la cultura eurocéntrica sobre los pueblos árabes-islámicos convertidos en axiomas del pensamiento occidental. Tal centralidad, como veremos después, fue reemplazada por la mundialización del punto de vista del imperio norteamericano.

Para el pensador argentino Fermín Chávez, la importación a libro cerrado de la doctrina iluminista y eurocéntrica no sólo generó en el país un “un prejuicio moral y cultural” respecto de nuestras raíces indo-hispánicas, sino que además, a partir de tal influencia, empezó a germinarse dicha dicotomía donde lo bárbaro resultó paradójicamente lo propio y lo civilizado, lo ajeno. Esa perspectiva signó los argumentos de las batallas donde confrontaron las fuerzas intelectuales y materiales que disputaron el sentido de la Nación.

1.1.10 Las operaciones de sentido

El desafío en el mundo poscolonial es entonces pensar lo *impensable* y lograr lo *imposible*. Desarmar esa trama invisible que gobierna los mecanismos de nuestra forma de *estar en el mundo*. Se juega, de alguna manera, la posibilidad de hablar una sola lengua y al mismo tiempo desmentir que sólo puede hablarse en *esa* lengua. O más bien de hacer con ella una lengua Otra que designe lo que aquélla puede decir y también lo que no puede. Se trata de sumergirse en el orden aparente para encontrar en la profundidad ese otro orden cultural y de sentido.

⁴⁰ (Scalabrini Ortiz, 1936: Prólogo).

⁴¹ (Said, 1996: 50).

La apropiación de la representación o la colonización de la subjetividad por la mirada ajena, colonial, de ultramar, tanto en América como en el África dominada por Europa, será parte siempre –dice Derrida– de una *operación política* sostenida en el lenguaje y los discursos. Una operación que hace hablar al amo desde un lugar común mediante la

[...] violación de una usurpación cultural [...] para imponerla como *la suya*. Ésa es su creencia, y él quiere hacerla compartir por la fuerza o la astucia, quiere hacer que crean en ella, como en el milagro, por la retórica, la escuela o el ejército. Es una operación política.⁴²

El mecanismo de construcción y selección no es un cuerpo inerte; se replica y se reconfigura a lo largo de los tiempos. El tráfico de los saberes reconoce un largo recorrido histórico; se opera en nuestra América con las versiones locales de la pedagogía colonial primero, neocolonial después, del terrorismo estatal más tarde y del neoliberalismo en la posmodernidad; los axiomas fundacionales seguirán proponiendo la clave de lectura.

Es la reproducción de un sistema lingüístico que, como subraya Alonso, renueva la estructura dominante:

El lenguaje como institución renueva la estructura dominante de distribución desigual del capital cultural, legitima la desigualdad, naturaliza la exclusión y participa en la reproducción del orden social, imponiendo la violencia simbólica, induciendo códigos, pero otorgando, a la vez la fantasía de la libertad, la creación y el mérito individual; estamos, en suma, en una práctica de distinción que mantiene las distancias de las posiciones sociales.⁴²

Las condiciones de producción de los contenidos suponen también establecer jerarquías y cualidades a los contenidos. Al distinguir entre mediación y fenómeno mediático, Eliseo Verón analiza que este último se produce cuando “los signos poseen, en algún grado, las propiedades de autonomía tanto respecto de la fuente como del destino, y de persistencia en el tiempo”⁴³

La materialidad que hace posible la autonomía y la persistencia de los signos necesita la intervención de operaciones técnicas más o menos complejas, y la fabricación de un soporte. La historia social de la comunicación expresa la importancia atribuida por las distintas sociedades humanas a dichas propiedades en relación con determinadas inscripciones y escrituras: se traza y se escribe lo que es evaluado como merecedor de persistencia y, por consiguiente, como necesitado de autonomía.

La persistencia y la autonomía del texto entonces dependen en forma directa de su capacidad de producción, distribución y almacenamiento, así como de la fuerza para imponerlo. Lo que está privado de ser producido mediante las *operaciones técnicas* necesarias deja de ser un *fenómeno mediático*. En la selección de signos que fundaron la idea de una conformación nacional, no fue lo americano lo que alcanzó el grado de *autonomía* para trascender como *fenómeno mediático*, sino la irradiación de una civilización desde el puerto hacia la frontera.

En América del Sur, el fin de la dominación colonial española coincidió con el inicio de una *operación política* que se verifica con la designación del puerto de Buenos Aires como ciudad capital. Comenzaría desde allí una *segunda colonización*, enunciada desde

⁴² (Alonso, 2004; 222)

⁴³ (Verón, 2013; 145-146)

una serie de tareas gubernamentales –como la ocupación territorial y la administración– que asumen la representación de los intereses particulares de las clases altas porteñas como los del conjunto de la Nación. Esa perspectiva –contestada, pero finalmente impuesta– buscará convertirse en un principio dogmático de lo argentino, otorgándole al signo algún grado de autonomía para atravesar los tiempos históricos.

El orden mudo de la cultura, en nuestro caso, es aquel que opera con *una estructura de sentimientos* ajena, que asume una clasificación exterior, que introduce los binoculares de la hegemonía colonial, neocolonial, posmoderna o neoliberal. Exponerlo y lograr su neutralidad no constituye una operación posible desde la espontaneidad o la individualidad; debe surgir con la historia, con nuevas prácticas culturales, desde la disputa política por el Estado como ámbito de realización social. Decimos entonces que la lengua es el campo de batalla donde los signos disputan el sentido y donde las convenciones compartidas –provenientes en general de la matriz público-privada de su tiempo– permiten el reconocimiento de un tipo de identidad nacional. Pensar la lengua como la patria es una forma de interpelar la identidad, en su dimensión personal y colectiva para reconstruirla en el acto de su refutación.

Todos los proyectos de matriz opuesta al dominio portuario exportador de materias primas, todo intento de sustitución de mercaderías ultramarinas por productos locales, toda política de desarrollo autónomo de los recursos naturales nacionales debieron (y deben) confrontar con aquellos relatos. La matriz autoritaria y xenófoba respecto de los habitantes originarios y sus culturas que se construyó desde la colonia y las élites que protagonizaron el poscolonialismo criollo atravesó las épocas que signaron el devenir histórico. Es lo que trataremos de abordar en el capítulo siguiente.

Doscientos años más tarde, esa perspectiva permanece encarnada en la mirada desdeñosa de la oligarquía agroexportadora y las clases medias urbanas que piensan desde el arquetipo de las convenciones del norte frente a las migraciones internas y regionales portadoras de las nuevas versiones de las culturas andinas, de la tradición guaraní o de la inconclusa nación mapuche.

Los descendientes de aquellas civilizaciones originarias, atravesados por la posmodernidad y la tecnocultura siguen interpelando hoy a las metrópolis latinoamericanas con sus antiguos ritos y tradiciones culturales, con sus dialectos, pero también con sus demandas sociales, económicas y políticas. Son parte del movimiento obrero o de las organizaciones territoriales que demandan vivienda, educación y salud como ciudadanos de esa nación inconclusa.

El nosotros se despliega en contraposición a los otros. Frente a la introyección de la mirada europea –transferida luego al dominio simbólico norteamericano de la región– deberá brotar un orden de signos, proyectivo –no folklórico–, de una articulación virtuosa de la americanidad de raíz latina. Esa afirmación implica resistencia, pero también debe aceptar que nos habitan ya matrices y convenciones del *otro* que no deben (o no pueden) ser destruidas, sino resignificadas.

1.1.11 Memoria histórica para resistir

El desarrollo de procesos históricos que intentan conectar –como acontece en América del Sur en las primeras décadas del SIGLO XXI– con las agendas de la autonomía regional, hacen visibles los conflictos por el *relato*. Exhiben la tensión entre la realidad y los recursos disponibles para enunciarla. La construcción de un escenario de autonomía política requiere indagar en los símbolos y signos que recuperan la *matriz resistente* de la historia para ofrecerlos como síntesis de una nueva arquitectura conceptual de la Nación. Ese desafío simbólico presidió –en el caso argentino– las alegorías, coreografías y representaciones que conmemoraron el Bicentenario de la declaración de mayo de 1810.

Esa convergencia de tiempos y signos fue posible por la persistencia de una mirada no subordinada de la cuestión nacional, con la capacidad de proponer otros lugares para hablar la historia y los intereses nacionales. Requirió de operaciones para confrontar con esa narrativa de la cuestión nacional que reduce la pertenencia de la comunidad a las representaciones de un folclore ramplón y superficial que confunde identidad con costumbrismo.

Protagonista de la gesta de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) –en los años 30– y miembro de una generación que se rebeló ante las manipulaciones políticas y culturales de la oligarquía criolla, Arturo Jauretche mostró un camino que todavía nos permite descubrir las trampas de la retórica colonial. El escritor bonaerense, de origen radical, tomó del filósofo Jeremías Bentham el concepto de sofisma⁴⁴ para describir las operaciones de sentido que impedían pensar la cuestión nacional –anulando todo debate– en la década de los 60.

Le faltó tiempo a Bentham para ver cómo sus discípulos rioplatenses superaban a lo que se proponía combatir. Porque las zonceras de que estoy hablando cumplen las mismas funciones de un sofisma, pero más que un medio falaz para argumentar son la conclusión del sofisma, hecha sentencia.

Su fuerza no está en el arte de la argumentación. Simplemente excluyen la argumentación actuando dogmáticamente mediante un axioma introducido en la inteligencia –que sirve de premisa– y su eficacia no depende, por lo tanto, de la habilidad en la discusión como de que no haya discusión. Porque en cuanto el zonzo analiza la zoncera –como se ha dicho– deja de ser zonzo.

Sin ser lingüista ni experto en comunicación, Scalabrini Ortiz –compañero de Jauretche en FORJA– entendía que la construcción de una versión falsa de la historia era el primer obstáculo a resolver para imaginar un proyecto autónomo. Todo lo que nos rodea –decía– “es falso o irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran”.

Ya en la década del 40 Scalabrini advirtió el papel que la prensa tradicional –como instrumento de selección– jugaba para “confeccionar la historia” según su posición respecto de los poderes reales y de los intereses que expresa. Su arte fundamental ha sido (y sigue siendo) la capacidad de *transferir* sólo “aquella parte de la realidad que conviene a los intereses que representa”.

En un país empobrecido, los grandes diarios son órganos de dominio colonialista. El periodismo es quizás la más eficaz de las armas modernas que las naciones eventualmente poderosas han utilizado para dominar pacíficamente hasta la intimidad del cuerpo nacional y sofocar casi en germen los balbuceos de todo conato de oposición. Su acción es casi indenuciable porque fundamentalmente opera, no a través de sus opiniones sino mediante el diestro empleo de la información que por su misma índole no puede proporcionar una visión integral y solo *transfiere* [la cursiva es del autor] aquella parte de la realidad que conviene a los intereses que representa.⁴⁵

Una de las zonceras antológicas sobre las que se fundó el estatuto filosófico del colonialismo criollo fue sin dudas el legado del cientificismo positivista de inspiración darwinista, que inculcó por generaciones la idea de la necesaria evolución desde el salvajismo a la civilización. Del desarrollo como una etapa superior a la barbarie.

⁴⁴ “Designa la introducción en el razonamiento de una premisa extraña a la cuestión, que lo falsea”, según lo explica en su *Manual de Zonceras*.

⁴⁵ (Scalabrini Ortiz, [1965]: en Jaramillo, 2006: 357).

El modelo de la *factoría agro-exportadora* sobre el que se asentó la generación del 80 abrevó en esas fuentes ideológicas para adoptar (con Europa como musa inspiradora) el modelo de intercambio desigual de materias primas por manufacturas y endeudamiento financiero como vehículo a la *prosperidad*. El orden de la naturaleza, el orden de las especies, el orden de las civilizaciones superiores, el orden interno como reflejo del orden útil al interés de ultramar.

El positivismo, dice Muñoz Azpiri⁴⁶, se presentó como el “orden contrapuesto a la anarquía”; de aquí el lema del gobierno de Roca: *Paz y administración* y el lema de la bandera de la República del Brasil: *Orden y progreso*, y la idea de un *progreso indefinido* habían servido, no solo para liquidar las últimas resistencias populares, sino también para justificar de allí en más, el dominio oligárquico como necesario y expresivo de toda la sociedad.

Concretamente, existe una relación ineludible entre la dominación cultural y el racismo, siempre –claro está– en perjuicio de los sojuzgados. Así, enmascaradas por el prestigio de las ciencias naturales; que a partir de las grandes clasificaciones y del reordenamiento del saber efectuado en el SIGLO XVIII habían perfeccionado sus métodos hasta alcanzar resultados notables, las potencias imperiales construyen el sofisma de “la pesada carga del hombre blanco” quién asume voluntariamente la “sagrada misión” de elevar a los pueblos colonizados de la infancia de la humanidad a la cima del progreso social y tecnológico.⁴⁷

El pensamiento positivo alcanza una validez universal en la segunda mitad del SIGLO XVIII, cuando las ciencias biológicas ganaron terreno sobre los estudios físicos y matemáticos: parecía que, de algún modo, los biólogos estaban en posesión de las leyes que rigen la vida, así como los sociólogos aparentaban señorear el desarrollo del cuerpo social. El recurso funcionará en el mismo sentido –un siglo después– cuando la mecánica, la electrónica y las tecnologías digitales reintroduzcan la ideología del *retraso* como fundamento de la integración subordinada.

La narración impuesta –y el consenso obtenido alrededor de ella– ha sido contestada en diversas etapas históricas por las luchas de los trabajadores y en ocasiones por la suma de sectores medios y campesinos al reclamo de políticas de inclusión, pertenencia y participación en la política y la economía. Esas manifestaciones han requerido previamente de procesos de acumulación de un pensamiento crítico, de una práctica denunciante, que los actores sociales percibieron como agotamiento y fracaso de esos lugares comunes que hacían funcionar la dominación. Esa crisis de legitimidad convocó en reiteradas oportunidades a que las palabras –para ser conjuradas– fueran acalladas por las cárceles, la persecución y los golpes de Estado.

No se trató solo de la represión física. La escritora y periodista canadiense Naomi Klein, décadas más tarde, también recuperó el papel de la memoria histórica y de su presencia en los pueblos a la hora de resistir: “La información es el arma principal de resistencia contra el shock”, escribió en la introducción de su libro *La doctrina del shock* en el marco de sus análisis de las políticas salvajes como instrumento del neoliberalismo para imponer –por la vía del terror social causado por devaluaciones violentas o estallidos inflacionarios– sus proyectos de subordinación económica.

El surgimiento de movimientos sociales, incluyentes en lo político y lo social –como el yrigoyenismo o el peronismo–, capaces de producir amplios repertorios doctrinarios permitieron poner en escena fuertes confrontaciones con los axiomas neocoloniales. Las construcciones teóricas sobre la autonomía productiva de la Nación, la participación democrática de las masas, o la redistribución económica a favor de los más débiles

⁴⁶ Prosecretario y académico de Número del Instituto Nacional de Investigaciones Históricas *Juan Manuel de Rosas*.

⁴⁷ (Muñoz Azpiri, 2011: sitio web).

cimentaron la presencia fuerte de un corpus emplazado en torno al nacionalismo popular de base democrática.

1.1.12 Una epistemología de la resistencia

Fue necesario poner en debate la existencia de un ser y de una conciencia nacionales, dotando de contenido político, social y cultural esa definición, pensando la muchedumbre no como un ente inorgánico y desclasado sino como un poderoso protagonista de la historia. El pensamiento nacional ha sido posible en la medida en que diferentes intelectuales nacionales han recogido la trama y reconstruido el tejido de significantes de la denominada *matriz resistente* (Francisco José Pestanha), incluyendo entre ellos a Manuel Ugarte, Fermín Chávez, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos y Norberto Galasso, entre otros.

Ese ejercicio intelectual suponía la capacidad de intervenir en el debate político y económico de la Nación desarmando la cadena de significantes del discurso neocolonial. Cuando puso en discusión el mapa del transporte trazado por el tendido ferroviario desplegado por Gran Bretaña, Scalabrini entendió también que se jugaba un valor comunicacional; que la materialidad principal de ese reclamo radicaba más en el discurso que en el valor de los rieles. La prensa tradicional veía solo *chatarra vieja* en aquellos vagones y locomotoras.

Pero el autor de *El hombre que está solo y espera* y de *Política británica en el Río de la Plata* denunciaría el sentido de la trama ferroviaria como un sistema de subordinación en el que importaban menos el parque de vagones, locomotoras y el abanico de rieles tendidos alrededor de Buenos Aires que su función dentro de un esquema de sojuzgamiento y dominación. Por eso, adquirirlos era, en el gobierno peronista inaugurado por la movilización de los trabajadores en 1945, una señal de que había cambiado el sentido de la historia.

Decía el fundador de FORJA y luego pensador del peronismo en su denuncia de la cuestión ferroviaria:

Quien afirma que los ferrocarriles son hierro viejo, afirma una verdad clara como la luz del sol. Pero quien de allí deduce que no deben ser expropiados y nacionalizados incurre en un error de lógica porque no ha percibido el problema en toda su dimensión. El material ferroviario está viejo indudablemente... Pero a pesar de esto, el poder de los ferrocarriles no cesa... Aunque el material se ponga viejo, el poder político de los ferrocarriles se muestra lozano y brioso... Por eso el problema ferroviario puede sintetizarse en la simple fórmula: adquirir los ferrocarriles equivale a adquirir soberanía.

El poder entonces, no estaba en el valor material del *hierro viejo* en que se había convertido el parque ferroviario (aspecto sobre el que se concentró la diatriba oligárquica), sino en la capacidad de representación del tránsito de la dependencia británica hacia la autodeterminación nacional. La resolución correcta de esa disyuntiva (hierro viejo versus soberanía) depende, en buena medida, de la capacidad de representación simbólica y de los medios que incidan en la formación de la opinión pública.

Por eso, Scalabrini no solo reparaba en la consigna, sino que avanzaba en el sentido profundo y material de la nacionalización:

[...] esto es así porque con la nacionalización se podrá regular la circulación interna de mercaderías y de pasajeros, orientar las corrientes de tráfico y de comercio exterior, distribuir la fabrilidad y las manufacturas, diseminar la actividad y la población,

estimular las iniciativas de las provincias sofocadas por el alejamiento ferroviario y organizar coordinadamente el transporte del país.⁴⁸

Al deshacer uno de los eslabones de la cadena neocolonial era posible luego designar y representar el resto de la trama. A los ferrocarriles le seguirían los teléfonos, los bancos, el comercio exterior, el transporte marítimo y aéreo, el gas, etc. La identidad que funda el peronismo entonces no solo se vincula con los beneficios laborales y sociales que caracterizaron su tiempo, sino también con las herramientas materiales y simbólicas que permitieron resignificar el tiempo histórico alrededor de una idea de soberanía nacional. Esa matriz supone tanto la denuncia del interés que expresa el enunciado (o el descubrimiento del enunciador oculto en el discurso) como la verbalización del interés subjetivo (y de los intereses materiales) que ilumina el sentido de la enunciación. No se trata entonces solo de develar la función que la producción discursiva cumple en relación con el sistema de producción que expresa, sino también de invocar otra materialidad posible desde la palabra que lo señala.

Hay acá un valor comunicacional que trasciende la operación informativa y el mero recurso de la publicación en la prensa como acto de difusión. El sentido producido es el valor político más alto a ser comunicado. La subjetividad nacional surge de la verdadera puesta en valor del contenido que implica la compra de rieles y vagones reducidos a chatarra. El sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación se funden entonces en una trama que reconfigura la posibilidad de una conciencia nacional.

El proyecto requería de una *pedagogía nacional* que –más allá de la coyuntura política– fijara definitivamente las nuevas ideas y el nuevo orden simbólico en la construcción del imaginario de Nación como antídoto a las zonceras que suelen perdurar en las propias filas como prueba de la capacidad de resistencia del sustrato ideológico del *colonialismo*.

Juan José Hernández Arregui examinó desde la filosofía, la sociología y la historia las perspectivas diferentes del nacionalismo. Con instrumentos de la teoría marxista y el método histórico-cultural de análisis de la realidad concreta, Arregui distinguió entre el nacionalismo de los imperios y el de los colonizados.

El nacionalismo posee un doble sentido, según corresponda al contexto histórico de un país poderoso o un país colonial. Hay pues, en el umbral del tema, una diferencia, no de grado sino de naturaleza, entre el nacionalismo de las grandes potencias –Inglaterra y los Estados Unidos, por ejemplo– que son formaciones históricas ya constituidas, y el nacionalismo de los países débiles, que aspiran justamente a convertirse en naciones. Hay además un nacionalismo ligado a las clases privilegiadas aunque adopte cierta actitud crítica frente a ellas, y un nacionalismo que se expresa en voluntad liberadora de ellas.⁴⁹

Este pensador nacional describe un nacionalismo ligado a las clases privilegiadas que no deja de ser una contradicción menor frente a las potencias coloniales y que funciona corriendo un velo sobre el nacionalismo popular o sobre la capacidad de soberanía real de éste. Se trata, a juicio del sociólogo argentino de “una de las más diestras y calculadas defraudaciones de la filosofía del imperio”, que subordina y oculta el verdadero nacionalismo, el “nacionalismo de los oprimidos”.

En esa perspectiva, los pensadores y organizaciones populares argentinas fueron reconstituyendo un acervo de resistencia intelectual y conceptual que el maestro Fermín Chávez definió magistralmente como *epistemología de la periferia*.

⁴⁸ (Scalabrini Ortiz, en Galasso, 1984: 116).

⁴⁹ (Hernández Arregui, 2004: 12-14).

La idea de la Nación económicamente libre, socialmente justa y políticamente soberana logró encarnarse en la política y se contrapuso a la rémora de la cultura colonial de los años 30. Aquellos símbolos y palabras atravesaron el tiempo. Fueron el antídoto más eficaz contra el positivismo genuflecto o el nacionalismo folclórico. Las consignas lanzadas por FORJA, fueron resignificadas y materializadas por un tiempo político capaz de construir un imaginario perdurable a lo largo de las décadas como habitante referencial en la multitud, aún en tiempos de resistencia.

Las grietas y fisuras en las convenciones ideológicas y en la trama verbal del poder hegemónico hacen visible el lugar de la exclusión y ponen en crisis el consentimiento del dominado para asegurar el funcionamiento de la relación subordinada.

Las conquistas territoriales (Guerra del Desierto) y el asalto reiterado al poder político por parte de los cuerpos militares, como garantes en última instancia del viejo *orden*, tal como sucedió en 1930, 1955 o 1976, por citar algunos casos emblemáticos, explican no solo un último recurso frente a la resistencia popular sino también el fracaso de los intereses de ultramar por dotar de consenso social a sus políticas de exclusión.

1.1.13 El miedo a lo impronunciable

Uno de los actos insólitos y reveladores de la dictadura que intentó clausurar la experiencia popular del peronismo en 1955 fue el decreto que prohibía nombrar a Perón o invocar sus representaciones. Semejante disposición jurídica, que implicaba sanciones diversas, incluyendo la prisión por entre 30 días y seis años, bastaría para significar el propósito de estas líneas. A tal punto un fonema podía representar a la vez resistencia, identidad, peligro, sedición, que su mención exponía al causante del crimen a castigos diversos.

El profundo terror que tales significantes producían en el despliegue discursivo del nuevo régimen es evidente. La sola notación de dos consonantes (PP) o el acorde inicial de una melodía eran capaces de aludir –en su genética semiológica– a todo un proyecto político pleno de sentido. Apenas una molécula capaz de ser observada por el microscopio de las masas populares que lograban descifrar la infinita trama de representaciones que tales códigos visuales o auditivos representaban.

Las famosas tres banderas de aquella etapa histórica (independencia económica, soberanía política y justicia social) trascendieron el cerco de la censura mediática impuesta a partir de 1955 por la dictadura militar, y permanecieron iluminando los imaginarios de la resistencia hasta la restauración democrática de 1973. Viajaron en la cultura popular como códigos inoxidables que iban a ser necesarios luego para retomar el sendero de una formulación nacional y democrática. Sedimentaron el tiempo histórico que medio siglo después (2003) colocarían nuevamente esas palabras y sus representaciones adecuadas en la agenda y en el día a día de la cultura nacional. Buena parte de aquellas representaciones junto con la agenda inconclusa de la unidad sudamericana lograron protagonizar el contenido de los festejos con que la Argentina recordó –en 2010– los 200 años de su proclama anticolonial al celebrar el primer gobierno electo en suelo argentino. Una reivindicación del esfuerzo por romper las ataduras con la ocupación española de los *nuevos* territorios.

En 1992, España (exhibiendo todavía los vestigios de la antigua prosapia de sus reyes y Cortes) cometió el error de proponer al mundo la celebración fastuosa de los cinco siglos del *descubrimiento* de América, circunstancia que solo sirvió para dejar al desnudo el desplazamiento del lugar de enunciación y subrayar la diferencia. El desorden natural del punto de vista propuesto a 500 millones de latinoamericanos por cuyas venas corre mayoría de sangre originaria y mestiza convirtió el festejo en denuncia de ocupación, saqueo y genocidio.

Hay pues, una estrecha relación entre la formación histórica del interés nacional o de los proyectos que conducen a una comunidad determinada y la narración que le da sentido a esa estructura de relaciones sociales y materiales. La cuestión del nacionalismo, como trama fundante de las relaciones sociales que comparten el territorio nacional ha sido históricamente escenario de disputa entre los atributos e intereses de los discursos destinados a representarla.

Sin dejar de expresar la continuidad del conflicto cultural entre el neocolonialismo, como etapa diferente al colonialismo, y la Nación, como proceso en construcción, la disputa también superpone la lucha entre los intereses locales vinculados con aquellos procesos y con la dominación portuaria frente al reclamo *bárbaro* de otro país que –como en el libro de A. Roy– mira desde afuera la casa de los antepasados en busca de los sueños perdidos.

Es este uno de los combates más apasionantes por el sentido de la historia. El que se libra en la trastienda, en los umbrales profundos del inconsciente, en lejanas palpitations de la memoria popular frente a la *superestructura ideológica* del poder dominante. El orden de las cosas en la cultura y los códigos que la atraviesan, donde luchan los modos de organizar la reflexión, como examina Foucault.

En el fondo de este orden, considerado como suelo positivo, lucharán las teorías generales del ordenamiento de las cosas y las interpretaciones que sugiere. Así, entre la mirada ya codificada y el conocimiento reflexivo, existe una región media que entrega el orden en su ser mismo: [...]. Así, existe en toda cultura, entre el uso de lo que pudiéramos llamar los códigos ordenadores y las reflexiones sobre orden, una experiencia desnuda del orden y sin modos de ser.⁵⁰

La búsqueda de un sentido diferente de ese orden impuesto es lo que ha impulsado el pensamiento nacional. Esfuerzo por descubrir el discurso del *otro* en el propio pensamiento. Que puso luz sobre las capas de una interlocución ajena en la propia subjetividad, traducida en menosprecio de lo local, que superpone la matriz portuaria y ultramarina como expresión de un supuesto sujeto nacional. Que expone al intolerante elitista oculto que, en un acto cuasireflejo, (des)califica desde el estereotipo a la representación de lo nativo.

Tal como lo había hecho Said en relación con el mundo oriental, Hernández Arregui examinó los órdenes contruidos desde la cultura y las estructuras de formación pública como transmisores de esa pedagogía desvalorizadora. Instó a recuperar otra perspectiva de la historia y de lo que denominó el ser nacional.

En la escuela le enseñaron a preferir el inmigrante al nativo, en el colegio nacional que el capital extranjero es civilizador, en la Universidad que la Constitución ha hecho la grandeza de la Nación o que la inestabilidad política del país es la recidiva de la monotonía o de la molición del criollo. Este estado de espíritu, fomentado sutilmente por la clase alta aliada al imperialismo, distorsiona la conciencia de estos grupos, cuyo escepticismo frente al país favorece el pasivo sometimiento espiritual.

El núcleo duro de la pedagogía colonizadora, aquel que ha sobrevivido más de 200 años y que se expresa como enunciado político cuando se reestablece la trama del proyecto nacional, sigue siendo el axioma que permanece como una bacteria mutante en la idiosincrasia nacional y que conduce a la sistemática descalificación de lo propio en beneficio del interés *importado*. Esta desvalorización casi fundante de la subjetividad del latinoamericano ha sido irradiada sistemática y científicamente por una institucionalidad pública colonizada por tales estereotipos. Así lo expresaba la presidenta argentina en 2011:

⁵⁰ (Foucault, 2005: Prefacio, 5).

Muchas veces las cosas demandan tiempo de comprensión, de entender. Ha sido tanto, tanto lo que nos han metido en la cabeza que nada bueno podemos tener nosotros y que solamente lo bueno puede venir de afuera, que se tarda mucho en dismantelar ese poderoso andamiaje cultural, de subordinación cultural que aplastó el ánimo de los argentinos y las esperanzas durante décadas pensando que tal vez éramos lo peor del mundo.⁵¹

Es aquí donde interviene la necesidad profunda de resignificar el *orden*, de hacerle decir a la lengua –en término de Derrida– otra cosa distinta de aquella que lo aprendido con tinta y con sangre desde la hegemonía de intereses ultramarinos. De hacerle decir lo innombrable. De hacer brotar en el desierto del terror y la imposición una fuente de sentido nuevo para significantes como Nación, Patria, Pueblo, Estado, etcétera.

En tanto construcción de identidad frente al *otro* (el conquistador español o anglosajón primero y el protectorado norteamericano después) América Latina es portadora de una asignatura pendiente con la historia que sus próceres formularon (Bolívar, San Martín, Sandino, Güemes, etc.). Una pedagogía de la integración continental sólo volvería a presentarse ante la historia con convicción recién en el SIGLO XXI. Mientras tanto, la trama colonial perduró y, por largas etapas, oscureció la imaginación sobre aquel mundo perdido.

Las proclamas y convocatorias de los padres latinoamericanos como San Martín –despreciado sistemáticamente por Buenos Aires– el Congreso Anfictiónico propuesto por Simón Bolívar o la Alianza de 21 naciones *indolatinoamericanas* imaginada por Augusto C. Sandino⁵², quedan como mojones de un camino que –según la prosa de Antonio Machado– “nunca se ha de volver a pisar” pero que puede imaginarse porque fue pensado antes.

Bolívar se adelantó a las dificultades enormes que planteaba la unidad. A los obstáculos interiores y exteriores de esa demanda de la lucha anticolonial. No estaba tan alejado el héroe venezolano en su diagnóstico. No fue posible lograrlo, incluso bajo fuertes liderazgos continentales que entendieron su trascendencia como el famoso ABC (Argentina, Brasil y Chile) de Perón, Vargas e Ibáñez a mediados del SIGLO XX.

Doscientos años después, de la mano del Mercosur y otras iniciativas regionales, la idea del continentalismo pide otra vez la palabra en el sur. Vuelve a formularse después de haber sido clausurada en forma drástica en los años 60 por la fractura longitudinal de los hemisferios bajo la guerra fría en el mundo bipolar. Y regresa en medio de una reconfiguración epistemológica del planeta que se postula –en la voz de sus nuevos mandantes– como una idílica sociedad mundializada del conocimiento y la información.

1.1.14 Una nueva cartografía territorial y social

Es allí donde América del Sur vuelve a colocar en la agenda el problema de su destino común. Si la cultura y la comunicación constituían una clave de respuesta a favor de la integración regional, hay que admitir que la globalización dibuja un fuerte signo de interrogación sobre las maneras de lograr el objetivo. La solución no puede ser una apuesta melancólica. No se trata –como previene Jesús Martín Barbero– de hacer una

⁵¹ Cristina Fernández de Kirchner, 13 de octubre del 2011.

⁵² Propuesta de Sandino: 20 de marzo de 1929. Proyecto como homenaje a Bolívar. Alianza de los 21 Estados latinoamericanos con miras a conformar una futura confederación En el documento se declaraba nula la Doctrina Monroe, se propiciaba la creación de una nacionalidad latinoamericana, la creación de un Ejército Continental con 5.000 hombres de base compuesto por combatientes de las 21 repúblicas y de una Corte de Justicia Latinoamericana que tuviese jurisdicción sobre todos los problemas que afectaran a los latinoamericanos.

ideología de la nostalgia o de buscar atrás las respuestas del futuro para imaginar los caminos a recorrer.

El fin de la modernidad trajo consigo la subordinación de lo público al mercado, la privatización de las funciones esenciales del Estado –incluyendo la comunicación social– y la transformación de las relaciones sociales. Disolvió la trama de una cultura vinculada con el mundo laboral, con formas de participación y de organización. Creó una sociedad de individuos que cambiaron el empleo formal por el menudeo laboral, la informalidad y el cuentapropismo como últimos recursos para seguir existiendo. Los empujó a la periferia social en países que cerraban las fábricas y pasaban los trabajadores a las filas de los supernumerarios. El fin de la sociedad salarial y la irrupción de la sociedad del riesgo global (Beck; 2002) disolvió las certezas culturales, las prácticas y los sistemas de reconocimiento.

La etapa está signada por una economía que desplaza su centro de gravedad de las fábricas tradicionales a unidades productivas dislocadas y que muda buena parte de sus procesos de generación e intercambio de valor hacia la dimensión inmaterial de la nube (*cloud computing*) y que afecta, por lo tanto, el conjunto de las relaciones humanas y sociales. Es más, en tanto su nave insignia es el intercambio de bienes informativos y culturales, todas las pertenencias identitarias son interpeladas.

Los medios y las políticas de apertura y desregulación en el sistema de medios jugaron un rol central en este proceso. El dispositivo de comunicación, como *industria pesada* de producción de realidad (Eco, 1999), se apoyó en los sistemas de representación y la percepción de nuestro lugar en el mundo, comenzando por la televisión pero en el camino de la integración multimedia. Las audiencias están expuestas a valores e interpelaciones naturalizadas por esa alfabetización audiovisual sistemática.

La lengua que habla con la fuerza del poder intenta construir homogeneidad (consenso) en torno a la hegemonía, al consenso que genera su posición de legitimación sistémica y la diversidad de artefactos que reproducen su discurso. Su impugnación, mediante otras agendas y contenidos, expresará resistencia, ruido, afectará esa naturalización previa de la circulación de ideas y noticias como se presentaba hasta entonces. La inseguridad, la inestabilidad, la incertidumbre, el desorden, la crispación, serán los síntomas que revelan la enfermedad en el cuerpo del orden establecido. Aparecen como trastornos que deben ubicarse en el tope de la agenda de problemas de la opinión pública y del sentido principal narrado por los medios, que a su vez ha fijado la agenda de preocupaciones del ciudadano. Es el tiempo del *real time* y la *real life* de los noticieros, que escriben el guión de lo cotidiano.

Las dificultades de la protesta social para hacer visible, en este contexto, los costos humanos del fin del Estado de bienestar se multiplicaron. Ese cambio productivo desarticuló la sociedad y empujó a las víctimas hacia escenarios diferentes a los habituales. La pérdida de centralidad del aparato productivo industrial –o su liquidación lisa y llana– volvió estéril la huelga o la toma de fábricas.

La sordera mediática ante los reclamos de desocupados, desalojados y expulsados del circuito productivo o de la seguridad social, fue al principio resuelto mediante la ocupación del espacio público. Una manera de resolver el silencio de los medios a las realidades concretas de la pobreza y la exclusión, y sobre todo al habla, al modo de pensar y expresarse de los *excluidos*. Pero también fue la banalización de esa protesta en el sistema de medios lo que finalmente disuelve el sentido de su aparición.

Esa irrupción de la ciudadanía –dice María Cristina Mata– se produce en una época en la cual es imposible pensar el espacio público al margen de (o sin disputar) las tecnologías de información y los medios masivos. Es por esa razón que la ciudadanía no puede prescindir de hacerse visible en esos medios.⁵³

⁵³ (Mata, 2011: en *Oficios terrestres*).

Pero ocurre que el ingreso cotidiano del sufrimiento, de las aspiraciones y reivindicaciones de otros modos de vivir en los medios masivos hegemónicos, es formateado en los medios masivos hegemónicas bajo sus propias lógicas técnicas, ideológicas y mercantiles lo que suele hacerles perder su capacidad revulsiva llegando a transformar las situaciones que se exhiben –por movilizadoras que puedan parecer–, en *aprobématicas* (Bauman, 2002: 259).⁵⁴

En ese sentido –postula–, la comunicación popular debe disputar a los medios de comunicación hegemónicos lo que llama *el trazado del mapa de la ciudadanía*. La académica y artífice de la comunicación popular latinoamericana agrega que:

[...] nos toca hacer visible una urdimbre hecha con hilos de diferente espesor y color pero capaz de entretrejerse diseñando combinaciones que alteren los lugares y jerarquías establecidas en las prioridades de gobernantes, en las agendas mediáticas, en las ofertas culturales del mercado.

La disputa es, entonces, a la vez territorial (el lugar), social (inclusión-expulsión) y comunicacional (visibilidad sin distorsión). Lucha social, lucha cultural y confrontación con el poder son, por ello, aspectos inescindibles del valor más alto de la identidad, que es el signo político mediante el cual se cuestionan también las hegemonías. No es una mera coincidencia temporal que la profundización de los procesos democráticos en Sudamérica tras el ciclo neoliberal incluyan fuertes debates sobre la estructura jurídica y el rol político de los medios de comunicación.

La confluencia de movimientos sociales con sus prácticas de lucha y de comunicación y el advenimiento del kirchnerismo, como fenómeno político en la Argentina de principios de siglo, produjeron una importante respuesta a este dilema, especialmente al posibilitar una alianza entre el Estado y los actores sociales para agendar la distribución de la palabra entre los temas centrales de la política. Al cuestionar la estructura material y sus lógicas de integración vertical y horizontal en los mercados de la información y el entretenimiento se pudo –como en el caso de los ferrocarriles– empezar a debatir la totalidad de la trama, incluyendo sus estereotipos, sus silencios, distorsiones y tópicos. Se juegan entonces, otras dimensiones de la ciudadanía que se definen, en buena medida, por la capacidad de los sujetos para crear y producir su propio repertorio de pertenencia cultural y política a partir también de cómo se vinculan con unas prácticas de comunicación que puedan intervenir en la percepción general de la realidad.

En la jerarquía de los discursos, la legitimidad que otorga el poder desiguala el valor de las lenguas. El mercado concentrado de la comunicación, como parte de una economía transnacional, agravó las condiciones desiguales de aquellos que necesitaban ser escuchados. Las condiciones sociales de aceptación del discurso –dice Renato Ortiz– son fundamentales para el acto de comunicación.

El sujeto hablante, además de emitir un enunciado, lo hace envuelto en determinadas situaciones en las cuales su discurso posee un valor desigual. Una lengua no es solamente un instrumento de comunicación, es también instrumento de poder. El habla, para ser tenida en consideración (o sea, para ser escuchada), debe revestirse de legitimidad. Existe, por lo tanto, un mercado de sentidos en el cual las hablas disfrutan de valores diferenciados.⁵⁵

La fractura y el desamparo sociales son, al mismo tiempo, expresión de un modo productivo en la economía y de una construcción cultural que necesitó ignorar o

⁵⁴ (Mata, 2011; en *Oficios terrestres*).

⁵⁵ (Ortiz, 1997: 104).

desaparecer los costos humanos de su aplicación. Negar a estos *zombis sociales* valor discursivo como sujetos de la enunciación; deslegitimar las aptitudes de su condición para usar la palabra.

1.1.15 La contraestética de la exclusión

Una doble fractura expuesta atraviesa entonces la geografía social; la cultura del tecnoconsumo de los incluidos –impregnada del relato mundializado– contrasta con el inframundo de las sobras del neoliberalismo: el mundo *under* de las tribus tumberas, villeras, chorras o de la barrabrava cuya identidad viene atada al tablón como un parásito en el cuerpo que lo alimenta.

Hay aquí un conflicto casi insalvable entre la violencia de la exclusión y la presión social de pertenecer. La cultura padece un conflicto insoluble porque difícilmente funcione en este caso el viejo truco de la terapia psicosocial del melodrama; la ilusión del marginado descubierto como rey o de la sirvienta que enamora el amo. Los mundos ya no son reconciliables; se penetran entre sí mediante la eliminación, la violencia. En cuanto el excluido ingresa al mundo del *otro* deja de ser él mismo, de reconocerse en los pares con quienes construyó su referencia.

La ética y la estética del show y de los reality, vehículos para la catarsis social o para el exorcismo de las miserias del sistema (la identificación con el éxito fugaz del ganador de premios o concursos) conviven con el formato terapéutico tradicional de final feliz. Pero el discurso audiovisual global no logra evadir el malestar de quienes quedan afuera; los medios están impregnados de violencia. No logra dar la espalda –y por el contrario, comercializa y reproduce– el mundo criminal que disputa las sobras del banquete neoliberal en callejones y tugurios habitados por los fantasmas o por los *zombis* expulsados del mercado.

Ese mundo binario se alimenta de tortuosos pasaportes (la economía informal, el contrabando, el lavado de dinero, el narcotráfico, el trabajo esclavo, etc.) para interactuar con ese mundo del espectáculo y el confort tecnológico. Y engendró una contracultura, de la violencia y de la muerte que algunos, como Marcos Camacho, alias Marcola, uno de los principales jefes del crimen organizado en Brasil, definió como una especie de “cultura asesina” nacida de la *posmiseria*.

Marcola, líder narco y jefe del Primero Comando Capital (PCC) de San Pablo apareció en una entrevista del diario *O Globo*, luego del secuestro de uno de sus gerentes en la que citó a Klausewitz y a Dante Alighieri para dejar constancia de su disposición a llevarse consigo ese mundo de abismos sociales. Citó en italiano al autor de la Divina comedia: “Perezcan todas las esperanzas ¡estamos todos en el infierno!”. En sus palabras se expresa ese *nuevo lenguaje*, el de la *posmiseria*, en donde una cultura asesina se nutre de los prodigios tecnológicos y de todo el odio nacido de la exclusión.

[...] mis soldados son todos extrañas anomalías del desarrollo renco de este país. No hay más proletarios, o infelices, o explotados. Hay una tercera cosa creciendo ahí afuera, cultivándose en la llama, educándose en el absoluto analfabetismo, diplomándose en las cárceles, como un monstruo alienígena escondido en las márgenes de la ciudad. Ya surgió un lenguaje nuevo.

¿Ustedes no escuchan las grabaciones hechas “con autorización de la justicia”? Bueno, es eso. Es otro lenguaje. Estamos delante de una especie de posmiseria. Eso. La posmiseria genera una nueva cultura asesina, ayudada por la tecnología, satélites, celulares, internet, armas modernas. Es la mierda con chips, con megabytes. Mis comandos son una mutación de la especie social, son hongos de un gran error sucio.⁵⁶

⁵⁶ (Marcos Camacho, 2006: sitio web).

Ese trágico *error* de la exclusión moverá oleadas sangrientas de crímenes en masa desde Brasil a México y Colombia, sin olvidar a las formas del crimen organizado en Italia, los Balcanes, la Rusia poscaída del Muro y tantas expresiones de ese submundo que Roberto Saviano narra en *Gomorra*.⁵⁷

Camacho utilizó el emblema del mayor grupo mediático concentrado de Brasil para un acto criminal en el que no se pedía rescate, se pedía visibilidad, exposición ante la opinión pública. El botín del crimen era la comunicación con el pueblo. A no alarmarse, la historia reciente de nuestros países está plagada de asaltos con secuestros donde el ingrediente indispensable es la cámara en vivo para los canales de televisión. La exhibición es la paga principal, la existencia –en la fugacidad de ese momento de visibilidad– e incluso la eternidad que promete la pantalla a quienes han construido la subjetividad del excluido soñando con pertenecer, aunque más no sea por esa vía, al mundo virtual de los media, que representan la inclusión en la historia y en la sociedad. Vínculo efímero pero ejemplar. Vínculo también eficaz, luego de que los pobres y los desplazados de todo tipo, empezaron a ocupar violentamente el espacio público para interpelar al poder político sobre su condición. Cortes de ruta, piquetes, escraches, sentadas, intervenciones urbanas, cualquier cosa que ofrezca ruptura en clave de televisación. En algún sentido es la contraocupación al dominio colonial o neocolonial de los dispositivos de representación simbólica del mercado y la sociedad.

El sujeto de la posmodernidad –emergente a su vez de la trama neo y poscolonial– se sobreimprime ahora con las generaciones de la posmiseria. Hijos y nietos de legiones que no conocieron el trabajo asalariado y formal o que fueron arrojados de otros mundos de pobreza en el interior del interior latinoamericano. Mierda con chips y megabytes, accidente transgénico de la especie que resiste los plaguicidas de la invisibilidad y la exclusión. Ahí están y portan una mirada, una cultura, un punto de vista que reclama pertenecer y que lo hace como eslabón de una cadena de informalidad, de adicción o de mano de obra para el trabajo sucio.

Bauman cita al polaco Andrzej Stasiuk “uno de los archivistas más perspicaces de las culturas contemporáneas y de su descontento” en su caracterización del *lumpenproletariado espiritual* para quienes sólo se trata de sobrevivir en el presente, son desheredados para quienes “la explotación no es odiosa en la medida que tampoco lo es robar para recuperar lo que nos han robado”. Solo se trata de entender que la (pos)modernidad ha marginado la idea de la eternidad como expectativa para dejar solo el momento. En la base filosófica del lumpenproletariado espiritual todas las vidas caben en la fugacidad del instante en que se puede trascender.

La apelación de la Nación es, entonces, reconstruirse en forma conjunta con la realización de nuevas formas de ciudadanía, que incluyen a los desiguales pero que solo son posibles en tanto el orden de las hegemonías –también comunicacionales– pueda ser contestado. La ciudadanía, en tanto praxis, “cuestiona la organización desigual de las relaciones sociales en su conjunto que conlleva la subordinación de unos al poder de otros”, dice Mata.

Cuestiona incluso la definición de lo que es político o no lo es y las legitimidades prescriptas para actuar en ese terreno: entre ellas, la de las mujeres que afirman la politicidad de la vida privada; la de los pueblos originarios que denuncian la existencia de Estados nacionales que aún conservan la marca de la exclusión colonial; la de los migrantes que rechazan el ser colocados en los márgenes de la cosa pública siendo sólo aceptados –cuando lo son– como fuerza de trabajo sobreexplotada.

Es que la civilización de la imagen y el consumo, característica de la posmodernidad, hace ostentación de la diferencia. La expone de manera tal que no parece haber otro

⁵⁷ Saviano, Roberto. 2008.

mundo posible fuera de esa *pornografía* del consumo y de la violencia de sus mensajes. Su resolución no es por lo tanto un problema de la cultura sino de la política, que debe atender la restitución de la condición ciudadana asumiendo el desafío desde el lugar de la justicia y la redistribución de bienes simbólicos y de la justicia. Algo que Sudamérica balbucea y empieza a garabatear con los procesos de profundización democráticos de principios del SIGLO XXI.

2 Capítulo 2

2.1 La grieta

2.1.1 Así hablaba Buenos Aires

En la Argentina *independiente* la primera imposición –junto con el confinamiento y persecución de los habitantes originarios– fue el centralismo, la construcción del punto de referencia de esa novedad en que se constituía la Nación. La designación del lugar del poder dejó al descubierto puntos de tensión entre lo económico y lo político, entre la historia del proceso emancipador que quedaba atrás y el modelo económico que tejía alianzas y componendas. La cuestión se zanjó conforme los intereses del comercio, que contaba con varios periódicos de origen extranjero para fijar su posición. La palabra escrita de la época indicó un camino como vanguardia constructiva del sentido; situando la argumentación del poder. Se trataba de perspectivas *off shore* que incluían los conflictos de liderazgo entre españoles y británicos por dominar las rutas comerciales. Durante los debates por el establecimiento de la sede administrativa y de gobierno de los argentinos, los intereses agroexportadores y los importadores de manufacturas extranjeras tenían lógicas ambiciones puestas en la selección de Buenos Aires. Y allí estaban los periódicos europeos incidiendo en la opinión pública local. Durante los debates legislativos en 1880, el senador José Hernández, en un contrapunto con Leandro N. Alem, denunciaba así los peligros de la designación de Buenos Aires por su capacidad concentradora de poder, y los intereses ocultos que la promovían:

El comercio exterior tiene en la prensa de Buenos Aires, modelo de la prensa de Sudamérica; ese comercio tiene más de diez periódicos en Buenos Aires. Tiene dos periódicos alemanes, tres ingleses y uno suizo, dos franceses, tres italianos y uno español; y esos periódicos, sin excepción de uno solo, están a favor de la resolución de esta cuestión, haciendo la capital en Buenos Aires [Y continúa José Hernández] y estas son las legítimas aspiraciones del comercio.⁵⁸

La construcción del punto de vista es uno de los ejes que caracterizan la disputa por la representación del interés nacional desde el comienzo de la historia política del Estado argentino. La operación de sentido que ha intentado históricamente designar al interés nacional como el interés de las minorías vinculadas al comercio y la exportación portuaria desde Buenos Aires. Punto de vista que expresaba una lógica ultramarina, ofrecida como *civilización* al resto de los connacionales. Allí ya estaban, entonces, los medios europeos para indicar el camino.

Tales operaciones implicaban también una negación de la razón integracionista de los líderes de la emancipación latinoamericana que necesitaron tejer una alianza política, militar, étnica y cultural en la región asumiendo la americanidad como sujeto discursivo, como fuente de identidad y de poder.

El imaginario de los protagonistas de la emancipación de España a principios del 1800 se afirmó sobre la subjetividad sudamericana como un hecho natural. Mariano Moreno no encontraba otra perspectiva para su plan de rebelión anticolonial en todo el continente, “ya que la América del Sud ha proclamado su independencia, para gozar de una justa y completa libertad”. La idea de la unidad territorial parecía más allá del hecho táctico de la alianza por la libertad; también anidaba el germen de la unidad política, administrativa y militar, puesto que el llamado a la insurrección prometía que “el Estado Americano del Sud protegerá todas sus ideas [...] por todos los territorios de sus fronteras”.⁵⁹

⁵⁸ (Hernández, 1998: 50).

⁵⁹ (Moreno, 1915: 4).

Dos años después, el 25 de mayo de 1812 en Jujuy, Manuel Belgrano hace jurar la bandera (argentina) asumiendo la misma identidad desde el sur americano: “juremos vencer a nuestros enemigos, exteriores e interiores; haciendo de América del Sur el templo de la independencia, de la libertad y de la unión”.

En febrero de 1815, cansado de los tejes y manejes de Buenos Aires para evitar un rápido desenlace de la guerra por la independencia contra los realistas en el norte, Martín Miguel de Güemes denuncia la falta de *americanidad* de Buenos Aires. En una proclama a sus vecinos de Salta acusa al director interino Alvarez Thomas y su gobierno como “secuaces de los tiranos”.

Advertid –dice Güemes– “que las 18 provincias de esta América del Sud que sacuden la opresión, no las podrá ultrajar vuestra impotencia, ni serán duraderas las tramoyas y seducciones de que os valéis”.

Escudado en una falsa *neutralidad* o *pacifismo* el puerto de Buenos Aires negaba a los ejércitos anticoloniales los recursos básicos para su lucha. El caudillo salteño los acusa de negar su americanidad: “Neutrales y egoístas: la sociedad americana de la que no sois parte integrante, sino una perversa cizaña, la tenéis irritada”.⁶⁰

La historia latinoamericana del sur está plagada de ejemplos en donde la perspectiva integracionista presidió la gesta anticolonial. Tales conflictos fueron negados en los relatos y narraciones que han sido introducidos durante años en el corpus del sentido común de la sociedad; de sus relaciones con la educación, los medios y el rol de los actores políticos y sociales. Lo que naturalizó la historia, la *operación de selección* de narraciones, fue la balcanización y la desintegración territorial de América del Sur.

La historia incluye también otras contradicciones que deben ser atendidas. La mirada sarmientina sobre la construcción de esa identidad –sobre el eje civilización o barbarie– instaló una problemática aún no saldada sobre la cuestión nacional. El desprecio de Domingo Sarmiento hacia las raíces genéticas de la identidad argentina –“Tengo odio a la barbarie popular [...] la chusma y el pueblo gaucho nos es hostil” [...]”⁶¹– correrá paralelo con su postulación de una educación pública laica como condición de progreso y con su admiración por el liberalismo político norteamericano en contraposición con el autoritarismo oligárquico afincado en Buenos Aires. De hecho, la ley 1420 de enseñanza pública, obligatoria, laica y gratuita, sancionada con el roquismo, fue de su inspiración.

Esas contradicciones –su desprecio a la chusma y su enfrentamiento a la oligarquía– van a atravesar la historia. Los hacendados de la época, despotricaba Sarmiento,

[...] quieren que el Gobierno, que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, a los Unzué, a los Pereyra, a los Lueros [...] y a todos los millonarios que pasan su vida mirando como paren las vacas.⁶²

El sanjuanino también abordaría la cuestión de los medios, que no eran ajenos entonces (como no lo serían después) a las disputas de poder económico y político. En 1871, siendo presidente, Sarmiento denunciaría que “La prensa de Buenos Aires es toda hostil al Gobierno, simplemente porque detrás de cada diario está un empresario político; Mitre [*La Nación*], Quintana [*El Nacional*], Castro, Oroño [*La República*], todos hostiles entre sí pero de acuerdo en incomodar al Gobierno”. Observemos que los dardos del sanjuanino se dirigen a la figura del editor periodístico como *empresario político*; magistral síntesis en donde confluyen el interés económico y el manejo del Estado como objetivos naturales de los medios de comunicación de su tiempo.

⁶⁰ (Solá, 2006: 106).

⁶¹ Diario *El Nacional*, 1857.

⁶² (Pigna, 2007: en *Clarín*).

El revisionismo histórico se debate a veces entre conflictos de difícil resolución. Más que una dislexia intelectual, debería haber una mejor resolución entre la reivindicación de las aspiraciones de la *chusma* –negada por Sarmiento– y los límites que requiere el poder oligárquico –denunciado por el sanjuanino– a la hora de pensar un proyecto democrático con autonomía. Las clases medias argentinas se han debatido históricamente entre la alianza con los sectores populares para compartir la renta del mercado interno, y la subordinación intelectual a las promesas de bienestar del campo oligárquico. La búsqueda de una adecuada articulación entre la inclusión social de los más desposeídos y el ejercicio de prácticas democráticas asentadas en la soberanía popular ha sido uno de los principales desafíos de la historia, y ha encontrado sus mejores expresiones en el SIGLO XX durante el yrigoyenismo y el peronismo. La astucia oligárquica ha sabido cabalgar a su favor en medio de estas contradicciones para dividir y reinar.

2.1.2 Producir el otro punto de vista

Muchas familias y emprendedores vinculados con el radicalismo de las primeras décadas del SIGLO XX inspirados en el modelo de las tribunas doctrinarias locales fundaron numerosos periódicos y medios gráficos en muchas ciudades y pueblos de las provincias. Quedaron en el tiempo como testimonios de una vocación de disputa localista que intentaba enfrentar la Argentina conservadora que expresaban los diarios tradicionales, con Mitre o los Gainza Paz a la cabeza. Muchos hombres nacidos de sus filas y organizados en Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) asumieron luego la necesidad de un corpus de pensamiento más denso y profundo que denunciara el orden neocolonial desde una matriz de pensamiento nacional.

La proclama fundacional de la FORJA, en junio de 1935 tras la muerte de Hipólito Yrigoyen, reflejaba el hartazgo de una generación ante la manipulación oligárquica.

Se ha impuesto a la República –denunciaban– una tiranía económica, ejercida en beneficio propio por capitalistas extranjeros a quienes se ha dado derechos y bienes de la Nación Argentina; y que, por las facultades extraordinarias que este congreso y los jueces han dado al Gobierno Nacional y por la supresión de derechos individuales, se ha echado las bases para establecer de inmediato una dictadura política que asegure y consolide aquella tiranía.

FORJA denominó como *Estatuto del Coloniaje* al sistema de medidas económicas, políticas y sociales, nacionales e internacionales y su prédica hizo posible poner al desnudo la trama argumental del sometimiento argentino.

El peronismo, que abrevó en esas fuentes, asumió también el desafío de la disputa narrativa como parte de un campo de fuerzas necesario para el desarrollo de la gestión, y entendió la importancia de los medios de comunicación social en el proceso. Impulsó la radio y la televisión estatales o asociadas como herramientas del proyecto (LR3 Radio Belgrano TV o Canal 7), creó la agencia de noticias Telenoticiosa Americana S.A. (Telam) para oponer una mirada nacional a las usinas noticiosas norteamericanas (UPI, AP) y europeas (ANSA, EFE, Reuters, etc.) y expropió el diario que simbolizaba la mirada oligárquica del país (*La Prensa*). Tales decisiones estaban en línea con el modelo europeo de posguerra de promoción de la radiotelevisión pública como herramientas centrales para la arquitectura de construcción y reconstrucción de los Estados nacionales devastados por el conflicto mundial.

Propulsor de la primera ley de radiodifusión de la Argentina (1953, ley 14.241) el peronismo asumió el rol político de la información, negando de alguna manera su consideración como simple mercancía cuya producción dependía solamente del capital y de las fuerzas de producción. Si bien el peronismo simpatizó con una perspectiva

monopólica de matriz estatal en la comunicación, también es cierto que promovió a los medios y a sus trabajadores como parte de las prácticas ciudadanas e incluso laborales, como lo evidencia el Estatuto del Periodista. Pero esa experiencia argentina de formulación de un proyecto nacional, que incluía los instrumentos de producción de una nueva subjetividad y de nuevos significantes fue interrumpida, como sabemos, por las armas en 1955 mediante un golpe militar que intentaría borrar de cuajo toda memoria y representación.

El borramiento de las huellas doctrinarias y simbólicas de ese tiempo político fue una de las obsesiones de la dictadura que encabezó Pedro Aramburu. La censura de entonces prohibió aludir o enunciar emblemas peronistas, considerados “una afrenta” que resultaba “imprescindible borrar, porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la Nación”.⁶³

Las penas para castigar semejante transgresión pasaban de 30 días a seis años de prisión y multas de hasta un millón de pesos de la época, más la “inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario público o dirigente político o gremial”.

El muestrario es revelador de la potencia de lo simbólico en la conciencia popular y del espanto que tales invocaciones causaban en un régimen de matriz autoritaria en su intento por disciplinar la opinión pública. Los argumentos de aquel tiempo intentaron entonces presentar al *populismo* como fuente de todos los males y convocar a su negación como remedio para los problemas de la patria, tarea que recibió el valioso aporte de la prédica religiosa (católica) de su época con fuertes influencias en las capas medias, y también con un relato neopositivista fundado en el desarrollismo. La invocación disociadora o disolvente del pensamiento ligado a los sectores populares es confrontado con dimensiones abstractas del ser nacional o del espíritu nacional e, incluso de la seguridad nacional, que se impone como retórica en los 60.

Otro sistema de producción de representaciones de época intentará cumplir con ese objetivo a través del mercado de la comunicación. La dictadura terminaría lanzando – entre otras medidas– la radiotelevisión argentina con el formato de las cadenas norteamericanas: los tres canales privados capitalinos tuvieron en sus comienzos un *padrino* estadounidense, como accionistas y proveedores exclusivos de tecnología y contenidos: NBC de Canal 9, CBS de Canal 13 y ABC de Canal 11.

La historia demostrará que esa hegemonía cultural –como fuente de consenso social– será permanentemente cuestionada por las luchas gremiales y populares que caracterizaron la etapa conocida como la Resistencia Peronista, con sus prácticas organizativas, sus periódicos y artefactos culturales. Ese tiempo coincide con una coyuntura mundial atravesada por otros conflictos, que introducen a Latinoamérica en el mundo bipolar de la Guerra Fría y en una lógica de imposición del *equilibrio del terror*

⁶³ El decreto ley 4.161, del 5 de marzo de 1956, publicado en el Boletín Oficial titulado “Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista” denunciaba en sus considerandos que los signos del Gobierno democrático derrocado seis meses antes por un golpe militar: “tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo argentino, constituyen para éste una afrenta que es imprescindible borrar, porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la Nación y una rémora para la consolidación de la armonía entre los argentinos [...] Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones ‘peronismo’, ‘peronista’, ‘justicialismo’, ‘justicialista’, ‘tercera posición’, la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales ‘Marcha de los muchachos peronistas’ y ‘Evita capitana’ o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos”, reza el decreto.

(como se designó a la amenaza de destrucción nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética) que no admitía los disensos de la democracia.

2.1.3 Resistir es repensar el sujeto

Para que exista un nuevo discurso debe haber sujetos sociales y formas organizativas que participen de la disputa del poder. Que tengan la capacidad de reinventarse y descubrirse, de decir y hacer lo nuevo en medio de lo viejo. Tal vez en esto el peronismo –y la organización de los trabajadores– sea un caso particular en la historia argentina, aún con sus contradicciones. Con sus esfuerzos de representación, sus contrapesos ideológicos, sus incontables flaquezas y su vocación de poder, el movimiento fundado por Juan Perón en 1945 trazó una huella insoslayable en las formas de hacer y nombrar la política en América Latina.

La resistencia popular en la Argentina de los 60, en el contexto de la represión y los silenciamientos impuestos por las dictaduras desde 1955, y luego en 1966 –Juan Carlos Onganía–, no solo vieron nacer nuevas formas organizativas desde la práctica sindical, sino también nuevos discursos y formas de representar la lucha. Se trata de una época atravesada por otros paradigmas políticos latinoamericanos como la Revolución Cubana (1959) y el testimonio de Ernesto Che Guevara (muerto en 1967) sobre el hombre nuevo y el socialismo. Esas tradiciones políticas e ideológicas lograron trazar en los 70 un camino convergente alrededor del movimiento obrero y la juventud del peronismo.

Una de las experiencias más formidables de esa búsqueda de la *verdad* desde abajo, de la comunicación entendida como organización de la unidad entre producción discursiva y autogestión de los medios de producción de esos discursos fue, sin dudas, el caso del Periódico de la CGT de los Argentinos (CGTA) (1968-1970). No solo porque reorganizó al movimiento sindical para enfrentar la dictadura de su tiempo y las deserciones intelectuales en las propias filas. Sino también por una clara autoconciencia del rol de la comunicación en estos procesos.

Con la CGTA se reorganizó el movimiento obrero al tiempo que se produjo en forma creativa una cultura de la resistencia, capaz de diseñar los símbolos, los textos y las representaciones que lograron designar lo innombrable: el *tirano prófugo* volvía a ser el general Perón, el socialismo podía tener una versión nacional, era posible imaginar otro orden diferente al capitalismo, nombrar la existencia de un Tercer Mundo o reivindicar al *cabecita negra* como parte de una identidad argentina.

Los intelectuales que dieron vida a esa experiencia comunicacional de la resistencia reconocieron que la unidad primaria de la comunicación popular residía en la organización social. La existencia de una opinión pública fundada en la práctica social de la resistencia y la participación. Una idea que podría rastrearse en la genealogía leninista de *organizar la palabra*, pero que resultó en este caso la expresión viva de un movimiento social activo, efervescente y altamente consciente del valor de la organización, que desarrolló el concepto propio de *comunicación cara a cara*.

En una de sus ediciones, el periódico de los trabajadores advertía que hasta que no se pueda establecer un control nacional, “la elaboración de la opinión pública quedará en poder de esos monopolios que controlan las agencias noticiosas y todos los medios de comunicación de masas [...]”.

Para la expresión libre del pueblo está abierto siempre el ancho campo de los grupos primarios, la comunicación cara a cara y por encima de ellos las enormes posibilidades de los sindicatos, las fábricas y talleres, de los centros vecinales, de las escuelas y cualquier otro tipo de asociación que constituye el pueblo para expresarse. En estos y

otros centros tenemos día a día la oportunidad de contribuir a la formación de una opinión pública de liberación.⁶⁴

Esa línea histórica atraviesa las etapas de la formación de la Argentina moderna desde los albores de su gestación, tanto Hernández como Scalabrini Ortiz, Jauretche, Ford, Walsh, Verbitsky, y varios más postularon su argumentación como espacios de enunciación de la cuestión nacional o de los intereses federales frente a la hegemonía portuaria. Cada uno en su tiempo advirtió la imperiosa necesidad de resignificar las palabras para producir una nueva subjetividad como discurso colectivo desde el campo nacional y popular.

La necesidad de un repertorio propio venía siendo reclamado por Scalabrini Ortiz, quien requería fórmulas para designar a la Nación con las palabras que expresan los intereses de la *muchedumbre*, capaces de asir un espíritu que muchas veces parece *impalpable* pero que habita en las multitudes.

Es difícil aprehender con seguridad a nuestro país. Hay que darlo por presente en las meras palabras que lo denominan o en los símbolos que lo alegorizan. O ser extremadamente sutil para asir entre lo ajeno y lo corrompido esa materia finísima, impalpable casi e incorruptible que es nuestro espíritu, el espíritu de la muchedumbre argentina.⁶⁵

Aníbal Ford examina los mecanismos de resistencia desde los símbolos y desde la palabra, convoca al ejercicio cotidiano de resignificación que debe hacerse para fundar la subjetividad del que transgrede el orden. Esa perspectiva supone asumir diversas formas culturales que buscarán un destino común desde las coincidencias y las diferencias. “Sobre esta diversidad, sobre la presencia participativa y equilibrada de esta diversidad, se deberán elaborar los criterios de la autonomía cultural, concepto central en las estrategias de supervivencia”.⁶⁶

Las prácticas culturales y políticas descienden entonces a la calle. Gestan un espacio diferente de enunciación que permite asumir un lugar de autonomía en el pensamiento. La cultura nacional –dice Ford- no es una definición sino una construcción surgida de la experiencia “[...] a través de las diversas formas con que nuestro pueblo opera ante los retos de la historia, elabora modelos de vida o de desarrollo, construye o intenta construir su autonomía”.

La realidad y la historia aparecen como la latitud y la longitud en un mapa cuyas coordenadas han sido prefijadas por la tensión entre la cultura hegemónica con todo su sistema de referencias y ámbitos legitimadores, y una contestación que niega o desnuda el relato impuesto y hace visible otra forma de representación. Descubre el lugar donde lo hegemónico se hace homogéneo y se convierte en consenso para mostrar otro camino, capaz de pensar sin muletas, sin el auxilio de la razón del poder. O de denunciar esa razón como una imposición.

En línea con la mirada crítica sobre la prensa, la CGTA denunció “[...] la trama sutil de los medios masivos de comunicación, como una red enorme e invisible, [que] se alza entre nosotros y la realidad”. El periódico de los trabajadores interrogaba sobre el rol social de los medios: ¿serán vehículo del conformismo, la alineación, la marginación, el resentimiento internacional o la trivialización humana? ¿Se hará el hombre dueño a través de ellos, de una auténtica visión de la realidad o caerá en una red de engañosas alineaciones?

⁶⁴ (CGT de los Argentinos, 2006: 194-195).

⁶⁵ (Scalabrini Ortiz, 1936: Prólogo).

⁶⁶ (Ford, 1987: 13).

Las respuestas que demos a estos interrogantes dependen de muchos factores, decían en “Organizar las bases para liberar la Patria”: “[...] si se alude a la ambigüedad técnica del fenómeno mismo de la comunicación, ante el cual el hombre debe elegir permanentemente ser señor o esclavo, debe realizar opciones que salven al mismo tiempo su libertad, su autenticidad y su desarrollo”.⁶⁷

Esa indagación crítica y movilizadora impregnó también la prédica y la acción de Rodolfo Walsh, con su famosa convocatoria a la *satisfacción* de comunicar lo propio como *acto de libertad*. El autor de *Operación Masacre* investigó los crímenes de la dictadura que derrocó al peronismo y se convirtió en un eslabón de la cadena de contenidos que sostuvo la resistencia hasta el regreso del General en 1972. Walsh no sólo había des-cifrado en Cuba los mensajes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que ayudaron a desbaratar la invasión de Playa Girón sino que proclamó luego a la contrainformación y el uso de las *verdades como armas* desde la literatura y el periodismo, como altas formas de combate. Y luego del (nuevo) golpe militar de 1976, lanzó su propia guerrilla de la información, comenzando otra disputa por el sentido frente a una nueva dictadura en la Argentina, en el que subrayaba el valor de la palabra aparecida: “Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información”.⁶⁸

Reconocer ese engranaje de noticias de la lucha y del uso de las *verdades como armas* frente al terror serán determinantes –como veremos– para recuperar la palabra en democracia y perseguir la verdad de la historia. Tales verdades debieron luchar en el contexto de una tensión –una grieta– que puso a la humanidad al borde de su destrucción. La demonización del *otro*, en la retórica absolutista de la Guerra Fría, solo dejaba como síntesis posible la destrucción del interlocutor.

2.1.4 Las fronteras del pensamiento

Tanto el colonialismo global como la Conquista del Desierto o el Terrorismo de Estado –en sus diferentes expresiones– fundaron su raíz de violencia y aniquilación en la construcción de un *otro* (pueblos originarios, salvajes, *cabecitas negras* o subversivos) que previamente fue despojado de su humanidad. Se instrumentó mediante una operación discursiva que los privó de su carácter *humano* para desarrollar –en los mismos términos de la *raza inferior* de la Alemania nazi– la destrucción sistemática y masiva del adversario. Tales operaciones de aniquilación y exterminio se hicieron en nombre del restablecimiento de un supuesto *orden* natural amenazado.

Estas ideas sobre el *otro* fueron previamente naturalizadas en las metrópolis para justificar la industria de guerra, las expediciones de ocupación y conquista y el sostenimiento de las experiencias de terrorismo estatal para la protección de negocios y control geopolítico.

El terrorismo de Estado emergente de los años 70 en la Argentina expresó, en buena medida aquel antagonismo entre dos modelos de mundo irreconciliables. Un falso eje oriente-occidente trazaba la brecha entre un conglomerado policlasista que buscaba la articulación nacional de un modelo de país con protagonismo popular y otro que se sostenía en la imposición castrense argumentando un *nacionalismo* paranoico, útil a los tradicionales intereses portuarios y oligárquicos.

La época signada por las premisas de la Doctrina de Seguridad Nacional introdujo un nuevo concepto de frontera, expresado en palabras, símbolos e ideas. Las famosas *fronteras ideológicas*, que no solo agrupaban bandos en el planeta, permitían legitimar

⁶⁷ (CGT de los Argentinos, 2006: 189-192).

⁶⁸ (Vinelli, 2002 [1985]: 25).

la persecución interna del *otro* (como en la Argentina a partir de los 70): sindicalistas, estudiantes, empleados públicos, médicos, maestros, físicos, abogados, administrativos que el poder de turno colocaba fronteras afuera de la seguridad nacional, autorizando al Estado para neutralizarlo o aniquilarlo.

El fundamentalismo ideológico de este tiempo barrió con los límites jurídicos o políticos de la ley y de la Constitución, que reiteradamente fueron despojados de toda operatividad en nombre de un *casus belli* que imponía su lógica binaria. En nombre de una guerra no declarada, las *fronteras ideológicas* trazaban un límite con los nativos que pensaban diferente, considerados como agentes extraterritoriales, como expresión de un interés enemigo, foráneo, que amenazaba a la Nación con sólo portar alguno de sus símbolos o verbalizar ese pensamiento. La vieja ocupación territorial del roquismo como condición para la existencia de la Nación se convertía ahora además en ocupación ideológica, en imposición de nuevas matrices narrativas acuñadas con sangre y fuego.

La carga de sentido impuesta en la designación de categorías como *patria o pueblo* para regímenes como el que protagonizaron las fuerzas armadas entre los 60 y los 70 solo admitían el disciplinamiento en uno de los campos. Se definían por antagonismo, por oposición; todo lo que no era occidental era *disolvente* y antinacional. El ideario cuartelero de esa época se complementaba con diversas expresiones del *nacionalismo* antipopular de corte fascista o el amparo sacramental de discursos religiosos que bendecían la represión. El exterminio del *otro* y la impostura de un autoritarismo presuntamente nacional en el caso de los militares, la misión redentora del fascismo populista, tan subordinado y genuflexo como el militar, estaban unidos por la *misión sagrada* de aplastar otro orden posible, vinculado al país profundo, a las raíces americanas, a la resistencia popular.

Tales mundos, con sus palabras y representaciones habitaron los mismos espacios políticos y sociales, como dolorosamente lo testimonia el peronismo en la década de los 70. Es este el sentido trágico de la habitación de la materialidad discursiva, de la introyección de una alocución extraña en el propio corpus y de la incapacidad de síntesis en un sujeto que pudiera expresar exitosamente la cuestión nacional. La génesis del terrorismo estatal y de la enajenación de la acción política está en estos desvaríos del sentido alimentados por imaginarios de ultramar de la contrainsurgencia francesa y la lógica diabólica del mundo bipolar, en donde el sujeto solo se realizaba mediante la aniquilación del otro.

No se puede y no se debe ocultar que, así como persistió en el tiempo una matriz resistente comprometida con valores nacionales y democráticos, existió también un brazo civil del pensamiento autoritario, falsamente nacionalista, que traza una línea entre los comandos civiles del primer peronismo hasta las traiciones sindicales y los comandos paramilitares (Triple A, CNU, Comando Libertadores de América) que acompañaron el desembarco de la dictadura de Jorge Videla en 1976.

La seguridad nacional y las fronteras interiores del pensamiento llevaron al paroxismo de parcelar y de territorializar la disputa militar por el sentido y la representación. Sólo podía combatirse eficazmente si el portador de la palabra era aniquilado físicamente en cualquier porción del territorio compartido. Ni siquiera resultaba útil a sus fines el confinamiento imaginado bajo el Holocausto judío, en donde el *diferente* podía ser aislado en un ghetto –aunque condenado también a la *solución final*–: era menester amputarlo, torturarlo, aniquilarlo o desaparecerlo para impedir el riesgo de la propagación de sus pensamientos.

La última dictadura militar (1976-1983) se construyó sobre el relato histórico de la necesidad de *salvar a la Patria* de las *amenazas* de *grupos subversivos-terroristas* funcionales al *comunismo internacional* o a las conspiraciones más diversas, capaces de alimentar una paranoia global paralizante en nombre de un falso nacionalismo.

Acorralaron a un poder político debilitado con la muerte de Perón (1974) y pusieron en escena al terror como argumento principal.

El gran relato de época le asignó a la gestión militar una función redentora, autorizada en un mundo bipolar por la retórica irradiada desde los Estados Unidos como fuente de validación discursiva en la lucha contra el mal y sus agentes locales (el socialismo y el nacionalismo popular revolucionario, equiparados al *enemigo rojo*). Esa misión, expuesta en un tono sacramental, justificó el castigo duro y ejemplar. El guión de ese tiempo, la atmósfera ideológica que legitima la reacción frente a la insolencia generacional de los 60 y 70 pasa por denunciar la existencia de una amenaza mortal al *estilo de vida occidental*. Los viejos argumentos contra el populismo vuelven a escena a casi 20 años del primer golpe contra el peronismo pero cargados ahora con el dramatismo de salvar un mundo presuntamente amenazado por la *disociación*.

El acto inaugural del Terrorismo de Estado –la proclama que lo insta en la madrugada del 24 de marzo de 1976– despliega palabras tales como *desgobierno*, *corrupción* y *flagelo subversivo*. Presupone entonces un lugar de enunciación con capacidad de gestión, de ética pública y de redención ideológica, que se alza contra la *acción disociadora de los extremismos*.⁶⁹ El reduccionismo castrense no solo desautoriza la política, sino que la reasume en su expresión militar, como única posibilidad de existencia de la Nación. Deshumaniza la sociedad y reduce la política a la cadena de mandos.

Tal como había sucedido en 1955, el cebo informativo era un recurso necesario del régimen. Mediante un comunicado los comandantes advertían que sería reprimido con la pena de reclusión, por tiempo indeterminado,

[...] al que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas [...] o por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las fuerzas armadas, de seguridad o policiales.

El discurso integra el andamiaje de represión; es una manifestación del poder, su justificación, la razón de ser del orden impuesto. El poder se revela a sí mismo en lo que muestra y en lo que esconde o sugiere o en la intimidación de su insinuación. “Los campos de concentración, ese secreto a voces que todos temen, muchos desconocen y unos cuantos niegan sólo es posible cuando el intento totalizador del Estado encuentra su expresión molecular, se sumerge profundamente en la sociedad”.⁷⁰

Poder y discurso van de la mano. El poder es en sí mismo un discurso de autoridad que entraña, por definición, una tensión, una autorización frente al *otro*. Subordina el vínculo entre el Estado y el mercado, entre las representaciones políticas o populares y las representaciones mediatizadas de la realidad. Instala una burocracia de representación de su dominio del terror que administra las relaciones en los diversos planos de una sociedad, institucionales y de regulación de sus discursos. Quién tiene el poder impone el discurso, “el poder como discurso de verdad” (Foucault), lo que por oposición también podría describirse como “quien produce el discurso puede disputar el poder”. En el caso de Videla es el poder de la ausencia o del silencio sobre el *otro*.

Discursos que autorizan y anestesian el espanto mediante alusiones metafóricas, los *quirófanos* (salas de tortura), los *traslados* (ejecuciones) de aquellos a quienes se había

⁶⁹ “Esta decisión [señaló en uno de sus párrafos], persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo y sólo está dirigida contra quienes han delinquido o cometido abusos de poder. Es una decisión por la patria y no supone, por lo tanto, discriminaciones contra ninguna militancia cívica o sector social alguno. Rechaza, por consiguiente, la acción disociadora de todos los extremismos y el efecto corruptor de cualquier demagogia”.

⁷⁰ (Calveiro, 2004: 28).

despojados previamente de humanidad, insertos en una estructura que ocultaba con palabras y rituales burocráticos un sistema de maquinización de la muerte. Es el “no están, no tienen entidad”, de Videla⁷¹ como alegoría de la aniquilación.

La maquinaria de exterminio de ese “otro y esa otra” nunca definirá al “subversivo” permitiendo así etiquetar y estigmatizar a cualquiera como la personificación del Mal: son no personas, demonios, bestias, enfermos, no argentinos y por eso no merecen vivir. De este modo se legitima la represión sobre el cuerpo y el espíritu, se logra el silencio y el temor en la mayoría de la población. La lucha contra “esa hiedra de mil cabezas” como repetían las Fuerzas Armadas de la República Argentina (FFAA) y de seguridad incluyó desde los comandantes en jefe hasta el personal subalterno. Se buscó la complicidad del conjunto de la institución para forjar pactos de silencio de larga data.

Razón de Estado y razón divina debían suplir la pura falta de cualquier razón humana. Era difícil identificarse con ese *nosotros*. La coerción corporal era aquí el principal mensaje. El salto al vacío de los cuerpos dopados y desnudos desde los *vuelos de la muerte* como expresión de un dominio casi sobrenatural de la vida, una metáfora de su proximidad con el *más allá* que autorizaba las decisiones sobre la vida y la muerte.

Veían a la “lucha contra la subversión” como una “Guerra Santa” que tenía como recompensa “ganarse la tierra prometida” y “el cielo eterno”. Los testimonios que se conocen en los actuales “Juicios por la Verdad” y en libros recientes muestran también que en los campos de concentración había participación sacerdotal. El exterminio del otro y la otra necesita que uno se sienta parte de una misión sagrada y de allí la necesidad de la asistencia espiritual.⁷²

Para la dictadura que clausuró la restauración democrática de 1973, la comunicación era una operación de inteligencia, un instrumento de la acción psicológica (AP) que se servía de los medios de comunicación social (MCS) para lograr sus objetivos en la mesa de arena de sus batallas contra el *flagelo subversivo*. Por lo tanto, y tal como lo estableció la Junta Militar en sus documentos, la estructura a cargo de la comunicación social debía constituirse con la Secretaría de Información Pública (SIP) como órgano de coordinación y la presencia de los jefes de inteligencia de cada fuerza armada así como de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Algo similar al directorio propuesto para conformar la conducción del Comité Federal de Radiodifusión (Comfer, ley 22.285/1980).

Reducida a mero insumo de la acción psicológica, la comunicación social y los medios fueron convertidos en parte del teatro operacional que trazaba estrategias para neutralizar el “escarnio, vilipendio y menosprecio de las FF.AA. y a las instituciones esenciales de la república” mediante la centralización de la conducción de los MCS del Estado y la privatización progresiva de éstos “para asegurar su empleo más eficaz y agresivo”.

El militar a cargo debería asumir “las responsabilidades de AP en el orden nacional, para lo cual deberá proponer a la JM objetivos y planes [...] especialmente en lo que se refiere a la capacidad de réplica oportuna”.

Ya en plan de retirada, en el anexo 1 del acta 248, el plan de acción adoptado por la dictadura en febrero de 1983 recomendaba

[...] ejecutar acción psicológica complementaria sobre el público interno tendiente no solo a su comprensión y apoyo de la estrategia implementada hasta la entrega del poder, sino también para su adecuada preparación espiritual y mental, que le permita enfrentar

⁷¹ Jorge Rafael Videla, 14 de diciembre de 1979., conferencia de prensa.

⁷² (Mallimaci, 2006: 175-186).

con decisión y convencimiento las circunstancias que podrán vivirse luego de la asunción del nuevo gobierno constitucional.⁷³

2.1.5 La presencia simbólica del cuerpo

Hoy ya no serían posibles ni unos ni otros, la democracia –aún en su variante neoliberal– y el advenimiento del mercado global, han superado al menos en esta etapa la guerra civil interior como forma de abordaje del conflicto, pero tal circunstancia no ha mutado la cuestión de fondo que continúa siendo la disyuntiva entre autonomía o subordinación. Es, en todo caso, el desplazamiento de la guerra física y mecánica por otros medios.

De allí la importancia de la agenda política que se hace visible en la Argentina post 2003, cuando las respuestas al fracaso neoliberal de los 90 incluyen el abordaje de la distribución de la capacidad de producción simbólica a través de diversas herramientas: la adopción de una ley de medios de comunicación, la resignificación del hecho tecnológico para buscar una nueva categoría de ciudadanos incluidos en la información, el abordaje de una necesaria revisión histórica y la postulación de un cambio cultural que redescubra las raíces (latino)americanas como condiciones para el cambio.

En la Argentina, la búsqueda de la verdad implicó también cuestionar el poder del *otro* sobre los cuerpos y su destino. Era a través de la desinformación, del ocultamiento, en que el *otro* seguía mostrando su poderío aún a 35 años de cometidos los crímenes; en esa ausencia de conocimiento. En no saber dónde están los desaparecidos. Buscar la verdad es también una de las reparaciones semiológicas más trascendentes para una sociedad despojada de los sueños e impedida del ritual de entierro de sus víctimas.

El Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) ha tenido un rol significativo en la afirmación de este derecho, reconocido por la justicia argentina en 1995 a través de una causa iniciada por su fundador y primer presidente, Emilio Fermín Mignone, y por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en 1999, ante un planteo de Carmen Lapacó, también integrante de la Comisión Directiva del CELS. Mignone y Lapacó pidieron que la justicia declarara “[...] la inalienabilidad del derecho a la verdad y la obligación del respeto al cuerpo y del derecho al duelo dentro del ordenamiento jurídico argentino”.

El caso fue presentado por el periodista y presidente del CELS, Horacio Verbitsky ante la Comisión de Asuntos Políticos y Jurídicos de la Organización de Estados Americanos (OEA) y sistematizado en un documento de la CIDH.

Es a través del rito que la muerte se introduce en el campo simbólico, y son justamente estos símbolos los que nos distinguen del resto del reino animal. Quienes nos niegan el derecho de enterrar a nuestros muertos no están haciendo otra cosa que negar nuestra condición humana

expresó el documento.

El respeto a la dignidad y el derecho al duelo es el mismo de la *Antígona* de Sófocles, condenada por dar sepultura al cadáver de su hermano. La negación de la realidad impuesta por la dictadura sirvió para paralizar por el miedo, como surge de la definición del terrorismo de Estado suministrada por el dictador Jorge Videla, para quien el desaparecido “[...] es una incógnita. Es un desaparecido. No tiene entidad. No está”. De este modo quedó en suspenso la realización del duelo, que cada uno podrá hacer cuando conozca el paradero del cuerpo de su familiar desaparecido.⁷⁴

⁷³ (Ministerio de Defensa, 2014).

⁷⁴ (Verbitsky, Horacio. 2014: en *Página/12*).

La corporidad está atravesada por un conjunto de atributos intransferibles. Porta nombres, huellas, es un testimonio de su paso por la vida. El cuerpo depositado en un lugar físico permite situar, en algún lugar, el fin de la vida, analiza el psicoanalista y realizador cinematográfico Bernardo Kononovich. Se trata de construir colectivamente, desde el riñón de la cultura

[...] una morada para la muerte y permitir el reposo del cuerpo con todos sus atributos subjetivos. La muerte con morada facilita que la inexorable ausencia pueda transformarse en evocación y rememoración para construir un relato acerca del difunto. Los recuerdos son como los objetos rescatados de un naufragio. Recordar es una manera de sobrevivir la muerte.⁷⁵

Para los atenienses de hace 25 siglos, escribió el poeta Juan Gelman,

[...] el antónimo de olvido no era memoria, era verdad. La verdad de la memoria en la memoria de la verdad. Las dos son formas de la poesía extrema, esa que siempre insiste en develar enigmas velándolos. Alguien dijo que la poesía es la sombra de la memoria. Creo que, en realidad, la poesía es memoria de la sombra de la memoria. Por eso nunca morirá.

Esas palabras fueron seleccionadas por el CELS para cerrar su ponencia en la OEA.

2.1.6 Cuando la palabra impresa mata

Las investigaciones judiciales y procesos que la democracia argentina logró poner en marcha durante el gobierno kirchnerista no sólo restituyeron valores fundantes de la dignidad humana y de reparación, sino que se convirtieron en un acto pedagógico mirado por el mundo con atención.

El corrimiento del velo de ocultación y complicidad de vastos sectores civiles con el terror estatal permitió ver también el rol criminal de la incitación periodística a la destrucción física de ese *otro*. Es más, por el rol social de los medios, tales palabras públicas pueden hoy describirse como instigación y merecer también un castigo, como ocurre con el diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca. El discurso, en sí mismo, puede ser juzgado penalmente, tal como sucedió con el pedido de procesamiento y prisión preventiva del dueño y director del diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca, Vicente Massot

Los fiscales federales Miguel Palazzani y José Nebbia acusaron al medio de proveer un “guión del terrorismo estatal” necesario para el genocidio que vivió la Argentina. Citaron para ello parte de un editorial del diario de noviembre de 1977, que propuso:

Más que hablar de guerra, hay que hacer la guerra. De entre todas las profesiones le cabe al periodismo un puesto de avanzada en las trincheras de la patria [...] Nuestro deber, pues, se corresponde con el de las Fuerzas Armadas en toda la línea de combate [...] *La Nueva Provincia* fue el guión del terrorismo de Estado y del genocidio perpetrado en Bahía Blanca y la región,

señalaron.

Massot fue acusado como coautor de los secuestros, torturas y asesinatos de Enrique Heinrich y Miguel Angel Loyola, dirigentes del Sindicato de Artes Gráficas de Bahía Blanca que lo tuvieron de interlocutor en sus últimos meses de vida, y por el rol del

⁷⁵ (Kononovich, Bernardo, 2010: sitio web).

diario como auxiliar de la inteligencia militar en operaciones de acción psicológica para justificar y encubrir crímenes de lesa humanidad.⁷⁶

A partir de un estudio metódico de editoriales, notas de opinión e inclusive avisos que instigaban a los lectores a transformarse en delatores, los fiscales desmenuzaron la construcción de un discurso de odio que sintonizaba claramente con las funciones asignadas por reglamentos y directivas militares.

En los dos primeros años, resaltó la Unidad Fiscal, el 80% de los editoriales hicieron eje en la *guerra sucia*, el *aniquilamiento*, *delincuente subversivo*, *no quedarse a medias tintas*, entre otras fórmulas repetidas, como *eliminación total*, *enemigo* y *aniquilar las causas y no sólo los efectos*. El análisis les permitió a los fiscales descartar de plano que el accionar del grupo empresario se hubiera encuadrado en el marco de la libertad de expresión y remarcaron que se constituyó en una serie de *conductas criminales*.

Cuando Massot intentó equiparar el rol de *La Nueva Provincia* con el de otros diarios que publicaban comunicados oficiales de las Fuerzas Armadas, los fiscales enfatizaron que

[...] el discurso de incitación al genocidio –en su afán legitimador, encubridor e instigador– no sólo fue abrumadoramente mayoritario, sino que adquirió niveles extremos de intensidad, tanto en la gravedad del mensaje (el aniquilamiento total y definitivo en todos los campos de la sociedad) como en su poder de inserción en el público (la altísima frecuencia, la agobiante repetición e insistencia, la ubicación en espacios centrales del ejemplar, etcétera).

Por primera vez, y en un hecho que se debe subrayar, el guión del genocidio, su argumentación, fueron sometidos a un proceso penal.

El elemento central en la estrategia de justificación del genocidio “consistió en la creación de un enemigo que estaba en guerra con la Patria”, explican los fiscales. Al caracterizarlo además como *no convencional*, esas “acciones bélicas escapaban a toda delimitación ética o normativa” y todos los medios eran válidos para concretar el aniquilamiento. En paralelo operaba el encubrimiento por medio de un “juego de ocultamiento” en el cual “las prácticas más aberrantes que trascendían a la superficie eran transferidas al oponente”.

El 6 de abril de 1981 el diario se burló de los reclamos por la desaparición forzada de personas al especular con lo que ocurriría años más tarde:

[...] ¿Cuántas “baladas del desaparecido” se entonarán en la próxima década? ¿Cuántos rocks lentos que aludan a secuestros en la madrugada? ¿Cuántos libros titulados “Hablan las madres” o “Hablan los hijos” no proclamarán el genocidio y solicitarán un Nuremberg? [...]

La enajenación y la locura ideológica que presidieron estos desvaríos condujo a buscar la *subversión ideológica* primero en las universidades para pasar luego a los colegios secundarios y llegar reclamar, hacia la segunda mitad de 1977, que “la tarea de limpieza se extendiera a los *jardines de infantes*”.⁷⁷

Eso *otro* que se expresa muchas veces se asocia con la locura, como lo examina Foucault. Y las primeras en decir lo imposible, en hablar de lo impronunciable fueron bautizadas –justamente– como *locas* (de Plaza de Mayo).

La historia de la locura sería la historia de lo *otro* –de lo que, para una cultura, es a la vez interior y extraño y debe, por ello, excluirse (para conjurar un peligro interior), pero encerrándolo (para reducir la alteridad); la historia del orden de las cosas sería la

⁷⁶ (Martínez, 2014: en *Página/12*).

⁷⁷ (Fiscales.gob.ar, 2014. sitio web).

historia de lo *mismo* –de aquello que, para una cultura, es a la vez disperso y aparente y debe, por ello, distinguirse mediante señales y recogerse en las identidades–.⁷⁸

Lo impronunciable –los desaparecidos– aparecía en la cultura y en la historia de una manera inesperada, interpelaba el cuerpo enfermo de la salud mental argentina. Madres que buscaban hijos representaban ese *peligro interior* que era necesario conjurar, eso *extraño* que rompía una cultura basada en el silencio y la complicidad.

El sometimiento de lo mismo versus la locura –*el peligro*– de la diferencia. En ese horror hundió la represión toda asociación entre política y democracia. Las torturas y desapariciones marcaron a fuego el concepto de que el compromiso social, la participación, la militancia y toda forma de involucramiento civil en el destino nacional era un camino sin retorno hacia el horror.

Más tarde, las armas (mecánicas y discursivas) transferirán la autoridad de esa descalificación al mercado; será bajo las premisas del Consenso de Washington en que el sentido de la gobernabilidad permanece desplazado del ámbito institucional de la política para subordinarse a las operaciones de expansión financiera.

Pero falta aún una última jugada de la dictadura militar, de fuerte contenido simbólico; una narración que intentará apoderarse de símbolos y *estructuras de sentimiento* ligadas al único consenso policlasista del anticolonialismo en la Argentina: Malvinas. En su aventura por los mares del sur, en 1982, la dictadura produce una triple operación de sentido. La perversión de la trama argumental superpone el eje del nacionalismo territorial (una restauración patriótica) con la militarización de la política (la democracia no podría lograr este objetivo) y la obsecuencia al poder imperial (la pertenencia a occidente como ventaja geopolítica) expresado en las corporaciones norteamericanas y el liderazgo mundial de EE.UU.

Malvinas supone otra vuelta de tuerca sobre el retorcido mensaje de época que – mediante la instalación de otro *enemigo* externo, ahora una potencia imperial– ahoga las contradicciones y levanta una ola auténtica de fervor latinoamericano. La culpa, la confusión y la impotencia no encontrarán durante mucho tiempo las palabras que puedan representar el alma de esa Argentina desorientada, que mira de costado el regreso de sus soldados tras la deserción de sus jefes.

Tal exabrupto histórico no surgió solamente de la necesidad política de utilizar una referencia simbólica de la causa nacional (como Malvinas) para sostener una dictadura carente de legitimidad, sino también como resultado de la defraudación intelectual y la traición ideológica de asumir como propio el punto de vista del enemigo. Semejante enajenación, anclada en una supuesta pertenencia occidental y cristiana, permitió a Leopoldo Galtieri imaginar una supuesta Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS) como réplica de la alianza entre Estados Unidos y Europa (OTAN) que obligaría a la defensa de la dictadura militar argentina frente a Gran Bretaña. Tales confusiones ideológicas habían conducido también a la incursión militar en América Central, en forma conjunta con la CIA para agredir y desestabilizar la experiencia revolucionaria del sandinismo en Nicaragua. Oscuros personajes como Elliot Abrahams o Alexander Haig, altos funcionarios del gobierno de Ronald Reagan, resultarán piezas claves en la exportación argentina del trabajo sucio de sus *grupos de tareas*, que la Junta Militar interpretaba como credencial de pertenencia al norte *occidental* y *cristiano*.

La restauración democrática se construye después sobre estas derrotas del ala militar que conducía el poder político (la Junta Militar a cargo de un gobierno con socios civiles de la partidocracia tradicional y del poder económico), luego de la derrota en el Atlántico Sur y del fracaso de todas las premisas políticas, ideológicas, militares y

⁷⁸ (Foucault, 2005: 9).

diplomáticas que se sobreimpusieron discursivamente en el relato que trató de justificar la satisfacción de una histórica reivindicación nacional. En esa contradicción insoluble está fundada la desazón moral del pueblo argentino al recuperar la democracia.

No se trata solo de recuperar la humanidad (y la justicia) de las víctimas del terrorismo de Estado sino de cargar con la culpa de haber saludado masivamente una aventura suicida para el interés nacional conducida por los mismos autores del genocidio.

El relato nacional requiere una inmediata rectificación, una válvula de escape. Sin embargo, debe notarse en la restauración democrática de 1983 y en el triunfo de Raúl Alfonsín sobre Ítalo Luder, la existencia de un subtexto que advierte sobre los peligros del conflicto ideológico que enfrentó en el peronismo a dos perspectivas de enunciación atravesadas por la violencia de la bipolaridad geopolítica de los 70. La elección democrática que consagró al radicalismo en el primer turno de la democracia recuperada registró, en un porcentaje incierto pero significativo, esa carga de prevención electoral frente a una posible gestión del peronismo. Los conflictos internos de 1974 y 1975 estaban todavía frescos en la memoria popular como un desgarró que precedió a la dictadura.

2.1.7 Nuevos relatos para viejas zonceras

En los 80, los socios civiles y del poder económico asociados a la experiencia militar se camuflan, abordan un nuevo transporte simbólico. Desplazan el sujeto enunciativo hacia un nuevo *nosotros*. El relato de cuartel es reemplazado por la ilusión política de que la democracia (tal como lo expresa el relato alfonsinista en 1983) constituye *per se* el remedio a todos los males y a la gravosa herencia humana, económica y social dejada por el terrorismo de Estado. Claro que desde el punto de vista político y ético supone salir de las tinieblas del autoritarismo hacia el estado de derecho.

Pero despojada de un profundo debate sobre el modelo de país, la restauración institucional del sistema democrático fue presentada como la panacea para todos los males. Al desvincularse la represión dictatorial de la imposición de un modelo económico se permitió ocultar el rol de los instigadores y beneficiarios principales del terrorismo estatal como sistema. Una zoncera de grado menor (la formalidad de la democracia es el pasaporte a la soberanía nacional y popular) reemplaza a otra mucho más grave (nuestra alianza y subordinación con los mercados occidentales nos llevará al desarrollo) y pasará bastante tiempo para que todas las premisas (al decir de Jauretche) sean advertidas por el zonzó. Y ya se sabe que éste, una vez advertido, inmediatamente deja de serlo.

Una nueva metáfora sobre la identidad y el destino nacionales será postulada por el alfonsinismo en ese tiempo. Un intento refundacional apalancado en un forzado destino manifiesto de la Argentina en relación con su latitud en el planisferio. “Hacia el sur, hacia el frío y hacia el mar”, postulaba el proyecto de mudanza de la capital nacional hacia Viedma-Carmen de Patagones, en una formulación que no era ajena al trauma nacional de la derrota del Atlántico Sur. Una propuesta de identidad marítima y sostenida en la aridez patagónica, pero que no se conectaba con los espacios geográficos ni sociales de las luchas por la independencia o por la justicia social y la soberanía económica.

La debacle del primer turno gubernamental de la democracia restaurada en 1983 también supone una claudicación de la política frente a los mercados. Es el aviso firme, auspiciado también por el dispositivo, de que el ciclo de endeudamiento con debilidad estatal ha venido para conducir la agenda pública. Hay entonces una transferencia al mercado como ordenador del relato. Se reconfigura la ilusión poscolonial del desarrollismo positivista por la imposición neoliberal del ajuste y la flagelación como

pasaporte al *otro* mundo. La postración del endeudamiento externo es la metáfora mayor de la impotencia para pensar en algún proyecto de autonomía.

El dispositivo comunicacional no ha sido neutro ni inocente en estas operaciones. El libro de Blaustein y Zubieta⁷⁹ examinó con claridad la agenda cómplice de los principales voceros gráficos del establishment con la transformación de la estructura productiva hacia las corporaciones locales y transnacionales bajo el manto del terror dictatorial. Incluso de sus propios negocios sectoriales como el de la producción de papel para diarios a través de la apropiación fraudulenta y criminal de Papel Prensa S.A. También se montaron sobre la expedición malvinera, una opción editorial en la que no estuvo ausente el cálculo político sobre el escenario posmilitar.

Los grupos mediáticos como *Clarín* o *La Nación* no produjeron la dictadura militar, pero colaboraron con su implementación –construyendo el nosotros apropiado y el repertorio lingüístico del caso– y se sirvieron de ella para su propio proyecto de acumulación mediante la consolidación de posiciones en el mercado editorial y de producción de papel (Papel Prensa S.A.). Está claro, además, que otros medios –como *La Nueva Provincia*– suministraron el guión indispensable para implementar el terrorismo de Estado.

Con la democracia, el discurso editorial no dudó en convertir a los exjefes militares y su contraparte *subversiva* como el *otro*, instalando la formalidad democrática en el sitio del nosotros. La teoría de los *dos demonios* permitió un lugar de comodidad enunciativa, sostenida en una neutralidad ficticia respecto del pasado inmediato. Se trataba de una etapa diferente del proyecto de acumulación de los principales grupos editoriales, que pasó a incluir presiones y negociaciones para obtener el salvoconducto que permitiera saltar la barrera que separaba medios gráficos de medios electrónicos.

No casualmente la misma ley de reforma y privatización del Estado de 1989, en el amanecer menemista, abrió las compuertas para la propiedad cruzada y compartida de una sola y la misma voz en el mundo gráfico y audiovisual. Las teorías de la *reconciliación nacional* (que asimilaba justicia con venganza), el desmantelamiento estatal, el endeudamiento financiero y la ficción de *integración al mundo* por la vía de la apertura económica oficiaron como un cebo lingüístico que permitió naturalizar lo indecible.

La *Grieta*, como metáfora destinada a presentar la justicia y la verdad como provocación política, encuentra en esta coyuntura su ámbito de gestación intelectual. Los viejos socios civiles de la dictadura y los medios concentrados –beneficiarios de su gestión– promovieron la política del olvido como precio de la paz; saludaron los indultos (extinción de la responsabilidad penal que supone el perdón de las penas) que promovió el menemismo mediante diez decretos, ofrecidos al país como señal de *reconciliación*. Nace aquí la idea de que pedir por la justicia (penal o social) es promover el conflicto y la fractura, es impedir la armonía social del consenso auspiciado por el poder.

El saqueo neoliberal necesitó la demonización del Estado como fuente de todos los males. Utilizó para ello un axioma creado por José Alfredo Martínez de Hoz durante la dictadura. El exministro y hacendado desarrolló una suerte de ecuación que consideraba el tamaño del Estado como vector de una fórmula que vincula el desarrollo económico nacional en forma inversamente proporcional al peso de la administración pública (“Hay que achicar el Estado para agrandar la Nación”). La influencia de ese tópico perduró en el corpus doctrinario del menemismo y se consumó en la práctica como un nuevo fundamentalismo; las privatizaciones. El sentido se organiza alrededor de la eficacia del mercado para la conducción de lo político, lo económico y lo social. Para ello, el despliegue discursivo utilizó a formadores de opinión que interpelaban a las

⁷⁹ (Blaustein y Zubieta. 1998).

audiencias convirtiendo en sentido común el desmantelamiento del aparato público y la precarización de las relaciones sociales.

El menemismo, como operación discursiva, abrevó en la estética popular antes que en los contenidos programáticos. Disimuló –bajo un look caudillesco y federal– un programa conservador que ponía de rodillas al principal movimiento contestatario del país frente a las corporaciones económicas. La figura presidencial funciona aquí como un claro ejemplo de disociación entre el enunciador visible (un caudillo federal) y su enunciación (el programa neoliberal de la Escuela de Chicago y el Consenso de Washington).

2.1.8 Del shock de los cuerpos al shock del mercado

El *realismo* fue la clave discursiva que hizo posible construir una actitud de resignación frente al cambio, haciéndola tolerable por los beneficios del derrame de la prosperidad virtual del porvenir. Realismo es la gran palabra de los 90, destruir el Estado y vender sus joyas era duro pero *necesario* para materializar las inversiones que, de la mano del capital financiero y la modernización tecnológica traían el nuevo tiempo. El macro texto en que pueden situarse las coordenadas del sentido de época tiene que ver con la cultura de la resignación y la adaptación. La vida, como la política, pasa a ser el arte de lo posible.

Este será el eje que signará la relación entre el ascendente grupo de empresas de medios, finanzas y editoriales (Clarín, Atlántida, Citibank, Telefónica) con la versión travestida del peronismo que encarnó el menemismo. Ambos hicieron leña sobre el árbol caído del shock hiperinflacionario con que los mercados despidieron a Raúl Alfonsín. La escritora canadiense Naomi Klein analizó magistralmente en *La doctrina del shock*, la estrecha relación entre los hechos traumáticos que golpean a una sociedad (guerras, cataclismos, abruptas devaluaciones) y la imposición de recetas neoliberales destinadas a recuperar el *orden*.

La puesta en escena sobre las bondades del mercado sin controles y sin fronteras no vino sola, o mejor dicho, incorporó otro fetiche discursivo; la revolución tecnológica y el advenimiento de una sociedad del *conocimiento y la información*. La supuesta eficacia del mercado trajo consigo la ilusión de modernidad suministrada por la revolución tecnológica. La desarticulación de la sociedad del empleo y la sustitución de producción por importaciones abrevaron en el falso paradigma futurista del progresismo tecnológico y una ciudadanía-mundo sostenida en la falsa paridad con el dólar.

La impotencia es el corazón argumental de ese orden inasible de la tecnología y las finanzas. Está más allá de nuestro alcance, justifican los apóstoles de la globalización. El relato neoliberal logró descalzar la economía real de la virtual y reemplazó la cultura productiva por la especulación bursátil, fundada en la omnisciencia de los mercados financieros. El neoliberalismo creó una nueva forma de desaparición, la del trabajo. Al hacerlo creó otra forma del terror, la expulsión del mundo social, el confinamiento hacia nuevos conceptos de la periferia humana, hacia los bordes de la sociedad.

Esta versión posmoderna del fundamentalismo occidental trae la novedad de eximir a los gobiernos nacionales de sus responsabilidades interiores, al presentarlos como impotentes frente a la llamada *dimensión global* de las nuevas tecnologías que autorizan las decisiones drásticas de los mercados. El economista y pensador nacional Aldo Ferrer describe las operaciones que realizan los actores económicos dominantes para doblegar a los Estados nacionales ante el embate de fuerzas *ingobernables*.

[...] los acontecimientos estarían determinados por el impacto de las nuevas tecnologías y, por lo tanto, por fuerzas ingobernables e incorregibles por la acción pública o de organizaciones de la sociedad civil. Una de las expresiones de esta postura es la teoría de las *expectativas racionales* según la cual los actores económicos anticipan e inhiben

las decisiones del Estado que pretenden interferir en el funcionamiento natural de los mercados. Esta imagen *fundamentalista* de la globalización es funcional a los intereses de los países y de los actores económicos que ejercen posiciones dominantes en el orden global. En realidad, la aparente ingobernabilidad de las fuerzas operantes en el seno de la globalización no obedece a fenómenos supuestamente indomables sino a la desregulación de los mercados.⁸⁰

El progreso impulsado por fuerzas tecnológicas se convirtió en una entelequia, funcionó como un fetiche que permitió disimular bajo su enunciado la silueta inerte de chimeneas que se apagaban y banquinas de montaje enmudecidas que arrastró la ola neoliberal. Los 90 se llevaron el 30% del parque industrial argentino, con una porción equivalente de desocupados que pasaron a formar parte de la legión de pobres y ausentes de esa década. Esos procesos también fueron objeto de operaciones semióticas que presentaron lo industrial y el Estado como el pasado y a la tecnología como el futuro, omitiendo toda relación entre capital y trabajo o mercado interno versus apertura salvaje. El dinero electrónico pasó a ser un fetiche en cuyo nombre se instauró la debacle.

La imposición del corralito financiero por ejemplo fue realizada bajo el pretexto discursivo que al restringir las extracciones semanales de efectivo en los cajeros automáticos se estará estimulando “tal y como lo hacen los países más avanzados del mundo” el empleo de *dinero electrónico*. Tal fue la excusa verbal ofrecida por Domingo Cavallo cuando se instauró el corset a las cuentas bancarias personales y comenzó la estampida social que terminó en el trágico diciembre de 2001. Las alusiones al primer mundo o los países *más avanzados* son una reiterada llave de paso discursiva que autoriza al enunciador para cualquier cosa. Se sustenta en el darwinismo histórico de que estamos atrasados, que no hay otro orden y que evolucionaremos en esa dirección.

Al cabo de la reconfiguración neoliberal de los 80 y los 90, la transferencia de capacidad decisoria de los Estados nacionales hacia los grupos financieros y económicos (vía desregulaciones, aperturas y privatizaciones, que empezaron por las emisoras de radio y televisoras públicas) determinó que la referencia global de sentido se anclara en una matriz que dejaba a los individuos librados a su propia suerte desde el punto de vista social, histórico y político.

El ciclo termina también desbaratando los argumentos *morales* que atribuyeron los fracasos del modelo importador y privatista a problemas de actitud de la clase política. En buena medida, la Alianza que se impuso en las elecciones de 1989 prohijó un discurso que proponía una corrección del modelo mediante la disminución de la corrupción, intentando explicar la bancarrota nacional como un problema moral. Ese fue uno de los mandatos principales de la gestión que gobernó durante dos años críticos (2000-2001) que sirvieron para demostrar que el verdadero problema de la política era su dependencia de los mercados en un modelo de subordinación a los grupos financieros internacionales. Las excusas falaces sobre la austeridad y el combate a la corrupción funcionaron como una nueva zoncera argentina que solo logró prolongar la agonía del modelo. El estado de caos y postración en que se sumergió la Argentina puso en crisis todos los argumentos que intentó balbucear la política. El último fetiche de los relatos neoliberales –que presentaba a los argentinos viviendo en un mundo irreal de paridad cambiaria con el dólar, como fantasía de una ciudadanía global, estalló junto con la convertibilidad. En medio de ese Big Bang de época, las partículas de la ilusión futurista de la Escuela de Chicago fueron reemplazadas por fonemas que remitían a los tiempos de las carretas; *patacones, quebrachos, letras de las provincias, trueque*, etcétera.

El saldo no fue menor. Esa década también cuestionó los relatos colectivos, las identidades y pertenencias a franjas estructurales que habían caracterizado a la

⁸⁰ (Ferrer, 2007: 432).

Argentina. Desde los trabajadores a los sectores medios, por la vía de retiros voluntarios, jubilaciones anticipadas o programas de propiedad participada, o los despidos habían sido reconvertidos en voluntades individuales colocadas en los pliegues del sistema.

Esa trama social, que expresaba décadas de constitución de un tipo de Estado y de relaciones económicas, para postular un imaginario de salvación individual fue destejida mediante lo que Naomi Klein denominó el shock del terrorismo neoliberal o el miedo a la expulsión del sistema. La historia reciente de Latinoamérica, atravesada por los efectos devastadores de la Escuela de Chicago, fue la que inspiró a Klein a redactar *La doctrina del shock*. “Había una conexión entre el shock a los cuerpos –la tortura–, y el shock al país –la economía neoliberal–”, señaló.

Klein llegó a Argentina atraída por las respuestas que sectores populares estaban dando a la crisis económica que vivían en 2001, cuando la crisis económica y social se devoró cuatro presidentes en dos semanas y donde las fábricas eran tomadas para que fuesen gestionadas por los propios trabajadores. Advirtió sin embargo que “las organizaciones argentinas de derechos humanos se habían centrado en cerrar los centros de tortura, pero se olvidaban de la última razón de esta tortura: la imposición de un modelo económico”. Algunos espacios de resistencia intelectual y de producción de la mirada nacional no subordinada pueden encontrarse en la gestación de un nuevo concepto de la clase trabajadora como la producida por la Central de Trabajadores Argentinos, que rompió conceptualmente con la idea de una central única y con la sociedad salarial como única forma de pertenencia a la clase trabajadora.

La hegemonía del discurso economicista que entronizaba al mercado global como fuente de legitimación y que subordinaba el poder presidencial a los ministros de Economía también fue denunciada. El Grupo Fénix, surgido en las últimas convulsiones del neoliberalismo en la Argentina, señaló sus consecuencias:

[...] la política económica impuesta, fundada en la apertura incondicional al mercado mundial, la reducción del Estado a su mínima expresión y el abandono de toda pretensión de construir proyectos nacionales de desarrollo. Observar la “globalización” desde los países de la periferia del sistema, resulta fundamental para su desarrollo económico.

El primer requisito para impulsar el desarrollo era abandonar la ortodoxia, “es rechazar el cuerpo de ideas elaborado en los países dominantes, desde la teoría clásica del comercio internacional hasta la de las expectativas racionales y el Consenso de Washington”.⁸¹

Para que esto fuera posible –admisible– en términos de opinión pública había sido condición necesaria la privatización del dispositivo de enunciación. Es un ejemplo inverso a la trama de soberanía que había permitido significar el peronismo con la nacionalización del sistema ferroviario, la transferencia al mercado de los resortes de comunicación convirtió a la destrucción de lo público en una virtud de la política. Y como se describe en *La batalla de la comunicación* y en otras publicaciones, tal operación solo fue posible con la reconfiguración y la creación de un poderoso dispositivo productivo operado mediante el salto de los medios tradicionales a las plataformas múltiples y de la nueva centralidad discursiva del dispositivo mediático en la escena pública.

Los medios –ahora privados y concentrados– fijan una suerte de resignación paciente que utiliza los reflejos condicionados por las descargas del terrorismo estatal o de la exclusión violenta del mercado. En el plano simbólico, la *tolerancia* social que impregna el interregno aliancista (1999-2001) es semejante a la interdicción de quienes,

⁸¹ (Grupo Fénix, 2011, en *Página/12*).

privados del habla, solo pueden reaccionar con el cuerpo. Y eso es lo que pasó en el estallido de fines de 2001. Recuperar la memoria era clave para desarmar la narración construida en torno a los *necesarios* sufrimientos que conducían al paraíso. Para Klein, esa memoria colectiva –nosotros diríamos esa matriz resistente– para afrontar los momentos de shock se recuperó durante la crisis económica. “Y fue esa memoria la que le proporcionó al pueblo argentino la resistencia al shock frente al capitalismo del desastre”.

Desde el punto de vista discursivo, la voz de los mercados había desplazado a la política del lugar de enunciación gubernamental mediante la gimnasia de los anuncios desde el Ministerio de Economía. El *recetario económico* fue, durante años, la interlocución principal ante la sociedad desde el golpe de 1976 y hasta el estallido de 2001, con excepción de parte del interregno alfonsinista. Era necesario que, conjuntamente con el modelo, cuyo último gran gurú había sido Domingo Cavallo, estallara también el relato.

2.1.9 El discurso, primer cambio

De esa estafa ideológica, de ese vaciamiento de la política, que había capturado los sueños de generaciones y enviado al exilio a miles de ciudadanos, debió reponerse el país en bancarota que dejó la traspasada noche neoliberal. Como en la prosa de Cátulo Castillo (“desorientado y sin saber qué bondi tomar”⁸²) la crisis no dejó más opción que recuperar la fe en las pocas certezas que la historia había enseñado. Y ello supuso desmontar la arquitectura conceptual edificada en el tiempo anterior, en la que el pueblo –como sujeto político– había desaparecido del diccionario para ser reemplazado en el espacio público por los medios.

El cambio del libreto fue una de las notas distintivas del discurso inaugural de Néstor Kirchner al asumir en 2003. Lo primero que todos advierten, tanto las víctimas como los cómplices del modelo, es que hay un nuevo relato en escena. Una cadena de significantes tejida de forma diferente a los discursos políticos del tiempo anterior.

Kirchner puso la locomotora de los 70 por delante de la crisis neoliberal del año 2001. Recuperó una subjetividad que se creía aplastada en los campos de concentración y propuso como salida la actualización de las banderas de la Juventud Peronista de la última etapa de Juan Perón para ofrecer un camino en medio de la maraña del apagón productivo, la globalización y el endeudamiento.

El primer mensaje fue su propia figura. Desgarbada y fuera de toda etiqueta. El *Flaco* tiene que inventarse dijo José Pablo Feinmann, es

[...] el Gran Virola argentino. Se le pinta un ojo [...] Suele creerse que es un defecto, una carencia. Pero no, el Virola ve más que el pobre tipo que tiene los dos ojos para el mismo lado. El Virola, con un ojo, ve el Todo.⁸³

Ese arquetipo, de la impronta Quijotesca pero cabalgando en la combatividad de los años 70, tuvo la fuerza de sintetizar los anhelos de un pueblo maltrecho pero digno que esperaba la redención de la dictadura y los 90. No era solo el discurso –del que los argentinos habrían aprendido a desconfiar desde la *revolución productiva* y el *salario* de Carlos Menem– era, sobre todo, el personaje portador de la palabra, el enunciador, la fuente más poderosa del mensaje.

La idea de *otra narración* como novedad política de la etapa también fue tempranamente detectada por otro grande del pensamiento nacional: Nicolás Casullo. Magistralmente describió a los *setenteros* que habían acompañado a los Kirchner en la

⁸² *Desencuentro* (1962), Castillo y Troilo, “Estás desorientado y no sabés, qué bondi hay que tomar, para seguir. Y en triste desencuentro con la fé, querés cruzar el mar, y no podés” (primeras estrofas).

⁸³ (Feinmann, 2003: en *Página/12*).

primavera camporista y el duelo de Perón, retratados como “[...] cincuentones, quienes viven la biografía del movimiento del 45 como sentados en una estación abandonada y ventosa muy al sur del país por donde volver a ver pasar [...] aquel verdadero tren de la historia”.

Casullo –citado junto a Feinman y tantos otros por Horacio González en *Kirchnerismo, una controversia cultural*– también advirtió tempranamente los escasos naipes que le quedaban por jugar a Néstor Kirchner en el tablero político, particularmente en el profanado peronismo posmenemista:

Si se queda adentro (del peronismo), ya nadie sabe en qué paraje en realidad se queda: corre el peligro de no darse cuenta un día que él tampoco existe. En ese maltrecho peronismo que vendió todas las almas por depósitos bancarios, Kirchner es otra cosa: insiste en dar cuenta de que ésta no fue toda la historia. Que hay otra última narración escondida en los mares del sur.⁸⁴

Narración y encarnación del relato. Relato e identidad de los excluidos. Incluso de los atemorizados por los excesos del festín neoliberal. Identidad y nueva subjetividad. Esta es la posibilidad que se inauguró el 25 de mayo de 2003.

Al día siguiente de la asunción presidencial de Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003, el columnista Jorge Oviedo de *La Nación* notó que un nuevo repertorio de sentido se ponía en escena. “En materia económica, lo que el discurso inaugural del presidente Kirchner ha dejado muy en claro es que cambiaron las consignas y los slogans. Habrá que ver si también cambian las políticas”. Así lo subrayó en su nota: “El discurso, el primer cambio en la economía”, publicado en el tradicional matutino conservador, promotor hasta la crisis del 2001 de los ajustes y recetas impulsadas por el neoliberalismo.

Con la impronta de Néstor Kirchner palabras como autonomía, Estado y justicia volvieron al vocabulario de la democracia. Había comenzado un ejercicio de resignificación de la palabra.

“Las cosas hay que llamarlas por su nombre [...] Vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia tantas atrocidades”, dijo Néstor Kirchner el 24 de marzo de 2004 frente al excentro clandestino de reclusión emplazado en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Según la óptica de *Clarín* “se consagró el regreso de la pasión a la política argentina.”

A 28 años del último golpe, cuando el presidente formalizó la creación de un Museo de la Memoria en la ESMA, el principal centro de detención ilegal de la dictadura, *Clarín*, que aún aguardaba concesiones regulatorias del Gobierno, consideró que su discurso *frecuentó los límites* cuando pidió *perdón* en nombre del Estado por el silencio ante las atrocidades del Proceso.

“Hablemos claro: no es rencor ni odio lo que nos guía. Me guía la justicia y la lucha contra la impunidad. Los que hicieron este hecho tenebroso y macabro como fue la ESMA tienen un solo nombre: son asesinos”, agregó Kirchner.

Aunque medios tradicionales –como *La Nación*– intentaron poner límites y condicionar el período poscrisis pregonando la continuidad de las recetas macroeconómicas del neoliberalismo y la vista gorda para los crímenes del turno militar, el principal grupo comunicacional –*Clarín*– mantendría una expectante ambigüedad hasta 2007. El recambio presidencial de 2007 coincidirá con el divorcio de ese vínculo en la persona de Cristina Kirchner –la presidenta electa– y la disputa por la agenda y los contenidos se tornará despiadada.

El portal *Diario sobre Diario* (DsD) repasó el caótico cierre temático del año 2007 en los principales medios:

⁸⁴ (Casullo, 2010: en *Página/12*).

Las elecciones presidenciales, el conflicto por Botnia, la crisis energética, los comicios porteños, el caso Skanska, la inflación, las protestas en Santa Cruz, el Indec, la represión en Neuquén (y la muerte del docente Fuentealba) y diversos episodios relacionados con la inseguridad, fueron, en ese orden, los diez temas que más títulos de tapa merecieron durante el 2007, hasta el fin del mandato del presidente Néstor Kirchner.

Como se observa, una agenda cargada de noticias adversas para el oficialismo como no había soportado en los cuatro años anteriores.

El convencimiento de que un segundo turno kirchnerista, luego del triunfo de Cristina Fernández, implicaba una virtual profundización del programa enunciado por Néstor en 2003 o más bien, una consecuencia con el discurso setentista del exmandatario santacruceño, encendió una alarma. Se rompía el famoso teorema de Baglini por el cual los candidatos ascendían al poder con discursos de izquierda para luego ejercer un despojado pragmatismo que los inclinaban ante los factores de poder antes de retirarse por la derecha del arco ideológico. Muchas veces a las apuradas o en forma de huida precipitada por corridas cambiarias o hiperinflacionarias.

Por lo tanto, la correspondencia entre discurso y gestión que se avizoraba en el segundo mandato, implicaba denunciar que el juego había terminado. La coexistencia entre los poderes tradicionales y la democracia representativa había funcionado de manera consensuada a los efectos –no menores– de rescatar a la Argentina de la bancarrota y la amenaza de la disolución social y productiva. La posibilidad de hundimiento del barco, aún con los tripulantes de primera clase adentro, construyó en aquellos años iniciales de la poscrisis 2001 un consenso precario que incluyó una recuperación parcial de los resortes estatales y el enjuiciamiento de los crímenes de lesa humanidad de los principales personajes de la dictadura militar.

Un precario nosotros, signado por el espanto frente a la certeza del abismo inmediato, posibilitó la convivencia en el tramo inicial del kirchnerismo entre la *industria pesada* mediática –necesitada de oxígeno financiero e indulgencias regulatorias–, y un gobierno que remontaba la cuesta de la anomia política e institucional con un lastre de más de 20 millones de pobres⁸⁵ (el 50% de la población) causados por el apagón neoliberal.

Parte de las trampas que la globalización había logrado tender sobre los imaginarios de la política local –aún de aquellos sectores comprometidos con la demanda popular– había sido el de la supuesta neutralidad del dispositivo comunicacional en su vínculo con los factores de poder, en la economía concentrada y transnacional que dejaron los 90. Tal mirada ignoraba el rol político del poder mediático como uno de los actores centrales de los procesos de concentración y acumulación productiva y política en los finales del SIGLO XX, y como partícipe necesario del vaciamiento estatal y subordinación ideológica.

Descubrir que el relator (los grupos corporativos concentrados de medios) era también el relato (en algún sentido el viejo axioma de Mac Luhan, pero con nuevas connotaciones) y ambos una pieza central del modelo subordinado a las minorías locales y los intereses de ultramar resultó un dato clave para imaginar la continuidad del cambio.

La política tardó en comprender que el vaciamiento del Estado y la transferencia de recursos al mercado –también comunicacional– había cambiado la capacidad de la –exhausta– institucionalidad pública para administrar una relación equivalente con los medios. Sucedió reiteradamente en la Argentina desde el retorno de la democracia en 1983. El mercado y los multimedios –como parte constitutiva en su doble dimensión económica y simbólica– se encargaron de mostrar los límites.

⁸⁵ Clarín 5/1/2003.

La creencia de que el discurso del dispositivo podía acomodarse a cambio de favores del poder estatal ha sido, en ese contexto, una mirada simplificadora o ingenua del problema. La reconversión de las empresas multimedia en unidades de comercialización diversificadas determinó que sus recursos provengan en forma principal de la estructura económica de los grupos: en primer lugar de los usuarios a servicios pagos y luego de la publicidad de sus socios económicos en el mercado, así como de otros negocios de la industria editorial o audiovisual.

La ilusión de que la administración de la caja publicitaria estatal permite un enunciado informativo dócil desconoce la lógica corporativa de los grandes medios. Se cree muchas veces que existe en esa transacción una negociación posible para el relato y la esperanza de la lealtad del dispositivo. En la mayoría de los casos se trata del vehículo para obtener decisiones regulatorias que realimenten la acumulación de poder en los términos del mercado. Los límites a ese engañoso minué se plasmaron cuando pasó a debatirse la totalidad del andamiaje jurídico de la comunicación.

Por eso es necesario subrayar que tales escenarios pudieron ser visibles para la agenda política cuando actores sociales, medios populares y trabajadores de la comunicación apuntaron al dispositivo hegemónico comunicacional como parte del problema a resolver y no como parte de la solución. La memoria histórica de una comunicación para la resistencia, como el Periódico de la CGT de los Argentinos (CGTA), la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) de Walsh, o los comunicadores comunitarios, llamaba a la puerta del Gobierno para que la crisis –y su salida– no fueran de nuevo contadas por los jefes de redacción del sistema de medios que había editado la narrativa neoliberal.

En suma, la nueva narración de la realidad, que pronto sería asumida como relato en disputa, suponía también –o debería hacerlo– la constitución de un nuevo dispositivo, diferente en su composición económica y en su gestión, pero también en su credibilidad discursiva. El contrato de lectura (textual o audiovisual) que el campo mediático había logrado en los 90 –con índices de confiabilidad superiores a la justicia y el sistema político– comienza aquí un quiebre estratégico que inaugura un tiempo diferente en el escenario de la comunicación social.

2.1.10 La crispación del dispositivo

Como examinamos, en la globalización los medios ya no están solos, ahora integran y reproducen una gigantesca factoría de significados y contenidos que participa a su vez de una trama transnacional, ordenada en forma vertical y horizontal por corporaciones que se articulan en el mercado mundial de la comunicación. Al cabo de la dictadura militar y del neoliberalismo de los años 90, la estructura de producción y distribución audiovisual en la Argentina concentraba el 80% de sus contenidos comerciales en el núcleo portuario y su infraestructura dependía del 75% de capitales trasnacionales con cabecera en los Estados Unidos o en paraísos fiscales funcionales a la hegemonía financiera.

Tal concentración, tal desierto excluyente de otras representaciones, no podía convivir con ningún programa que afectara el interés de la estructura hegemónica que expresaba ese aparato cultural. Luego del estallido anticipado que protagonizó la Argentina en 2001 respecto del orden global impuesto por el neoliberalismo, la *industria pesada* del pensamiento intentó conservar el libreto para salvar sus propios intereses amenazados tanto por la implosión como por los vientos de cambio. El nuevo rumbo que expresó la gestión de Néstor Kirchner en 2003 y de su esposa Cristina (elegida como presidenta a partir del 2007) no podía llegar a destino sin denunciar ese estado de la cultura y sin asumir que la disputa incluía el relato histórico.

Los intentos de transformación de las estructuras de poder en la Argentina, la recuperación del Estado como articulador económico y social, la emergencia de un movimiento que reclamaba redistribuir la palabra colocaron una palabra pivote en el relato mediático: *crispación*. Una expresión llamada a manifestar el malestar que atravesaba la cultura dominante en medio de políticas redistributivas o de inclusión social. La cadena de circulación de significados exhibía eslabones sueltos cuyo control aparecía en tensión con la sociedad y con la política. La narración de la historia se descalzaba de sus versiones clásicas, impidiendo la *armonía* del esquema previo que ordenaba la política, el Estado y las relaciones sociales.

Tal *crispación* es la expresión desnuda de la incomodidad del poder frente a las políticas que intentaron modificar su estructura material y simbólica. El mayor multimedio de la Argentina –*Clarín*– cohabitó el escenario político emergente tras la debacle de 2001-2002 lo indispensable para lograr la recuperación del mercado interno, licuar sus deudas en dólares y posicionarse para blanquear la totalidad de las operaciones de compras, absorciones y fusiones que realizó en la década anterior.

El vocabulario del dispositivo mudó luego rápidamente de la convivencia por conveniencia a la denuncia de la cohabitación previa (que incluyó plazos adicionales para la continuidad de licencias y el guiño a la operación que posibilitaba el monopolio en la televisión paga⁸⁶). De allí al inicio de las hostilidades faltaba solo un paso. Y ese paso fue el recambio presidencial de 2007; que suponía la continuidad del proyecto iniciado por Kirchner pero introducía la imagen poderosa de una mujer segura de sí misma, apasionada pero racional, portadora de una agenda con raíces históricas en las luchas de las mujeres argentinas –desde las guerras de emancipación hasta las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo–, dueña de una oratoria excepcional. El ascenso de Cristina Fernández de Kirchner al poder coincidió con la declaración de guerra del dispositivo.

La captura simbólica de la figura presidencial intentó el descrédito del enunciador como primer mecanismo para neutralizar el discurso político y sus representaciones. Las alusiones al doble comando (primer intento de deslegitimación sugiriendo la subordinación a su marido, el expresidente) a sus condiciones psicológicas (la presunta bipolaridad como expresión de inestabilidad emocional) o su frivolidad femenina (vestimenta y accesorios) intentaron durante largos meses deslegitimar la representación principal del proyecto político que habría ratificado su legitimidad en octubre de 2007.

Las palabras asumen claramente aquí un rol de combate. Luchan por dominar el repertorio y cargar de sentido la interpretación del tiempo. Marcan un punto de inflexión y preanuncian la etapa que se inicia, signada por una embestida de sentido destabilizador pero que necesita ahora crear un actor social, a falta del shock bursátil o cambiario o del golpe militar, correctivos tradicionales del desorden causado por gobiernos de base popular en los negocios de la élite histórica. Es el tiempo del lock out patronal encabezado por los exportadores cerealeros que se negaban a compartir la renta extraordinaria de sus ventas al mercado mundial.

Ocupación y resignificación del territorio serán los ejes de la disputa que inaugura la revuelta agropecuaria de 2008, tensionando el viejo dilema de la argentinidad como expresión de la ruralidad oligárquica y chacarera o el de las clases populares urbanizadas bajo las políticas industrialistas del peronismo en sus diferentes versiones, con exclusión del menemismo. Relatos que procuraron retomar la impronta argumentativa de la generación del 80 y sus exégetas sobre el destino manifiesto de la Argentina como Nación rural y exportadora de materias primas, amenazado por el populismo. Un tipo de ciudadanía de viejo cuño elitista aparecía ahora confrontada con una nueva chusma que reaparecía convertida en piquete.

⁸⁶ CNDC, dictamen 637, Secretaría de Comercio Interior, 7 de diciembre de 2007. Aprueba la fusión de Cablevisión S.A. y Multicanal S.A. a cargo de Grupo Clarín S.A. y Fintech Advisory Inc.

En las coberturas audiovisuales que informaron sobre los episodios de marzo y abril de 2008, el dispositivo de medios desplegó un repertorio maniqueo y estigmatizante, sugiriendo la existencia de categorías diversas de ciudadanía y una presencia intimidatoria de lo popular. Para el Observatorio de la Discriminación en Radio y Televisión, en esas coberturas

[...] existieron formas discursivas que, sobre la base de estructuras simbólicas discriminatorias, sirvieron para deslegitimar las acciones, segregar y rechazar la presencia de grupos de personas por sus características personales, en la medida en que estas características responden a pautas clasificatorias estigmatizantes vigentes en la sociedad, que los medios de comunicación tienen la responsabilidad de desarticular en acción mancomunada con el Estado y las organizaciones de la sociedad civil.⁸⁷

El informe denunciaba el tratamiento desigual del discurso mediático según aludiera a los piqueteros u organizaciones populares que apoyaban las medidas de mayor presión fiscal del Gobierno al sector agropecuario o a los chacareros y sectores medios que protestaban contra la mayor carga impositiva del Estado. Unos eran tratados como revoltosos y otros como *ciudadanos* indignados.

El problema de la comunicación como tema de la política se hizo visible. El debate que impulsaban las fuerzas gremiales y sociales⁸⁸ que denunciaban el orden comunicacional heredado del ciclo dictatorial y neoliberal, conjuntamente con la decisión política de asumirlo y resolverlo, haciendo foco en las estructuras de generación de los contenidos, posibilitaron entonces advertir con claridad las matrices de producción y el cruce de intereses que alimentaban dichos dispositivos.

No era posible pensar la comunicación como soberanía (también política) sin organizar otras formas de creación y circulación de la palabra. Pasar de la *matriz resistente* a un nuevo universo de signos y señales que expresaran una nueva subjetividad y una nueva forma de mirar el mundo. No se trata de impugnar solamente la palabra hegemónica ni de tender las nuevas redes de circulación del discurso, sino también de cambiar sus lógicas de representación para habitarlas con una nueva pertenencia histórica y territorial.

En su primer pronunciamiento de 2008, los intelectuales que adoptaron la práctica enunciativa de Walsh con su *Carta Abierta*, denunciaron al dispositivo mediático por la práctica de una

[...] auténtica barbarie política diaria, de desinformación y discriminación, [que] consiste en la gestación permanente de mensajes conformadores de una conciencia colectiva reactiva. Privatizan las conciencias con un sentido común ciego, iletrado, impresionista, inmediateista, parcial. Alimentan una opinión pública de perfil antipolítica, desacreditadora de un Estado democráticamente interventor en la lucha de intereses sociales.⁸⁹

La representación de otro *orden* posible en la economía y la cultura será inevitablemente denunciado por las empresas tradicionales de la comunicación de masas como una anomalía, como irrupción de lo primitivo, como salto al vacío, como prepotencia o intolerancia con lo establecido.

El conflicto verbal y de sentido abarca a todo el repertorio temático y hace notoria la disputa por la ocupación simbólica del espacio en su dimensión territorial y social. Los conflictos sectoriales, antes banalizados, serán ahora amplificadas. Las calamidades del

⁸⁷ (Observatorio de la Discriminación en Radio y Televisión, 2008).

⁸⁸ Coalición por una Radiodifusión Democrática, movimiento de 300 organizaciones que lanzó en 2004 los 21 puntos para una nueva ley de radiodifusión de la democracia.

⁸⁹ (Carta Abierta, 2008: sitio web).

desempleo o la inseguridad –despojados de su origen en la desarticulación social y productiva de los 90– son confrontados con el kirchnerismo en el Gobierno.

El contraste sobre las palabras y sentidos más utilizados en uno y otro caso resultan esclarecedores. Uno de los protagonistas de ese espacio-tiempo que permite hilvanar los 60 con el kirchnerismo –Horacio González– proponía

[...] retomar las grandes consignas que poseyó la Argentina en sus fuerzas populares, y del modo político más alto. Ya no es posible referirse a la autonomía del pueblo argentino como apelación a una cantidad fija de simbolismos depositada en algún banco de insignias –eso no existe–, sino como la reconstrucción objetiva y subjetiva de un novedoso vitalismo movilizador.

González vuelve a poner el lenguaje en el centro del dispositivo productor de poder postulando una versión nueva de la clásica *actualización doctrinaria* del peronismo de los 70.

Es que habrá mejor ciencia y una economía más justa [escribió] a través de la redefinición de lo que, para el hombre colectivo, significa saber que su mundo de necesidades es también histórico y que está ahora en peligro. El mundo de ese lenguaje, hasta ahora vacilante, debe ser con urgencia erguido. Es lenguaje de gesta, de entusiasmo y crítica. ¿Reconstruirlo no es también darle otros nombres?⁹⁰

Es en este punto donde los archivos y los órdenes de producción de la lengua y de la subjetividad intentan desarmar aquellas rejas del monolingüismo y de sus códigos subordinados. Otra idea de la palabra entra en escena, o mejor dicho, la palabra es vista como un instrumento del poder en disputa. Juan Montes retomó una figura literaria que en su tiempo había movilizó a Rodolfo Walsh en *Esa mujer*:

El tesoro a disputarse era el más elemental y cotidiano de los que pueden existir en la naturaleza humana: la palabra. Ese ingenuo y accesible instrumento más poderoso que todo lo que existe sobre la tierra. La palabra. Sin ella el poder no existiría, no podría expresarse, no podría nombrarse a sí mismo. Cristina Fernández supo. O intuyó esa verdad, y las corporaciones capitalistas intuyeron que sin la palabra hegemónica, sin el discurso único y conductista, su esquema se debilitaría.⁹¹

En ese contexto, con una amplia movilización social, apalancada además en una transversalidad política que preocupó al *establishment* mediático, fue posible sancionar la ley 26.522 como nuevo paradigma de la comunicación audiovisual. La impugnación a estas nuevas perspectivas acusó a su representación política –el kirchnerismo– de querer solamente construir un sistema propio de producción de sentido –lo que sería tan legítimo en términos históricos como los medios gestados por otros núcleos de poder– y también de hacerlo con el fin exclusivo de conservar su poder político, en tanto partido de Gobierno. La novedad es, en todo caso, haber asumido en forma conjunta la relación entre modelo económico, políticas sociales y distribución de la capacidad narrativa. Asumir entonces que la comunicación es –también– un problema político que se dirime en el mercado informativo y en la lucha social permite comprender mejor por qué *el relato* pasó a estar en el centro de la escena.

Carta Abierta expresó en sus proclamas esa imperiosa necesidad de encontrar las raíces y las prácticas de un nuevo lenguaje y de nuevos sujetos. También de las *ausencias – algunas aún persistentes– de políticas que atiendan la complejidad política* de esa demanda: “la relación entre la realidad política y el mundo intelectual no ha sido

⁹⁰(González, 2009 en *Página/12*).

⁹¹(Montes, 2011: 102).

especialmente alentada desde el Gobierno nacional y las políticas estatales no han considerado la importancia, complejidad y carácter político que tiene la producción cultural”.

Así como el primer peronismo otorgó carta de ciudadanía mediante las leyes laborales y sociales, en esta nueva etapa se trata de construir inclusión fijando condiciones básicas de vida a los sobrevivientes del modelo neoliberal. Una nueva distribución de la renta, de la palabra y de la infraestructura pública son, en este contexto, inescindibles. La guerra entonces pasará por disputar el enunciado que articula este tiempo político.

2.1.11 La osadía populista de disputar el relato

El escenario catastrófico condujo la agenda en los medios tradicionales, aunque los indicadores económicos y sociales registrados por esos mismos dispositivos de comunicación reconocían el crecimiento económico y la merma en la pobreza en el último quinquenio (2003-2008) en la Argentina. Según los indicadores, la población en riesgo en los sectores medios bajó en ese lapso del 50 al 10%; el salario obrero en la industria manufacturera aumentó el 59% en términos reales. Creció más la capacidad de consumo que la oferta de bienes. Aumentaron las jubilaciones y pensiones. El país entró en 2008 en su séptimo año de crecimiento en un ciclo histórico récord. El producto bruto interno (PBI) creció un 8,5% el último año. Los pobres bajaron del 50,9% en 2003 a 29,2% en 2007.

La bifurcación en el curso de los relatos se hizo ostensible. El repertorio lingüístico empleado por cada una de las partes ilustra, en ese período, los universos de representación convocados a fijar sentido.

En los medios gráficos tradicionales proliferaron ya desde comienzos de la gestión de Cristina Fernández de Kirchner (CFK) vocablos como *amenazas, denuncias, problemas, tensión, escasez, improvisación, polémica, conflictos, inflación, tensión, caos, violencia, falta, crispación*.

En el discurso oficial las palabras más pronunciadas fueron: *récord, distribución, equidad, apuesta, desendeudamiento, proyecto, nacional, popular*.

Al comenzar 2008 el diario insignia del principal multimédios argentino construía el escenario de época mediante los siguientes adjetivos y palabras en su editorial: *zozobra, padecimiento, problemas, tensión, conflicto, puja, frustración, crisis, miedo, colapso*. Todo ello en el primer párrafo de la edición del 2 de enero.

El otro diario tradicional (*La Nación*), por su parte conjugaba la gramática de advertencia empleando los vocablos: (*final*) *dudas, poder bicéfalo, riesgo, exposición, desgaste, división, vacío de poder*.

Las elecciones de 2009 dejaron más tarde al descubierto los costos políticos de la movida ruralista, que coincidió en el tiempo con la crisis financiera global –la peor en el mundo desde la Gran Depresión en 1930– permitiendo a los medios iniciar el ciclo discursivo sobre la proximidad del poskirchnerismo. Los análisis que pronosticaban el fin del ensayo político tomaron como evidencia de su profecía los resultados electorales de junio de 2009, adversos al oficialismo en importantes centros urbanos. El director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, Rosendo Fraga, se apresuró a publicar el libro *Fin de ciclo. Ascenso, apogeo y declinación del poder kirchnerista*, como parte de una construcción de escenario de derrota y recambio de liderazgo.

Una y otra vez la política debió desmentir el guión periodístico sobre la agonía de la etapa iniciada en 2003. La propia desaparición física sorpresiva de Néstor Kirchner en 2010, terminó siendo un evento que en lugar de producir un vacío de poder y representación disparó el respaldo popular hacia su esposa en el Gobierno.

La propia circunstancia de continuidad mediante la postulación de Cristina para su reelección en 2011 convocó al empleo de todos los recursos de descalificación del

diccionario neoliberal. *The Wall Street Journal* se pregunta si la Argentina podrá “soportar” otros cuatro años con la presidenta Cristina Kirchner al frente del Poder Ejecutivo, interrogaba *La Nación* antes de las elecciones presidenciales de 2011. El diario de los Mitre utiliza como fuente legitimadora a usinas del sector financiero transnacional como *The Wall Street Journal*.

Aquí no hay ningún misterio. Kirchner sigue las teorías económicas no sólo de Chávez, sino también de Juan Perón. La presidenta quiere que el control estatal sobre la industria apuntale su poder”. Así lo afirma la periodista Mary Anastasia O’Grady al analizar la gestión de los Kirchner en el país y argumentar que “pocos expertos” confían en que la Argentina “pueda soportar otros cuatro años de demagogia y progresivo autoritarismo.”⁹²

Los argumentos recuerdan la trama enunciativa que anticipó el derrocamiento del primer peronismo. Claro que ahora no había condiciones para renovar las aventuras militares. En ese marco, la palabra vuelve a constituirse como el campo de batalla inmediato, el teatro de operaciones que debe ser ocupado, para lograr caladura social.

El sistema de la prensa tradicional no logra disimular su incomodidad con la historia; una historia que no se deja apresar con facilidad, que ha sido puesta al desnudo en sus falacias y dogmas del pasado. Ese relato, el de la hegemonía, necesita presentar al kirchnerismo como un accidente político. Como una mutación inesperada, fuera de contexto, sin historia. Al convertirlo en causa y no en portavoz de un tiempo histórico creen, o pretenden hacerlo, que impugnando la emergencia, eliminando la referencia que articula la posibilidad de su narración, el orden se restablecerá. Neutralizado el campo magnético que reacomodó los iones de la historia, las fuerzas volverán a su natural estado de supremacía oligárquica.

Los medios se preguntan entonces: *¿Hay una hegemonía cultural y política kirchnerista? ¿Pueden el kirchnerismo y su manera de ver el mundo convertirse en un sentido común que exceda el convencimiento de campaña o el consenso sobre una política? ¿Sería capaz esa influencia de tener efectos sobre las urnas en octubre?*, eso se interrogaba *La Nación* antes de que Cristina anunciara su decisión de postularse a un nuevo período presidencial.

El diario de la familia Mitre denuncia la existencia de una ingeniería política destinada a alcanzar una hegemonía cultural. Apunta contra los *evangelistas del relato*. Varios columnistas del diario participaron activamente en el debate, cuestionando *la exaltación de algunos personajes y acontecimientos de la historia argentina, la narrativa militante sobre los años 70, la división del mundo en “nosotros” y “ellos”,* como expresión de una lógica binaria que no los interpeló (a ellos) en otros momentos de la historia.

[...] la identificación de enemigos —el campo, los “medios hegemónicos”, algunos empresarios—, la elevación de Néstor Kirchner al panteón de los héroes, la circulación de ideas en medios, redes sociales y blogs oficialistas, la ubicua letra K y hasta la muestra sobre “pensamiento nacional” que acaba de terminar en el Palais de Glace serían herramientas de una ingeniería política dedicada a alcanzar una “hegemonía cultural”, que alimente los discursos públicos y las ideas privadas. Y que, más que convencer, busca instalarse, dicen algunos, en el sentido común, esa lente a través de la cual vemos el mundo y tomamos decisiones, hecha de creencias colectivas que incorporamos casi sin advertirlo.⁹³

La narración periodística admitió que el relato estaba en el vértice de la disputa política y era necesario auspiciar un ámbito que lo pusiera sobre el tapete. La opinión mediática descendió de los santuarios protegidos por el poder tradicional y puso en escena un

⁹² The Wall Street Journal, 2011: en *La Nación*.

⁹³ (San Martín, 2011 en *La Nación*).

movimiento dispuesto a polemizar con Carta Abierta y con la *actualización doctrinaria* del discurso. Los medios tradicionales saludaron el surgimiento de otro agrupamiento de pensadores –una contracorriente intelectual– que intentó proclamar un nuevo punto de vista desde la denuncia de una *hegemonía populista*. Su partida de nacimiento queda registrada en enero de 2012, a pocas semanas de una elección que consagró el tercer turno consecutivo de gobierno para el kirchnerismo con un triunfo que superó el 54% de los votos.

Con una puesta en escena altamente promocionada, los periódicos difundieron la *Plataforma para la recuperación del pensamiento crítico* integrada –entre otros intelectuales– por la ensayista Beatriz Sarlo como musa inspiradora. “Escapar al efecto impositivo de un discurso hegemónico no es una tarea fácil. Pero es necesario y posible generar una voz colectiva que enuncie este problema y lo transforme en acto de demanda”, convocaron. Dijeron hablar en nombre del *pensamiento crítico* y contra la *homogeneidad discursiva*.

La iniciativa blanqueó la intención de disputar la argumentación de época, incluso –como subrayó *Clarín*– de “golpear donde más les duele a sus colegas del mundo kirchnerista: por izquierda”.

Quieren aparecer como actores de una gesta –sostienen los intelectuales antikirchneristas– contra las corporaciones, mientras grandes corporaciones como la Barrick Gold, Cerro Vanguardia, General Motors, las cerealeras, los bancos o las petroleras –y el propio Grupo Clarín, hoy señalado como la gran corporación enemiga– han recibido enormes privilegios de este Gobierno. Quieren también aparecer como protagonistas de una histórica transformación social, mientras la brecha de la desigualdad se profundiza.⁹⁴

Es interesante el esfuerzo de modernización intelectual del pensamiento conservador –aún en sus variantes liberales– que, agotados los mecanismos tradicionales del golpe militar, el golpe de mercado o la operación mediática, deben salir a la palestra al debate intelectual. Se ven obligados aquí a construir también un enemigo a derrotar, al cual deben adjudicarle primero poderes significativos que fundamenten las ventajas de su eventual destrucción.

Beatriz Sarlo propuso eludir la palabra relato, “usada desde Cristina Kirchner a Florencia Peña a troche y moche”, para denunciar “un conjunto de dispositivos” que pertenecerían a la armada intelectual y cultural del kirchnerismo.

[...] describimos, entonces, un conjunto de dispositivos, que no responden a una dirección central pero cooperan en red: simbología de los actos públicos, canciones, videos y films, programas de televisión, artistas populares devenidos kirchneristas y una expansiva plataforma de medios público-estatales, además de los innumerables blogs, las páginas en Facebook, las cuentas de Twitter y los comentaristas aficionados o rentados (hay versiones en todos los sentidos) que hacen militancia virtual en los foros de los diarios.⁹⁵

La posibilidad de que un conjunto de políticas públicas y actores sociales intervengan en el sistema de producción de la cultura y la información es, ciertamente, una complicación inesperada para quienes se habían acostumbrado a no tener mediaciones entre los intereses sectoriales y la industria infocomunicacional. La realidad, como proceso de producción tecnológica de signos, es visitada entonces por las diferentes lecturas de la historia.

⁹⁴ *Clarín.com*, 05/01/2012.

⁹⁵ (Sarlo, 2012, en *Noticias*).

Otra vez –recuerda Sarlo– el peronismo puede describirse como un “movimiento fértil en historias movilizadoras, narraciones morales y políticas para uso escolar y popular.” La escritora rescata a

[...] la mejor de ellas, la más persuasiva, La Razón de mi Vida, ofreció a centenares de miles de argentinos un argumento que explicaba de qué lado estaba el saber y la estrategia (el general Perón); de qué lado estaban los afectos y la disposición al sacrificio (Eva Perón y el pueblo); y de qué modo uno y otros se necesitaban para fundirse en la totalidad que producía una transformación milagrosa. La lealtad y la incondicionalidad eran las virtudes cardinales.

La propuesta de un debate público sobre la administración de los símbolos y las argumentaciones es, sin dudas, un dato novedoso que revela, a la vez, que han dejado de pertenecer o de estar administrados en forma monopólica y con consenso social los mecanismos productores de la agenda y el consenso diario en la opinión pública. Si la trama queda al descubierto es posible vincular al enunciador con el enunciado y comprender su localización en la cartografía donde *se traza la ciudadanía*.

Lo que está en juego no es el Gobierno, dice Daniel Rosso, sino la ciudadanía, porque es en la intersección entre la comunicación y la política donde se juega la capacidad ciudadana de asumir una subjetividad histórica, dejando de ser el objeto producido por el mercado mediático.

El ciudadano se define por su propia capacidad de producción simbólica y por el cese de su disponibilidad como espectador acrítico al que es posible inocularle fácilmente opiniones. Este es el punto clave de la intersección entre política y comunicación: la política, en su despliegue transformador, incluye material, social y simbólicamente a los habitantes de un país. Cuando estos últimos se autorizan como ciudadanos construyen opiniones y, como sujetos simbólicos activos, producen comunicación.⁹⁶

Se caía una forma de entender a la política como un juego teatral con hilos conducidos desde redacciones pontificias que indultaban o condenaban según la coyuntura. Es lo que Rosso llama la *teoría de la impostura*. Al decidir lo que es verdad y lo que no lo es, el enunciador mediático se reserva la potestad de decidir cuál es el verdadero kirchnerismo (el de la bóveda oculta de Jorge Lanata) contra el falso dirigente (el de los juicios a los represores, la recuperación del Estado o la nueva economía del posneoliberalismo, etcétera.)

La metáfora de la *Grieta* informa en este contexto sobre la ruptura del tradicional sentido común subordinado a las convenciones sobre la política y la gestión del Estado que instalaron los poderes tradicionales. Su resolución o reparación discursiva es el *consenso*, que debe interpretarse como el puente que une sin conflicto argumental el interés económico y su representación política. El empleo de tal alegoría inquietante es funcional a una retórica que presenta como violenta y fracturista a la gestión gubernamental que procura reparar la redistribución regresiva de la riqueza o los apetitos económicos del poder concentrado agropecuario, mediático o financiero. La *Grieta* estigmatiza como divisionista aquel discurso que denuncie la concentración del poder en manos privadas o las medidas que subordinan lo privado a lo público en favor de actores sociales tradicionalmente debilitados o excluidos del reparto. También le corresponde al periodista Lanata el *copyright*⁹⁷ de esa expresión que abrevó –antes– en la clásica confrontación entre peronistas y gorilas.

La emergencia de un polo popular–estatal es designado –en esta perspectiva– como interruptor de un consenso previo, que intenta restituirse mediante prácticas

⁹⁶ (Rosso, 2013; 105-106).

⁹⁷ (Lanata, 2013, en *Clarín*).

consensuales o dialoguistas. Éstas interpretan la *armonía* como el regreso a las condiciones previas de explotación, sometimiento y manipulación de los poderes mediáticos. La *Grieta* se cerraría así volviendo a la integración subordinada. Para esta perspectiva, el kirchnerismo, antes que un fenómeno político es un fenómeno comunicacional basado en la manipulación del relato:

[...] se trataría de un dispositivo comunicacional que construiría lo no existente o la inversión según la cual lo que aparece en lo público como verdad es exactamente lo opuesto a lo que verdaderamente es. En esta teoría de la impostura o de la simulación, el kirchnerismo es más una distorsión discursiva que una práctica estatal.

El sentido impugnador de los emisarios conservadores tendrá que concentrarse en debatir el relato y no las circunstancias materiales –logros, realizaciones y problemáticas– que caracterizan esta etapa política. Si se inhibe la autoridad o la legitimidad discursiva de la referencia política también caerán esas banderas y el consenso que han logrado –ratificado en sucesivos actos electorales–. Dirán que se trata de un problema semántico –no de intereses ni de modelos– en donde basta desnudar al enunciador para que todo se restituya al orden natural de la historia.

Que el mundo de las representaciones sea el campo de batalla central en el mundo de la globalización habla de dos cosas; una, que la vida social y geopolítica de las relaciones humanas está atravesada por el signo y dos, que su presencia material es un valor estratégico para conducir la historia. Las escaramuzas por el relato y su carga constructiva de relaciones políticas y sociales se naturalizará como uno de los grandes campos de batalla del SIGLO XXI en la Argentina y en todo el mundo.

Por eso tampoco es un hecho azaroso que en el corazón de uno de los más formidables sitios de la narración universal –la Iglesia católica– se haya derrumbado el edificio discursivo que amparó la colonización, el saqueo neoliberal y el reinado secular de Roma sobre la tierra, mediante la llegada de un periférico –latinoamericano– que interpela el viejo orden inquisitorio del Vaticano.

2.1.12 Otra epistemología de la periferia

El lugar del *otro* es también el lugar de la frontera, de los bordes, de la periferia. Un lugar que de manera inesperada se hizo visible desde el epicentro religioso del mundo; desde el corazón eurocéntrico de la conquista mundial que había bendecido las armas de los colonizadores: el Vaticano. En un giro impensado de la historia (producido por la abdicación de Benedicto XVI) un religioso llegado desde el *fin del mundo* vino a denunciar la centralidad del poder financiero internacional, la acumulación escandalosa de riqueza en las metrópolis y a predicar una cultura de la *pobreza y la periferia*.

Casi como otra vuelta de tuerca sobre aquella postulación de Fermín Chávez que convocaba a invertir los binoculares epistemológicos de la dependencia, postulando una mirada propia, “una nueva ciencia del pensar, esto es, una epistemología propia” el arzobispo de Buenos Aires –con públicas simpatías hacia el peronismo y el movimiento villero– y primer Papa latinoamericano, Francisco, desplazó el sujeto tradicional de los enunciados papales para dirigirse ahora a los pobres, a los indígenas a los periféricos de la geografía y la riqueza.

En una de las misas más sugestivas de su pontificado, marcada por una autorreferencia latinoamericana en ocasión de la festividad de la Virgen de Guadalupe, patrona del continente, el Papa Francisco llamó a

[...] aprender a salir de nosotros mismos, ir al encuentro de los otros, ir a la periferia, ser los primeros en movernos hacia nuestros hermanos, sobre todo hacia los que están más

lejos, aquellos que están olvidados, aquellos que necesitan comprensión, consuelo y ayuda [...]

a ser “un nuevo modelo de desarrollo” en el mundo.

En un giro histórico sobre los lugares tradicionales de alocución de los discursos metropolitanos, el pontífice designó –pronunciando por primera vez un sermón en castellano en la Basílica de San Pedro– a

[...] América Latina [como] el continente de la esperanza, porque de ella se esperan nuevos modelos de desarrollo que conjuguen tradición cristiana y progreso civil, justicia y equidad con reconciliación, desarrollo científico y tecnológico con sabiduría humana, sufrimiento fecundo con alegría esperanzadora.

Nos sentimos movidos a pedir que el futuro de América latina sea forjado por los pobres y los que sufren, por los humildes, por los que tienen hambre y sed de justicia, por los compasivos, por los de corazón limpio, por los que trabajan por la paz, por los perseguidos a causa del nombre de Cristo, porque de ellos es el Reino de los cielos [...]

dijo. El Papa mencionó a los pueblos originarios –hasta hubo una oración en náhuatl– y destacó la “preciosidad de la piedad popular” y ese

[...] *ethos* americano de los pueblos que se muestra en la conciencia y en la dignidad de la persona humana, en la pasión por la justicia, en la solidaridad con los más pobres y sufrientes y en la esperanza a veces contra toda esperanza.

Las periferias existenciales son realidades complejas de problemáticas humanas, culturales, sociales, eclesiales, tanto emergentes (que se instalan por la agenda pública) como subyacentes (cuestiones de fondo) que reflejan –de un modo especial– los planteos que produce el corrimiento en la construcción de nuevos paradigmas, dice el sacerdote Eduardo Casas en un artículo que integra la publicación *Francisco, de la periferia del mundo al corazón de la humanidad*, editado en Córdoba luego de la asunción de Francisco en Roma.

El horizonte cultural –dice Casas– es, casi en su totalidad un paradigma de frontera. En sus debates esenciales es una “periferia existencial”. Se ubica en los márgenes. En ese sentido, toda la cultura emergente es marginal, periférica, fronteriza y adveniente. Por lo mismo, para la Iglesia es “necesario comprender el mundo en que vivimos y su modo de ser, frecuentemente dramático”.⁹⁸

⁹⁸ (Soteras y Perotti, 2013: 55-56).

3 Capítulo 3

3.1 Las palabras posibles

3.1.1 Política y ciudadanía del habla

La forma de ver el mundo que durante décadas irradió el aparato hegemónico de representación de órdenes y jerarquías culturales entró, como vimos, en tensión –y en claro proceso de refutación– a partir del proceso político iniciado en 2003. Implosionó, en buena medida por tratarse de un edificio de falacias, cuyos axiomas no soportaron el peso de la realidad. Pero también se derrumbó porque las continuidades de un pensamiento nacional y nuevas prácticas sociales en la comunicación hicieron visible la estafa y la necesidad de su contestación.

No se trata solo de la cantidad y la distribución de recursos de comunicación; también está en debate su naturaleza, su modo de producción, sus discursos. Los niveles de concentración del mercado de la comunicación han sido directamente proporcionales a la uniformidad de voces y la homogeneidad del discurso audiovisual. Esta tendencia se acentúa en la medida en que esa concentración se convierte –como sucede en casi toda la región– en hegemonía monolingüe sobre las audiencias. La multiculturalidad, como concepto de la posmodernidad, que podría abrir las puertas a un reconocimiento de la diversidad humana, se ve arrinconada por la ausencia de medios de producción y distribución para dar noticia de su existencia, muchas veces a la sombra del dispositivo globalizado de los mercados y su fuerza homogeneizadora.

El lenguaje es –dice Barker- “la herramienta con la que estamos ‘hechos’ y con la que nos ‘hacemos’ creativamente a nosotros mismos. “Es el camino que conduce directamente a la identidad”.⁹⁹

El debate aquí es cómo lograr que el despliegue de ese nuevo universo en tiempos de afirmación democrática refleje y represente cabalmente los intereses comunes de nuevas alianzas, que logre el equilibrio entre los objetivos políticos nacionales y los actores sociales que protagonizan el tiempo, sin que la inercia de la cultura hegemónica conduzca lo nuevo con los instrumentos ideológicos, las prácticas y el repertorio – discursivo e instrumental– de lo viejo.

La bancarización de la política como cooptación de ésta por el mercado funcionó en paralelo con el concepto bancario de la comunicación, que presupone solamente un receptor vacío, sin historia ni memoria, sin archivo propio, capaz de ser llenado, contaminado, trasfundido, por el catálogo de las representaciones periodísticas o ficcionales del mercado. Esa audiencia inoculada responderá, como opinión pública, a la matriz de las encuestas que nutren los discursos preparados desde el marketing político que alimentó tradicionalmente los discursos a medida de los candidatos del viejo sistema de representación.

Cambiar esos circuitos implicaba tanto la denuncia del modelo previo como la creación de otra estructura de producción, que incluya nuevas narrativas y narradores. No se trata solo de cambiar la gestión de los medios de producción sino también su paradigma productivo y los insumos de su realización. En la síntesis del Foro Argentino de Radios Comunitarias (FARCO) sobre ese tiempo político-comunicacional, “no era posible otro modelo de país sin un nuevo modelo de comunicación”.

Se trata, en efecto, de señalar que en el mismo acto de producir un nuevo hablante, se está produciendo también ciudadanía; es decir un nuevo sujeto político. Si el trabajo político es, en lo esencial, un trabajo sobre las palabras y las representaciones, es que ambas contribuyen a formar el mundo social. “En política nada es más realista que las disputas de palabras. Colocar una palabra por otra es cambiar la visión del mundo

⁹⁹ (Barker, 2003: 65).

social, y por lo tanto, contribuir a transformarlo”, dice Bourdieu. Por eso la comunicación es el instrumento esencial de la política y ésta debe resolver el conflicto de recuperar la palabra frente a los dispositivos enunciativos que, al ocupar el espacio de producción de sentidos, toman, resignifican y producen los insumos predominantes de constitución del mundo social y por ende del ejercicio ciudadano.

Se juega otra dimensión de la ciudadanía, que incluye las formas de ejercer y circular la palabra. La práctica ciudadana –dice María Cristina Mata– “constituye un modo específico de aparición de los individuos en el espacio público caracterizado por su capacidad de constituirse en sujetos de demanda y proposición respecto de diversos ámbitos vinculados con su experiencia.”¹⁰⁰ La *comunicabilidad* es (debe ser) en este caso, parte del ejercicio ciudadano en tanto factor de construcción y/o disputa de formas de poder como sujetos en el espacio público.

La noción de *ciudadanía comunicativa* debe ser entendida como el reconocimiento de la capacidad de ser sujeto de derecho y demanda en el terreno de la comunicación pública, y el ejercicio de ese derecho. Se trata de una noción compleja que envuelve varias dimensiones y que reconoce la condición de público de los medios que los individuos tenemos en las sociedades mediatizadas. La relación entre información y ciudadanía también tiene un valor instrumental propio en tanto vehículo para acceder al (re)conocimiento de otros derechos.

Es un tiempo que habilita la posibilidad de nuevas voces y nuevas escuchas en sus diferentes recorridos, como vienen reclamando los medios populares de América Latina. De acceder a la palabra acallada, de “hacerla audible, reconocible como legítima, entre los iguales, en la convicción de que ese hablar era fuente de reconocimiento, posibilidad de interacción y de construcción de acuerdos y proyectos comunes”.¹⁰¹

Es el habla propia con los unos (propios, varios, iguales y diferentes) en la horizontalidad y con los otros en el antagonismo. Pero sin desconocer la asimetría; la profunda distancia que separa la potencia de los discursos entre poderosos y excluidos y las huellas de su capacidad enunciativa en cada caso. De allí que el tiempo de un relato público en tensión, de un ordenamiento jurídico a favor de los más débiles y con límites al poder concentrado, de actores sociales que se reconocen en su mismidad de ajenos con derecho a la palabra, introduce las condiciones fundamentales para posibilitar, efectivamente, una demanda de mayor ciudadanía.

En el caso de la Argentina reciente, esa demanda de expresión social se reflejó tanto en el proceso de gestación de una nueva ley como en la búsqueda de visibilidad y plena legalidad para nuevos medios. A poco de la sanción de la ley 26.522, el relevamiento de operadores interesados en participar del nuevo mapa audiovisual mostró a unas 8.000 radios comerciales y comunitarias (de media y baja potencia, en AM y FM) operativas o con proyectos para ello, a cerca de 2.000 potenciales nuevas televisoras locales y regionales, centenares de cooperativas de servicios públicos dispuestas a sumar la televisión por cable a los servicios de internet y telefonía, y más de un centenar de proyectos de comunicación de pueblos originarios pertenecientes a diversas etnias (véase más adelante). Propuestas de universidades, municipios, iglesias y provincias completan esa fotografía posley que puso en la agenda pública una fuerte potencialidad de participación en la construcción de una escena pública y una ciudadanía diversa, federal, mediante la gestación de otro mapa de la comunicación.

La demanda de redistribución de la capacidad comunicacional tuvo en el sector de gestión social o sin fines de lucro uno de sus exponentes emblemáticos. En el análisis que realizan investigadores cordobeses en *Agitar la palabra*, se destaca ese momento local y latinoamericano.

¹⁰⁰ (Mata, 2006: en *Fronteiras*).

¹⁰¹ (Mata, 2011: en *Oficios terrestres*).

[...] el sector sin fines de lucro, históricamente confinado a la ilegalidad, ha comenzado a ser legalmente reconocido como prestador de servicios de radio y televisión en los países latinoamericanos que sancionaron nuevas leyes de radiodifusión desde 2004 (Venezuela, Uruguay, Argentina, Bolivia, Ecuador) y en algunos de ellos se les otorga un lugar de privilegio al reservarles un tercio del espectro radioeléctrico (Argentina, Uruguay y Bolivia). Consiguieron, asimismo, que las nuevas normas de algunos países como Argentina crearan instituciones estatales participativas de definición, implementación y control de las políticas de comunicación de las que las organizaciones sociales participan. Y en algunas de estas nuevas leyes se establecen cuotas de pantalla para la producción propia, local, nacional e independiente, lo que favorece también la participación del sector no lucrativo en la producción de contenidos.¹⁰²

El panorama se completa con las obligaciones emergentes del nuevo escenario legal en cuanto a la reestructuración de parte del sector comercial tradicional, mediante cambios en la propiedad y en la estructura de sus dispositivos, y en una perspectiva nueva sobre el rol, contenidos y alcances del sistema de medios estatales, portadores también de la novedad tecnológica de la televisión digital.

El doble rol de los medios y la cultura como productores de identidad y como contrapoder social frente a los poderes hegemónicos requieren encontrar puntos de articulación. El derecho a la palabra –como valor humano– y la libertad de expresión deberían así ser caras de una misma moneda. En todo caso, si la globalización anula y enmudece lo local, ambos valores están en riesgo.

La demanda de puntos de vista que asuman el interés nacional desde los procesos de producción y distribución de contenidos informativos y culturales convive entonces con la noción de los medios como contrapoder frente al Estado y a la administración política y las estructuras económicas que concentran la capacidad de decisión principal en la vida social. Designa otro punto de vista desde el cual ejercer ese contrapoder. Y por supuesto asume la defensa de principios de libertad de expresión más allá del contenido de las opiniones que se pongan en circulación. Pero ese debate necesario debe permitir la confrontación de ideas y cumplir por lo tanto esa función primordial de asegurar la presencia de todos los puntos de vista, con énfasis en la equiparación del ejercicio de ese derecho por parte de quienes fueron marginados o disminuidos en el volumen de sus voces por cualquiera de esos poderes (estatales, políticos o económicos).

La información por lo tanto no debe ser entendida sólo como algo que preexiste a quien desea conocerla; también depende de su posibilidad de ser producida, previamente a su difusión. En su producción y difusión también está implícita la valoración de su contenido, como mercancía y/o como un bien social necesario. De allí que resulta imprescindible articular las nociones de contenido y origen de la producción del mismo. Este último aspecto define y sitúa al emisor de manera social, territorial, productiva y discursivamente, de manera que su rol no se limita solo a difundir o no algo que previamente existe en el mercado de la información sino a producirlo en forma casi exclusiva o excluyente, independientemente –o no– de su valor comercial.

Las representaciones y los dispositivos por donde ellas circulan son, por eso, lugares de lucha por el significado. El punto de partida, tanto en el mundo radiofónico como audiovisual, e incluyendo sus nuevas mediaciones tecnológicas, requiere superar el ámbito del consumidor pasivo o del *zombi cultural*; darle al receptor la posibilidad activa de intervenir en el significado.

[...] si bien la televisión global es una forma de poder cultural, las audiencias son creadoras activas de significado y no “zombis culturales”. Y si bien los textos construyen posiciones de sujeto, de ello no se deduce que aceptemos todo lo que se

¹⁰² (Segura *et al.*, 2014; 12).

ofrece; antes bien, los estudios sobre la recepción han hecho hincapié en las negociaciones que se establecen entre sujeto y texto, incluida la posibilidad de oponer resistencia a los significados textuales [...] La política cultural implica juego, yuxtaposición y conflicto entre los discursos.¹⁰³

La mención del impacto televisivo es útil para señalar la doble perspectiva de los derechos en juego en la comunicación social; los de quienes emiten y los de quienes reciben. Al destacar lo que está en juego en la Argentina, con la posibilidad de que otras palabras circulen, es que la noción de ciudadanía alude tanto al sujeto que (ahora) logra una dimensión jurídica, política y tecnológica para hablar (antes excluido o inaudible) como al receptor que puede (ahora) escuchar con mayor capacidad crítica, en tanto agregue nuevas perspectivas a su situación anterior de simple consumidor.

Como destaca el brasileño Renato Ortiz, las condiciones de intervención del discurso en la escena pública requieren anotar también las condiciones desiguales de su producción y recepción en relación con otros discursos. Es por ello que la política de y sobre la comunicación es un instrumento que también opera en las relaciones de poder de la sociedad.

[...] las condiciones sociales de aceptación del discurso son fundamentales para el acto de comunicación. El sujeto hablante, además de emitir un enunciado, lo hace envuelto en determinadas situaciones en las cuales su discurso posee un valor desigual. Una lengua no es solamente un instrumento de comunicación, es también instrumento de poder. El habla, para ser tenida en consideración (o sea, para ser escuchada), debe revestirse de legitimidad. Existe, por lo tanto, un mercado de sentidos en el cual las hablas disfrutan de valores diferenciados.¹⁰⁴

Así como desde la teoría social y política se plantea que la condición ciudadana no es un estado natural de los individuos, sino una condición y práctica resultante de órdenes sociales conflictivos e históricamente situados, el trabajo con la noción de *ciudadanía comunicativa* implica, por un lado, reconocer la existencia de actores en pugna: quienes tratan de obtener, usufructuar y ampliar derechos, quienes tienen el poder legítimo y/o legal de concederlos y quienes obstaculizan, pervierten o restringen tales derechos, como subraya Mata.

Estas premisas acompañaron el proceso social y político que desembocó en el debate público previo a la sanción de la ley 26.522. La redistribución de capacidades y derechos implica tanto el equilibrio entre las voces más poderosas y las débiles como también una apertura de otras posibilidades de circulación de los contenidos.

La voz de los pueblos indígenas juega en este tiempo otro doble rol; el de traer las voces primarias de una(s) cultura(s) situada(s) de manera histórica –con su cosmovisión– en los bordes del territorio, por un lado, y el de reproducir una identidad destinada a protagonizar una forma de la *ciudadanía comunicativa*, en la disputa del sentido y en la lucha diaria por mejorar las condiciones económicas y sociales de sus pueblos.

3.1.2 Comunicación con identidad

El concepto de comunicación con identidad fue dicho primero por los pueblos originarios en el marco de su participación en el debate sobre el nuevo modelo de comunicación. Se situaron como sujetos de la comunicación desde su propia pertenencia. La comunicación con identidad es significativa tanto porque recupera una de las voces perdidas como por ser el eslabón de una cadena capaz de recomponer el

¹⁰³ (Barker, 2003; 185).

¹⁰⁴ (Ortiz, 1997; 136).

ADN del sujeto americano. Vale más allá de su potencia comunicacional directa, de su impacto y cobertura, por la significación de su mensaje, por su lugar de enunciación. En mayo del 2009, 35 comunicadores indígenas debatieron y elaboraron la propuesta de comunicación con identidad cuya perspectiva reclamaron incluir en el debate de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Aportaron así al modelo de comunicación sectorial en Argentina como proceso en construcción, diferenciándose de los sectores privados, públicos y sin fines de lucro, en sintonía con el marco de derechos de reconocimiento cultural de los pueblos originarios. La inclusión de estos sectores en Argentina ha sido un cambio estructural del modelo de comunicación en el Estado que –según ellos mismos describieron– invisibilizó a los pueblos indígenas, negando la diversidad de culturas y nacionalidades, silenciando las expresiones y los idiomas que hablan hoy 14 de esos pueblos.

Los monopolios de la información han creado la imagen de los pueblos originarios, los dueños de los medios, se aseguran de difundir aquello que no dañe su posición o sus intereses, mostrando al movimiento indígena como conflictivo para el Estado o lo que es peor aún han creado la imagen del *indio*, pobre, sin educación, sin trabajo, justificando las consecuencias del modelo económico que se impuso a los pueblos originarios con la ocupación militar de nuestros territorios.¹⁰⁵

En estos nuevos tiempos de la era comunicacional tecnológica, nuevos vientos soplan y los pueblos indígenas también ejercemos nuestro *derecho a la comunicación con identidad y el acceso a la nuevas tecnologías*. Venimos desde antes que se modifique la ley de medios en la Argentina; y ahora, habiendo ganado ese derecho, nos responsabilizamos y lo ejercemos desde nuestros territorios en un trabajo en conjunto con el Estado nacional, desde las comunidades y como pueblos originarios. Pachakuti no solo es un nombre, no solo es un tiempo sino que engloba un gran significado andino, que brevemente describimos como *el tiempo de volver a ser nosotros mismos*. [cursiva del editor]

Estas palabras fueron pronunciadas por Armando Quispe, chaski del pueblo colla en la comunidad jujeña de Queta durante la inauguración de la Frecuencia Originaria Pachakuti (FM 89.9) a fines de noviembre de 2011.

El destaque de voces nuevas así como el examen de sus aportes discursivos y enfoques sobre las partituras periodísticas o culturales tradicionales de los medios del mercado tienen un profundo sentido de reparación pero también de notación de la diferencia. Es también un ejercicio de la arqueología del conocimiento y la indagación de enfoques y perspectivas que recuperen la huella de esa *matriz resistente* que sigue nombrando lo que el mercado ha resignificado como mercancía pero que designa contenidos que aún quieren decir otra cosa.

En la reconstrucción de estos eslabones de reconexión de la identidad originaria con la comunicación se evocan casos como el éxodo de los Mbya guaraníes del ingenio Tabacal (Salta) desplazados por terratenientes (Patrón Costa) durante la dictadura militar de Onganía. El destierro los llevó a un polvoriento cruce de caminos (Pichanal) cerca de Orán en Salta, conducidos por un religioso gringo (Roque Chielli) que no perdió la dignidad de su fe ni la puso al servicio del poder.

Años después el Estado (a través de sus agencias de radiodifusión, asuntos indígenas y educación) pudo generar la acción reparadora de FM Cheru, la primera emisora bilingüe oficialmente instalada en el país en un centro escolar religioso. La lengua nativa de la comunidad *mbyá* guaraní del norte argentino lograba evitar la prohibición sobre el uso de idiomas no castellanos que prescribía la ley de radiodifusión 22.285 (1980) de la dictadura militar.

¹⁰⁵ (Coordinadora de Comunicación Audiovisual Indígena en la Argentina, 2012).

En los pliegues y en los bordes es donde tal vez convendría detenerse para ubicar esas nuevas palabras. El balbuceo de esos sujetos a quienes el discurso hegemónico ha dejado tan lejos que aún pueden pronunciar su propia voz. En la marginalidad, en la cultura que nace de la inmediatez material con el otro y con la vida diaria, más lejos del ruido que atraviesa de la vida social inmersa en el universo mediático.

Así lo entendieron las comunidades que constituyeron la emisora FM Salamanca en Campo Blanco, lugar ubicado a 10 km de la ciudad de Aguaray y a 10 km de la Frontera con Bolivia y la ciudad de Salvador Mazza, sobre la ruta Nacional 34¹⁰⁶, lugar de intersección de pueblos, tradiciones, lenguas y cosmovisiones.

Según describen en su proyecto, la comunidad está organizada políticamente con un consejo comunitario y con un cacique, cargo jerárquico ancestral que se sigue respetando como autoridad máxima de la comunidad. En la comunidad no hay escuelas primarias ni secundarias, puesto sanitario, cabinas telefónicas, no cuenta con el servicio de recolección de residuos, cloacas, gas domiciliario, etc. La red de agua es potable pero muy precaria su distribución domiciliaria, hasta en algunas épocas del año es insuficiente y escasa. No cuenta con aguas para el riego de cercos o para producción agrícola.

La mayoría de las familias se comunican mediante el uso de celular, y sintonizan radios FM de Bolivia, Salvador Mazza y escasamente de Aguaray. En cuanto a la TV reciben señal de la vecina localidad de Yacuiba (Bolivia).

Contar con un medio propio supone para estas comunidades

[...] una oportunidad histórica para que los pueblos originarios materialicen el derecho a la comunicación, y fortalezcan el proceso de recuperación de la palabra pública como otros procesos culturales [...] La relación inseparable entre cultura y comunicación, presente en la acción de comunicar obliga a fortalecer las identidades pluriculturales, locales, facilitando los espacios para la reflexión colectiva, el debate y consenso de las organizaciones de los pueblos [...]

escribieron en los fundamentos de su proyecto comunicacional de trámite de frecuencia ante la autoridad regulatoria

En ese contexto se reconocen, organizadamente, como parte del proceso de discusión de un nuevo marco jurídico de la comunicación audiovisual en Argentina. Lo hicieron a través del Encuentro Nacional de Organizaciones de Pueblos Originarios, que convocó a 26 organizaciones políticas por pueblos.

La necesidad de crear medios propios que permitan ejercer autonomía comunicacional desde cada uno de los pueblos logró en pocos años la capacitación y formación de más de 200 comunicadores indígenas, responsables de administrar, operar y gestionar los primeros servicios de comunicación audiovisual en los territorios de los pueblos originarios.

A mediados de julio de 2011, el Primer Congreso de Comunicación Indígena en Argentina¹⁰⁷ reivindicó el reconocimiento de los derechos del sector a nivel nacional e internacionales: (artículo 75 de la Constitución argentina, convenio 169, Organización de los Estados Americanos, Organización de las Naciones Unidas),

¹⁰⁶ La comunidad de Campo Blanco es una más de tantas comunidades asentadas a la vera de la ruta nacional 34. Hacia el sur están la comunidad de Agua Blanca (guaraní), Capiazuti (guaraní-chané), La Loma (wichi), Tuyunti (chané), Piquirenda Estación (guaraní), Piquirenda Viejo (guaraní), Yacuy (guaraní). Hacia el este, las comunidades originarias de Campo Durán (chané), El Algarrobal (chané). Hacia el norte: Tobantirenda (colla, guaraní, criollos), Peña Morada (guaraní), Caparí (guaraní), Playa Ancha (guaraní), Arenales (guaraní), El Obraje (guaraní), La Pista (guaraní). Hacia el oeste, pasando la serranía del Aguaraquí se encuentra la comunidad de Acambuco (guaraní, collas, criollos).

¹⁰⁷ (Primer Congreso de Comunicación Indígena en Argentina, 2011).

[...] creando y ejerciendo el derecho a la participación y propiedad indígena comunitaria de los medios de comunicación audiovisual a través de la comunicación con identidad que difiere de la propiedad tradicional de los medios de comunicación en Argentina y que han sido parte de la invisibilización cultural e histórica de nuestras naciones originarias partícipes en los procesos de liberación de las colonias españolas, británicas y portuguesas a comienzos del SIGLO XIX.

El sector se reconoce como un equipo de centenares de jóvenes indígenas que a través de la comunicación con identidad resignifican los principios de la comunicación hegemónica para convertirla “en una herramienta de incidencia política de nuestros pueblos sobre los Estados, las corporaciones y la sociedad civil.”

Los pueblos y comunicadores originarios lograron que la nueva ley incorpore un capítulo específico de *comunicación con identidad* (Título IX, “Servicios de Comunicación Audiovisual de Pueblos Originarios”) que los considera como personas de derecho público no estatal, sentando un significativo precedente jurídico.

Hemos avanzado –expresaron– con logros políticos, como el debate y consenso que hemos logrado las organizaciones y plasmado en propuestas concretas al Estado nacional, como la inclusión del derecho a la Comunicación con Identidad en la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, y la participación efectiva de nuestras organizaciones en el debate del proyecto de ley de reglamentación del libre consentimiento previo e informado y en el correspondiente al proyecto de ley tendiente a efectivizar la garantía constitucional del reconocimiento de la posesión y propiedad comunitaria indígena y el decreto 701 que instrumenta la restitución de restos indígenas. Pero lo ancestral no quita la actualización de nuevos soportes tecnológicos. La TV, radio, internet, redes sociales, celulares, GPS, MP3 y sus continuidades tecnológicas ya “son parte de la realidad de nuestros pueblos que transitan una nueva etapa que los tiene como protagonistas necesarios de los cambios culturales a partir de las nuevas tecnologías y la información”.

Para los habitantes del lugar, la comunicación trasciende los medios y se practica en la vida productiva y social. En el testimonio de un comunicador chorote que conduce un programa por Radio Nacional Tartagal “cuesta hacerse entender tanto por criollos como por los hermanos indígenas”, y dice que “la verdadera comunicación se realiza cuando pescan o siembran, allí donde viven cotidianamente. Hablan de lo que pasa en su tierra con y desde la tierra”. Del colla de la Puna enseñan que, antes que los medios, nace la copla como forma de comunicar la protesta, el amor y los sueños. El pueblo wichí habla también con sus propias expresiones como el canto, el baile, las tallas o con su tejido, mantienen la memoria activa. El tejido de chaguar, por ejemplo, transmite la cultura de esta etnia a través de los bolsos, los collares, los cintos, los vestidos... y en cada dibujo que forma el hilo, va el símbolo. Simple semiótica, pero profunda.

La comunidad aborígen *Los Chorrillos*, pueblo ocloya, Departamento de Tumbaya, Jujuy, fundamenta los trámites de autorización de su emisora de radio abogando por la interculturalidad a partir de la creación de piezas comunicacionales que permitan la participación en rondas o foros de discusión e intercambio buscando el denominador común para luego establecer las diferencias en un contexto de identificación y reconocimiento de la comunidad en general.

En noviembre de 2014 se inauguró en Cienaguillas, en el Valle de Luracatao, en el oeste salteño, la primera radio comunitaria de los valles calchaquies, FM Libertad 89.3 gestada en las luchas por la legalidad del sector y con respaldo de la autoridad regulatoria audiovisual (Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual [AFSCA]). La emisora surgió como fruto del trabajo de 16 comunidades indígenas de Molinos, Salta, en tierras que hasta el año 2005 pertenecieron a los terratenientes de la región, los ya citados Patrón Costas. “Con la radio levantamos la voz, porque siempre fuimos demasiado callados”, dice Paulino Rueda, uno de los locutores. La radio fue

fruto del trabajo que desarrolla desde 2006 la organización Comunidades Unidas de Molinos (CUM), que nuclea a cerca de 350 familias de 16 comunidades campesinas e indígenas de los valles calchaquíes, con preeminencia de la cultura diaguita.

“Los medios de las grandes ciudades nos llenan de noticias de robos, de muertes”, dice, “cosas que acá no pasan, porque la noticia que tenemos para dar acá es una noticia buena, que cada día estamos más organizados y que tenemos más ganas y más conocimientos para construir nuestro futuro sin depender de nadie”, expresaron los portavoces.

Estas experiencias son posibles también por la articulación con el Instituto de Tecnología Agropecuaria (INTA), que en 2012 firmó un convenio con AFSCA orientado a “la promoción del federalismo, la eliminación de brechas en el acceso al conocimiento y la promoción de la expresión de la cultura popular”. Numerosas radios rurales y campesinas en varias provincias se concretaron en este marco, destinado a “proteger, consolidar y desarrollar la comunicación audiovisual y la participación de los pueblos en todo el territorio nacional”. El desarrollo de la producción sustentable en las distintas etapas de la cadena productiva, el trabajo en red, la creación y el fortalecimiento de las empresas sociales, mutuales y cooperativas en el marco de la economía social, integran los objetivos de esta iniciativa pública con articulación social y territorial.

Es necesario señalar que el mero testimonio de la existencia de estas voces no transforma el modo de circulación de los flujos de contenido ni asegura una disputa efectiva del sentido cultural y de época. En este tiempo de polifonía discursiva en donde los instrumentos más poderosos siguen en manos del mercado y de las perspectivas mediáticas que desenfocan la cuestión nacional, la transformación del ruido en información depende una compleja combinación de factores. Pero la visibilidad y la legalidad de nuevos actores, con plena conciencia de sus posibilidades de aporte en este tiempo suponen sin duda una contribución importante para imaginar otros escenarios de la comunicación.

Requiere de intervenciones activas del Estado y los actores sociales organizados para producir transferencias efectivas en el mercado comunicacional en cuanto a la capacidad, alcance y potencia de nuevos discursos. La disputa de sentido –el famoso relato– solo será tal –como lucha de ideas– en tanto los recursos de producción y de gestión logren masividad, continuidad y logren un ciclo económico sostenible.

La cuestión discursiva no reinstala *per se* el sitio de las prácticas políticas y sociales que restituya la exclusión de tantos siglos ni la pertenencia de los pueblos originarios a una nueva perspectiva de derechos. En todo caso ésa, como todas las luchas de los excluidos sociales, económicos y culturales, forma parte de la nueva agenda en un Estado que busque su destino como nación del sur con autonomía nacional. En muchos casos, estas comunidades conviven con sistemas políticos feudales que dicen identificarse con proyectos democráticos o que se sirven de un tiempo político asociado con expectativas populares, pero cuyas prácticas interiores se alinean con las oligarquías locales e intereses poco comprometidos con un proyecto nacional.

3.1.3 La comunicación popular, otro paradigma en construcción

La historia de los medios educativos, de organizaciones sociales o movimientos religiosos es parte del patrimonio de la comunicación con identidad de América Latina, que tuvo en las radios comunitarias o de organizaciones populares su primera forma de resistencia y expresión. Surgió como necesidad imperiosa tanto de pronunciar la palabra muda como de otorgarle legitimidad y permitir su encuentro frontal y horizontal.

[...] era hacerla audible para los otros. Otros diferentes a quienes se interpelaba solicitando atención, solidaridad, apoyo para las propias causas porque se consideraba

que ellas trascendían lo particular involucrando a todos, en busca de un mundo más justo. Y también audible para los otros con quienes se confrontaba y se disputaba el poder; esos otros ante quienes la palabra acallada hecha audible, se esgrimía como símbolo de existencia, de resistencia y de lucha.¹⁰⁸

A diferencia de los medios comerciales, la función social de una radio o de un medio popular no se limita al ámbito de la comunicación. Procura trascenderse en su rol como medio de producción o como simple amplificador o acompañante de los procesos. Además de ser escenario, es también convocante, anfitrión, moderador que pone temas en la agenda y tiene opinión propia. Por definición de sus protagonistas, entonces, lo popular es, a la vez, lo local.

La identidad para el sociólogo e investigador mexicano Gilberto Giménez es una construcción que requiere del encuentro. No es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional sino

[...] la autopercepción de un sujeto en relación con los otros, a lo que corresponde a su vez el reconocimiento y la aprobación de los otros sujetos. En suma, la identidad de un actor social emerge y se afirma solo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y por ende, luchas y contradicciones.¹⁰⁹

Según postula la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER) estas emisoras se hacen y tienen incidencia fundamentalmente en el territorio donde intervienen. Las radios populares son marcadamente radios locales o regionales porque expresan las voces de sus comunidades, aunque ello no significa de ninguna manera limitar la potencia de sus alcances. En todo caso lo local designa el lugar de la producción, el punto de vista, la subjetividad de los actores que gestan sus discursos. Fueron protagonistas centrales de la gestación del movimiento que reclamó cambiar el modelo de comunicación.

Para Jesús Martín Barbero la radio puede hacer un aporte significativo a la construcción del sentido popular ya que habla básicamente *su* idioma –la oralidad no es únicamente resaca del analfabetismo ni el sentimiento subproducto de la vida para pobres– y puede así servir de

[...] puente entre la racionalidad expresivo-simbólica y la informativo-instrumental, puede y es algo más que un mero espacio de sublimación: aquel medio que para las clases populares “está llenando el vacío que dejan los aparatos tradicionales en la construcción del sentido”.

El rol de la radio local, en este marco, permite la tarea de recuperar la historia propia (de la comunidad, de la población, de la región), fijando un lugar de narración que fortalece la construcción de la propia subjetividad, aportando al proceso de autopercepción en la producción de una identidad propia.

Al repasar su historia, una de las emisoras pioneras del movimiento comunitario y de la movilización por la democratización de los medios, Aire Libre de Rosario, cuenta en su portal:

Primero hicimos la radio, porque no podíamos hablar en los grandes medios donde las palabras se siguen cotizando en pesos, y los pesos escasean por estos lados, ¿vivo?
Y la palabra se hizo verbo y habitó entre nosotros y pudimos hablar.
–¡Ah! no me cree, ¡mire! Digo... lea...

¹⁰⁸ (Mata, 2011, en *Oficios terrestres*).

¹⁰⁹ (Giménez, 2000; 50).

Decimos que apostamos a una radio cálida y sensual, valiente y comprometida, en medio de una vorágine de globalizados y globalizadores, de tiempos neoliberales e individualistas, de silenciados y silenciadores. Apostamos, en síntesis, a un mundo más justo y solidario, donde todos puedan comer su pan y decir su palabra.

El barrio, la esquina donde se emplea la palabra, aparece entonces como el gran mediador entre el universo privado de la casa y el ámbito público de la ciudad-mundo, un espacio que se estructura en base a ciertos tipos específicos de sociabilidad y de comunicación: entre parientes y entre vecinos. El barrio proporciona a las personas algunas referencias básicas para la construcción de un nosotros, esto es, de una socialidad más ancha que la fundada en los lazos familiares y al mismo tiempo más densa y estable que las relaciones formales e individualizadas impuestas por la sociedad.

Para Jorge Huergo (2003), el proceso de reconocimiento se liga estrechamente a la identidad social y en ese terreno es que los medios de gestión propia ligados a las prácticas educativas cumplen un papel de significación. Ese reconocimiento incluye una narrativa histórica común, un nosotros discursivo, una jerga y símbolos locales así como un proyecto compartido.

Una de las radios emblemáticas de este sector, Radio Encuentro, de Viedma describe así su pertenencia, bajo el título “Al sur del sur” en su portal de internet:

Somos latinoamericanos, argentinos, patagónicos, rionegrinos y viedmenses. Somos todo a la vez porque estamos al sur del sur. Estamos en Viedma, portal de la Patagonia, ciudad recostada sobre el valle inferior del Río Negro que integra –junto a Carmen de Patagones– la Comarca del Valle Inferior del Río Negro.

[...] En estas tierras viven y sobreviven nuestros pueblos originarios, especialmente los mapuches, porque los onas y los tehuelches fueron extinguidos por el Estado y los terratenientes. Los mapuches sobreviven en pequeñas reducciones comunitarias rurales o marginados en los barrios más pobres de las ciudades del sur. La población actual de la Patagonia está constituida por los pueblos originarios, por hombres y mujeres venidos de otras provincias y por inmigrantes de países vecinos. En toda la Patagonia no somos más de dos millones en una de las densidades poblacionales más bajas del planeta.

Emisoras que bajo la consigna de *dar la palabra a todas y a todos* hacen una opción –al igual que la iglesia comprometida de los 70– de “comunicación preferencialmente desde el lugar de los empobrecidos (pobres) que tenga en cuenta la diversidad cultural y la perspectiva de género”.

Otras, como la FM Bajo Flores, en la Villa 1–11–14 de la Ciudad de Buenos Aires, se reconocen en la pertenencia villera, de fuerte compromiso social y una identidad cultural apegada a la cumbia, a la identidad tropical y andina, así como con la solidaridad con los más necesitados. Su vocación de radio comunitaria la llevó a un fuerte compromiso en la lucha contra el paco y la pasta base (droga de baja calidad, altamente tóxica y destructiva) que se tradujo en la campaña “La Base Arranca Corazones” junto a la Asociación de Reducción de Daños de la Argentina (ARDA) mediante la música y la movilización social.

Comunicadores de la cooperativa La Minka¹¹⁰ en el noroeste argentino que participaron junto a FARCO y otras organizaciones de medios comunitarios en la gestión de un nuevo escenario jurídico de la comunicación en la Argentina caracterizaron la diferencia entre el periodista formal y el comunicador popular. Si “el medio es el mensaje”, dicen, “el comunicador popular es el verdadero relato social”.

¹¹⁰ La figura andina *Mink'a* significa *trabajo comunitario y asociado*.

En la actualidad, las radios comunitarias, internet, los periódicos barriales, afiches, pancartas y hasta las carteleras vecinales son aprovechadas por diferentes comunicadores naturales como los maestros, los artistas y, estratégicamente, por los militantes.

De ahí que consideramos a la comunicación popular como la más valiosa herramienta para la organización de una comunidad. Porque una comunidad organizada, sabemos, se empodera, hace un mejor uso de sus recursos, da vuelta el timón hacia la democracia participativa y visibiliza a todos y cada uno de los sectores y actores sociales,

escribieron los comunicadores de La Minka.

Los estudios que indagaron sobre los resultados iniciales del movimiento a favor de otro orden de la comunicación muestran una mayor visibilidad en la gestión de los medios populares o comunitarios. Así lo consigna la investigación de María Soledad Segura en “Participación social y democratización de las comunicaciones”, que integran el trabajo *Agitar la palabra*.

En todos los países que reconocieron legalmente al sector sin fines de lucro, y más aún en aquellos que reservan un tercio del espectro radioeléctrico, el escenario para las radios y televisoras comunitarias se ha modificado sustancialmente a su favor. Esto presenta nuevos desafíos. En especial, requiere una nueva escala de gestión institucional y económica, y genera expectativas sobre el aporte que su producción temática y estética pueda hacer a la diversidad y el pluralismo comunicacional.¹¹¹

Entre los importantes avances de la sociedad civil que interviene en comunicación en Latinoamérica en este siglo se destaca sobre todo el haber logrado instalar el debate, su contenido y orientación (de acuerdo a los principios de democratización de las comunicaciones y el derecho a la comunicación) no sólo en la agenda gubernamental, sino también en la opinión pública:

En gran medida gracias a su accionar, la discusión sobre la comunicación, el rol de los medios, su relación con la política y su papel en democracia excedió la esfera de los especialistas para instalarse en toda la ciudadanía, en los diferentes sectores sociales,

subraya el trabajo.

Sin embargo, advierte:

[...] al analizar los procesos de implementación de las nuevas normas, los logros de las organizaciones sociales de cada país latinoamericano son dispares. En general, el sector social-comunitario está teniendo dificultades para disfrutar de las promesas de las nuevas leyes.

En la etapa actual los desafíos pasan por la plena legalidad y la sostenibilidad para convertirse en voces perdurables.

3.1.4 Todas las Voces Todos

Expresión de un Estado comprometido con esa otra dimensión de la comunicación que empezaba a dejar atrás la mirada única del mercado fue la decisión de articular un camino con las radios populares nucleadas en FARCO, en 2008/2009, a través de una iniciativa (*Todas las Voces Todos*) orientada a promover el desarrollo de una

¹¹¹ (Segura *et al.*, 2014; 12).

comunicación pluralista y participativa, abierta a las necesidades de expresión de los sectores sociales y culturales con menor posibilidad de acceso a los medios de comunicación e información, así como la promoción del derecho legítimo y legal de las organizaciones sociales y comunitarias sin fines de lucro, a la propiedad y gestión de medios.

El programa, en conjunto con Desarrollo Social de la Nación, llegó a más de 100 radios escolares y a territorios de pueblos originarios bajo la consigna de respetar y fortalecer los proyectos político-comunicacionales de cada comunidad del país, procurando el desarrollo de herramientas de *expresión, de redacción, de producción periodística y de promoción cultural* que fortalezcan los lazos sociales y territoriales.

El programa diseñó un conjunto de abordajes para promover la radiodifusión en zonas rurales y de frontera, mediante la instalación de emisoras que pudieran estimular procesos de integración nacional y social, fortalecer el sistema educativo por medio del empleo de medios en regiones aisladas, desarrollar contenidos y prácticas radiofónicas que faciliten la tarea educativa y promover la máxima cobertura del territorio nacional mediante las radios locales. Se partió de la necesidad de garantizar la permanencia y el desarrollo de servicios de radio en zonas rurales y de frontera, tomando a las escuelas como centro comunicacional de los pueblos, convocando a los padres, los productores agropecuarios de la región, artesanos, a los jóvenes y organizaciones sociales del lugar para articular una programación y producir sus contenidos.

Esta reconstrucción del tejido social suponía la participación conjunta en el armado de redes de información para conectar a las diferentes culturas del país y que éstas puedan producir y expresar sus particularidades para que sirvan para articular todas las voces en la construcción conjunta de un nuevo modelo de país [...] La comunicación fue concebida como “un elemento estratégico que debemos adecuar a las necesidades de la población y transformarla en una herramienta política para hilar los pensamientos en clave de proyecto nacional, es decir, una batalla ideológica para modificar las relaciones de fuerzas que existen en nuestro país y alcanzar el bienestar de la población”.¹¹²

Se trató de dar cuenta de experiencias de utilización de herramientas comunicacionales de características tecnológicas precisas (como la radio) en ámbitos educativos pertenecientes a comunidades aisladas territorial y culturalmente como parte de una necesidad objetiva de resistencia cultural, de preservación de las referencias de identidad, de construcción de la comunidad educativa de esas regiones como sujetos sociales, en el contexto de la exclusión y el *ninguneo* a que las condenó la política neoliberal de los 90.

Reestablecer el vínculo entre la educación y la pertenencia a un sentido cultural general. En todo caso, a sus aportes para un proceso de inclusión cultural frente al diagnóstico de *riesgo de exclusión cultural* sobre el que advirtieron en los 90 diversos especialistas en educación.

Aún estaba presente la crisis social que desplazó el sentido tradicional, educativo y de *igualación cultural* de la escuela para resignificarlo como ámbito primario de inclusión social. La década neoliberal había colocado a la escuela en un lugar de contención frente a la pobreza, de sobrevivencia, de alimentación antes física que educativa. En tal sentido y a la luz de las diversas experiencias se hizo evidente que no existía una escuela, sino diversas experiencias educativas pero que comenzaban a recuperar una razón de ser como ámbito de promoción humana y del conocimiento a partir de 2003.

La irrupción de los medios y las tecnologías había creado la sensación de *atraso de la escuela* (como consecuencia de la desinversión y retirada del Estado en los 90), con un

¹¹² (Foro Argentino de Radios Comunitarias, Comité Federal de Radiodifusión, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2010).

claro cambio en las relaciones institucionales de poder entre los nuevos paradigmas tecnológicos y la escuela empobrecida. La recuperación de la responsabilidad del Estado en el proceso educativo y las leyes que fijaron pisos de inversión pública en la educación así como garantías al salario docente y un ciclo escolar con 180 días asegurados por ley (ley 25.864, año 2003) fueron fundamentales para salir del paradigma del abandono neoliberal. El cambio de escenario supuso un fuerte proceso de revalorización de funciones y contenidos en cuyo contexto se fortaleció la demanda por el uso de medios propios en manos de la comunidad educativa. Además de la visibilidad escolar de la nueva Ley de Servicios Audiovisuales otros programas públicos que traducen nuevas políticas de Estado como Conectar Igualdad y las unidades satelitales de la Televisión Digital Abierta (TDA) en las escuelas rurales simbolizan el cambio de etapa, signado por una inversión pública en esa articulación.

3.1.5 Escuelas, palabras y territorios

La lectura de los proyectos comunicacionales presentados por comunidades indígenas y educativas de todo el país permite hilvanar una rica trama de saberes y perspectivas que merecen trascender, ser leídas, vistas, comprendidas. Una selección de estas miradas, sacadas de la formalidad de los trámites con que fueron presentados ante la autoridad de aplicación de la ley 26.522 entre 2009 y 2011, hablan de esa parte de nuestra identidad que habita el interior profundo del continente:

- Proyecto radio FM originaria. Comunidad Aborigen *Los Chorrillos*.

Las nuevas tecnologías son, a la vez, un desafío y una oportunidad. Así lo interpreta la Comunidad Aborigen de *Los Chorrillos*, descendiente del pueblo ocloya, que formó parte de la confederación OMAGUACA. Aproximadamente entre los años 500 y 1000 D. de C. cuando surgen los pucaras y Los Chorrillos entre otros fueron áreas rurales, cinturones productivos de los grandes capitales de los ocloyas, los paypayas.

En los fundamentos de su proyecto radiofónico presentado en 2010 expresaron que:

[...] en la comunicación entre nosotros y el mundo se ha producido un retraso en la búsqueda de mejorar nuestra calidad de vida a partir de las relaciones humanas, ya que la nueva era ha incorporado códigos diferentes entre generaciones, y esto provoca un desacople en la transmisión del conocimiento y entonces vemos que debemos conjugar idiomas ancestrales, modernos y futuros a los fines de establecer un lenguaje común y esta herramienta mediática, que provocó esto, paradójicamente sería la que nos dé la salida.

También abordan el impacto político, porque se trataría de articular una visión común en la trama de relaciones particulares que mantienen los miembros de la comunidad.

En la comunidad aborigen como en la de la República en general tenemos un sistema de representación donde confluyen por la vía democrática actores que conducen y dirigen acciones, toman decisiones que se transforman en leyes, juzgan, premian o castigan, conforman así el marco de convivencia social, a los integrantes del Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial se construirán redes de comunicación e información colaborando así con la visión de pueblo que buscamos en común.

- “Nuestra Radio. La de Todos y Todas. La Herramienta para crear puentes hacia el crecimiento sociocultural”. Proyecto Escuela N° 4-090 Profesor Osvaldo Pinto, Las Catitas - Santa Rosa - Mendoza.

Convencidos de que estamos en camino hacia la efectivización del sueño de una nueva escuela es que creemos que: mediante la aprobación de la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y la firme decisión desde los ministerios de garantizar, por medio de estos programas (DAP, TICS, Conectar Igualdad, Explora, etc.) que se concreta la aplicación de un verdadero proyecto de políticas públicas educativas, tendientes a atender las necesidades sociales, creando derechos que las garanticen y arbitrando los medios para que así sea; es que vamos a gestar entre todos un verdadero puente de comunicación entre los integrantes de nuestra comunidad por medio de “nuestra radio”.

Estamos convencidos de que podemos armar una programación de interés para que sea una herramienta para explorar nuevos campos de conocimiento y fortalecer los vínculos comunitarios. Hemos construido un pulpo de vinculación entre las organizaciones sociales y las instituciones escolares que formarían parte de “nuestra radio”.

- Radio Escolar en el CPEM 73. El Cholar - Neuquén.

Este proyecto de radio escolar es una alternativa, un camino para dar respuesta a uno de los problemas sustantivos de la institución escolar (desempeño lingüístico), por lo que será una herramienta didáctica más, que permita vincular los contenidos teóricos con situaciones concretas de la realidad (significatividad), despertando el interés de los jóvenes, fortaleciendo sus capacidades y ampliando y dinamizando el circuito comunicativo entre los hacedores y la comunidad.

- Escuela de Educación Media IPEM N° 164 Ataliva Herrera - Río Primero, Córdoba.

A través de esta actividad se requiere promover la apropiación de los medios de comunicación (en este caso la radio), como tecnologías de uso, asociadas a prácticas pedagógicas que favorezcan procesos de comunicación, relaciones más autónomas y democráticas en la escuela y con su entorno, nuevas formas de circulación y apropiación de la información y el conocimiento y generen espacios para la expresión autónoma de la ciudadanía escolar.

- Proyecto Escuela N° 193 Héroes de Malvinas. Polimodal. “La Radio en la Escuela”, Ciudad de Salta.

Frente a la realidad actual de la escuela donde se enfrentan problemáticas complejas, como dificultades de aprendizaje, conflictos en las relaciones, violencia [...] este espacio-radio aportará al diálogo, al trabajo colectivo y colaborativo en todos los sentidos, haciendo del hábitat escolar un lugar de apropiaciones y vivencias diversas pero deseables para todos/as, con un sentido transformador. Recuperando y construyendo la identidad, dándole otro sentido al estar en la escuela, se ahondará en lo conocido y con quien al azar imponga compartir, en definitiva, gracias al espacio-radio, la escuela atenderá a todas las dimensiones del desarrollo humano y despertará un sentido de pertenencia en el cual identificarse, transformando al entorno y al ser en sí mismo.

Integrar todas las dimensiones del desarrollo humano (física, afectiva y cognitiva), así como también el fomento de la sensibilidad, la ética, la solidaridad, la identidad y el conocimiento técnico-racional es parte de las cuestiones que se juegan en estos proyectos que revelan otras perspectivas de la comunicación. Despertar un sentido de pertenencia con el cual identificarse; asimilando y produciendo condiciones que les faciliten actuar transformando al entorno y mutándose a sí mismos.

La articulación entre proceso educativo y el abordaje de la influencia mediática en la formación escolar registra también un aporte de la Ley de Servicios de Comunicación

Audiovisual. El texto de la norma recoge inquietudes de varios teóricos e investigadores como Guillermo Orozco respecto de una relación no pasiva y atenta entre las aulas y los medios de comunicación. El académico mexicano reclamaba una “pedagogía crítica de la representación”.

[...] que abra en la sala de clases el debate sobre recepción de medios, asuma que la escuela es una institución entre otras que compiten por ejercer la hegemonía del conocimiento, infunda habilidades que permitan a los estudiantes expresarse en un entorno multimedia, y entienda la alfabetización como un proceso permanente que se liga a los distintos alfabetos de un mundo posmoderno-mediático, multicultural y de aceleración del cambio.¹¹³

Esa inquietud quedó registrada entre las funciones del Consejo Asesor de la Comunicación Audiovisual y la Infancia de la ley 26.522, mediante la propuesta de un Programa de Formación en Recepción Crítica de Medios y Tecnologías de la Información y las Comunicaciones.¹¹⁴

3.1.6 Cooperación en la comunicación

También desde los bordes del modelo comercial las organizaciones cooperativas prestadoras de servicios múltiples en territorios y ciudades abandonados por el mercado fueron protagonistas de la demanda de cambios en el sistema. Fuera de la lógica de concentración, las cooperativas se crearon como entidades organizadas desde un pensamiento solidario y asociativo que refuerza la integración como valor cotidiano.

La Cooperativa de Provisión y Comercialización de Servicios Comunitarios de Radiodifusión (COLSECOR) fue creada por cooperativas y pymes de todo el país, que prestan servicios de televisión por suscripción y telecomunicaciones. Su misión se orientó a la gestión, desde los principios y valores cooperativos, de las demandas de las asociadas en cuanto a la contratación de señales de TV, telecomunicaciones y medios de comunicación, brindando asesoramiento integral para la obtención de soluciones conjuntas a los temas que atañen a los servicios prestados. La organización nació en los años 90, sufriendo la proscripción del régimen jurídico de la dictadura. Enfrentaron junto con los medios comunitarios más de una década de concentración y exclusión que llevó a organizar la pelea y, luego de 2009, a disputar una nueva mirada sobre la comunicación.

Trabajamos por una comunicación de todos y para todos, sin arbitrariedades políticas que pongan en riesgo las garantías constitucionales. Tampoco aceptamos los dominios económicos que con sus intereses puedan hacer un recorte de una realidad en base al pánico y la desestabilización de las instituciones. Nuestra comunicación tiene por fin hacer de la televisión un servicio público que atienda a la pluralidad de las nuevas voces.¹¹⁵

El impacto social del entretenimiento es un desafío permanente para COLSECOR, porque

[...] sintetiza parte importante de las acepciones que derivan de las actividades como cooperativa. Porque ocurre en el hogar y modifica la vida cotidiana de la familia. Porque es parte de la comunicación que se facilita con las nuevas tecnologías. Porque hoy es la conectividad con múltiples accesos y soportes. Este fenómeno merece ser puesto en un espacio de reflexión en nuestras cooperativas y sus asociados,

¹¹³ (Orozco Gómez, 1996, *Nómadas*).

¹¹⁴ Ley 26.522, artículo 16, inciso j).

¹¹⁵ (Mirad y Silveira, 2012: 14).

destaca el movimiento cooperativo. El sector participa en proyectos transversales en el ámbito de los medios de comunicación que encara el Estado desde el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES) y forma parte de Trama Audiovisual. En el marco de la nueva ley audiovisual, el sector cooperativo había logrado posicionarse hacia fines de 2013 cubriendo con sus servicios el 2,2% del mercado de televisión paga –dominante en Argentina con más de ocho millones de abonados– lo que equivalía entonces a casi 250 mil hogares.

Bajo el amparo de la nueva ley, el movimiento cooperativo de todo el país ya ha ingresado como un operador importante, pero lo que realmente se destaca es que el sector permite ampliar las fronteras de los servicios de televisión paga en el interior del país, tanto en las comunidades de alta densidad poblacional como en las de pocos habitantes,

según COLSECOR.¹¹⁶

La entidad, con origen en Córdoba, agrupa a más de 150 cooperativas de todo el país, las cuales ofertan en sus comunidades algún tipo de servicio de telecomunicaciones a través de esta red.

Además, actualmente, las cooperativas [...] están en un proceso de reconversión tecnológica y de inversión en obras de fibra óptica que les posibilita ganar más mercado y ofrecer servicios de punta como pueden ser la televisión HD y las opciones de video por demanda a través de IPTV.¹¹⁷

El sector tomó nota de los cambios de consumo y los factores tecnológicos a la hora de distribuir servicios de comunicación. Es una foto de este tiempo en la que cada integrante de la familia usa su celular, tiene su *notebook* y hay un televisor en cada espacio del hogar. Todos con una tecnología que transporta información y entretenimiento.

A toda hora y en todo lugar, convivimos con esta innovación que impacta de lleno en la sociedad. Son nuevas costumbres ya universales, inmediatas y complejas por donde se las mire o se las piense. Las razones navegan por la multicausalidad donde, sin dudas, no todas se explican desde el profundo cambio tecnológico.¹¹⁸

Más de un centenar de empresas y organizaciones cooperativas organizan, luego de la vigencia de la ley, la prestación de servicios de radio, televisión, cable y simultáneos de telecomunicaciones y servicios audiovisuales (triple play) disputando no sólo porciones de mercado sino también contenidos y discursos.

Productoras y televisoras organizadas en la cooperativa de cooperativas Trama Audiovisual –con varias señales integradas como TV3 de Luján– u organizaciones como Colmena –contenidos televisivos y portales– se han ido sumando desde miradas diversas en la articulación de la economía solidaria para producir informativos, series y documentales.

Otras 500 empresas pequeñas y medianas, agrupadas en la Confederación de Radios y Medios de Comunicación de la República Argentina (CORAMECO) disputan espacios de legalidad y de mercado para sumar voces al laboratorio sociocultural que la nueva ley auspició en el país aportando puntos de vista y nuevos enfoques que revitalizan el debate democrático.

¹¹⁶ *Comercio y Justicia*, Córdoba. 31 de octubre de 2013.

¹¹⁷ Sistema de televisión sobre el protocolo de Internet.

¹¹⁸ (Colsecor, 2012: 221-222).

3.1.7 Voces públicas con nuevas agendas

Reconstruir Nación supone, en este marco, reconstruir Estado y colocar el mercado cultural e informativo en el debate del modelo político de democracia que el país intenta desarrollar en la salida a las restricciones del neoliberalismo. La relación entre el Estado y los medios, y de la sociedad con éstos, debía aparecer como uno de los ítems principales de la nueva agenda. Las emisoras públicas que provincias y universidades gestionaban desde los años 60 en casi diez provincias argentinas habían quedado atrapadas en la perspectiva de una mirada puramente mercantil de los contenidos y los públicos.

El mundo comercial y, dentro de él, la mirada portuaria habían *colonizado* el espacio audiovisual de la Nación. Los niveles de captación de pantalla, en canales inicialmente *independientes* de las principales ciudades del interior del país, por parte de los metropolitanos dominantes, llegaban a cerca del 90% en muchos casos. De los 45 canales de televisión abierta existentes en la primera década del nuevo siglo unos diez pertenecían al régimen público –nacional o provincial– pero en la mayoría de ellos imperaba la lógica de la televisión comercial.

La territorialidad geográfica de estas provincias se había descalzado de la territorialidad de sus representaciones audiovisuales, cediendo a la metrópoli (a un par de empresas en realidad) la capacidad de expresión artística y periodística¹¹⁹. La televisión abierta tradicional –con su oferta escasa y mala calidad– fue de a poco desplazada por un modelo de acceso pago, portador de la *civilización* audiovisual posmoderna; la verdadera ventana al mundo de la globalización, alimentada por cientos de señales–mundo. Este modelo comunicacional consumado por la explosión de la televisión por cable en los 80 y 90 se impuso rápidamente ante la falta de diversidad de ofertas de la televisión tradicional de aire.

La propiedad inicialmente diversa de los sistemas de cable pronto se concentró de la mano de la desregulación neoliberal –que incluyó la apertura del mercado de la comunicación argentina a los Estados Unidos mediante un Tratado de Reciprocidad Comercial–; entre 1994 y 1997 desapareció casi la mitad de los 1.500 empresarios independientes que distribuían contenidos en los pueblos del interior. La ola de compras y fusiones en materia de distribución de cable, a manos de los grupos metropolitanos o extranjeros, hizo que la señal de generación propia obligatoria de la mayoría de estas empresas independientes del cable desapareciera en la *sinergia* del salto a la concentración. Estéticas, lenguajes e historias se perdieron en ese proceso que, al unificar la propiedad de empresas diversas en la misma ciudad, eliminó también sus contenidos. En localidades con escasa población (mercado), la señal se regionalizó, desapareciendo toda expresión audiovisual local.

La televisión comercial tradicional y también las emisoras públicas locales pasaron a ser nichos de negocios dentro del mismo esquema subordinado al mercado pago de la comunicación. Cada pantalla –comercial o estatal– era apenas una porción de audiencia a ser vendida a los anunciantes y los operadores de servicios múltiples (OSM). También las televisoras provinciales o universitarias, que habían nacido como respuestas a la ausencia de televisión abierta local por tratarse de mercados marginales, fueron rápidamente cooptadas por los canales y sistemas capitalinos.

La televisión estatal quedó atrapada durante años en los límites impuestos por el mercado y la ausencia de políticas públicas. Hasta que el modelo entró en crisis con la interpelación política que produjo la etapa iniciada luego de 2003, puntualmente con el

¹¹⁹ Hacia 2008/2009 el 65% de la programación emitida fuera de la zona metropolitana de Buenos Aires correspondía a contenidos originados por las empresas Telefé (el 46%) y Canal 13 (el 40%). Informe de contenidos de la televisión abierta argentina, Comfer, 2009.

debate sobre el rol de los medios en la tensión de la agenda informativa. Al cabo de más de 50 años de hegemonía de la televisión comercial –y de un conjunto de principios regulatorios y culturales que ordenaban con criterios económicos el mercado de la comunicación– pudo producirse el debate público sobre la necesidad de postular otros paradigmas.

Como emergencia de ese proceso, un conjunto de canales públicos nacionales, provinciales y universitarios de televisión de la Argentina conjuntamente con los Departamentos Audiovisuales de Universidades Nacionales decidieron asumir un punto de vista propio, instalando en 2007 al campo público como nuevo sujeto de la comunicación. Ello sucedió antes –y fue parte del proceso– de los cambios regulatorios. Durante un primer encuentro en Canal 7 (que cambiaba su perspectiva institucional con el slogan *La televisión pública*) constituyeron el Consejo Federal de la Televisión Pública.¹²⁰

Allí se rescató la producción de contenidos audiovisuales por parte de los medios de gestión estatal o universitaria como factor de promoción y desarrollo de las culturas y de las identidades regionales en un escenario cada vez más dominado por la influencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

También se diferenciaron del mundo comercial y propusieron una perspectiva de rescate cultural frente al predominio de formatos cada vez más homogéneos y regidos por la lógica del *rating* y de la uniformidad:

la función de la televisión pública y de los centros de producción audiovisual de las universidades nacionales constituye un valioso aporte a la promoción de los valores simbólicos, lingüísticos, históricos y científicos que es necesario integrar en la construcción de un proyecto de Nación,

dijeron en su primer proclama.

Los canales públicos destacaron que la articulación de contenidos y recursos tecnológicos entre los canales de alcance nacional, regional y provincial permite establecer una valiosa complementación para el funcionamiento de una plataforma de amplia cobertura, en forma abierta y gratuita para fomentar la integración social y cultural, tanto en el ámbito nacional como en el espacio común de la unidad en el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y en América Latina.

En esa línea plantearon la necesidad de incorporar a la señal multiestatal Telesur (Venezuela y otros países de la región), integrada también por la Argentina, a los sistemas de distribución de televisión por abonados, “como vehículo para la promoción de la integración informativa regional y la diversidad informativa”.

Al asumir esta perspectiva, los medios públicos –protagonistas luego de una nueva perspectiva tecnológica y de contenidos en la televisión digital– llamaron al poder político a tomar

[...] conciencia del rol fundamental de nuestros medios en la formación de ciudadanos y en el establecimiento de una mirada diversa y plural sobre la Argentina, su pertenencia latinoamericana y su inserción en el mundo, para lo cual se requieren instrumentos jurídicos y decisiones políticas que hagan viable esa proyección de desarrollo.

Nuevas estéticas y perspectivas se formulaban como opciones al modelo comercial excluyente. La carrera de comunicación de la Facultad de Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) bajo la gestión de Damián Loreti expresaba en el Congreso:

¹²⁰ Ese encuentro fundacional, convocado en Canal 7 fue protagonizado por: Canal 7 Argentina, Canal 12 Posadas, Canal 9 La Rioja, Canal Ciudad Abierta, Canal 12 Trenque Lauquen, Canal Encuentro, Canal 10 Río Negro, Canal 10 Córdoba, Telesur. Universidades Nacionales IUNA, UN Comahue, UN Buenos Aires, UN Córdoba, UN San Juan, UN Tres de Febrero, UN Río Cuarto.

[...] para que esto sea posible debe asumirse a la radiodifusión pública como una inversión social destinada a colaborar en un proceso de democratización de la sociedad. Constituye un error, en algunos casos intencional, pretender dejarla arrinconada en el ghetto de la televisión cultural, como una hermana pobre de la televisión comercial. La televisión y radio públicas deben convertirse en un modelo de producción de calidad que desafíe los patrones estéticos y culturales impuestos por su competencia. También debe facilitar que los diversos actores sociales puedan acceder participando en los medios de radiodifusión públicos.¹²¹

Universidades públicas y Estados provinciales se sumaron a las demandas de vastos sectores para cambiar las reglas de juego que regulaban la comunicación audiovisual al solicitar la derogación de la ley de la dictadura militar, y reemplazarla por un nuevo ordenamiento legal tendiente a democratizar el sistema comunicacional del país, atendiendo al desarrollo cultural y educativo del conjunto de la sociedad.

La nueva ley audiovisual recogió plenamente estos reclamos y adoptó exigencias de producción local y propia así como reservas obligatorias de espectro radioeléctrico para garantizar el recurso natural indispensable en esa dirección. Quedaba atrás el principio de subsidiariedad del Estado –que impedía la presencia pública en lugares con empresas comerciales– impuesto por la ley de radiodifusión de la dictadura, que impedía a Canal 7 instalar repetidoras en las principales ciudades del país. Otro tanto ocurriría con los actores comunitarios, escolares y cooperativos de la comunicación audiovisual.

No solo cambiaron los enfoques de las emisoras preexistentes sino que otros canales universitarios –como Canal Sur, con cinco universidades asociadas en el sector metropolitano bonaerense, el canal del Noroeste, con otras tantas casas de estudios, o la Señal U, de la Universidad de Cuyo, o la cordobesa CBA24N, de la más antigua casa de estudios universitarios de la Argentina, y de diferentes universidades públicas del país– organizados en la Red Nacional Audiovisual Universitaria (RENAU) inauguraron estudios de televisión para poner al aire nuevas agendas y contenidos.

La RENAU consideró que el paso dado con el nuevo escenario jurídico

[...] es una de las mayores conquistas de estas tres décadas de democracia: descentraliza el escenario mediático, democratiza la comunicación y genera un nuevo escenario de posibilidades –en el marco de los avances de las tecnologías de la información y la comunicación– para la expansión de la educación pública y la inclusión educativa, en particular para las universidades [...]

El lanzamiento del Consejo de la Televisión Pública coincidió con una de las más ambiciosas políticas del Estado nacional para generar contenidos educativos de calidad. El 5 de marzo de 2007 inició sus emisiones el canal Encuentro, del Ministerio de Educación de la Nación, y rápidamente se posicionó desde las pantallas públicas para luego ser distribuido en forma nacional mediante las obligaciones de la ley 26.522 y la TDA.

Si bien se dirigió hacia audiencias amplias, esta señal constituyó una importante herramienta para la comunidad educativa. Un canal federal con contenidos de todas las regiones de la Argentina, además de producciones adquiridas de prestigiosas productoras de América Latina y del mundo. Se trata de un servicio público de comunicación y no posee publicidad comercial. En la construcción de un nuevo lenguaje audiovisual y nuevos puntos de vista para la educación, la productora educativa Educ.ar creó también nuevas ofertas televisivas dedicadas, por ejemplo al público infantil como la señal Paka-Paka. Desde allí se popularizó un personaje

¹²¹ (Loreti, 2004: sitio web Poder Legislativo).

animado que redescubre la historia regional con ojos latinoamericanos: *Zamba*¹²², que ofreció a las nuevas generaciones la oportunidad de acceder a una nueva versión de los *acontecimientos fundadores*.

Encuentro en la Web complementa la emisión televisiva y vincula la transmisión con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para potenciar ambos medios y generar un espacio de convergencia. El sitio –www.encuentro.gov.ar– posee información sobre programación, recursos educativos multimedia e interactivos, noticias y novedades institucionales, propuestas audiovisuales especialmente pensadas para su consumo on-line y acceso a otros sitios de la productora estatal.

Encuentro postula la equidad en el acceso al conocimiento para todos los habitantes de la Argentina y los países de la región, independientemente de su lugar de residencia o condición social. Proporciona contenidos televisivos y multimedia que aporten a la calidad de la educación y ofrece herramientas innovadoras para facilitar y mejorar los procesos de enseñanza y aprendizaje en el marco de los desafíos de la educación para la *construcción colectiva de una sociedad más justa*.

También los Estados provinciales que no contaban con recursos públicos de comunicación para sus ciudadanos –como Chaco TV, Acequia TV, en Mendoza, o el complejo de Radio Televisión Santafesina (RTS)– comenzaron a sumar información y contenidos locales al nuevo espacio reticular de la comunicación con identidad regional en la Argentina.

En 2012 el canal público de Córdoba (Canal 10, de los Servicios de Radio y Televisión) estrenó nuevas series para televisión. Entre ellas una *sitcom* (*Corazón de vinilo*) y ficciones de época ambientadas en la provincia mediterránea (*Las otras Ponce y Córdoba casting*). Las series fueron ganadoras del Concurso 2010 para la Promoción de Contenidos Audiovisuales Digitales organizados por el Instituto Nacional de Cine (INCAA).

La televisora de la Universidad Nacional de Córdoba también presentó contenidos (*La purga*, *Edén*, *La 40* y *Argentinos Por Adopción*), que fueron considerados un punto de quiebre en la ficción cordobesa. Los ciclos fueron realizados mediante concursos de series para señales de TV Pública, con fondos del Estado nacional. Según la crítica se trata de un cambio sustancial en la forma de hacer televisión en Córdoba, con estándares de exportación y un desarrollo audiovisual sorprendentes.

Sus temáticas y personajes responden ahora a la memoria y la historia local. Los episodios de *La Purga* transcurren en un barrio popular cordobés, empobrecido por la desindustrialización y el neoliberalismo: allí se tejen relaciones que tienen que ver con la supervivencia, con distintos actores sociales enfrentados por la delincuencia y el narcotráfico, por los crímenes y las venganzas, por la corrupción policial. En el caso de *Edén*, también son capítulos que recrean las historias, mitos y personajes que pasaron por el emblemático hotel de La Falda, con una ambientación de época excelente. El paso de Albert Einstein por el Edén, Rubén Darío, el Duque de Windsor o colaboradores de Adolf Hitler van cruzándose en las historias de esta producción local.

Esta nueva perspectiva de la producción *descalzada* de la metrópoli introduce el concepto de “mirada con acento”, que Alejandra García Vargas describe desde Jujuy en

¹²² (Sileoni, 2015) “Zamba pone en evidencia la importancia de construir con nuestro lenguaje la interpretación de la historia. La educación debe estar atenta a la construcción de la identidad nacional, a mirar el mundo desde el sur, que incluye la patria grande americana, y eso es lo que precisamente hace Zamba. Es sustantivo que una producción nacional, de calidad, con un personaje del norte grande de la Argentina haya sido nominada. Más aún, si hay un valor adicional es que no fue nominado cualquier capítulo de la serie. Se trata de Zamba haciendo una reflexión sobre el peor pasado argentino, el más doloroso, la última dictadura militar. En tiempos en que la palabra dictadura se toma con liviandad desde algunos sectores, Zamba invita a los chicos a pensar lo que fue una verdadera dictadura en la que acontecía la sistemática desaparición de personas y estaba anulada la libre opinión”.

una publicación compilada por la Universidad de Quilmes¹²³ que aborda los nuevos escenarios audiovisuales movilizados por la Ley 26.522 y el despliegue de la TDA. El texto toma como punto de partida el documental *San Salvador de Jujuy. Murmullo que aturde*, realizado en esa provincia norteña con los fondos de promoción del plan federal de la TDA:

El mapa concentrado de la producción de contenidos se ha transformado con las políticas públicas vinculadas a la TDA, que comienzan a reorganizar el espacio audiovisual existente con otra lógica. (...) Los sentidos de ciudad que construye este unitario hablan de San Salvador de Jujuy como espacio heterogéneo, desigual y marcado por lógicas sedimentadas de poder y de interrelación. (...) Esa denuncia de desigualdad, a su vez, puede escucharse como una voz que junto a otras produce desde el audiovisual, un *murmullo que aturde* por haber conseguido el derecho a la mirada (compleja y situada) de los productores audiovisuales de áreas no metropolitanas ni rioplatenses.

A quienes elegimos vivir “lejos” en la Argentina, nos toca celebrar los derechos conseguidos, articular nuevas y viejas maneras de acercarnos –dice la autora- y “fortalecer estas iniciativas hasta consolidarlas como políticas de Estado”. Este parece ser el desafío en la construcción de otra cartografía de nuestras representaciones nacionales.

3.1.8 Identidad de la televisión o televisión para la identidad

Repensar la comunicación desde otras interpelaciones de la historia hizo también que relatos que parecían imposibles en la televisión comercial empezaran a circular por las pantallas y ganaran, incluso, trofeos que habitualmente premian la calidad del mercado cultural. La demanda de una ficción vinculada con la problemática nacional y con la historia reciente de la Argentina también promovió contenidos cuya agenda rompía los moldes clásicos del *reality* o del *entertainment* en la televisión comercial.

Uno de esos casos fue el de *Televisión por la Identidad*, un ciclo de historias sobre la lucha de Abuelas de Plaza de Mayo y de centenares de jóvenes argentinos secuestrados cuando eran bebés que indagan sobre su identidad. Infancias robadas por la dictadura militar que procuraban restituirse desde la memoria pero ahora de la mano de la ficción comercial, decidida a narrar un pasado que –como Malvinas– recordaba horas amargas de autoritarismo y claudicación.

Televisión por la Identidad fue una serie de televisión¹²⁴ ganadora del premio Emmy en 2008, integrado por tres capítulos dedicados cada uno a un niño desaparecido por apropiación de las fuerzas de seguridad durante la dictadura militar (1976–1983) y recuperados por las Abuelas de Plaza de Mayo.¹²⁵

La primera historia se ocupó de Tatiana Sfiligoy, una nena que a los cinco años fue testigo del secuestro de sus padres y quedó abandonada junto a su hermana recién nacida en una plaza de Villa Ballester. Las dos hermanas fueron separadas y derivadas a distintos orfanatos hasta que un matrimonio las adoptó legalmente y se volvieron a encontrar. El caso de Tatiana y su hermana Laura fue el primero en la lista de los nietos encontrados por las Abuelas de Plaza de Mayo. La segunda historia del ciclo muestra un joven de 25 años que sospecha de su origen y se presenta en Abuelas. Es la historia de Juan Cabandié, nacido en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Juan fue apropiado por un sargento de la policía que guardó el secreto sobre su verdadera

¹²³ (Nicolosi, Alejandra Pía *et.al.* 2014: 183)

¹²⁴ *Televisión por la Identidad*, Canal 11 (Telefé), dirección: Miguel Colom, 2007.

¹²⁵ Sobre cerca de 500 niños secuestrados o nacidos en cautiverio, la organización Abuelas de Plaza de Mayo había logrado a fines de 2014 la restitución de la identidad de unos 116 jóvenes.

identidad durante 25 años. El último capítulo, a diferencia de los dos primeros, no está basado en un caso real de un nieto restituido. Es una ficción construida en base a decenas de testimonios reales, relatos de abuelas, restituciones y búsquedas, sintetizadas en personajes creados que permitieron abordar distintas temáticas y relatar diferentes historias de vida.

En 1986 *La historia oficial*, el film de Luis Puenzo que hizo foco en la represión de la dictadura y la lucha de madres y abuelas por la restitución, había ganado el Oscar, abriendo el camino para que numerosos films y documentales pudieran dar vida a quienes el terrorismo de Estado había despojado de humanidad y de existencia. Ahora las historias que restituían la cadena política y humana de la lucha –de y por los desaparecidos– coincidía también con un tiempo de verdad y justicia en que los represores eran juzgados y –cerca de 500 hacia fines de 2014– condenados.

La impronta de vincular una matriz productiva con el escenario de nuevas voces en la normalización y desarrollo del sector audiovisual está en línea directa con las exigencias de producción propia, local e independiente fijadas por la ley 26.522, que impulsaron a productoras locales con mayor o menor vinculación con el mercado. También alentaron la formación de nuevos conglomerados productivos buscando el potencial de nuevas pantallas privadas, públicas y comunitarias.

El Ministerio de Planificación creó en 2011 el Banco Audiovisual de Contenidos Universales Argentino (BACUA), orientado al estímulo de la producción nacional y la provisión de series, documentales y horas de ficción para nuevos operadores. Productores independientes, organismos gubernamentales y no gubernamentales, universidades, agrupaciones sociales y señales con producciones propias, fueron convocados a ceder sus contenidos de manera gratuita al banco con el fin de ser distribuidos del mismo modo a los canales de televisión de todo el país.

Sus fundamentos apuntaron a generar contenidos en formato estándar y en HD que “faciliten el acceso de los prestadores de servicios de comunicación audiovisual, existentes o potenciales, públicos y privados, a la disponibilidad de los contenidos audiovisuales digitales”. Una serie de convocatorias impulsadas mediante convenios con universidades (CIN) o el INCAA apuntaron a complementar la demanda potencial de nuevos canales de televisión digital, llamados a concurso por la AFSCA en 2011, posteriormente complementada con la opción de operadores de televisión digital de baja potencia con infraestructura propia.

El Plan Operativo de Fomento y Promoción de Contenidos Audiovisuales Digitales (CDA) logró producir en su primer llamado más de 500 horas de contenidos, con una respuesta que incluyó a varios centenares de productoras audiovisuales de todas las regiones del país incluyendo a conocidos directores, más de 25 televisoras públicas, provinciales y comunitarias, universidades nacionales y sindicatos.

BACUA catalogó más de 700 horas de contenidos originales obtenidas a partir de diversos planes de fomento, mediante concursos abiertos para productoras independientes o vinculadas y con inversiones en equipamiento tecnológico y capacitación profesional. Unos 15 canales regionales integrantes del Consejo Federal de Televisión Pública (2007) y la red de más de 150 operadores de servicios múltiples asociados a COLSECOR han comenzado a intercambiar los resultados de estas políticas de fomento. Hacia fines de 2014, la CDA había alcanzado los seis millones de reproducciones de sus contenidos.

Por su parte, el Plan Nacional Igualdad Cultural (2012) planteó la integración de las políticas públicas en materia de comunicación llevadas adelante por el Ministerio de Planificación con las políticas culturales diseñadas y ejecutadas por la Secretaría de Cultura de la Nación.

Igualdad Cultural consideró el acceso a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y a la cultura como un derecho fundamental de todos los

habitantes de la Argentina. Sus ejes incluyen la Red Federal de Cultura Digital; Infraestructura Cultural; Promoción y Estímulo a la Innovación en las Artes y las Industrias Culturales. Como correlato de la integración regional en el plano cultural, se creó el Sistema de Información Cultural del MERCOSUR (SICSUR) que intenta configurar un catálogo digital que establezca una referencia de productos locales en la marea de la convergencia transnacional.

En tanto la nueva ley fortaleció el complemento entre la faz comercial de la televisión (abonos y publicidad) con la producción nacional audiovisual y cinematográfica, también la industria nacional del cine pudo acompañar el salto exponencial de las grandes cadenas transnacionales en su versión globalizada. Una parte sustancial de los recursos del sector están calzados –por ley– con la facturación de la industria audiovisual, en particular de la televisión paga por cable o satélite.

Según estudios del INCAA, Argentina pasó en 2003 de 35 millones de espectadores a 48 millones en 2013, casi el 40% más. En 2003, 3,5 millones vieron películas nacionales. En 2013, fueron casi ocho millones. Además cuatro de las diez películas más vistas fueron argentinas. La industria cinematográfica en la Argentina genera aproximadamente 100 mil empleos, directos e indirectos, desde los servicios vinculados a la producción, la exhibición y los puestos generados por las salas.

35 nuevas señales televisivas fueron autorizadas a transmitir durante 2014, como antesala a la convocatoria de concursos públicos para más de un centenar de canales del ámbito comercial y comunitario.

3.1.9 La gramática de la integración

La creación de un pensamiento regional sudamericano, de una perspectiva común de enunciación hacia la globalidad que interpela a nuestros países, es una tarea de la política, pero también de la previa construcción referencial que la cultura, los procesos educativos y la percepción de la realidad puedan instalar en ella como señal de identidad.

La política avanzó en el reconocimiento de su desplazamiento por la mediatización impuesta por el mercado en la escena pública. Argentina (y buena parte de Latinoamérica) pusieron en agenda la necesidad de abordar nuevas formas de producción, de organización empresarial y social, y de distribución de las palabras y los símbolos. Avanzaron en pensar la comunicación como soberanía (también política) que requiere organizar otras formas de creación y circulación de la palabra. Completar la *matriz resistente* con nuevos signos y señales que expresen una nueva subjetividad y una nueva forma de mirar el mundo. Se trata, a la vez, de impugnar o traducir la palabra hegemónica pero también de tender las nuevas redes de circulación del discurso, de cambiar sus lógicas de representación para habitarlas con una nueva pertenencia histórica y territorial.

Latinoamérica en su conjunto se debate ante estas perspectivas, que obligan a repensar la comunidad de naciones como un ámbito de pertenencia que requiere trazar una vía de encuentro entre sus metrópolis con alta presencia y hegemonía de los mercados y sus interiores enormes y plenos de un significado que reclama ser escuchado.

La Convención Americana de Derechos Humanos (Pacto de San José de Costa Rica) se ha convertido en una valiosa tribuna jurídica, de cumplimiento obligatorio para los Estados del continente, donde ha sido posible desplazar la perspectiva unilateral del mercado en la comunicación y la cultura. Esos principios han permitido extender los alcances sobre el derecho de acceso de la información y los bienes culturales.

Ya no se trata solo de la libre empresa.

La libertad de expresión es algo más que expresar ideas, opiniones y noticias a través de la prensa. Entre otros aspectos, significa poder acceder a la ciencia, la cultura y la educación. Lo expuesto se hace realidad, si es que se concreta en igualdad de condiciones, el derecho de acceso a los medios de comunicación por parte de la sociedad.¹²⁶

El tratado permite reconocer que las formas monopólicas (privadas o estatales) violan los derechos ciudadanos en el ejercicio de la libertad de pensamiento y de expresión. También es importante reconocer la relación estrecha entre los medios de comunicación (tradicionalmente sólo ligados a la idea de libertad empresarial de opinar) con los efectos de su concentración o restricción (allí donde no hay mercado) para el pensamiento y la cultura de una sociedad.

En su litigio con Clarín, el grupo corporativo principal de la Argentina, el Estado argentino obtuvo un triunfo de resonancias jurídicas estratégicas cuando la Corte Suprema de Justicia declaró la plena constitucionalidad de la norma que regulaba la cuota de mercado, la propiedad cruzada y las reglas de diversidad que requería el mapa audiovisual. Ello suponía el desmembramiento de la estructura monopólica con que la empresa había capturado los principales mercados de la comunicación.

Uruguay, Brasil, Ecuador, Bolivia son algunas de las naciones que han asumido el desafío de cambiar las reglas de juego en la producción audiovisual como aporte a la consolidación de procesos democráticos inclusivos y soberanos. Sin embargo son escasos los ejemplos en que las políticas convergen en el plano intergubernamental para adoptar como sujeto cultural y periodístico a la comunidad sudamericana, considerando a la región como un único espacio audiovisual.

El caso de TELESUR resulta un ejemplo valioso, aunque aislado y voluntarista, de poner en escena un lugar de enunciación diferente. Expresión de ese orden invertido es el lema de *Nuestro norte es el Sur*, que propone una mirada del escenario global a partir de la identificación de intereses y alianzas que sirvan a los propósitos nacionales de la región. Otros valiosos esfuerzos están expresados en los casos de Televisión América Latina (TAL), una red de comunicación cooperativa no comercial que promueve el intercambio de contenido audiovisual. Es al mismo tiempo una Web TV, un banco de contenido audiovisual y una productora de video. Su objetivo es contribuir a la integración latinoamericana a partir de la promoción de “contactos entre los pueblos de la región, promoviendo la cultura y la conservación del patrimonio artístico e histórico”. También TV Brasil Internacional (antes Canal Integración) ofrece una programación compuesta por producciones brasileñas y sudamericanas, que intenta retratar la diversidad cultural presente en las distintas ciudades y Estados brasileiros, así como también intenta mostrar su integración con el resto de América del Sur.

La creación de la Unión Latinoamericana de Agencias de Noticias (ULAN), a instancias de la Argentina, como un ámbito de generación y distribución de miradas propias sobre los temas de interés regional, también debe considerarse un aporte. El portal de noticias sobre América Latina bautizado Agencias de Noticias del Sur (ANSUR) fue presentado como parte de los acuerdos alcanzados entre las agencias públicas de noticias de la región nucleadas en la ULAN. Este sitio,¹²⁷ desarrollado por la Agencia de Noticias Télam, se nutre de las principales informaciones que diariamente producen las distintas agencias de noticias de la región (América Latina y el Caribe) en cada uno de sus países.

En el plano cinematográfico las coproducciones entre institutos nacionales, los festivales regionales e iniciativas como los Espacios INCAA en América del Sur,

¹²⁶ (Schiffer y Porto, 2010: 89).

¹²⁷ www.ansur.am

expresan políticas de articulación de producción, distribución y exhibición cinematográfica con estéticas y narrativas regionales.

El presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, defendió también la integración de América Latina más allá del comercio, al inaugurar la Universidad de la Integración Latinoamericana (UNILA), cerca de la triple frontera entre Brasil, Argentina y Paraguay, con la que espera contribuir a “auspiciar la unidad regional”.

“El mayor desafío [...] será convertirse en el alma gemela de la integración regional, una caja de resonancia, oída y respetada, con un centro avanzado de referencia y movilización de la inteligencia latinoamericana”, dijo Lula en la clase inaugural en octubre de 2010. Antes, el brasilero había puesto en marcha otra geopolítica desde el sur, el diálogo en portugués de África con Sudamérica. En julio de 2010 había lanzado otra universidad para alumnos extranjeros, la Universidad Federal de la Integración Luso-Afro-Brasileña, orientada a las naciones lusófonas de África.

La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que agrupa a 33 países, quedó formalmente constituida con la firma de la Declaración de Caracas, que destaca el camino trazado por los Libertadores de América Latina y el Caribe hace más de doscientos años:

[...] un camino iniciado de manera efectiva con la independencia de Haití en 1804, dirigida por Toussaint Louverture, constituyéndose de esta manera en la primera república independiente de la región. De la misma manera recordamos que la República de Haití liderada por su presidente Alexandre Pétion, con la ayuda prestada a Simón Bolívar para la independencia de los territorios que en el presente conocemos como América Latina y el Caribe, inició las bases para la solidaridad e integración entre los pueblos de la región.

Los mandatarios latinoamericanos reivindicaron el Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826,

[...] acto fundamental de la doctrina de la unidad latinoamericana y caribeña, en el que nuestras jóvenes naciones soberanas plantearon la discusión de los destinos de la paz, el desarrollo y la transformación social del continente.

Asimismo retomaron discursivamente la alianza con los pueblos originarios y los afrodescendientes de las luchas independentistas reconociendo sus aportes morales, políticos, económicos, espirituales y culturales en la conformación de nuestras identidades y en la construcción de nuestras naciones y procesos democráticos.

La proclama asumió también la bandera de la diversidad promoviendo la identidad latinoamericana y caribeña y convocando a la CELAC a que

[...] se convierta en un espacio que reivindique el derecho a la existencia, preservación y convivencia de todas las culturas, razas y etnias que habitan en los países de la región, así como el carácter multicultural de nuestros pueblos, y plurinacional de algunos de nuestros países en especial de las comunidades originarias que promueven y recrean la memoria histórica, los saberes y los conocimientos ancestrales.

En esa línea de protagonismo del sector público se inscribe la decisión de la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) en cuanto a la interconexión digital de Sudamérica, hasta entonces tres veces más costosa que en Estados Unidos o Europa. El tendido de una red sudamericana de fibra óptica de alta velocidad es uno de los proyectos más ambiciosos de la región para su perspectiva de crecimiento sostenible y autónomo.

A esa idea responden el plan de construcción de un anillo submarino regional conjuntamente con la creación de la Organización Internacional de Telecomunicaciones

de las Américas, que reúne a los operadores estatales ARSAT (Argentina), Telebrás (Brasil), CANTV (Venezuela), CNT (Ecuador), COPACO (Paraguay), ENTEL (Bolivia), ETECSA (Cuba) y ANTEL (Uruguay).

La emergencia de una *gramática común* en las políticas sudamericanas fue destacada por Juan Ramón Quintana Taborga, ministro de la presidencia de Evo Morales en Bolivia durante una visita en Argentina.

Estamos asistiendo a la emergencia de movimientos populares que han decidido dejar de ser movimientos de resistencia para convertirse en fuentes de poder político. Entonces, esos movimientos de resistencia están depositando toda su potencia social en aras de un proyecto, primero, nacional, que pasa por el desmantelamiento del Estado neoliberal, y consecuentemente están apostando por un proyecto mayor que es la unidad, la integración regional. En ese escenario estamos apostando por economías complementarias, por economías solidarias, por políticas más inclusivas. En Sudamérica hay una gramática común en materia de políticas sociales y políticas económicas. Por supuesto que requieren maduración y perfeccionamiento, pero estamos en la primera década de la transformación de sociedades neoliberales a sociedades progresistas.¹²⁸

Dejar la retórica integracionista y dar pasos consecuentes en esa dirección es la demanda del momento: “necesitamos acelerar los procesos de integración y dejar de lado un exceso de retórica para pasar a un campo mucho más fecundo de la integración”, reclamó el funcionario.

Una nueva gramática, que conjugue los verbos, las lenguas y los problemas de los ciudadanos sudamericanos; sus dilemas, conflictos y expectativas deben atravesar el espacio simbólico de los medios de la región mediante políticas públicas que asuman la vocación integracionista como estrategia y reconociendo que la mano invisible del mercado –con su gramática propia de rentabilidad y articulación transnacional– tenderá a recorrer un camino divergente, a menos que nuevas regulaciones y estatutos focalicen las audiencias propias.

La trama que se requiere es más densa y más compleja que las declaraciones. Debe ser expresión de una política y ella el resultado de un debate que desnude los límites de un dispositivo comunicacional confinado territorialmente y gobernado por las lógicas del comercio. Una nueva articulación política y jurídica debe cobijar el intento de descolonización de nuestros lenguajes y representaciones y permitir la aventura de descubrir –o gestar– una identidad de voces múltiples e incluso disonantes.

Esa necesidad también tiene que ver con el vértigo de un tiempo donde las respuestas llegan, muchas veces, en el momento en que cambian las preguntas.

¹²⁸ *Página/12*, 14/12/2014.

4 Capítulo 4

4.1 Autómatas o autónomos

4.1.1 Sociedad de la Información o del Conocimiento

Los cambios en el sistema productivo mundial, caracterizados por la aplicación de las tecnologías de la información a todas las ramas de la actividad humana, desde la economía hasta la cultura, pusieron en crisis los saberes y convenciones del mundo moderno. Se desplegaron de la mano de un nuevo paradigma que supuso, en la práctica, una re-regulación de las asimetrías y desigualdades creadas por el mundo industrial. La utopía posmoderna, en un planeta regido por versiones diversas del capitalismo transnacional, se presentó como la Sociedad de la Información y el Conocimiento (SIC). El organismo mundial que regula la administración global de los recursos de las tecnologías de telecomunicaciones, la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), describió el escenario a partir de una mirada ecuménica y pretendidamente neutral sobre las oportunidades que crea esta *revolución*:

La revolución digital en las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC) ha creado una plataforma para el libre flujo de información, ideas y conocimientos en todo el planeta. Ha causado una impresión profunda en la forma en que funciona el mundo. La internet se ha convertido en un recurso mundial importante, que resulta vital tanto para el mundo desarrollado por su función de herramienta social y comercial, como para el mundo en desarrollo por su función de pasaporte para la participación equitativa y para el desarrollo económico, social y educativo.¹²⁹

La noción de Sociedad de la Información se basa en los progresos tecnológicos. Pero el concepto de *sociedades del conocimiento* (UNESCO) comprende dimensiones sociales, éticas y políticas mucho más vastas. La referencia a sociedades, en plural, no se debe al azar, sino a la intención de rechazar la unicidad de un modelo *listo para su uso* que no tenga suficientemente en cuenta la diversidad cultural y lingüística, único elemento que nos permite a todos reconocernos en los cambios que se están produciendo actualmente. Hay siempre diferentes formas de conocimiento y cultura que intervienen en la edificación de las sociedades, comprendidas aquellas muy influidas por el progreso científico y técnico moderno, dice la UNESCO: “No se puede admitir que la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación nos conduzca –en virtud de un determinismo tecnológico estrecho y fatalista– a prever una forma única de sociedad posible.”¹³⁰

El riesgo de no medir sus alcances es reemplazar la telepolítica por la tecnopolítica; a unas prácticas de mediación en red donde se juegan dimensiones diferentes de los mismos problemas epistemológicos respecto del lugar y de la identidad. La amenaza – como advierte Armand Mattelart – consiste en reemplazar la democracia política por el mercado, una operación que anula toda diversidad y propone un mundo unipolar. El paradigma tecnoinformacional, dice el investigador, se ha convertido en

[...] el pivote de un proyecto geopolítico cuya función es la de garantizar la reordenación geoeconómica del planeta en torno a los valores de la democracia de mercado y en un mundo unipolar. El horizonte planetario condiciona las formas y manifestaciones de protesta contra el orden mundial en gestación.¹³¹

Diferentes perspectivas coinciden en que la posesión y gestión de esos recursos de administración de datos, la posesión y gestión de información, definen la economía

¹²⁹ Unión Internacional para las Telecomunicaciones (UIT), Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, Ginebra 2003 - Túnez 2005, página oficial UIT.

¹³⁰ (UNESCO, 2005. sitio web).

¹³¹ (Mattelart, 2010: 135).

global y trazan el perfil de las sociedades actuales. De tal manera que su disposición y distribución *modelan* las relaciones de poder global. El poder se juega, en buena parte, en las estrategias de control, almacenamiento, producción, circulación, uso y aplicación de diversos saberes e informaciones. Es la economía del saber y la información la que, de manera tendencial, está orientando la dinámica económica de la sociedad actual, apunta Carlos Valderrama. También el sistema educativo está en jaque.

Dado que la información y la comunicación forman parte importante del conjunto de factores constitutivos y constituyentes de la sociedad actual, en tanto que estamos inmersos en un medio con una alta densidad comunicativa, que los procesos de comunicación y las prácticas comunicativas son cada vez más complejos gracias a la mediación de las tecnologías y las técnicas, y que la semiotización de la vida cotidiana es cada vez más creciente –estamos rodeados cada vez más no sólo de cosas que poseen significado sino de cosas que poseen más de un sentido–, el reto que se le presenta al sistema educativo y a los distintos agentes escolares es cómo superar la formación instrumental y eficientista de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), [...]¹³²

en suma, como trascender los artefactos y mirar a las personas.

El problema es que los excluidos del mundo digital siguen siendo mayoría. Según la UIT en 2013 la brecha digital afectaba a 4.500 millones de personas, lo que significa que dos tercios de la población mundial no tenían todavía acceso a la mayor fuente de información y de datos del mundo.

Persiste una gran diferencia entre los abonos de acceso fijo a internet por banda ancha en el mundo en desarrollo en comparación con los países más industrializados, donde la penetración de banda ancha fija es del 77%, frente al 31% de la población del primer grupo [...]

explicó el organismo.

Estos son los dilemas que deben estar presentes en el despliegue social y territorial de los recursos tecnológicos. Como medio de producción de otro proceso productivo –el lenguaje– la gestión de conectividad y ductos debe inscribirse en la dialéctica de la producción cultural y simbólica atada a los espacios geográficos y a sus habitantes.

La existencia de esa brecha es funcional a un modelo de sociedad global (*de la Información y el Conocimiento*) que profundiza las distancias entre el centro y la periferia mediante el agravamiento del intercambio desigual. La construcción de la SIC desde los poderes hegemónicos (G-8 y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE]),

[...] tiene como telón de fondo la sociedad de mercado, el neoliberalismo y la desregulación del sector de las telecomunicaciones como una de las acciones estratégicas, la educación instrumental, el consumo masivo de las TIC, la eficiencia y eficacia en el ejercicio político, etcétera [...]

apunta Valderrama.

Cada día, las 2.700 millones de personas que tienen acceso a internet *suben* 300 millones de fotos a Facebook, ven 130 millones de horas de YouTube, envían 500 millones de mensajes de 140 caracteres a través de Twitter y *pinchan* miles de millones de *Me gusta* en las actualizaciones de las redes sociales. Esta actividad frenética en el mundo virtual parece no tener fin, y la UIT estima que en el año 2016 habrá 81 *exabytes* de tráfico de contenidos en internet cada mes, que corresponden a toda la información

¹³² (Valderrama, 2000: 166-168).

que podría almacenarse en unos 20.000 millones de DVD y suponen un volumen de datos 54 veces superior al año 2005.

Justamente, la gran locomotora que impulsa la expansión acelerada de la telaraña digital con su variedad de soportes y formatos, en modo fijo o móvil, asociada con todas las formas de la comunicación ha sido y sigue siendo la industria audiovisual. La circulación de contenidos audiovisuales explica hoy más del 80% del tráfico de datos que circula por las redes. Y esa mirada del mundo que pugna por imponerse en cada byte es la misma que heredamos de la civilización analógica, pero producida en una escala nunca vista.

Por caso, Walt Disney, la legendaria firma norteamericana, factura 90 años después de su creación unos US\$ 45.000 millones anuales (2014), cifra que supera el PBI de países como Armenia, Nicaragua, Namibia y más de 60 naciones en el mundo. El Ratón Mickey puede ser así la puerta de entrada a un mundo menos lúdico gobernado por la economía de las cadenas televisivas de noticias y deportivas, estudios cinematográficos o parques temáticos (ABC, ESPN, Disney-ABC Televisión Group, Disney Channel, ABC Televisión Network, ABC Family, ABC Studios, Disney ABC Domestic Television, Radio Disney, Marvel, Miramax, Pixar) con sus terminales interactivas y presencia cotidiana en hogares y pantallas mundiales. Le sigue de cerca la corporación fusionada de Ted Turner con America On Line (AOL) con su imperio de Time Warner. Pero ambos están ahora amenazados por una gigantesca tienda virtual de contenidos audiovisuales: Netflix que en breve llegará a 50 millones de usuarios, amenazando el trono de HBO (Time) que se distribuye en 130 millones de hogares en el mundo.

La polémica que surge aquí es la de la pretendida neutralidad y universalidad de la red en su arquitectura y en su capacidad de articulación horizontal –como postulan muchos de sus auspiciantes– o de las políticas que –vía regulaciones– logren ese cometido. Lo que sucede es que la batalla simbólica tradicional de la industria audiovisual viaja ahora a velocidades insólitas por las autopistas de fibra de cristal de silicio impulsadas por láser mientras gran parte de la humanidad pugna por el acceso al agua y la electricidad. Esta trama global debe ser permanentemente revisada desde la política. Porque la existencia de herramientas disponibles no supone su articulación virtuosa. Se requiere una mirada integral, social, jurídica y técnica. El despliegue del mercado hace posible saltar hoy regulaciones y dispositivos. Las posibilidades de acceso pueden ser múltiples, aunque las rutas y los navegadores pueden llevarnos con facilidad a destinos no buscados o impuestos.

La industria de la cultura convergente se nutre tanto de la circulación de sus productos como de la administración de la gigantesca base de datos que supone su empleo y la posesión de derechos respecto de los contenidos y aplicaciones que allí circulan. De allí que un abordaje integral resulte indispensable. Si alguna de estas partes es pasada por alto, o se percibe de manera aislada, es posible que finalmente los resultados no sean los imaginados. La disponibilidad simultánea de todas las formas posibles de la comunicación humana (imagen fija y en movimiento, texto, audio, datos) sobre una plataforma común transnacional de acceso en tiempo real, requiere de políticas integrales que definan un estatuto de principios económicos, culturales, sociales y educativos a ser respetados por la suma de actores que intervienen en su despliegue.

El mundo digital ha disparado las asimetrías en forma exponencial. No es cierto que haya igualado las posibilidades de poner a circular ideas por el sólo acceso a la red y el entrenamiento básico en la manipulación de un software. La infinitud de los alcances de la red crea la ilusión de conexión global, cuya visibilidad equivale a la suerte de una botella arrojada por un naufrago, en un mar surcado por gigantescos buques de carga y grandes transatlánticos.

El último cuarto de siglo ha sido testigo del aumento de la concentración de la riqueza en manos de un menor número de personas. Este fenómeno mundial es la causa de la

situación actual, en la que el 1% de las familias del mundo posee casi la mitad (el 46%) de la riqueza mundial. Por su parte, la riqueza de la mitad más pobre de la población es menor que la de las 85 personas más ricas del mundo. La concentración y la exclusión son las dos palabras claves que conducen este tiempo de la globalización. El 10% de la población mundial posee el 86% de los recursos del planeta, mientras que el 70% más pobre (más de 3 mil millones de adultos) sólo cuenta con el 3%.

Se trata de los flujos y de las direcciones de su circulación. En esto las cosas no han cambiado demasiado desde que el informe Mc Bride denunció las asimetrías que separaban a ricos y a pobres a comienzos de la década de los 80. Por lo tanto, y retomando a Eco, el tema no es cómo volver atrás (algo imposible) sino cómo construir seres que primero tengan acceso y luego puedan ser libres ante la máquina.

La actitud del hombre de cultura, ante esta situación, –dice Eco– debe ser la misma de quien ante el sistema de condicionamientos en la “era del maquinismo industrial” no se ha planteado el problema de cómo volver a la naturaleza, es decir, a antes de la industria, sino que se ha preguntado en qué circunstancias la relación del hombre con el ciclo productivo reduce el hombre al sistema, y hasta qué punto es preciso elaborar una nueva imagen del hombre en relación al sistema de condicionamientos, un hombre no liberado de la máquina pero “libre en relación a la máquina”.

La noción de conocimiento corresponde entonces a una dimensión que no se agota en el acceso a la fuente, sino que debe incluir necesariamente su apropiación social en tanto herramienta de producción que requiere –en el mismo acto– un dominio sobre la sintáctica, la gramática y la lógica de los signos que intervienen en el proceso de la comunicación. Sólo así existirá autonomía en el conocimiento haciendo posible una dimensión ética y política de la ciudadanía.

La mundialización de la economía ha alterado sin duda el significado contemporáneo de la soberanía política; más aún, tal vez encarne la amenaza más seria en su contra, dice Bauman. Pero a pesar de estar inmerso en la trama transnacional de la globalización, el Estado-Nación sigue conservando una parte importante de las atribuciones. Aún seguirá siendo un actor relevante en la política internacional, y tanto más lo será en la medida en que acierte en sus bloques y alianzas de intereses. La coyuntura requiere de un adecuado equilibrio entre las redes, la economía y la democracia hacia las relaciones interiores y exteriores de los Estados.

La perspectiva de la autonomía está ligada en forma directa con la persistencia de construir soberanía en la identidad y en las producciones que de allí surgen. No están de manera espontánea en el mercado, hay que crear los productos y trazar una carta de navegación. El seguimiento de este objetivo debe llevar también a la convergencia de políticas y regulaciones enfocadas tanto en el dispositivo como en la producción. De otro modo, podríamos construir una fantástica autopista propia –como hecho tecnológico– para que signos y símbolos de industrias remotas sigan colonizando el espacio que debe albergar el trabajo y la creatividad local.

El proceso interpela al individuo consumidor, (pensemos en el usuario ordenando el mismo film o la misma serie estándar en simultáneo desde cualquier lugar del planeta al mismo costo) y forma parte del despliegue tecnológico que acompaña y produce la globalización. Las sociedades tienen allí el desafío de abordar esas lógicas desde las prácticas culturales nacionales y desde las políticas de comunicación que ya no pueden estar solas, sino que deben atender en forma simultánea la producción simbólica y la educación locales.

La cultura digital expresa, así, un conflicto antropológico en las formas de *estar* en el mundo. Así lo examina Roberto Igarza:

En una sociedad que aprende a pasos agigantados a no temer a la quiebra de paradigmas, la cultura digital representa un cortocircuito antropológico que supone una revisión de los fundamentos del concepto cultura en todas sus dimensiones, tanto

simbólica, como ciudadana y económica. Lo que está en disputa es el sentido de ese cambio que, si bien no comenzó ayer, se acelera como se acelera la globalización, y tiende a copiar la intensidad y dirección de internet.¹³³

Nuestra reflexión es que pese a transitar, en Argentina y la región, una década de cambios importantes en la estructura social, con grandes transformaciones en materia de derechos y la emergencia de nuevos sujetos políticos, estas conquistas aún no logran una representación acorde con su nueva significancia en las narrativas tradicionales.

La desagregación de logros históricos en materia de regulación audiovisual, despliegue de nuevas tecnologías, políticas inclusivas y convergencia de soportes de intercambio ha mostrado un camino en la dirección correcta pero demandante a la vez de una estrategia y de una mirada integradora que permitan un vínculo menos subordinado a la trama corporativa del mercado.

4.1.2 El signo como campo de batalla

La industrialización de la producción cultural y la globalización de sus circuitos es el dato central de las relaciones sociales actuales. Es relevante en la producción de una nueva subjetividad; un público global que se vincula con representaciones planetarias, con campos simbólicos presuntamente universales, cuya lectura interviene en la percepción inmediata de la realidad.

Suele afirmarse que la industrialización de la cultura es lo que más está contribuyendo a homogeneizarla. Sin duda, la creación de formatos industriales aun para algunas artes tradicionales y la literatura, la difusión masiva gracias a las tecnologías de reproducción y comunicación, el reordenamiento de los campos simbólicos bajo un mercado que controla unas pocas redes de gestión, casi todas transnacionales, tiende a la formación de públicos-mundo con gustos semejantes.¹³⁴

La existencia de ese campo de batalla, donde la geopolítica de las representaciones produce combates significativos a diario, registra numerosos episodios en la historia. Desde las adoraciones religiosas y las imágenes a ser veneradas según creencias e intereses, hasta las modernas instalaciones audiovisuales o la travesía de signos en las redes de la posmodernidad.

Trasciende la mera beligerancia por la captura de mercados y modos de consumo para convertirse en una forma de la guerra tradicional por otros medios. Las filtraciones en masa de información reservada de las agencias norteamericanas de espionaje y diplomacia, con los casos Wikileaks y el de Edward Snowden, pusieron al desnudo las enormes distancias entre el relato *civilizatorio* de las potencias y la trama de espionaje y tráfico de información que –internet mediante– reedita las viejas prácticas del imperio. Es ingenuo pretender que detrás de la promoción de nuevas prácticas de acceso y consumo de cultura e información no están presentes lógicas geopolíticas o bloques económicos en pugna.

En la posmodernidad, la industria del sentido fue capaz de reemplazar progresivamente la ocupación territorial de los ejércitos por la ocupación simbólica de las pautas culturales y de consumo con la capacidad de instalar los sofismas de Bentham en las principales decisiones políticas cuando no de utilizar a los socios locales como ejecutores de diseños ajenos.

El mundo de internet ha sido impulsado por el mundo audiovisual, que desembarcó en los mercados globales de la mano de grandes estudios cinematográficos, pero también

¹³³ (Igarza, 2011: 152).

¹³⁴ (García Canclini, 1999: 143).

de las oficinas del complejo militar. El Departamento de Defensa norteamericano supervisó y participó durante décadas de la creación de tanques audiovisuales, destinados a librar su batalla en las mentes de la platea mundial. El periodista David L. Robb describe en su libro *Operación Hollywood* (Robb, 2004), la relación entre el Pentágono y la industria del cine, señalando su nacimiento formal en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. La intervención de la jefatura del mayor dispositivo militar del planeta en la batalla de la opinión pública ha sido incesante.

No fueron necesarias lecturas intertextuales para enterarse de que Hollywood y Washington se habían vuelto aliados:

[...] el mensaje, a menudo brutal, estaba impreso en cada fotograma. Lo que el libro *Operación Hollywood*, de David L. Robb, viene a desnudar es la enrevesada interna del vínculo entre la industria del entretenimiento y los organismos gubernamentales, en particular los vinculados a las fuerzas armadas y a la inteligencia [...]

comentó el diario español *El País*.¹³⁵

Logística bélica, discurso audiovisual y gendarmería ideológica se integran así en una misma cadena de producción. Sin el visto bueno de la Oficina Audiovisual del Pentágono, probablemente películas como *Armageddon* o *Transformers* –por citar ejemplos de grandes montajes de tecnología militar– tendrían guiones diferentes, o no hubieran llegado a las salas de exhibición. Son apenas algunos de los centenares de ejemplos recopilados por Robb en *La censura del Pentágono*.¹³⁶

La plataforma audiovisual como *puño invisible* del mercado acompañó la reestructuración de los espacios geopolíticos bajo el neoliberalismo durante la influencia del Consenso de Washington. Industria militar, tecnología y semiótica corporativa forman una tríada presente en las exportaciones básicas de los Estados Unidos.

Thomas Friedman escribía en el *New York Times* en 1999 que “la mano invisible del mercado no funcionará nunca sin la existencia de un puño invisible”, y completaba

McDonald’s no puede florecer sin Mc Donnell Douglas, diseñador de los cazas F-15; y el puño invisible que mantiene una seguridad global para que florezcan las tecnologías de Silicon Valley está formado por el ejército, la fuerza aérea, la armada y el cuerpo de marines de Estados Unidos.

La nota fue citada por Julian Assange en su libro *Cuando Google encontró a Wikileaks*. El hacker y pirata cibernético australiano completó el sentido de estas reflexiones que confirman la permanente simbiosis entre la tecnología bélica norteamericana y la captura de mercados y materias primas por parte de Estados Unidos, ahora con nuevas versiones en la tecnología de la información.

Si el futuro de internet es realmente Google –escribió Assange–, mucha gente de todo el mundo –América Latina, Asia oriental y suroriental, el subcontinente indio, Oriente Medio, el África subsahariana, la antigua Unión Soviética e incluso Europa– debería

¹³⁵ Robb, David, en *El País*, Cultura.

¹³⁶ Robb (2006) *Operación Hollywood, La censura del Pentágono*. La lista oficial es abrumadora sobre la subordinación de los scripts cinematográficos a las necesidades políticas y estratégicas de la mayor potencia mundial. Desde sutiles cambios a la saga de 007 hasta la interminable secuencia de aventuras protagonizadas por la CIA, hasta los cambios de los estudios Disney o Warner sobre guiones que desnudaban complicidades con Irán o la contra nicaragüense, sin omitir alegorías chauvinistas como *Día de la Independencia* o promociones encubiertas de reclutamiento militar (*Aeropuerto 77, Air Force One, Deep Impact, El vuelo del Intruder, Regreso del Infierno, Tras la línea enemiga*, etc.) o las sagas espaciales o las metáforas sobre el fin del mundo (*Armageddon*, etcétera).

empezar a preocuparse seriamente por buscar una alternativa a la hegemonía cultural, económica y estratégica de Estados Unidos.¹³⁷

La norteamericana es un tipo de democracia sostenida en los sets de filmación de sus grandes corporaciones audiovisuales. Ocasionalmente, alguna de sus figuras admite los dilemas éticos entre los monopolios comunicacionales y las figuras justicieras con que éstos tratan de captar la platea mundial. Uno de los miembros del *star system* de Hollywood, el actor australiano Russel Crowe, logró expresar la incorrección política de estas circunstancias. Casualmente, Crowe interpretaba la más reciente versión de *Robin Hood*, el legendario forajido inglés que despojaba ricos para socorrer a los pobres, una metáfora siempre eficaz en este mundo de desigualdades crecientes. Según el actor, el personaje medieval podría ver las cosas de una manera muy distinta de estar vivo hoy. En la conferencia de presentación del film en Cannes reflexionó:

¿Sería él político? ¿Se enfocaría en ciertas figuras y trataría de derribarlas? ¿Sería su objetivo económico? ¿Miraría a Wall Street y las enormes sumas de dinero con las que la gente se ha estado dando palmadas en el hombro, y el colapso de las hipotecas de alto riesgo?

¿O miraría lo que ustedes hacen para ganarse la vida y se daría cuenta que la verdadera riqueza yace en la diseminación de la información? Y mi teoría sería, si *Robin Hood* estuviera vivo hoy, que vería la monopolización de los medios como el mayor enemigo.

El tráfico de vinculaciones entre Hollywood y el Pentágono se desplazó del celuloide a las redes, siempre bajo la consigna de establecer una gramática común entre discurso audiovisual y posicionamiento estratégico de la red de intereses transnacionales de Estados Unidos. Wikileaks también encontró evidencias sobre la red de consultas entre la meca del cine mundial y el poder político de la potencia mundial más relevante, mediante un activo intercambio de documentos entre Hollywood Sony Pictures y la Casa Blanca en 2014. Según Assange, unos 170 mil correos electrónicos y más de 30 mil documentos internos revelan la importancia que atribuye la clase política norteamericana a su complejo industrial audiovisual en el curso de la “guerra mediática”, que comenzó al cabo del fin de la Guerra Fría y que se libra ahora en las pantallas globales.

La situación actual de la industria de medios en Estados Unidos demuestra inequidad debajo de la ilusión de la diversidad mediática. Esta situación afecta negativamente expresiones y contenidos que, necesarios para el pluralismo democrático, están desligados de la lógica comercial que espera réditos masivos, opina el argentino Silvio Waisbord, editor del *Journal of Communication* de la Universidad de George Washington.

Hoy en día, la industria de medios norteamericana es más concentrada que en el pasado. Mientras que a principios de la década del 80, 50 compañías controlaban el 90% de la oferta mediática, este porcentaje es dominado por seis mega-corporaciones: CBS, Comcast, Disney, General Electric, News Corporation y Viacom. La televisión de paga exhibe alta concentración. Cuatro compañías –Comcast, Time Warner, Cox, and Charter– dominan el mercado nacional de cable. Dos compañías – DirectTV y DISH Network – controlan la mayoría del servicio de televisión satelital. De ser aprobada, la propuesta de AT&T, de adquirir DirectTV llevaría a una mayor concentración, ya que reduciría la competencia a tres compañías que controlan un cuarto del mercado.¹³⁸

¹³⁷ (Assange, 2014: 56).

¹³⁸ (Waisbord, 2014 en sitio web).

Los modernos piratas cibernéticos –que roban información a los ricos y la reparten– no siempre son el mejor ejemplo de una versión moderna del héroe de Sherwood, pero permitieron al menos desnudar el cinismo de las metrópolis y sus corporaciones informáticas.

No se trata solo del metamensaje sobre la supremacía bélica de los Estados Unidos, también de proteger la integridad cultural o las fronteras lingüísticas de los diversos territorios. Esa tensión atraviesa también otros continentes y regiones geopolíticas del planeta. La Directiva Europea de Televisión sin Fronteras procuró levantar un muro de protección respecto de su industria audiovisual en los años 80. Esa tensión por los impactos del mensaje recorre las cancillerías y dependencias audiovisuales en todo el mundo.

La continuidad de aquellas estrategias que fijaron un piso de producción europea obligatoria en las pantallas del viejo continente se replica ahora en salvaguardas sobre el mundo digital para reducir el impacto de las nuevas versiones del *imperialismo* tecnológico. La Comisión Europea, brazo ejecutivo de la UE, anunció medidas para impulsar la inversión en nuevas empresas tecnológicas europeas, así como la armonización de las normas sobre derecho de autor y la simplificación de las regulaciones para las firmas que venden mercancías o envían datos a través de las fronteras europeas.

La estrategia digital propuesta también resalta un punto de presión para las tecnológicas de EE.UU. que operan en Europa, ya que propone que la UE estudie un marco regulatorio para las grandes firmas de Internet como Google Inc. y Facebook Inc. También contempla la apertura de una investigación para determinar si empresas de comercio en línea como Amazon.com restringen el intercambio transfronterizo.

Las nuevas propuestas muestran cómo el panorama legal está cambiando en Europa en respuesta a los temores de que las firmas estadounidenses se hayan vuelto demasiado dominantes. Ese mismo motivo está impulsando a las tecnológicas líderes de EE.UU. a responder pública y privadamente en un esfuerzo para defender uno de sus mayores mercados.

Según *The Wall Street Journal*, en un artículo que reproduce *La Nación*, las corporaciones norteamericanas levantaron sus puños para defender un modelo productivo que les permitió un impacto en el PBI del 50% a partir de internet y otras tecnologías de la información entre 2001 y 2011 contra un crecimiento de solo el 30% en la Unión Europea:

"La imposición de barreras regulatorias sería un grave error para Europa y tendría efectos nocivos sobre el comercio y la inversión transatlántica", dijo Dean Garfield, director del Consejo de la Industria de Tecnología de la Información, un grupo comercial con sede en Washington que incluye a Google, Facebook y Microsoft Corp.¹³⁹

El imperio de *No seas malo*¹⁴⁰ “sigue siendo un imperio”, examinó en un texto de refutación a Google el fundador de Wikileaks, Julian Assange, desde su forzada reclusión en la embajada ecuatoriana en Londres.

4.1.3 La Muralla China

También la milenaria cultura china ofrece ejemplos de la importancia de la vigilancia del lenguaje como forma de ejercicio de la soberanía. El gigante llamado a disputar el liderazgo geopolítico del SIGLO XXI, el país con mayor número de espectadores

¹³⁹ *La Nación*, 07/05/2015.

¹⁴⁰ *Don't Be Evil* (No Seas Malo), lema oficial de Google.

televisivos del mundo (se estima que el 95% de sus 1.300 millones de habitantes tienen acceso al medio y que hay unos 500 millones de televisores), decidió poner límites a la penetración audiovisual occidental.

China retomó, en realidad, la tradición regulatoria que Europa había adoptado mediante la protección del 50% de su espacio audiovisual a través de la directiva 89/552/CEE que se orientó a garantizar la libre circulación de los servicios de radiodifusión en el mercado interior preservando algunos objetivos importantes de interés público, como la diversidad cultural, el derecho de réplica, la protección de los consumidores y la protección de los menores: La directiva tuvo también por objeto “promover la distribución y la producción de programas audiovisuales europeos garantizándoles una presencia mayoritaria en la programación de las cadenas de televisión”¹⁴¹ frente a la avanzada desreguladora de los Estados Unidos ante la Organización Mundial de Comercio y los acuerdos arancelarios para el sector en el seno del AGCS (Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios).

Más tarde la *Línea Maginot* de protección a la producción audiovisual europea se extendería también a ciertos servicios no lineales (a la carta o por internet) que pudieran asimilarse a servicios de *broadcast*, mediante sucesivas revisiones (en 2007 y 2010) de las regulaciones comunes para la industria televisiva del Viejo Continente.

En esa línea, el presidente Hu Jintao pidió fortalecer la producción cultural, advirtiendo que “es claro que fuerzas extranjeras hostiles están intensificando su estrategia para occidentalizar y dividir a China, y los campos de la ideología y la cultura son las áreas elegidas para infiltrarse”¹⁴².

Siguiendo esos lineamientos y para “mejorar la calidad cultural”, desde el 1 de enero de 2012 dos tercios de los programas de entretenimiento de los 34 canales de televisión vía satélite de China fueron eliminados, según la Administración Estatal de Radio, Cine y Televisión de China (SARFT, por sus siglas en inglés), organismo regulador audiovisual. El riesgo de la ambigüedad lingüística condujo a la Administración Estatal de Prensa, Publicaciones, Radio, Cine y Televisión de China (AEPPRCT), a limitar la redacción de anuncios de promoción de la provincia de Shanxi –que empleó un juego de palabras con un popular refrán– y cualquier atrevimiento idiomático por el estilo.

Hay que hacer buen uso del lenguaje de manera estandarizada. No se pueden cambiar los significados de los refranes populares para fines comerciales, tampoco se pueden usar palabras que vengan de internet, que sean adoptadas de idiomas extranjeros, ni que sean juegos de palabras [...]

ordenó la agencia china.

La nueva regulación parte de que los juegos de palabras desinforman y confunden al espectador, especialmente a los más jóvenes. El comunicado, que aparece en la página Web del regulador, explica, en cuatro puntos, cómo debe utilizarse el lenguaje de *manera adecuada*: divulgar la importancia de estandarizar la lengua china, utilizar los refranes correctamente, el significado de las cosas no puede quedar abierto a interpretaciones y los medios deben fortalecer sus políticas de control.

En los tiempos de Google la guerra incluye también la navegación en las redes sociales. La potencia simbólica de la imagen de la Gran Muralla China reasume un nuevo contenido en tiempos de internet. El Gran Cortafuegos Chino (*Great Firewall*, un juego de palabras en referencia a la Gran Muralla, o *Great Wall*) fue establecido por el Ministerio de Seguridad Pública de la República Popular de China en 2003 para filtrar y vigilar el acceso a internet de sus habitantes. El nombre oficial de sistema es *Proyecto Escudo Dorado*, y su planificación dio inicio en 1998, cuando China sólo había tenido

¹⁴¹ Directiva Europea de Televisión sin Fronteras (1989) Portal UE.

¹⁴² *La Nación*, Exterior, 05/01/2012.

acceso a internet por cuatro años y apenas comenzaba a convertirse en una herramienta común para las comunicaciones.

La defensa cultural y la preservación del espacio simbólico de los casi 700 millones de cibernautas chinos (el 22% de los más de 3.000 millones en todo el mundo) es el aspecto central de Escudo Dorado, que entre muchas otras cosas, bloquea todo contenido relacionado con la pornografía, sitios religiosos, o sitios de venta de armas.

El cortafuegos interfiere contenidos mediante la remoción de sitios Web de los motores de búsqueda (tanto las versiones locales de motores internacionales, como Google.cn, como Weibo, uno de los motores locales). Opera mediante una lista de palabras cuya búsqueda dispara el filtro, resultando en la limitación de los resultados de búsqueda, o en la denegación de conexión al servidor. Es una batalla de algoritmos donde se modifican las secuencias y cambian, por lo tanto, las respuestas disponibles.

La geopolítica global sabe que el mayor teatro de operaciones es el que las industrias de la cultura, la palabra y la representación despliegan a diario en las mentes de miles de millones de personas que todos los días encienden una pantalla.

4.1.4 La guerrilla en tiempos de internet

Una especie de guerra no convencional se libra en forma cotidiana en las redes; información, arte y cultura que navegan aguas arriba en medio de los flujos que gobiernan sus contenidos. Que intentan denunciar la suerte de *apartheid* sin domicilio fijo en que se disuelven las identidades fuera de sus ámbitos de pertenencia. La teórica disolución del espacio real en el tiempo virtual configura, finalmente, una nueva fisonomía de los territorios.

La aplicación del potencial de la mutación informacional al modelo económico de la globalización salvaje –dice Mattelart– convierte las distancias en *apartheid*. La era digital procede a un nuevo diseño de la fisonomía de los territorios [...] Un centro que no está en ningún lugar y en todas partes a la vez, al que se accede gracias a las nuevas tecnologías, y una gran periferia desconectada.¹⁴³

Pero aunque el centro –como acabamos de ver– se diluye en el no-lugar de la red, la periferia se resiste a desaparecer. El arte y la cultura usan metáforas para narrar el drama de las oleadas de inmigrantes africanos que perecen en el intento de atravesar el Mediterráneo o de espaldas mojadas latinos que se estampan como moscas en la frontera hacia La Meca occidental; Estados Unidos. El relato egocéntrico se vuelve en contra; la periferia quiere marchar hacia esas luces como mariposas en la noche. Europa y Estados Unidos no saben ahora cómo desmentir la exhibición de riquezas que atrae las mentes y los cuerpos de los pobres del sur.

¿Qué otra cosa que la subyugación cultural de un estilo de vida distante y remoto, perfeccionado por las representaciones ostentosas del norte occidentalizado lleva a millones de seres humanos a renegar del suelo, de la lengua, de los afectos?

Y allí se produce la paradoja cultural de los Estados flotantes; islas culturales que empiezan a contaminar físicamente –ya no virtualmente– el mundo *desarrollado*. Para el mexicano Guillermo Gómez-Peña, un referente cultural de la denuncia artística a las corrientes hegemónicas de la cultura en la posmodernidad, la *cultura subalterna* se disemina en archipiélagos fuera del propio territorio.

–Creo que lo que hace 10 o 15 años se denominaba *culturas subalternas* ya no lo es. Los 45 millones de mexicanos que vivimos en los Estados Unidos, ¿somos una cultura subalterna? Constituimos una Nación flotante mayor que muchos países

¹⁴³ (Mattelart, 2010: 155).

latinoamericanos en cuanto a densidad demográfica [...] el mapa de México no termina en el río Bravo. Se extiende en una suerte de archipiélago conceptual hasta los barrios chicanos de Los Ángeles, San Antonio, Chicago, Nueva York, y entonces volvemos al tema de la identidad. ¿Cómo podemos pensar en una identidad conectada al territorio y al lenguaje cuando la tercera parte de nuestra población nacional se encuentra fuera de nuestro territorio y hablando en otro idioma? Tenemos que repensar nuestros modelos de identidad y hacerlos más inclusivos, abiertos y expansivos.¹⁴⁴

El artista se siente en un callejón sin salida y propone salvar la *cultura crítica* apelando a todas las formas posibles, incluso llevando el concepto de luchas de clases al seno de internet. Pero, ¿tiene destino y sentido la guerrilla semiológica en internet? El artista mexicano la postula de esta manera:

El pensamiento utópico alrededor de internet plantea la red como un espacio sin lucha de clases, democrático, sin fronteras ni distinciones raciales o de género, cuando en realidad en el ciberespacio se reproducen las mismas contradicciones que en el mundo no virtual. Entonces me planteo como un cyber-wetback, un espaldamojada cibernético que se enfrenta a la migra, la patrulla fronteriza virtual. Internet es un espacio hegemónico, donde impera el magister dixit del inglés, la lingua franca de internet, cuando en realidad el 80% de los usuarios mundiales no son angloparlantes. Mi función es contaminar el espacio virtual con lenguas polutas, con spanglish, con franglé, con gringoñol, con robo-esperanto.

Gómez-Peña expresó estas ideas durante un taller de performance para artistas tucumanos en 2005, donde presentó su *Piedad Poscolonial*, representación en que un indígena emplumado sostiene el cuerpo de una mujer indígena desnuda, en alusión a la obra de Miguel Ángel. Esta *guerrilla* cultural se inscribe en las tradiciones contestatarias de muralistas como Diego Rivera o David Siqueiros y también del argentino León Ferrari con sus denuncias de la violencia imperial. La *globalización imaginada* de García Canclini testimonia y examina con lucidez esa contaminación.

En este punto es donde la cultura se vuelve política y reclama una reapropiación del territorio, como ámbito físico e histórico, para volver a narrarse desde su propia hechura, asumiendo el doble desafío de crear la ciudadanía en el mismo acto de gestar una identidad nacional y regional sudamericana.

Se trata, entonces, de abordar los territorios simbólicos donde se dirime el poder real con alocuciones y sistemas de signos y sentidos que nos expresen, que den cuenta de nuestra identidad y nuestros intereses. Como habitantes americanos del sur, como herederos de tradiciones y creaciones originarias e inmigrantes de Europa, de Asia y de África. Únicos en la diferencia que nos constituye.

La des-occidentalización de nuestra cultura, la (sud)americanización de nuestras representaciones, la afirmación de las diferencias que nos identifican en relación con los otros y entre nosotros son el principal desafío de la afirmación propia. Sin negar las raíces de las civilizaciones preexistentes a la conquista y la diversidad cultural que trajeron las oleadas inmigratorias posteriores. Sin desconocer que nos atraviesa esa otra etapa superior del capitalismo postimperial; la globalización.

Como trama de relaciones digitales de producción y consumo, como salto civilizatorio y productivo, como rediseño de la cartografía de relaciones de poder entre el norte y el sur, la globalización establece un tiempo virtual sin espacio y sin distancias que extrapola el punto de enunciación. El contrapunto entre lo global y lo local adquiere ahora una dimensión dramática que no resuelve el recurso gramatical que pretende suprimir el problema al hablar de lo *glocal*.

¹⁴⁴ (Ali-Brouchoud, 2005, en *Página/12*).

La existencia de una pretendida SIC, como etapa superior de la democracia en el capitalismo, es una construcción simbólica que parte de naturalizar como centro del mundo al no lugar de las corporaciones en la era postindustrial. Ese punto de enunciación desmiente la existencia de lugares o convierte en exótico lo local. Vuelve a mostrar lo propio con la mirada del *otro*.

Es allí, en estos nuevos márgenes del mundo —o la periferia— donde ahora se discute quiénes somos y de dónde venimos. Justamente, el mayor desafío de la globalización es nuestra identidad. Disponer del santo y seña que nos hará reconocibles en la congestión del tráfico digital. Y no se trata sólo de convenciones culturales o pertenencias afectivas sino de los intereses permanentes que nos constituyen como Nación.

García Canclini cree que aún la interlocución es posible; que las culturas pueden reconocerse y dialogar a pesar de las mediaciones neocoloniales.

Más allá de las narrativas fáciles de la homogeneización absoluta y la resistencia de lo local, la globalización nos confronta con la posibilidad de aprehender fragmentos, nunca la totalidad, de otras culturas, y reelaborar lo que veníamos imaginando como propio en interacciones y acuerdos con otros, nunca con todos. De este modo, la oposición ya no es entre global y local, entendiendo global como subordinación general a un estereotipo cultural, o local como simple diferencia. La diferencia no se manifiesta como compartimentación de culturas separadas, sino como interlocución con aquellos con los que estamos en conflicto o buscamos alianzas.¹⁴⁵

Arturo Escobar se interroga sobre el destino del lugar en la globalización. En su trabajo sobre el lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar afirma que el lugar ha desaparecido en “el frenesí de la globalización de los últimos años y este desdibujamiento del lugar tiene consecuencias profundas en nuestra comprensión de la cultura, el conocimiento, la naturaleza, y la economía” (Escobar, 2000).

Es verdad que el despliegue tecnológico ofrece posibilidades de acceso múltiple, pero no es cierto que la plataforma sea neutral con los contenidos ni que las técnicas de apropiación (o intervención) en el dispositivo permitan controlar su lógica. La pretendida equidistancia de la tecnología se desvanece al advertir sus recorridos y flujos de circulación: su traza y condiciones de acceso son equivalentes a la cartografía de los intereses del mercado.

También Castells reconoce el desplazamiento del lugar. Analiza que el surgimiento del nuevo paradigma tecnológico basado en la información, las tecnologías electrónicas y biológicas, está produciendo una sociedad de redes en la que “el espacio de los flujos” se impone al “espacio del lugar”, y donde “no existe lugar alguno por sí mismo, dado que las posiciones las definen los flujos [...] los lugares no desaparecen pero su lógica y significado son absorbidos por la red [...] el significado estructural desaparece, subsumido en la lógica de la metared” (Castells, M. 2009).

La cuestión entonces parece ser la necesidad de abordar los circuitos pero también, y sobre todo, los contenidos que circulan por ellos, incluyendo la gramática y el lugar de su enunciación.

4.1.5 La palabra pública en riesgo

La era digital produce esa ilusión de navegar por el mundo líquido, por una entelequia denominada red, que en realidad está formada por una multiplicidad de puertos privados, donde anclamos transitoriamente con nuestro ordenador. Lentamente, esa madeja informe y teóricamente democrática ha ido virando hacia plataformas

¹⁴⁵ (García Canclini, 1999: 123).

semicerradas que se valen de internet para el transporte, pero solo funcionan cuando se ingresa allí.

La nube que sirvió de representación simbólica del no-lugar al que todos accederíamos empezó a mostrar que sólo viajamos a transbordadores que trazan la destinación. La ilusión se asentó, además, en el supuesto de creer que se trataba de rutas de dominio público. Los crecientes intentos de control de la red, las desconexiones provocadas por motivos geopolíticos o las propuestas de constitución de una suerte de gendarmería sobre la propiedad intelectual y las marcas que transitan la red, vuelven fijar el rol predominante del mercado y las corporaciones sobre el nuevo escenario tecnológico. La memoria universal, que promete ser eterna en su versión digital está, en realidad, parcelada en almacenes virtuales de propietarios físicos y jurídicos. La quiebra de alguno de ellos podría llevarse consigo parte de ese patrimonio inmaterial.

Es posible que estemos en presencia de una reprivatización total de la palabra, si es que el dispositivo tecnomediático y sus redes de circulación y distribución de mercado se imponen sobre los avances de la democratización audiovisual y la plataforma pública. Una década atrás, el ascenso del navegador Web como centro del mundo informático parecía inevitable. Parecía sólo cuestión de tiempo hasta que la Web reemplazara al software de aplicación de la PC y redujera a los sistemas operativos a un *mal depurado conjunto de controladores de dispositivos*. Hoy, el grueso de las operaciones se realizan *off shore*, en ese territorio impalpable de la nube.

Tal y como sucedió con la ilusión de la democracia audiovisual sostenida en el paradigma del control remoto, la fantasía de libertad de los navegadores de internet se estrella contra las opciones que el mercado impone a sus sistemas de búsqueda y a la elección, como consumidor, de las opciones que las marcas hegemónicas ponen sobre la mesa.

Internet se ha vuelto el mayor repositorio de representaciones y expresiones culturales de la historia pero

[...] no por ello está garantizada la pluralidad de voces y miradas. La diversidad sólo es culturalmente eficaz si está visible. Ese es el rol que internet podrá cumplir sólo si al derecho ciudadano de acceder se adiciona una forma de hacer equipotencial todas las representaciones incluidas [...]

advierte Roberto Igarza.

Si el orden de visibilidad impuesto por intereses particulares no es compensado por la responsabilidad ciudadana y políticas públicas acordes, se corre el riesgo de que la linealidad de las respuestas que proponen los buscadores profundicen la concentración, abandonando en la invisibilidad los contenidos más significativos para el usuario. Aparecer después de la tercera página equivale a no existir. La visibilidad fue, es y será el principal factor de riesgo para la pluralidad de identidades culturales.¹⁴⁶

Si las alianzas y fusiones de fines de SIGLO XX estuvieron dominadas por los grandes jugadores del mercado audiovisual y de telecomunicaciones, las de principios del SIGLO XXI lo son con el protagonismo de motores de búsqueda, aplicaciones virtuales, hardware y sistemas de acceso y navegación en el mundo líquido de la red. Las perspectivas y el impacto de las compras, alianzas y fusiones que caracterizaron el proceso de concentración de los dispositivos de producción y distribución audiovisual del SIGLO XX se replica ahora en la fuerza centrípeta que atrae hacia un mismo vértice a las plataformas, contenidos y sistemas de secuencias matemáticas que ordenan, con lógica comercial, los flujos de la información humana.

¹⁴⁶ (Igarza, 2012: 153).

Las cuentas de Apple, a tres años de la muerte de Steve Jobs, su fundador, muestran al gigante informático como la mayor firma del globo por capitalización de mercado, con US\$ 650.000 millones de valor bursátil que relegan en el podio a gigantes como Microsoft (US\$ 390.000 millones) y la petrolera Exxon Mobil (US\$ 385.000 millones), según la lista del *Financial Times Global 500*.

Las tiendas virtuales son ahora exponentes de una nueva Babel occidental que concentra y comercializa la cultura y los contenidos a escala global. Empresas como Amazon, Netflix y Rhapsody disponen de catálogos de productos que cubren una gama extensa de gustos e intereses. Amazon tiene un catálogo de 2.300.000 libros, mientras que su competencia en el mundo físico, Barnes&Noble, dispone de 130.000. Netflix tiene 25.000 películas y su rival offline posee 3.000. Rhapsody disfruta de un catálogo de 735.000 canciones, en lugar de las 39.000 que tiene Walmart. Pero además Amazon disputa la mirada sobre la realidad cotidiana, en 2013 adquirió el diario *Washington Post* por 250 millones de dólares, con el cual busca robustecer la batalla editorial.

No podemos entonces ignorar internet pero tampoco movernos a ciegas por un laberinto que manipulan poderosos intereses económicos. Lo que sí parece necesario es asumir que los dos motores sobre los que el mundo virtual de internet se despliega en el planeta están alimentados tanto por la usina audiovisual del entretenimiento –con toda su carga simbólica y cultural– y por el despliegue de las redes sociales.

En febrero de 2014 Facebook cerró su adquisición del servicio de mensajería móvil WhatsApp, con el precio final de casi 22.000 millones. Con más de 600 millones de usuarios en todo el mundo, WhatsApp es, sin lugar a dudas, una de las aplicaciones de mensajería más populares del planeta.

Vuelven también las grandes fusiones: Comcast y Time Warner Cable acordaron unirse en un acuerdo valorado en US\$ 45.000 millones para crear un emporio de la televisión paga con millones de suscriptores en todo Estados Unidos. El operador telefónico A&T dispone también ahora de DirecTV, el mayor distribuidor de televisión satelital en todo el continente americano. Pagó para ello unos US\$ 48.500 millones. Los grupos de telecomunicaciones también se suman al club de los dueños de la voz, la imagen y las propaladoras digitales más sofisticadas del planeta.

Según CISCO –empresa norteamericana líder en redes– en 2018 el 84% del tráfico en internet serán contenidos audiovisuales, incrementando los porcentajes que ahora se ubican en casi las tres cuartas partes. Nada preanuncia que esta batalla, comercial y geopolítica, será diferente a las libradas en el mundo mecánico y analógico. Solo que ahora los recursos son más sofisticados.

Una batería de recursos está disponible para recorrer los circuitos. Las aplicaciones que hoy cuentan más en el tráfico de internet incluyen transferencias P2P, correo electrónico, redes privadas virtuales empresariales, comunicaciones de máquina a máquina, llamadas de Skype, juegos online, Xbox Live, iTunes, teléfonos de voz sobre IP, iChat y la nueva estrella de la distribución vía streaming de películas, representada por Netflix, junto a otros competidores del *delivery* digital. Muchas de las aplicaciones más nuevas de la red son redes cerradas que generalmente persiguen al consumidor hasta el living de su hogar.

En el corazón de las redes sociales está el intercambio de información personal. Es como si el individuo quisiera ser, él mismo, su propio medio de comunicación. Como si su propia persona solo pudiera trascender como mensaje en la medida en que ese discurso circule a través de una red social o de un medio electrónico. Es una nueva mediación que solo podrá ser más humana si existe previamente una apropiación social que devuelva el sentido integrante de una comunidad colectiva tributaria de un proyecto común de vida.

4.1.6 Vigilancia ortográfica y sentido predictivo

El nuevo código para traducir o reescribir la realidad material, social e histórica se encripta. El lenguaje verbal retrocede en este escenario, se repliega o se diluye en nuevas fórmulas que lo replican, como el lenguaje binario. Que emplean artefactos y técnicas capaces de vigilar su ortografía y hasta su direccionalidad de búsqueda y de sentido.

Si el lector escribe neocolonial o neoliberal en su ordenador, aparecerá una línea irregular bajo las letras, simplemente porque el corrector que vigila sus palabras le avisará que no registra ese concepto –como tantos otros– en el diccionario. La apropiación de la técnica supone también la supervisión del contenido. Más aún, las funciones de autocompletado de textos de ordenadores y celulares terminan imponiendo una semántica y una gramática que finalmente incide en los discursos, rellenando el sentido y muchas veces anulándolos. Los textos predictivos terminan por funcionar como fórmulas que anticipan, ordenan y completan el discurso.

Esta operación técnica y comercial sobre la lengua es una vuelta de tuerca más sobre el hablante, en tanto usuario-consumidor de los productos en el mercado de la producción simbólica; lo confronta con su práctica social y lingüística cotidiana en términos del repertorio que podrá enunciar para expresar su propia subjetividad.

Y este es el punto en que el *otro* –en tanto hechura material de sus discursos, textos y representaciones– se disuelve en el *uno* –el ser inmaterial encriptado en las barras de ceros y unos del lenguaje digital– que navega por ese océano sin fronteras del mundo en red. Miles de millones que son a la vez emisores y receptores desde terminales fijas y móviles que procesan flujos desiguales y asimétricos de datos en donde se diluyen las nociones de tiempo y distancia.

La incompatibilidad o dificultad de diálogo también proviene de la propia lucha por porciones de mercado. En forma deliberada, productores y fabricantes de lenguajes digitales luchan a través de sus diferentes versiones de software y hardware propietarios que, por esa vía, compiten tanto por segmentos del mercado informático como también por el dominio de las formulas alfanuméricas que permiten la comunicación y el intercambio entre los usuarios.

Siva Vaidhyathan habla de un “imperialismo de la infraestructura” para separar los contenidos de las plataformas. Si hay una forma de imperialismo cultural –dice– ésta concierne a los conductos y protocolos de la cultura, no a sus productos.

Y no es que el imperialismo sea neutral frente al contenido, aunque este es menos específico de lo que los teóricos del imperialismo cultural suponen. Los textos, signos y mensajes que fluyen por las redes globales de comunicación no implican una celebración clara e inequívoca de ideas e ideologías que podríamos catalogar laxamente como occidentales, entre ellas el consumismo, el individualismo y el secularismo [...] Lo que fluye del norte al sur no importa tanto como la manera en que fluye, cuántos ingresos generan esos flujos y quién los usa y reutiliza.¹⁴⁷

Entre la globalización y la colonización no hay mayor diferencia. Según Bauman: “La globalización no difiere mucho de la colonización. Vivimos una suerte de colonización anónima o multinacional. La globalización nos ha emparejado”, dice el lúcido investigador polaco. Esta nueva colonización, a diferencia de la tradicional, no viene en carabelas ni porta estandartes reconocibles; está en la cotidianeidad de nuestra práctica económica y social. Y cabría agregar que, en la misma medida que rellena y *empareja*, fractura y disuelve prácticas anteriores.

¹⁴⁷ (Vaidhyathan, 2012: 107).

Sin caer en una perspectiva apocalíptica, el reconocimiento de las brechas y las asimetrías no pretenden convocar a un retorno hacia lo primitivo. La cultura 2.0 y la información digitales ofrecen sin dudas oportunidades nunca vistas en la historia. “Lo que está en juego son las normas que regirán esa cohabitación”, apunta el investigador argentino Roberto Igarza, quien señala su impacto en el lenguaje y las relaciones sociales.

Las formas culturales están cambiando a partir de una pérdida de significado de los contenidos, una desaprensión respecto de la creatividad legitimada y los métodos tradicionales de producción, circulación y consumo de los bienes culturales, una desafección por ciertos lenguajes y formas expresivas a favor de hibridaciones más complejas, y una evasión lateral de las vías convencionales de acceder a esos objetos. También cambian las formas de relacionarse con otros, personas u objetos, debido a que los entornos creados por los medios digitales suponen experiencias inmersivas propias de la virtualidad, la telepresencia y la artificialidad.¹⁴⁸

Lo que para algunos es un salto radical en la forma de pensar, crear y distribuir información y conocimientos para otros supone un retroceso en las funciones del pensamiento lógico y las formas de razonamiento. El picoteo de información y los saltos en el ordenador conspiran contra un procedimiento lógico y ordenado. Son numerosas las preguntas esperando ser colocadas correctamente en una cartografía del conocimiento propio y de la identidad. Y existe un indudable impacto político causado por la nueva sociabilidad digital.

La democracia funciona en gran medida a través del consentimiento obtenido mediante la construcción de significado compartido; por ejemplo, la creencia en la democracia representativa. Pero el sistema de representación se construye en la sociedad básicamente a través del proceso de la comunicación. Los cambios en los modos y prácticas sociales del acceso a las ideas políticas, las instituciones y los candidatos impactan por supuesto en las decisiones políticas.

Desde la perspectiva de la *sociedad red* de Castells –como utopía inmediata– se deriva entonces la capacidad de la sociedad civil para proporcionar contenido a la acción estatal a través de la esfera pública

[...] “una red para comunicar información y puntos de vista” es lo que garantiza la democracia y, en última instancia, crea las condiciones para el ejercicio legítimo del poder: el poder como representación de los valores e intereses de los ciudadanos expresados mediante su debate en la esfera pública. Así pues, la estabilidad institucional se basa en la capacidad para articular diferentes intereses y valores en el proceso democrático mediante redes de comunicación [...]

explica Castells.¹⁴⁹

Esta perspectiva, sin embargo, no cumple *per se* los requisitos de una práctica democrática de la ciudadanía a menos que existan condiciones de acceso, visibilidad y manipulación igualitaria de los contenidos. Estas definiciones parecen hacer depender la calidad de la democracia de la calidad de las conexiones; algo que no puede subordinarse a la ingeniería de las comunicaciones sino a la conducción política del Estado y de las organizaciones que intervienen en el espacio público.

Entre el *sujeto ético* de Foucault –que intentará la soberanía como acto de libertad frente a los biopoderes– o el *sujeto de derecho* de Habermas y otros frente al poder de las instituciones, parece necesario indagar en un sujeto político cultural capacitado para no diluirse en la fragmentación de la globalización, para no perderse en el laberinto binario

¹⁴⁸ (Igarza, 2012: 157).

¹⁴⁹ (Castells, 2009: 36).

de los datos que hacen de las redes una prolongación de su persona física y de sus razonamientos y formas de ser en el mundo.

4.1.7 ¿El fin del lenguaje?

Uno de los riesgos que instala este salto productivo sin precedentes en la historia es el de colocar en una encrucijada terminal a todas las formas de comunicación conocidas, empezando por su formulación primaria: el lenguaje.

La palabra –escrita, verbal y gestual– como tal, parece haber iniciado su retirada y su desintegración material para convertirse en mero proceso, en simple técnica, en artefacto. En la operación que cifra y descifra el nuevo modo de producción tecnológico del sentido. El escuálido lenguaje que perdura en los usos y costumbres de los humanos de la segunda década del SIGLO XXI es apenas la mitad del que utilizaban dos siglos atrás.

El pragmatismo del tecnolenguaje reduce el mundo a consignas abreviadas, a fórmulas breves de intercambio, cuyo riesgo es el de inducir un pensamiento breve y simplista que pertenece, sin embargo, a una escala de producción y alcance jamás visto. El aprendizaje, el dominio de sus técnicas de producción (y de representación) sobrepresionan un modo de alfabetización en los usos verbales y escritos que (des)conectan intergeneracionalmente a la sociedad. La destreza de los jóvenes se confunde con vanguardismo, cuando no con el dominio del futuro como simple operación tecnológica carente de proyecto y de sustento histórico.

En cualquier caso está claro que ninguna práctica cultural o comunicacional de los jóvenes del SIGLO XXI es imaginable sin el entorno tecnológico digital. Es la apropiación –o no– del artefacto –como medio y como lenguaje– lo que está en discusión.

La Academia Argentina de Letras mostró su alarma por “la muerte de las palabras”, por el acelerado empobrecimiento del lenguaje en los tiempos del hipertexto, en una magnitud tal que “atenta contra la democracia”.¹⁵⁰ Podría decirse que nuevos modos de producción en la comunicación han comenzado a suplantar funciones del ejercicio verbal tradicional, *hablando* mediante textos electrónicos. Es evidente el impacto político y cultural de tal escenario, que se superpone a mediaciones anteriores en la percepción del sujeto. Se trata de pensar sobre quién o quiénes operan estos escenarios, incluso a la hora de imaginar cómo los *emoticones* reemplazan a los sentimientos.

Marck Zuckerberg, creador de la mayor red de vínculos sociales –en diez años reclutó a más de 1.230 millones de usuarios que comparten imágenes e informaciones personales mediante un símbolo (mano cerrada con pulgar en alto)– anunció a fines de 2014 que se propone incorporar otros botones de signo contrario al *Me gusta*. Este código de aprobación (o indiferencia) con los usuarios que expresan sus ideas e informaciones moviliza unos 6.000 millones de clicks por día. “Permitir nuevos modos de expresar más emociones sería muy poderoso” dijo el creador de una de las redes más expandidas del mundo. Sería el tiempo del signo negativo, entonces. Curioso despliegue del mundo emocional en las redes, gobernadas por sentimientos primarios y escasos.

Más allá de las limitaciones de estos reduccionismos discursivos y emocionales a la hora de imaginar nuevos tiempos en la política y la sociedad, es necesario atender al sujeto que debe manipular los nuevos artefactos y su equipaje ideológico, pues ellos mismos –los dispositivos– son productos históricos.

Las prevenciones trascienden incluso a lineamientos ideológicos que tienden tradicionalmente a dividir todo entre izquierda y derecha. Pedro Luis Barcia advierte que sin lenguaje, se achica el pensamiento:

¹⁵⁰ (Barcia, 2011: en *La Nación*).

Cuando no hay capacidad de expresión se achica el pensamiento. Lo vemos todos los días con jóvenes que no leen, que no saben escribir correctamente y terminan con un lenguaje empobrecido. Y ese empobrecimiento intelectual y verbal le hace muy mal al sistema democrático [...]

explica.¹⁵¹

También otro exponente del pensamiento liberal como Mario Vargas Llosa considera que hay pruebas concluyentes de que, cuando la memoria de una persona deja de ejercitarse porque para ello cuenta con el archivo infinito que pone a su alcance un ordenador, se entumece y debilita como los músculos que dejan de usarse. Y lo expone de esta manera:

No es verdad que internet sea sólo una herramienta. Es un utensilio que pasa a ser una prolongación de nuestro propio cuerpo, de nuestro propio cerebro, el que, también, de una manera discreta, se va adaptando poco a poco a ese nuevo sistema de informarse y de pensar, renunciando poco a poco a las funciones que este sistema hace por él y, a veces, mejor que él. No es una metáfora poética decir que la “inteligencia artificial” que está a su servicio soborna y sensualiza a nuestros órganos pensantes, los que se van volviendo, de manera paulatina, dependientes de aquellas herramientas, y, por fin, sus esclavos.¹⁵²

El problema parece ser cómo distinguir lo que sirve de lo descartable; significados que sirvan a la producción de conocimiento en lugar de pura información que navega en un océano sin sentido. Es la prevención de Rodota respecto del impacto tecnológico en la política.

La retórica de la red nos obliga a confrontarnos con una hipérbole, que pretende que los protagonistas de los procesos se identifiquen con todos los habitantes del planeta, en un sistema de conexión donde todos estén conectados con todos. ¿Debe ello inducirnos a considerar que el verdadero peligro para el tercer milenio sea el de una dictadura fundada en la imposibilidad de distinguir entre datos relevantes e irrelevantes?¹⁵³

Entre la saturación y la incomunicación parece haber una delgada línea que todo lo confunde. Tal parece ser la reflexión del cineasta francés (Jean Luc) Godard en su último film denominado *Adiós al lenguaje*, en que dos amantes no logran superar el ruido de la posmodernidad. El célebre cineasta francés parece querer decir que la interferencia de la civilización tecnológica nos aleja de lo humano. Que dar sentido a las cosas es imposible, que el lenguaje, el arte y el acto del amor ofrecen una unidad que es una mera confección transitoria. En medio de semejante alienación –dice Godard– pronto “todo el mundo va a tener un intérprete para entender lo que dice su propia boca”.

Según la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) una lengua se extingue por término medio cada dos semanas en la actualidad. Ahora bien, la desaparición de una lengua es una pérdida para todos los seres humanos, porque suele confirmar la extinción de un modo de vida y una cultura, así como de una representación del mundo y una forma de acceso al conocimiento y el pensamiento que a menudo es única.

¹⁵¹ (Barcia, 2011: en *La Nación*).

¹⁵² (Vargas Llosa, 2011: en *La Nación*).

¹⁵³ (Rodota, 2000 [1977]: 19).

Sólo en nombre de una idea mutilada y errónea del conocimiento –advierte el organismo internacional– pueden formular algunos la hipótesis de que el desarrollo de las sociedades del conocimiento tendría que ir acompañado inevitablemente de una desaparición acelerada de las lenguas y de una reducción radical de la diversidad lingüística, tanto entre las lenguas locales o vernáculos como entre las lenguas de gran difusión internacional.

4.1.8 Autómatas o autónomos

En su *Historia de la Sociedad de la Información* (Mattelart, 2010) repasa los antecedentes del algoritmo, recopilando los trabajos de matemáticos alemanes y luego del inglés Francis Bacon para desarrollar formas de “automatización del razonamiento” basados en que el “lenguaje de los signos es el único que puede resolver las imperfecciones de las lenguas naturales”.

El avance veloz de la informática y las operaciones de reducción del todo –audio, texto, imagen– al formato digital como lenguaje común harán posible la existencia de un mercado integrado mundial, cuya lógica de despliegue necesita encaminarse hacia el lenguaje único.

La sintaxis de Google opera en estas nuevas plataformas como un contenedor de palabras para un motor de búsqueda cuyas combinaciones orientan la navegación. Se discute mucho sobre la inocencia o la neutralidad de los parámetros que guían diariamente a miles de millones de humanos que acceden a las redes a través de estos faros de navegación virtual.

Eliseo Verón habla de la *inteligencia* de las trayectorias en la red y se inclina a favor del liderazgo de Google, perdiendo de vista –en nuestra modesta opinión– la nueva sintaxis. Termina comparando a la red con el cerebro y omite la predominancia del complejo sistema audiovisual en la autopista como nuevo factor dinámico de expansión del mercado. Verón utilizó esta retórica argumentativa, basada en la presunta *sobreabundancia de contenidos disponibles* en la red, para alegar a favor de la continuidad de las unidades económicas ensambladas monopólicas y cartelizadas del grupo *Clarín* en la Audiencia Pública que ventiló el conflicto con el Estado ante la Corte Suprema de Justicia de la Argentina.

García Canclini considera que es posible oponer otra interlocución intercultural a la dicotomía global-local creada por la mundialización de la economía y al inglés como *lengua universal*.

Poner en relación las estrategias globalizadoras e hibridadoras con las experiencias variadas de la interculturalidad hace visible que, por más que se forme un mercado mundial de las finanzas, de algunos bienes y algunos circuitos mediáticos, por más que avance el inglés como “lengua universal”, subsisten las diferencias, y la traductibilidad entre las culturas es limitada. No imposible.¹⁵⁴

El problema, diríamos nosotros, es que a la *universalidad* del inglés se suma la hegemonía del software, el *imperialismo de la infraestructura* y de los dispositivos de acceso y distribución. No es sólo la existencia de una *lengua pivote* que traduce incluso automáticamente sin entender los contextos o las sutilezas, sino que estamos en la antesala de una suerte de producción autónoma conducida por algoritmos.

La generalización de recursos *contaminados* por los autómatas, dicen Kaplan y Kianfar, “amenaza al conjunto del edificio tecnológico que privilegia la cantidad masiva de datos sobre el control sistemático de su calidad”. En su desarrollo, la mediación algorítmica

¹⁵⁴ (García Canclini, 1999; 123).

de los textos terminaría generando “una lengua nueva basada en la transformación por el uso de otras lenguas más viejas”.¹⁵⁵

Para el ensayista tecnoescéptico norteamericano Nicholas Carr hay “algoritmos secretos que, en cierto modo, nos están manipulando”. Si se realiza una búsqueda en Google “son sus algoritmos secretos los que determinan lo que vas a ver y no sabemos cómo escogen lo que nos muestran”. Carr ofrece la posibilidad de que se trate de una “manipulación benigna”, pero confiesa que “no estamos seguros”.

No son pocas las miradas que advierten sobre el impacto gramatical y la distorsión del conocimiento que el imperio de los megabuscaadores puede generar en la sociedad. El crítico alemán Boris Groys, formado en teoría del arte, percibe también la amenaza de Google denunciando que este motor “disuelve todos los discursos en una nube de palabras”.

Google –dice– es una enorme maquinaria creada para destruir la gramática, y lo hace de modo muy eficiente. Define la pregunta legítima como una pregunta acerca del sentido de una sola palabra. A partir de ahí, el buscador identifica la respuesta legítima a esa pregunta como un dispositivo de todos los contextos en los que esa palabra aparece.

Opera mediante palabras liberadas de la sujeción a las reglas usuales del lenguaje: la gramática. Google me recuerda la práctica medieval de hacer un compendio de opiniones de los antiguos sobre algunos temas determinados: lo que pensaban sobre las plantas, los pájaros, las estrellas. Definimos esa época como oscurantismo. El Renacimiento inició el hábito de leer completos los textos de los antiguos. Ahora vivimos en un nuevo oscurantismo, el de Google.¹⁵⁶

También vale aquí el paralelo con las imposiciones coloniales; como advierte Derrida en *El Monolingüismo del Otro*, solo queda la opción del esclavo. Pues

[...] vivimos un tiempo en que a veces se plantea esta pregunta. En la tierra de los hombres de hoy, algunos deben ceder a la homo-hegemonía de las lenguas dominantes, deben aprender la lengua de los amos, el capital y las máquinas, deben perder su idioma para sobrevivir o para vivir mejor. Economía trágica, consejo imposible.

Es difícil no ceder entonces a la tentación de denunciar la presencia de otro imperialismo; el lingüístico, que introduce también axiomas de su propio corpus en nuestro hablar periférico. Así lo consideran también los investigadores suizos para quienes “[...] el imperialismo lingüístico del inglés produce, pues, efectos muchos más sutiles de lo que hacen pensar los enfoques centrados en la *guerra de las lenguas*”. El hecho de tomar como eje un solo idioma lleva a “[...] introducir en todos los otros lógicas lingüísticas propias y por lo tanto, imperceptiblemente, modos de pensamiento específico”.

“A medida que empresas como Facebook, Google, Twitter y Apple compiten más ferozmente por hacer las cosas por nosotros, para ganarse nuestra lealtad, el software tiende a apoderarse del esfuerzo que supone conseguir cualquier cosa”, dice Carr, autor de *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras vidas?* (Carr, 2010).

Según este estudioso, finalista del Pulitzer en 2011, “nos están robando el desarrollo de preciosas habilidades y talentos que sólo se desarrollan cuando luchamos duro por las cosas [...] también nuestro compromiso con el mundo”.¹⁵⁷ Carr también denuncia el usufructo comercial de la sociabilidad humana mediante el manejo de las redes sociales: “[...] la gente hace amistades automatizadas por empresas como Facebook o Twitter, lo

¹⁵⁵ (Kaplan y Kianfar, 2015, en *Le Monde Diplomatique*).

¹⁵⁶ (Gianera P., 2014 en *La Nación*, Cultura).

¹⁵⁷ (Elola, 2014, en *Página/12*).

que supone que cada vez elabora menos sus propios pensamientos. El ordenador se apodera incluso de áreas íntimas de nuestra vida”.

Un ejemplo de este impacto en la literatura proviene de Japón, donde *Keitai Shosetsu* significa *thumb novel*; es decir, novela de pulgar o de celular, y si se considera que Japón anticipa parte de las prácticas culturales tecnológicas puede decirse que quizás estemos ante un cambio importante de la ficción popular del SIGLO XXI, incluso por encima del libro electrónico. Los japoneses adoptaron un lector electrónico más masivo que el Kindle: los teléfonos móviles. Los relatos se publican en capítulos breves, con la idea de que puedan ser leídos durante un viaje en subte (a un promedio de tres minutos por apartado) y están escritos en presente y en primera persona. Se usan espacios en blanco, diálogos monosilábicos y emoticones, como en los mensajes de texto.

4.1.9 Periodismo a la carta

La comunicación puede entenderse como el acto de poner en común las experiencias particulares mediante enunciados, con el fin de establecer acuerdos intersubjetivos sobre *el mundo de todos*, el conjunto de mapas que conforman la cartografía que por convención cultural llamamos *realidad*. La cultura –según las referencias que Alsina toma en *La construcción de la noticia* (Alsina, 2005)– sería ese sedimento común que se transforma en convenciones –conscientes o no– asumidas colectivamente a partir de aquellos enunciados que dieron forma y contenido –relato– al mapa de la realidad.

Esa construcción, ese *mundo de todos*, está ahora sujeto a un régimen de visitas que definen y condicionan lo *noticiable*. Lo que se examina aquí no es la narración del acontecimiento o su interpretación en la mirada del relator (periodista-editor) que registra la crónica diaria en una empresa que comercializa noticias y espacios de información (publicidad) al mercado, sino la trama discursiva de la época y los intereses que han establecido los *asuntos de interés*. La época ha educado ya sobre los códigos de interpretación, las claves de lectura, los metamensajes, los significantes ocultos detrás de las palabras, instalando *per se* una socialización del sentido del tiempo histórico. Ya no vamos nosotros a las noticias, ellas llaman a nuestra puerta.

El *vacío* que produce la captura de la subjetividad frente a la terminal es un territorio en disputa que es interpelado por secuencias y procedimientos orientados a atrapar la atención. Una atención para la cual ya hemos sido previamente clasificados –como vimos– por algún algoritmo de consumo. Nuestro patrón de interés, reconocido por el perfil que nuestro mousse trazó en la memoria del sistema será convocado por cardúmenes de información organizadas en forma viral para conquistar nuestra atención y capturar la agenda de nuestros actos. Desde el ocio, el turismo, la música, las vacaciones y las noticias; todo será objeto de tácticas y estrategias de conquista viral destinada a colonizar la economía y el pensamiento.

Inmerso en este mundo cambiante, el periodismo busca reformular sus métodos de distribución y presentación para recuperar la conexión con los *lectores*. Compartir una noticia es hoy más importante que consumirla; su paradoja y la de su famoso algoritmo, ese jerarquizador matemático de la información, reside en el riesgo que corremos de “[...] encerrarnos en todo aquello que nos gusta que nos cuenten”, advierte Daniel Verdú en un crítico análisis publicado por el diario español *El País*.

Según el activista y fundador de Upworthy, Eli Pariser, en su libro *El filtro burbuja, lo que Internet esconde* (Pariser, 2012): poco a poco dejan de aparecer en nuestro muro los temas de conversación que menos abordamos. *Hasta que se hace el silencio crítico*. Según esta teoría, si usted no es periodista, publicista o comunicador en general, probablemente no compartirá este artículo o ni siquiera lo recibirá. Como decía el

informe del *New York Times*, “habremos ganado la batalla del periodismo, pero perderemos la del arte y la ciencia de llevar nuestro periodismo hasta el lector”.¹⁵⁸ La viralidad, un antiguo fenómeno amplificado ahora en internet y utilizado con éxito en técnicas de marketing o campañas políticas, es la penúltima gran revolución que afronta el periodismo tras el hundimiento de la publicidad, puntualiza Verdú:

Algunos consideran que el contagio de la información responde a una ciencia y que en un laboratorio pueden estudiarse las variables que la propician. Incluso las que afectan a sustancias químicas como la oxitocina, la hormona que despierta las ganas de conectar con los demás.

El valor de la información en sí misma –aun admitiendo el mercado informativo y lingüístico que examinamos en capítulos anteriores– se ve ahora revalorizado por su código de significado en las redes sociales. Este nuevo mercado opera como una suerte de *periodismo a la carta* en la que se reciben preferentemente aquellas noticias que el dispositivo *sabe* que uno quiere recibir y nos convierte en un agente más de su distribución, incrementando sí su cotización económica.

Un trabajo denominado *Evidencia experimental del contagio en escala masiva a través de las redes sociales* realizado en 2012 por las universidades norteamericanas de Cornell y de California, en San Francisco fue el *paper* académico más compartido en 2014. El experimento duró una semana y los *cobayos* fueron 689 mil usuarios de Facebook. De acuerdo con el informe producido se demostró que “la experiencia manipuló las emociones de las personas en su posteo de noticias” al ser influidos en forma negativa o positiva artificialmente por los responsables del experimento.

La *googlización* –dice Siva Vaidhyanathan– tiene que ver con las formas y los procedimientos que terminan configurando una influencia en los hábitos de pensamiento y acción. “Esas configuraciones predeterminadas, esas insinuaciones, son expresiones de una ideología”.¹⁵⁹

La representación del poder en nuestra mente se construye a través de los procesos de comunicación, pero no basta con conocer cómo y quién origina los mensajes y cómo se transmiten o forman en las redes electrónicas de comunicación. También –dice Castells– tenemos que entender cómo se procesan en las redes cerebrales: “Es en las formas concretas de conexión entre las redes de comunicación y de significado en nuestro mundo y las redes de comunicación y de significado de nuestro cerebro donde se pueden identificar en última instancia los mecanismos de construcción del poder” (Castells, 1996).

El avance de las tecnologías de la información sobre la vida social y la biología establece otras nociones de la sociabilidad, la vigilancia y el control, diferentes por cierto, de la vieja idea del panóptico de Foucault. Fue Jeremy Bentham –el inspirador de Arturo Jauretche con sus sofismas y zonceras– el autor de la expresión del *panóptico* como lugar desde el que se ve todo. En ese mundo, el observador se dedicaba a controlar cuerpos visibles y confinados contra su voluntad. *En el mundo pospanóptico de la modernidad líquida*” (Bauman, 2002) los datos son suministrados voluntariamente por los vigilados, a veces porque el sistema (público y comercial) se basa en la información y generalmente porque los individuos necesitan participar con sus datos (en las redes sociales) para no vivir en la periferia del mundo. “El miedo a ser observado ha sido vencido por la alegría de ser noticia”, dice Bauman. Ahora se trata además del miedo –peor– de ser ignorado, lo que equivale a la muerte en vida.

La globalización introduce entonces una neocultura que disuelve lo local y homogeneiza alrededor de lo global, mediante la fragmentación productiva, simbólica e ideológica de

¹⁵⁸ (Verdú, 2015, en *El País* de España).

¹⁵⁹ (Vaidhyanathan, 2012: 107).

los mercados locales a manos de un dispositivo transnacional que segmenta la distribución de sus productos. Los países funcionan así como islotes comerciales de un planeta cuya identidad es formateada por las marcas de las empresas globales.

La cultura digital irrumpe en este escenario como una licuadora de las prácticas y las relaciones en el uso, acceso y producción de bienes culturales. Insta mediaciones diferentes a las que los medios tradicionales y sus productos culturales producían en el consumo masivo de la comunicación y permitían traducirlo y/o apropiarlo. O mejor dicho, a la que se producía entre las prácticas de la comunicación y los movimientos sociales, que lograban generar la posibilidad de resignificar –desde la recepción y desde la emisión alternativa– el discurso hegemónico. El espacio público fue, durante la modernidad analógica, el lugar de la comunicación popular, el ámbito de contestación de los discursos hegemónicos con prácticas sociales que resistieron el neoliberalismo. Pero la fragmentación social cambió a los actores sociales y sus modos de expresión, en tanto que el espacio que éstos ocupaban ha sido reemplazado por nuevas formas de privatización tecnológica del espacio público; ahora mediante la omnipresencia mediática en sus versiones digitalizadas.

4.1.10 Desafíos regulatorios en el sur

Ya no se trata sólo de recuperar la perspectiva integracionista desde la corrección ideológica de un tiempo que invita a las asociaciones continentales. Se trata, además, de asumir colectivamente el desafío de la integración suramericana como práctica social, cultural y lingüística, como uno de los planos estratégicos en la construcción de una pertenencia única en el planeta. Un nuevo planisferio conceptual y tecnológico para proyectar el intercambio que permita reapropiar la historia como instrumento de reconocimiento ante la cultura-mundo de la globalización.

La tensión es hoy entre la posibilidad de escuchar el *habla de la tierra* –en un tiempo en que muchos gobiernos son expresiones de movimientos indígenas y campesinos o están estrechamente ligados a ellos en Sudamérica– y la privatización absoluta de todas las formas del lenguaje desde una imposición cultural extraterritorial. La esperanza se alza aquí como un poderoso contradiscurso frente a la resignación y el *no se puede* que caracterizaron al neoliberalismo. Es justo en el transcurso de una reformulación histórica como la que experimenta la región latinoamericana desde principios del nuevo siglo, que sus líderes principales (los Kirchner, Evo Morales, Lula da Silva, Chávez, Dilma, Correa, Mujica y otros) no dejan de plantear la necesidad de una recuperación de la autoestima de sus pueblos. La utopía del *buen vivir* de los pueblos originarios parece casi un programa revolucionario para la posmodernidad latinoamericana.

Es que frente a los procesos de profundización democrática o de inclusión social o de integración regional, los medios tradicionales sólo disponen de malas noticias para dar. En esa semiosis de la *buena o la mala onda* se juega también la narración de lo imposible.

La cultura popular, nutrida en muchos casos por la religiosidad, ha sido un espacio de diferencia, de construcción de identidad, de autorreferencia y representación del mundo propio frente a los *otros*. Los carnavales de América del Sur, andinos, bahianos o rioplatenses, por ejemplo, producen en este sentido una trama comunicacional plena de información y de sentido que restituyen periódicamente un punto de vista propio frente a los viejos y los nuevos conquistadores. Se ofrece como ritual folclórico pero vuelve a proponer un orden cósmico, de equilibrio con la naturaleza, de fraternidad con la tierra que tácitamente refuta la depredación capitalista de los recursos naturales y el avasallamiento cultural. Las comparsas son pródigas en estas alegorías que sincretizan lo nativo, lo afro y lo mestizo en la trama latinoamericana. Pero no están ahí para ser

folclore sino para funcionar como eslabones que permitan imaginar las marcas distintivas de una compleja articulación inmigrante y multicultural.

Hemos visto las pujas de sentido en la historia local y está claro que la totalidad de los líderes de Sudamérica que han gestado la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Alianza Bolivariana para América (ALBA) o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) cuentan con la sistemática distorsión y enfrentamiento en sus políticas internas e internacionales de los barones mediáticos que expresan intereses exclusivos y excluyentes de los procesos de unidad nacional regional. En tanto los Estados y el mercado son responsables de reglas que regulan o producen los artefactos y sistemas de consumo (netbooks, acceso a internet, enseñanza de lenguajes audiovisuales, educación digital, nuevos medios, nuevas pantallas), es necesario plantearse qué relación normativa o discursiva articula el mundo tecnológico con el mundo político. En procesos que se identifican con la inclusión social, la recuperación del espacio público y del Estado como herramientas de la justicia social – denominadores que pueden encontrarse en las formulaciones gubernamentales de buena parte de Sudamérica en la última década–, es necesario interrogarse entonces por el estado de la cultura, de los recursos de enunciación y los dispositivos de circulación como instrumentos capaces de actualizar aquel concepto de *ciudadanía comunicativa*.

El ciudadano de la sociedad actual es aquel que, a través de la obtención y la producción de información, y la generación de saberes específicos, “[...] es capaz de reconocer los contextos culturales y socio-políticos dentro de los cuales construye su significación y su actuación política [...]”, dice Valderrama. Es decir,

[...] es aquél capaz de generar un diálogo de saberes entre las distintas culturas, que sabe reconocer, comprender y visibilizar los universos simbólicos que le dan sentido y legitiman las acciones políticas concretas, situadas en el tiempo y en el espacio, así éste sea virtual.¹⁶⁰

Esos contextos están hoy recorridos por nuevas prácticas, atravesadas de manera horizontal y vertical por dispositivos tecnológicos diversos que enlazan medios de comunicación, financieras, servicios varios, redes sociales, entretenimientos y bienes culturales. Progresivamente la vinculación entre las personas y sus consumos, la gestión de datos y asuntos administrativos, tanto públicos como privados, el pago de servicios, la percepción de haberes, los trámites personales, etc. están ahora mediados por la capacidad del ciudadano de navegar en este mundo de base binaria.

La propiedad y la usabilidad de estos dispositivos de acceso domiciliario, la propiedad y gestión de estas redes, las reglas de la infraestructura –que pueden o no superponer redes de telefonía y televisión por vínculo físico–, el doble estándar de operador y productor de los proveedores respecto de múltiples servicios; en suma, la convergencia de sistemas, usos y tecnologías, cambiaron los modos de inserción del ciudadano en este nuevo espacio público y pusieron en debate los marcos regulatorios.

Ejemplos de la necesidad de abordaje político de este impacto productivo y cultural pueden encontrarse en caso como México –que cambió su Constitución para incorporar a los derechos humanos el acceso a banda ancha– Estados Unidos –que declaró servicio público el acceso a las redes–, o Brasil –que sancionó una ley de marco civil de internet para proteger derechos ciudadanos–. En el mundo se debaten las reglas que ordenen la convergencia en un mercado dominado por la presencia de grupos concentrados locales y transnacionales. La novedad del desafío convergente es su naturaleza global y transnacional, lo que hace necesario –casi imperativo– un abordaje desde los intereses geopolíticos comunes, por caso América del Sur.

¹⁶⁰ (Valderrama y Vázquez, 2009: 176).

Los diversos pactos regionales o subregionales (andinos, caribeños, centroamericanos, de las principales cuencas hídricas) e incluso el más serio y sostenido esfuerzo de integración regional como el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay), establecieron instrumentos de convergencia económica, financiera y productiva. Pero no abordaron la dimensión política y tecnológica de la comunicación como requisito que permitiera la argamasa de una pertenencia intercultural, bilingüe y sostenida en la producción de contenidos con autonomía.

Es necesario dirimir una estrategia de abordaje de este desafío; se toca el corazón de varios mitos. Algunos de ellos fundacionales de los Estados modernos que deben protagonizar el tiempo de la convergencia. El mercado ha naturalizado varios de estos axiomas: el de la libertad de prensa entendida como libertad de las empresas que comercializan la información es uno y otro el de que las posibilidades de expresión de los pueblos pueden satisfacerse a partir de la mano invisible del mercado como su contraparte.

Tales premisas no deberían suprimirse, pero claramente son incompletas, insuficientes, falaces e inconducentes. En muchos casos son opuestas a una mirada autónoma, multicultural, pluriétnica y de plena ciudadanía en una región integrada. Hasta el derecho comparado internacional es abundante en criterios que permiten advertir que las opciones excluyentes del mercado y del Estado afectan la libertad de expresión como derecho humano. Un proceso comprometido con la integración no debe –no puede– negar al mercado, pero sí debe velar para que la percepción de la realidad de sus ciudadanos y las conveniencias de una integración no sean narradas por el punto de vista de terceros no nacionales o de los portavoces locales de una integración elitista y subordinada.

Estado y mercado, dos actores centrales en la región, que expresan una tensión con las lógicas concentradoras de la globalización y la demanda de autonomía en las políticas nacionales de Sudamérica. Las operaciones privadas ascendieron en apenas dos años (2010-2011) a US\$ 25.000 millones en reacomodamientos empresarios encabezados por sólo cuatro grandes operadores privados de telecomunicaciones en América Latina. La demanda regional de fibra se estima en unos 14 millones de kilómetros entre este año y 2013, con Brasil a la cabeza y Argentina en segundo término y un 80% de compradores privados.

La comunidad latinoamericana de naciones valoró en su reunión de San José (2015) el rol de las TIC y la innovación en el desarrollo de la región destacando en su Declaración Política de la III Cumbre de la CELAC “[...] la importancia de las tecnologías de la información y comunicación, incluido el internet, así como de la innovación”. Según especificaron, el uso de las TIC colabora al fomento de la paz, la promoción del bienestar, inclusión social, crecimiento económico y mejora de servicios sociales pero advirtieron la necesidad una gestión multilateral de estos recursos al recomendar “el uso pacífico de las tecnologías de la información y las comunicaciones de forma compatible con la Carta de las Naciones Unidas y el Derecho Internacional” y reclamar garantías para “la estabilidad y la seguridad de internet y velar por la legitimidad que requiere su gobernanza, sobre la base de una plena participación de todas las partes interesadas”.

La cumbre mundial de internet auspiciada en Brasil (2014) por uno de los gobiernos afectados por el espionaje global de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de los Estados Unidos funcionó como una tribuna global de denuncia sobre el empleo geopolítico de la red para el espionaje de información militar y económica en el mundo. Las investigaciones y filtraciones generadas por Edward Snowden así como sus antecedentes en las revelaciones de Julian Assange con el escándalo de Wikileaks permitió develar la trama de intereses que articula a los centros de poder imperial (particularmente Estados Unidos) con las principales empresas de gestión y

administración de los recursos de la red, que van desde Google hasta empresas de tecnología militar y espacial.

Asimismo, un Foro Social de Internet apareció en 2015 como alternativa a la Iniciativa Net Mundial bajo el lema *¡Otro internet es posible!*. El foro propone acciones para contrarrestar la centralización de internet, a la que considera responsable de “la extracción de rentas monopólicas y el control social y político”. Cuenta con la participación de organizaciones civiles globales y regionales como el Foro de Comunicación para la Integración de Nuestra América, y nacionales, de Turquía, India, Francia, Kenia, Suiza, Filipinas, Estados Unidos e Italia, según la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI), que también integra la propuesta.

Este foro postula alternativas a la gobernanza mundial de la Web, convocando a un proceso preparatorio durante el Foro Social Mundial, previsto en Túnez, que desembocaría en la realización de un propio Foro Social de Internet. De este modo se propone participar en las discusiones de la sociedad civil en el CMSI+10 (Nueva York), en conmemoración de una década de la organización de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI), realizada en 2005 en Ginebra.

Las nuevas cifras publicadas por la UIT indican que, a finales de 2014, había cerca de 3 mil millones de usuarios de internet, dos tercios de los cuales proceden de países en desarrollo; y que el número de abonados a la banda ancha móvil será de 2.300 millones en todo el mundo. Se prevé que el 55% de esos abonados pertenezcan a países en desarrollo.

“Las cifras de TIC confirman una vez más que las tecnologías de la información y la comunicación siguen siendo el motor principal de la Sociedad de la Información”, declaró el secretario general de la UIT, doctor Hamadoun I. Touré. También cabría destacar que la relación entre el mundo desarrollado y los continentes periféricos donde habita el 70% de la población mundial están afuera de la llamada Sociedad de la Información.

Un nuevo debate atraviesa las regulaciones, luego de la irrupción de las plataformas OTT, que cruzan transversalmente las industrias de la TV y de internet. En varios países comenzó a discutirse la alternativa de generar una normativa que regule su funcionamiento, al quedar afuera de las obligaciones que deben seguir las empresas de TV (abierta o paga) o los proveedores de servicios de internet.

En Brasil, la entidad cinematográfica *Agência Nacional do Cinema* (ANCINE) prepara un reglamento para obligar a “[...] los servicios de VOD, como Netflix, HBO Go y Fox Play, a respetar reglas similares a las de la TV paga en lo que se refiere a cuotas de contenido nacional”. Uno de las posibilidades es fijar en el 30% el porcentaje de programación nacional e independiente que deberán ofrecer las plataformas OTT a sus usuarios en el país.

Si bien la iniciativa de ANCINE parece ser la primera en la región para introducir cuotas de producción nacional a los servicios VOD por streaming, en muchos mercados se discute la manera de aplicarles el régimen impositivo local. Entre otros desafíos, la pregunta que se plantea es cómo exigirle un canon a los operadores por los ingresos que reciben de los suscriptores de cada uno de los países de la región cuando no tienen filiales establecidas en sus territorios, ya que cobran mediante una transacción directa con la empresa en el país de origen (Estados Unidos, donde sí rinden cuentas al fisco) a través de una tarjeta de crédito internacional.

Otro antecedente corresponde a la Ciudad de Buenos Aires, que impuso un régimen de retención tributaria, conocido como *impuesto Netflix*, a las plataformas online que comercializan sus servicios en la ciudad pero que no tributan por estar radicadas en el extranjero. El tributo alcanza las transacciones internacionales que registren las tarjetas entre usuarios y las compañías a partir de 2015.

4.1.11 Proyecto nacional en versión digital

El debate y las políticas que atravesaron la Argentina a partir del año 2008, cuando la política asumió que el dispositivo de comunicación era arte y parte del imaginario del neoliberalismo, hicieron foco en la necesidad de nuevas formas de producción, de organización empresarial y social, y de distribución de contenidos. No era posible pensar la nueva comunicación sin organizar las formas y los discursos desde la misma práctica social. Pasar de la matriz resistente a un nuevo universo de signos y señales que expresaran una nueva subjetividad y una nueva forma de mirar el mundo.

Los cambios de paradigma de la Argentina en el nuevo siglo, apalancados por la recuperación del mercado interno, la inclusión social, políticas redistributivas y un Estado activo en la promoción social, debieron asumir también el cambio de la mirada mercantil tradicional sobre la comunicación y el desarrollo científico-tecnológico. Un conjunto de iniciativas se desplegaron a partir del año 2009 en forma conjunta y complementaria. El siguiente repaso incluye un conjunto de programas y políticas que muestran un Estado con iniciativa en varios frentes.

El Plan Nacional Argentina Conectada es una estrategia integral de conectividad que apunta a generar una plataforma digital de infraestructura y servicios para el sector gubernamental y la vinculación ciudadana. Básicamente, apunta a configurar una red de fibra óptica segura, estratégica y soberana, comenzando por las zonas sin infraestructura y federalizando calidad, precios y contenidos. El plan despliega más de 35.000 kilómetros de fibra óptica entre la red dorsal (nacional) y las provinciales. Esta política pública complementa la red privada comercial que conectó a los grandes centros urbanos de la mano de los dos grandes operadores telefónicos (Telefónica y Telecom) y del principal distribuidor de televisión por cable (Cablevisión, de Clarín). Agrega una mirada pública y de integración ciudadana para millones de argentinos excluidos por el mapa comercial de las comunicaciones.

Este programa asume la responsabilidad estatal en los procesos de acceso equitativo a las nuevas TIC procurando la reducción de las disparidades regionales y sociales en la apropiación de los beneficios asociados a dichas tecnologías, que hasta ahora sólo han respondido a estrategias de rentabilidad empresarial. También se ha desplegado como una oportunidad para el desarrollo industrial y tecnológico en el campo de la fabricación de equipos, insumos y servicios. La articulación de estos núcleos conceptuales y productivos suponen un punto de partida para imaginar el despegue de una industria cultural nacional integrada.

Por su parte, la ley 26.522 y el conjunto de políticas de creación de infraestructura, producción y acceso digital adoptaron una perspectiva a favor de la diversidad en cuanto a la introducción de nuevas tecnologías en el mundo de la cultura audiovisual. El sentido de la norma ha sido la promoción de más voces y posiciones en lugar de multiplicar (mediante el aprovechamiento digital del ancho de banda) las ya asignadas en el espectro analógico. Ello requiere de políticas activas frente a las tendencias del mercado. Sin recursos tecnológicos y sin programas públicos que acompañen este desarrollo, no es posible pensar en actores que visibilicen y permitan la circulación de nuevos discursos y obras nacionales.

El Sistema Argentino de Televisión Digital Terrestre (SATVD-T) apuntó a promover “[...] un sistema de radiodifusión diverso y democrático; optimizar el uso eficiente del espectro radioeléctrico; garantizar el acceso de los diversos sectores sociales a las frecuencias de televisión abierta” y también a

[...] permitir el más amplio desarrollo de la interactividad de las personas con los medios digitales para el desarrollo de la ciudadanía y desarrollar la industria nacional, incentivando el surgimiento de nuevos medios, la creación del empleo asociado y el estímulo de tecnología apropiada, contemplando la transferencia tecnológica.

Uno de los grandes desafíos de la simultaneidad de la nueva ley audiovisual y el despliegue de la televisión digital¹⁶¹ ha sido el de redefinir el lugar de los medios públicos, comunitarios y privados en materia de servicios abiertos. La mayor oferta y las nuevas modalidades de prestación deberían conducir a parte de los televidentes a percibir a la televisión como un medio más próximo y móvil, sin el anclaje tradicional de los hogares. La portabilidad de un receptor que podrá funcionar sin cables ni antenas, la multiplicidad de programas y el acceso a los canales locales deberían ser fundamentos de esa transformación.

La creación de la Plataforma Nacional de Televisión Digital apuntó en su texto a

permitir el más amplio desarrollo de la interactividad de las personas con los medios digitales para el desarrollo de la ciudadanía y desarrollar la industria nacional, incentivando el surgimiento de nuevos medios, la creación del empleo asociado y el estímulo de tecnología apropiada, contemplando la transferencia tecnológica.

Retomó el concepto de “la convergencia de servicios digitales que el proceso de digitalización televisiva conlleva”, como factores que están “redefiniendo la estructura del sector de las telecomunicaciones a nivel mundial, permitiendo el acoplamiento de cada vez más usuarios a los beneficios derivados de la Sociedad de la Información”.

La implementación de la Televisión Digital Abierta (TDA) con sentido social inclusivo (mediante políticas de cobertura y de distribución de conversores a los sectores de menores ingresos) significó también un aporte conceptual en el proceso de apropiación social de las nuevas tecnologías, tradicionalmente incorporadas en primer término por los sectores de mayores ingresos.

La digitalización debería servir como

estímulo a la producción industrial nacional, promoviendo el desarrollo y radicación de la industria tecnológica, creando nuevos puestos de trabajo altamente especializados en el país, garantizando el empleo calificado de profesionales y/o técnicos, ampliándose de esta forma los estándares y niveles de educación.

El nuevo paradigma supone también un cambio radical en los modos de producción. Se propone como un escenario que permite transformar el modelo de producción de contenidos: “La televisión digital en la Argentina es un instrumento nacido de una política pública, que se manifiesta como espacio de conflicto para la construcción simbólica del modelo de producción de sentido de la comunicación”.¹⁶²

Un punto innovador de articulación entre el Estado, las universidades y el mundo social de la producción audiovisual se gestó a través del Programa Polos y Nodos, con nueve cabeceras regionales y más de 20 universidades nacionales que participan como ámbitos de capacitación, apoyo logístico y desarrollo productivo de contenidos locales audiovisuales para su inserción en la TDA.

En su trabajo *El desafío digital en la televisión argentina. Comunicación, conflictos y dilemas*, Osvaldo Nemirovski describe a la TV digital como *acto de justicia social*. El

¹⁶¹ En forma simultánea con la sanción de la ley audiovisual, Argentina creó el Sistema Argentino de Televisión Digital Terrestre (decreto 1148/2009) basado tecnológicamente en el estándar denominado ISDB-T, un conjunto de patrones tecnológicos a ser adoptados para la transmisión y recepción de señales digitales terrestres, radiodifusión de imágenes y sonido. En los fundamentos se destaca que “[...] la elección del estándar tecnológico a ser utilizado en la digitalización del espectro radioeléctrico importa la posibilidad de impulsar el desarrollo industrial y tecnológico nacional, la creación de empleo especializado, el acceso democrático y plural a los medios de comunicación, la mejora de la calidad del servicio televisivo, y el progreso social y cultural del país”.

¹⁶² (Nemirovski, 2011: 37).

coordinador del consejo estatal que interviene en su despliegue, destaca que esta herramienta tecnológica de comunicación social debe ser asumida “[...] como espacio de conflicto para la construcción simbólica del modelo de producción de sentido de la comunicación.”

En ese marco, la televisión de tierra en su formato digital es la gran esperanza de un sistema gratuito, de calidad y diversidad en su oferta, capaz de presentar batalla al modelo hegemónico que heredó la Argentina luego de los 90. Su evolución podría modificar el paradigma dominante del acceso pago a la información y el entretenimiento que hoy incluye más de las dos terceras partes de la población con un esquema de propiedad concentrada y sin competencia.

Hacia fines de 2014, el sistema de TDA contaba con 85 estaciones digitales y más de 30 plantas en construcción. La televisión gratuita alcanzaba entonces el 87% de cobertura geográfica nacional, incluyendo la cobertura en sectores rurales, históricamente aislados en materia de comunicaciones. El sistema distribuye unas 24 señales con cobertura nacional, a las que se suman las versiones digitales de los canales analógicos tradicionales (45 en todo el país) y cuenta también con un sistema de cobertura satelital para zonas rurales. Unas 11 mil escuelas rurales cuentan con acceso al servicio, que aporta también posibilidades de interactividad según las conexiones.

Entre las iniciativas y planes que se han desplegado procurando estimular nuevos circuitos de producción, distribución y acceso a bienes culturales también deben anotarse el Plan Nacional Igualdad Cultural o el programa de Contenidos Digitales Abiertos (CDA), un sistema que facilitará el acceso a demanda de contenidos nacionales.

El conjunto de los instrumentos tecnológicos en disputa, las herramientas de producción y distribución están hoy sometidas a la resignificación del tiempo histórico y de la apropiación social. Conectar Igualdad es una computadora portátil en el pupitre de millones de alumnos argentinos pero es también un sistema operativo nacional (Huayra) que propone un software no propietario y accesible.

Constituye una Política de Estado que busca recuperar y valorizar la escuela pública con el fin de reducir las brechas digitales, educativas y sociales en todo el país. Hasta octubre de 2014 se han distribuido más de 4.600.000 netbooks a cada alumno y docente de educación secundaria de escuela pública, de escuelas de educación especial y de institutos de formación docente. El programa contempla el uso de las netbooks en el ámbito escolar y en el hogar de modo tal que se logre un impacto en la vida diaria de todas las familias y de las más heterogéneas comunidades de la Argentina.¹⁶³

La posesión, la equidad y las políticas de distribución o redistribución de la palabra han pasado a integrar los requisitos en que puede medirse la profundidad de los procesos de autonomía nacional y social. Expresan intentos serios para trazar caminos de apropiación diferente.

A fines de 2014 Argentina sancionó una nueva ley para regular el mundo digital. Conocida como Argentina Digital, la norma reemplazó un viejo decreto originado más de 40 años antes bajo el régimen militar de Lanusse, que luego corregido con los procesos de privatización de la telefónica estatal argentina (Empresa Nacional de Telecomunicaciones [ENTEL]) y el Decreto 764/2000 de Liberalización de las Telecomunicaciones.

La nueva ley consideró a las TIC como un derecho humano a ser solventado como servicio público por parte de operadores en competencia (privados, cooperativos y/o públicos), bajo la tutela de un Estado planificador que se sustenta en un fuerte poder regulador e interventor. También se pronunció por garantizar la “[...] completa

¹⁶³ Conectar Igualdad. Sitio web.

neutralidad de las redes con la finalidad de posibilitar el acceso [...]” de todos los argentinos “[...] a los servicios de la información y las comunicaciones en condiciones sociales y geográficas equitativas”.

La norma plantea, no obstante, fórmulas poco estrictas para frenar las posiciones de hegemonía, desregula la gestión de medios audiovisuales por parte de prestadores telefónicos y crea una obligación de transporte que puede beneficiar tanto a pymes y cooperativas como a grandes empresas. Los usuarios podrán elegir al prestador de los servicios sin importar cuál de ellos llega con infraestructura propia al hogar.

La ley reserva al Estado la capacidad para otorgar o quitar las licencias de prestación de servicios o de uso del espectro radioeléctrico, direccionar recursos de inversión en redes por medio del programa de Servicio Universal y de la coordinación con los gobiernos provinciales o municipales, fijar las tarifas mayoristas y finales, determinar si algún operador es preponderante e imponerle una serie de medidas asimétricas para contrarrestar su dominio, entre otras, que de hecho se venían aplicando.

La sanción de Argentina Digital se inscribió en un complejo escenario de dominio monopólico de operadores tradicionales de telefonía junto con las corporaciones globales surgidas posprivatizaciones y en el transcurso de la globalización. También en medio de dificultades para lograr que se avance con la desmonopolización del sector audiovisual hegemónico (en manos principalmente de Grupo Clarín), cuyos negocios también pisan el segmento de internet en el mercado concentrado de la televisión por abonos.

Se juega en esto también el concepto de neutralidad de red que propone Argentina Digital, fundamental para evitar la manipulación (en calidad y velocidad) de los contenidos, y tan importante como la universalidad en el acceso y las condiciones que protejan las empresas Pymes y cooperativas como forma de preservar la creación cultural e informativa local.

La rápida expansión del mercado de la comunicación, las políticas públicas de acceso a internet y el desarrollo de nuevos programas de inclusión digital, crean la necesidad de examinar la adecuación normativa y normas tecnológicas para el desarrollo de un sistema audiovisual integrado y convergente, al servicio de los principios básicos que inspiran la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y la TDA.

En ese universo de convergencia digital se juega la suerte de la economía y la identidad de nuestros países; el sentido de las nuevas prácticas sociales que aparecen fuertemente atravesadas por el hecho tecnológico. Un hecho que, como vimos, está lejos de operar con sentido neutro o carente de incrustaciones simbólicas que invocan un orden mundial determinado.

Para Roberto Igarza es hora de preguntarse si internet está en crisis. ¿Qué disposiciones pueden adoptarse para que su metamorfosis no resulte en una modificación inapropiada de las condiciones de libertad? Así como ayer se inmiscuyó en los comportamientos sociales provocando una profunda transformación, ¿la crisis global, social, económica y política, puede apurar una transición no deseada hacia otra internet?, se interroga.

Admitir la ambivalencia que la caracterizó siempre nos permite tomar conciencia de lo que es posible exigirle y de actuar de manera responsable reconociendo los riesgos, como el efecto devastador de la concentración sobre la libertad, la pérdida de privacidad en las gratiferías, la significación de una discriminación entre nodos y entre contenidos, y la presión de los gobiernos para encontrar las llaves de paso. ¿Cuál es el estatuto deseable? Asistimos a una reconfiguración del entramado tecnológico, social, cultural y económico sobre el que se fundó y desarrolló. La internet que conocemos puede no parecerse a la que vendrá. Si hay algo urgente, es atizar un debate superador acerca de la mejor combinación posible entre regulación y autorregulación, reconociendo lo que a

cada una de ellas se le puede exigir a favor de un ejercicio responsable de la libertad en la producción, distribución y acceso al conocimiento.¹⁶⁴

En su informe sobre la Sociedad del Conocimiento (2005), dice la UNESCO que “[...] las sociedades emergentes no pueden contentarse con ser meros componentes de una sociedad mundial de la información y tendrán que ser sociedades en las que se comparta el conocimiento, a fin de que sigan siendo propicias al desarrollo del ser humano y de la vida. Si nos referimos a sociedades en plural, es porque reconocemos la necesidad de una diversidad asumida.”

En ese marco aludimos a las relaciones de producción de nuestras culturas y saberes en medio de estas autopistas. El mercado ha creado condiciones para un intercambio global que protagonizan grandes corporaciones telefónicas, de cable y productoras de contenidos. Una apertura sin reglas y sin parámetros de protección puede amenazar a las productoras locales y las empresas que promovió la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual frente a grandes operadores de satélites, telefonía e internet. La ficción y el contenido propio tendrán el contrapunto de productoras como Warner, Sony, Netflix o HBO, quienes llegan sin intermediarios hasta nuestro dispositivo móvil o en el hogar.

Nuestra lengua, nuestra gestualidad, nuestra pertenencia territorial a una cultura se debaten en el océano de contenidos de un mundo cada vez más tecnocéntrico y habitado por representaciones digitalizadas que circulan a alta velocidad. Allí necesitamos crear espacios y signos que hagan visibles nuestra diversidad identitaria como única e irrepetible.

La necesaria regulación de la convergencia debe, entonces, lograr un adecuado equilibrio entre un servicio competitivo y de calidad, de alcance universal, y la protección de la trama informativa y cultural que nos permite reconocernos cada día en nuestra argentinidad local, nacional y sudamericana.

El proyecto inconcluso del Estado Nación probablemente ya no sea realizable en la utopía imaginada del pasado y en las nuevas condiciones planetarias. Es decir, aún los proyectos nacionales y populares que emergen en el apogeo de la globalización y del mundo multipolar pueden ser una respuesta tardía del Estado nacional a la etapa del regionalismo o (como lo designaba Perón) del continentalismo, si es que las nuevas disputas no agrupan y contienen bloques productivos capaces de un nuevo sincretismo cultural. Una nueva identidad y pertenencia son aquí necesarias y ello depende en mucho de la capacidad de producción y reproducción simbólica de los vínculos de adhesión de sus comunidades. Ni la globalización ni el multiculturalismo le han asestado un golpe mortal a las culturas nacionales (Waisbord; 2007) pero necesitamos resignificar y remodelar los instrumentos que proveen las señas diarias de la identidad y la pertenencia. Es hora tal vez de una nueva cultura emergente que nos integre.

La cultura emergente es –casi en su totalidad– una periferia, un entrecruce de umbrales, un entreveramiento complejo de puntos de confluencia, una red de confines, dice Eduardo Casas. Estamos –agrega el religioso– “[...] en un nuevo mundo dentro del mundo, el comienzo de la configuración de nuevos paradigmas culturales que todavía no se han delineado acabadamente. Somos artífices de la emergencia de una estructuración epocal nueva”.

Volvemos a Fermín Chávez para recuperar los mecanismos primarios de cualquier enunciado en clave nacional y sudamericana; la creación de una *nueva ciencia del pensar*, capaz de de colocar las palabras propias en el dispositivo tecnológico que organiza hoy las relaciones sociales.

Desentrañar las ideologías de los sistemas centrales en cuanto ellas representan fuerzas e instrumentos de dominación, es una de las tareas primordiales de los trabajadores de la

¹⁶⁴ (Igarza, 2012: 158).

cultura en las regiones de la periferia. Pero la realización cabal de esta tarea presupone, a su vez, la construcción de un instrumento adecuado; necesitamos, pues, de una nueva ciencia del pensar, esto es, una epistemología propia.¹⁶⁵

Cada tiempo –hemos visto– ha parido su esfuerzo por decir otra cosa, por pensar algo distinto. Los eslabones de esa cadena histórica nutren el flujo histórico de la *matriz resistente*, que pugnará por lograr convertirse, finalmente, en esa lengua capaz de decir lo innombrable, de habitar el viejo mundo y sus viejas hegemonías, con palabras nuevas.

¹⁶⁵ (Chávez, 1996).

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Luis Enrique, Enrique Martín Criado y José Luis Moreno Pestaña (2004), “Pierre Bourdieu, el lenguaje y la comunicación: de los mercados lingüísticos a la degradación mediática”, en *Las herramientas del sociólogo*, Editorial Fundamentos, Madrid.
- Alsina, Miguel Rodrigo (2005), *La construcción de la noticia*, Paidós Comunicación, Barcelona.
- Althusser, Louis (1971), *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado*, La oveja negra, Colombia.
- Assange, Julian (2014), *Cuando Google encontró a Wikileaks*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Bajtin, Mijail y Pavel N. Medvedev (1994), *El método formal en los estudios literarios*, Alianza Editorial S.A., Madrid.
- Barker, Chris (2003), *Televisión, globalización e identidades culturales*, Paidós Comunicación, Buenos Aires.
- Baudrillard, Jean (1996), *El crimen perfecto*, Anagrama, Buenos Aires.
- Baudrillard, Jean (1997) [1987], *El otro por sí mismo*, Anagrama, Barcelona.
- Bauman, Zygmunt (1999), *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (2002), *La sociedad sitiada*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Bhabha, Homi K. (2007) [1994], *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires.
- Beck, Ulrich. (1999) *La sociedad del riesgo global*. Editorial Siglo XXI. Madrid.
- Blaustein, Eduardo y Martín Zubieta (1998), *Decíamos ayer*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar (2004), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Castells, Manuel (2009), *Comunicación y poder*, Alianza Editorial, Madrid.
- “COLSECOR, integración en comunicación cooperativa” (2013), en Hermosa, Silvina (compil.), COLSECOR - Limitada, Córdoba.
- Chávez, Fermín (1996), *La conciencia nacional; historia de su eclipse y recuperación*, Editorial Pueblo Entero, Buenos Aires.
- Derrida, Jacques (1997), *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*. Horacio Pons (trad.), Manantial, Buenos Aires.
- Eco, Umberto (1999) [1967], “Para una guerrilla semiológica”, en *La estrategia de la ilusión*, Editorial Lumen. Barcelona.
- Escobar, Arturo (2000), “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo?”, en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires.
- Ford, Aníbal (1987), *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Ediciones Punto Sur, Buenos Aires.
- Foro Argentino de Radios Comunitarias, Comité Federal de Radiodifusión, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (2010), *Todas las Voces Todos. Programa Federal de Capacitación y Fortalecimiento para radios comunitarias, escolares, interculturales y de frontera*, Buenos Aires.
- Foucault, Michael (2005), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.

- Foucault, Michael (2008) [1969], *Arqueología del saber*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Galasso, Norberto (1984) *Raúl Scalabrini Ortiz y la penetración inglesa*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- García Canclini, Néstor (1999), “La globalización imaginada”, en *Estado y Sociedad*, Paidós, Buenos Aires.
- García Márquez, Gabriel (1967), *Cien años de soledad*, Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Giménez, M., Gilberto. (2000), *Materiales para una teoría de las identidades sociales en Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Valenzuela Arce, José Manuel (comp.) Plaza y Valdés. Mexico.
- Hernández Arregui, Juan José (1960), *La formación de la conciencia nacional*, Ediciones Continente, Buenos Aires.
- Hernández Arregui, Juan José ([1969], 2004). *Nacionalismo y liberación*. Ediciones Continente. Buenos Aires.
- Hernández, José (1998), “El Senador Martín Fierro” en *Colección vidas, ideas y obras de los legisladores argentinos*, publicación de Legisladores Argentinos, Buenos Aires.
- Huergo Jorge (2003). *Lo que articula lo educativo*. Instituto de Cultura Popular (INCUPO). Resistencia.
- Igarza, Roberto (2012), “Internet en transición: a la búsqueda de un nuevo estatuto para la cultura digital”, en *En la ruta digital. Cultura, convergencia tecnológica y acceso*, Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires.
- Jaramillo, Ana (Comp) (2006). *Forjando una nación*. Scalabrini Ortiz y Jauretche en la revista “*Qué sucedió en siete días*”. Remedios de Escalada: Ediciones de la UNLa.
- Jauretche, Arturo (2002) [1957], *Los profetas del odio y la yapa*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires.
- Lazzaro, Luis (2010), *La batalla de la comunicación. De los tanques mediáticos a la ciudadanía de la comunicación*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Mallimaci, Horacio Fortunato (2006), “La dictadura argentina: terrorismo de Estado e imaginario de la muerte”, en Bolaño, Roberto, *La memoria de la dictadura. Nocturno de Chile*, Interrupciones 2, Juan Gelman, Editorial Ellipses Editon Marketing, París.
- Mata, María Cristina (2011), “Comunicación Popular. Continuidades, transformaciones y desafíos” en *Revista Oficios Terrestres*.
- Mata, María Cristina (2011), “Comunicación y Ciudadanía: Dilemas pendientes”, en B. Alem y A. Arneigeiras, *Culturas populares y culturas masivas: Los desafíos actuales a la comunicación*, UNGS- Prometeo, Buenos Aires.
- Mattelart, Armand (2010), *Historia de la sociedad de la información*, Paidós, Buenos Aires.
- Mirad, Nahúm y Fabián Silveira (coord.), *Usina de Medios*, Cooperar, INAES (2012), *Economía solidaria, hacia un nuevo mapa de comunicación. Texto y contextos, experiencias y propuestas del cooperativismo*, Buenos Aires.
- Montes, Juan (2011), *Esta mujer. La utopía posible*, Eduvim, Villa María.
- Moreno, Mariano (1915), “Plan revolucionario de operaciones. 30 de agosto de 1810”, en Moreno, Mariano, *Escritos políticos y económicos*, La Cultura Argentina, Buenos Aires.

- Nemirovski, Osvaldo (2011), *El desafío digital en la televisión argentina. Comunicación, conflictos y dilemas*, Editorial Eduntref, Buenos Aires.
- Nicolosi, Alejandra Pía. Compiladora. (2014), *La televisión en la década kirchnerista. Democracia audiovisual y batalla cultural*. Universidad Nacional de Quilmes. Quilmes, Bs. As.
- Orozco Gómez, Guillermo (1996), *Educación, medios de difusión y generación de conocimiento: hacia una pedagogía crítica de la representación*, Nómadas, Bogotá.
- Ortiz, Renato (1997), *Mundialización y cultura*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Petit, Michele (1999), *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, Espacios de Lectura del FCE.
- Robb, David (2004), *Operación Hollywood. La Censura del Pentágono*, Océano Editorial, Barcelona.
- Rodota, Stefano (2000) [1977], *Tecnopolítica. La democracia y las nuevas tecnologías de la comunicación*, Pedro Pastureni (trad.), Editorial Losada, Buenos Aires.
- Rossi, Agustín et al. (2014), *Cartografías del poder. Geopolítica del conocimiento*, Ministerio de Defensa, Buenos Aires.
- Rosso, Daniel (2013), *Máquinas de captura. Los medios concentrados en tiempos del kirchnerismo*, Colihue, Buenos Aires.
- Roy, Arundhati (1997), *The God of the small things (El Dios de las Pequeñas Cosas)*, Compactos Anagrama, Barcelona.
- Said, Edward (1996), *Cultura e imperialismo*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Said, Edward (1978) *Orientalismo*. Mondadori. Barcelona.
- Saviano, Roberto (2008), *Gomorra. Un viaje al imperio económico y al sueño de poder de la mafia napolitana*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1936), *Política británica en el Río de la Plata*, Prólogo.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1965), *Bases para la reconstrucción nacional*, recopilación de artículos, Editorial Plus Ultra.
- Segura, María Soledad et al. (2014), “Agitar la palabra. Participación social y democratización de las comunicaciones”, en Segura, María Soledad (Dir.), Facultad de Ciencias Humanas (FCH), San Luis.
- Schiffer, Claudio y Ricardo Porto (2010), *Libertad de expresión y derecho a la información en las constituciones de América*, Editorial de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.
- Solá, Guillermo (2006), *Güemes. El gran bastión de la patria*, Editorial Dunken, Buenos Aires
- Somonte, Mariano G. (1969), *Doña Marina, “La Malinche”*, Ed. del Autor, Monterrey.
- Soteras, Javier y Julio Perotti (comp.) (2013), *Francisco. De la periferia del mundo al corazón de la humanidad*, Córdoba.
- Vaidhyanathan, Siva (2012), *La googlización de todo (y por qué deberíamos preocuparnos)*, Editorial Océano, México.
- Valderrama, Carlos y Uriel Espitia Vásquez (2009), “Hacia una apertura política del campo comunicación-educación” en *Revista Nómadas*, N° 30, Bogotá.
- Verón, Eliseo (2013), *La semiosis social 2. Ideas, momentos, interpretantes*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Vinelli, Natalia (2002) [1985], “ANCLA - Las cartas y la Cadena Informativa”, en Verbitsky, Horacio (comp.), *Rodolfo Walsh, Crónica del Terror. Informe*

número 1, diciembre de 1976, de Cadena Informativa, Editorial La Rosa Blindada, Buenos Aires.

- Williams, Raymond (2000) [1988], *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona.

Artículos en periódicos, publicaciones y páginas

- Ali-Brouchoud, Francisco, “Un chicano en Tucumán”, en *Página 12*, 16/6/2005.
- “Armas como verdades, verdades como armas”, en *Periódico de la CGT de los Argentinos*, septiembre de 1969.
- Auge, Marc, “Para que hoy una revolución tenga lugar, debería situarse a escala planetaria. El antropólogo francés Marc Auge y su observación del veloz mundo contemporáneo”, en *Página 12*, Diálogos, 21/11/2011.
- Barcia, Pedro, “El lenguaje se redujo tanto ‘que ya atenta contra la democracia’. Entrevista a Pedro Luis Barcia”, en *La Nación*, 11/11/2011.
- Bourdieu, Pierre, “Entrevista realizada por Didier Eribon con motivo de la publicación de *Ce que veut dire parler*”, en *Libération*, 19/10/1982.
- Carta Abierta N°1, [en línea], dirección URL: <http://www.cartaabierta.org.ar/nueva/cartas-abiertas/107-carta-abierta-01.html>
- Casullo, Nicolás, “Kirchner es otra cosa”, en *Página 12*, 14/11/2010.
- CGT-A, “Organizar las bases para liberar la patria”, en CGT de los Argentinos, *Por una patria justa, libre y soberana. La patria socialista*, Federación Gráfica Argentina, COGTAL, Buenos Aires, febrero 2006.
- Clarín.com:” Intelectuales críticos gestan una contracara para Carta Abierta. Cuestionan el discurso hegemónico y la represión, entre otros puntos.” 05/01/2012. http://www.clarin.com/politica/Intelectuales-criticos-contracara-Carta-Abierta_0_622137831.html
- Coordinadora de Comunicación Audiovisual Indígena en la Argentina, “Aportes para la construcción del modelo de comunicación indígena en Argentina”, marzo 2012.
- Elola, Joseba, “Los peligros de la revolución digital”, en *Página/12*, Sociedad, 26/10/2014, de *El País*, de Madrid.
- Feinmann, José Pablo, “Un flaco como cualquier otro”, en *Página/12*, Contratapa, 31/5/2003.
- Ferrer, Aldo (2007), “Globalización, desarrollo y densidad nacional”, en Vidal, Gregorio y Arturo R. Guillén (comp), *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*.
- Fowler, Geoffrey A. y Nicholas Bariyo, “The Wall Street Journal Ameritas”, en *África, libros electrónicos para revolucionar el aprendizaje*, 21/6/2012.
- Francescutti, Pablo. “Robots en el frente”, en *El País* de España, 08/05/2011.
- Gianera Pablo. “En la era de las redes sociales, todos son artistas y espectadores”. *Diario La Nación. Tendencias*. 14/11/2014.
- González, Horacio, “Desarrollismo y moral popular”, en *Página/12*, El País, 25/2/2009.
- Granovsky, Martín, “En Sudamérica hay una gramática común de políticas sociales y económicas. Entrevista a Juan Ramón Quintana Taborga”, en *Página 12*, El Mundo, 14/12/2014.
- Grupo Fénix, “Declaración de Buenos Aires”, en *Mercosur-ABC*, 17/11/2011
- “Intelectuales críticos gestan una contracara para Carta Abierta. Cuestionan el discurso hegemónico y la represión, entre otros puntos”, en *Clarín*, enero 2012.

- Kaplan, Frederic y Dana Kianfar, “Google y el dominio lingüístico”, en *Le Monde Diplomatique*, enero de 2015.
- Konovich, Bernardo, “Desaparecidos: los caminos del duelo ante la ausencia de los cuerpos”, [en línea], dirección URL: <http://www.elpsicooanalitico.com.ar/num5/sociedad-konovich-desaparecidos-duelo-kadish.php>
- Lanata, Jorge, “La grieta”, en *Clarín*, 10/8/2013.
- Loreti, Damián, “Posición de la Carrera de Ciencias de la Comunicación y Facultad de Ciencias Sociales presentada ante las comisiones de Libertad de Expresión y de Comunicaciones de la Cámara de Diputados de la Nación”, julio 2004.
- “Marcos Camacho (Marcola) líder del Primer Comando Capital (São Paulo)”, en *O Globo*, 23/5/2006 (la entrevista la hizo *O Globo*, previo secuestro de uno de sus gerentes).
- Martínez, Diego, “Incitación y justificación”, en *Página 12*, El País, 29/11/2014.
- Ministerio de Defensa (2014), “Actas de la Dictadura: documentos de la Junta Militar encontrados en el Edificio Cóndor”, t. 5, Buenos Aires.
- Muñoz Azpiri (h), José Luis (2011), “Los paradigmas de la Generación del 80 y el Centenario” en *Comunicación para el Segundo Encuentro de Historia Revisionista “José Gervasio de Artigas”*, Universidad Nacional de Lanús.
- Observatorio de la Discriminación en Radio y Televisión (2008), “Informe sobre el tratamiento televisivo de las repercusiones de las medidas agropecuarias”, COMFER, INADI, Consejo Nacional de la Mujer.
- Página de la Procuración General, solapa lesa humanidad, [en línea], dirección URL: <https://www.fiscales.gob.ar/lesa-humanidad/la-nueva-provincia-cumple-un-rol-determinado-en-el-entramado-del-plan-criminal-desplegado-desde-el-estado/>
- “Pekín se cierra más. Ofensiva china contra la cultura occidental. El Gobierno eliminó dos tercios de los programas de televisión producidos en el exterior”, en *La Nación*, Exterior, 5/1/2012.
- Pigna, Felipe, “Sarmiento, siempre polémico”, en *Clarín*, Zona, 9/9/2007.
- Portal Conectar Igualdad, Ministerio de Educación de la Nación, [en línea], dirección URL: <http://portales.educacion.gov.ar/conectarigualdad/acerca-de/>
- Portal de la Unión Europea, [en línea], dirección URL: http://europa.eu/legislation_summaries/audiovisual_and_media/124101_es.htm
- Primer Congreso de Comunicación Indígena en Argentina, Casa de la Militancia HIJOS, exESMA, 27 y 28/7/2011.
- San Martín, Raquel, “La batalla por el sentido común: ¿Hacia una hegemonía kirchnerista?”, en *La Nación*, Enfoques, 17/4/2011.
- Sarlo, Beatriz, “La oratoria del yo”, en *Revista Noticias*, Nº 1829, enero de 2012.
- Sileoni, Alberto, “Nuestro lenguaje. Ministro de Educación de la Nación sobre el canal infantil Zamba”, en *Página 12*, 22/2/2015.
- Schechner, Sam y Fairless, Tom. “El plan de la UE para un mercado digital único alarma a las tecnológicas de EE.UU”, *The Wall Street Journal Americas* en *La Nación*, 07/05/2015.
- “The Wall Street Journal se pregunta si el país puede ‘soportar’ otro mandato de Cristina”, en *La Nación*, Portal, 25/4/2011.
- UNESCO, “Hacia las sociedades del conocimiento”, París, 2005.

- Unión Internacional para las Telecomunicaciones (UIT), Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información, Ginebra 2003 - Túnez 2005, página oficial UIT.
- Valderrama, Carlos Alberto (2000), “Comunicación-Educación; un nuevo escenario”, en *Nodos y nudos*, Revista de la red N° 8, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá.
- Vargas Llosa, Mario, “Más información, menos conocimiento”, en *La Nación*, Opinión, 6/8/2011.
- Vega, María José (2009), “Homi Bhabha”, Universitat Autònoma de Barcelona, [en línea], dirección URL: http://portal.uc3m.es/portal/page/portal/inst_lucio_anneo_seneca/educacion/proy_apolo/galer%EDa_filologos/homi_bhabha
- Verbitsky, Horacio, “La sombra de la memoria”, en *Página 12*, 14/12/2014.
- Verdú, Daniel, “Esta historia nunca será viral”, en *El País*, 7/2/2015.
- “Ya son 21 millones los pobres en la Argentina”, en *Clarín* 5/1/2003.
- Waisbord, Silvio (2014), “EE.UU. La instintiva ilusión de la diversidad mediática”, [en línea], dirección URL: <http://observacom.org/estados-unidos-la-instintiva-ilusion-de-la-diversidad-mediatica/>